



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MEXICO
PROGRAMA DE MAESTRÍA Y DOCTORADO EN GEOGRAFÍA
CENTRO DE INVESTIGACIONES EN GEOGRAFÍA AMBIENTAL

TERRITORIO MÚLTIPLE
UNA GEOGRAFÍA DEL CUIDADO SOBRE EL PAISAJE CAFICULTOR
NARIÑO, COLOMBIA 1930 – 2020.

TESIS
QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE:
DOCTORA EN GEOGRAFÍA

PRESENTA:
ELBA TYANIF RICO RODRÍGUEZ

TUTOR
DR. PEDRO SERGIO URQUIJO TORRES
CENTRO DE INVESTIGACIONES EN GEOGRAFÍA AMBIENTAL, UNAM

MIEMBROS DEL COMITÉ TUTOR
DR. MICHAEL KEITH MCCALL
CENTRO DE INVESTIGACIONES EN GEOGRAFÍA AMBIENTAL, UNAM
DRA. OLGA LUCÍA HERNÁNDEZ
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES EN RECURSOS BIOLÓGICOS
ALEXANDER VON HUMBOLDT

Morelia, Michoacán, Marzo 4 de 2022



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

AGRADECIMIENTOS

Hay tanto por lo que estar agradecida.

Es difícil elegir con certeza las palabras para hacer justicia a los afectos, las emociones y lo aprendido. Sin duda, lo que siento por las campesinas y campesinos de Nariño es infinita gratitud.

No solo por brindarme la posibilidad de aprender cómo se delimita un problema de investigación, sino de aprender cómo se siente. Gracias a su trayectoria de vida, a sus sueños y su apuesta por un mundo más cuidadoso yo aprendí a hacerme investigadora. Me enseñó a hacer preguntas que no solamente fueran lógicas y bien estructuradas, como me han enseñado todos los maestros que he tenido en este largo camino de formación académica, sino también sensibles al tener sentido para mis propias coordenadas éticas.

Gracias por devolverme un sentido de la esperanza y de compromiso colectivo, gracias por mantenerme atada a la tierra y particularmente a la tierra que me hizo querer salir a buscar un hogar, un lugar que me hiciera sentir en casa.

Gracias a México, mi hogar. Gracias a todas las personas que han hecho de este mi País. Gracias por sus palabras dulces, su comida, su solidaridad, su hospitalidad e infinita ternura. Gracias por la generosidad de brindar un espacio para cultivar mis capacidades e intereses como investigadora. Ese logro es colectivo, ese logro es de la lucha por la educación gratuita. A los mexicanos y sus luchas, este esfuerzo.

En este camino ha habido tantos maestros excepcionales que me han enseñado no solo profesionalismo, sino algo aún más valioso, a creer en mí. Sin duda el papel de Mike, Pedro y Olga Lú ha sido fundamental en este sentido, gracias por acompañarme, por su guía y compromiso.

Gracias a los lectores de este documento y a las múltiples ideas que retroalimentaron y enriquecieron la versión final. A Gerard y Clemens en Holanda por sus aportes y acogida, a Flurina, Ross y todo el equipo en Zurich y su caluroso acompañamiento, mi agradecimiento más sincero. Gracias a los colegas del Instituto Humboldt en Bogotá con quienes tuve intercambios muy edificantes. Gracias a los lectores y sinodales, Bárbara, Carla, David su interés en mi trabajo es sumamente valioso.

A mis colegas y amigos, gracias por contenerme. Al combo de HHAA que durante la pandemia me sostuvieron y me conectaron con otros colegas e ideas que vibran con la misma intensidad al hacernos ciertas preguntas, gracias. Alejandro Ponce de León un enlazador de mundos, tiene aquí todo el crédito y mi gratitud. A Santiago Martínez, Vladimir Caraballo, Alex Diamond por sus lecturas, consejos y escucha. Sin duda es un lujo construir relaciones de colegaje tan enriquecedoras. Por lo que viene desde ya, gracias y felicidades.

A mis amigas que desde la distancia siempre estuvieron presentes y me recordaron siempre la importancia del amor entre las mujeres ¿Qué sería de nosotras sin nosotras? A mis amigas Ary, Monse, Rocío en Puerto, que honor sentirme parte de sus vínculos de cuidado.

Agradezco a mi familia por las oportunidades que me dieron y el mundo que pusieron a mi disposición con sus elecciones. A mi queridísima Tía Yudy que supo sembrar en suelo fértil y desde el día uno me ha querido tanto. Infinitas gracias por sostenerme en sus manos amorosas. A mi hermana que amo profundamente y agradezco ser su familia.

A los amigos que se convierte en familia. Rodri que fortuna más grande estar en tu vida. Carla por toda la alegría compartida. Mi querida Fer siempre con las palabras adecuadas. Mi querida Nadia por enseñarme a escucharme. Mi Sofí, tanto cariño y admiración por ti. A los compas, gracias y salud por ese encuentro en Chiapas, sin duda la vida nos regaló un abrazo de latinoamericanidad aquellos días.

Rikk & Gary you do not know how much I love you and appreciate being part of your family.

Agradezco a mi intuición y mi escucha que hace diez años se permitía soñar lo que hoy alcanza. Me siento muy orgullosa del camino recorrido. Gracias por mantenerse en actitud de aprendizaje.

Agradezco a Gala su compañía silenciosa y amorosa y a mi abuela por acogerla.

Agradezco al mar que me trajo calma y reconciliación y a las tortugas por su guía.

Agradezco a los espacios que me acogieron y a las personas que cotidianamente hicieron esos lugares tan acogedores en Morelia, la Ciudad de México y Puerto Escondido.

Gracias a todo este proceso, a todo el aprendizaje para lo que sigue. Agradecer y confiar, sin duda, son las lecciones más importantes del camino. Con eso en las manos recibo lo que viene.

¡Aquí vamos, Alemania!

RESUMEN

La investigación plantea responder ¿Cómo se ha configurado el paisaje caficutor del norte de Nariño, a partir de las relaciones de cuidado de múltiples actores? con el objetivo de estudiar los vínculos entre el conocimiento situado, la historia del paisaje y las perspectivas de gobernanza ambiental, a partir de ordenamientos territoriales basados en la experiencia de las y los campesinos. Este posicionamiento analítico es de primordial importancia cuando las decisiones sobre el uso de la tierra y los recursos afectarán los medios de vida y modos de existencia de las comunidades campesinas. Por ejemplo, con la autorización de concesiones mineras o la elección de estrategias de desarrollo rural basadas en cultivos comerciales como el café. En tales casos, considerar cómo las relaciones entre actores organizan y producen paisajes puede mejorar el proceso de toma de decisiones y permitir, por ejemplo, formas de gobernanza más que humanas que incluyen la participación de la naturaleza desde formas de cuidado y relacionamiento locales.

He definido al paisaje como un ensamblaje territorial para abordar metodológicamente la multiplicidad de territorios que constituyen su dinámica producción. A través de una lectura material sobre las prácticas y discursos del cuidado, analizo aquella multiplicidad. Tomando como referencia el trabajo de Laura Ogden (2011), exploro el paisaje como un ensamblaje y construyo una narrativa etnográfica que reintroduce y reinscribe las prácticas humanas dentro de un colectivo multiespecie dando cuenta de las relaciones de poder asimétricas que constituyen modos de ordenar y producir territorios. Tomo como caso de estudio la región norte de Nariño, en Colombia, y defino el paisaje como unidad de análisis a partir de tres procesos: el café, la organización comunitaria y la biodiversidad.

Metodológicamente la investigación se desarrolla a partir de un enfoque cualitativo, de observación y cartografía social. El primer capítulo plantea las coordenadas analíticas y contextuales de la investigación. En el segundo capítulo abordamos al cuidado como una relación territorial que permite navegar entre los procesos que articulan al paisaje del norte de Nariño desde la multiplicidad. Particularmente desarrollamos los usos ambivalentes del cuidado que se dan en el contexto de la caficultura y los proyectos territoriales que agencia en las interdependencias entre humanos, no humanos, infraestructuras, prácticas y discursos. En el tercer capítulo abordó una dimensión prospectiva del cuidado para pensar escenarios de gobernanza a partir de las territorialidades del cuidado en los mundos campesinos. Exploro mecanismos, usos y relaciones con múltiples agencias para reproducir, sostener y cuidar los mundos campesinos y modos de existencia desde la finca, a través de acciones comunitarias y en relación con agencias no humanas.

Esta investigación reconoce al cuidado como una dimensión fructífera para abordar la construcción de territorios desde los vínculos entre múltiples actores humanos y no-humanos. También contribuye a la visibilización de la complejidad de los mundos campesinos en Colombia y las formas en que se han constituido en medio de relaciones de poder ambivalentes con los proyectos del Estado en Colombia, el mercado y los ordenamientos del capital transnacional, así como de un conjunto de agencias no siempre nombradas, y nombrables, que habitan, coexisten y se reproducen en el paisaje de la región.

ABSTRACT

The research proposes to answer how caring relationships of multiple actors configure the coffee growing landscape of the north of Nariño. The aim is studying the links between situated knowledge, the history of the landscape and the perspectives of environmental governance, based on the experience of peasants to explore prospective territorial orderings mechanisms. This analytical positioning is of primary importance when decisions about the use of land and resources will affect the livelihoods and modes of existence of peasant communities. For example, with the authorization of mining concessions or the choice of rural development strategies based on commercial crops such as coffee. In such cases, considering how actor's relations organize and produce landscapes can improve the decision-making process and allow, for example, more than human forms of governance that include the participation of nature-based on local forms of caring and management.

I define landscape as a territorial assembly to observe and analyze the multiplicity of territories that constitute landscape production. I analyze territorial multiplicity of the landscape based on a material analytical perspective of the practices and discourses of care. I use as a reference the work of Laura Ogden (2011) to explore the landscape as an assemblage, and to create an ethnographic narrative to reintroduce and re-inscribe human practices within a multispecies collective. My perspective accounting the asymmetric power relations that constitute modes of ordering and producing territories and landscapes. The case study places in the northern region of Nariño, Colombia, and in this context the landscape is an analytical unit conformed by three processes: coffee production, community organization, and biodiversity conservation.

Methodologically I use a qualitative approach based on archive reviewing, situated observation, and participatory mapping. The first chapter raises the analytical and contextual coordinates of the research. In the second chapter, I approach to 'the care' (*cuidado*) as a territorial relationship to navigate the multiplicity of processes that articulate the northern Nariño landscape. In the third chapter, I address a prospective dimension of care to consider governance scenarios based on the territorialities of care in peasant worlds. I explore mechanisms, uses, and relationships with multiple actors to reproduce, sustain and care in peasant worlds analyzing three scenarios: from the farm, through community actions, and in local relations with non-human agencies.

This research recognizes the care (*cuidado*) as a fruitful dimension to address the construction of territories from the relations between multiple human and non-human actors. This notion also contributes to the visibility of the complexity of the peasant worlds in Colombia. Also addresses the ways in which peasants deal with ambivalent power relations among the projects of the State in Colombia, the market and the transnational capital regulations, as well as a set of agencies not always named and nameable that inhabit coexist, and reproduce the landscape of the region.

TABLA DE CONTENIDO

Introducción	10
Organización del texto	15
Metodología	16
Revisión de Archivos, páginas web y entrevistas	20
Observación participante	21
Cartografía participativa	22
Revisión bibliográfica	23
Paisaje como ensamblaje territorial	24
Cuidado una noción ambivalente	27
Dos dimensiones analíticas del cuidado	30
Mundos campesinos, hacia una idea territorial de sujeto	34
La figura del campesino para pensar escenarios de gobernanza.	39
Territorio múltiple	40
Capítulo I. Paisaje de la caficultura: un ensamblaje territorial	45
Delimitando las coordenadas	46
El Macizo colombiano desde Nariño	51
Bordes territoriales, aprovisionamiento y uso del agua	58
Modos de valoración de la relación agua-montaña: la propuesta de TCAM	65
Paisajes de la caficultura nariñense	68
La economía del café y la configuración de identidades productivas	71
Reformas estructurales, de la noción de campesino al de pequeño productor	75
Paisaje de la resistencia: luchas por la identidad y derechos territoriales campesinos	76
Reconocimiento político del campesinado, un debate abierto	80
Pensar lo campesino en y desde el norte de Nariño	82
Capítulo II. Ensamblajes territoriales del cuidado	85
Una lectura (no) tradicional del cuidado	86
Una lectura desde la geografía al cuidado	88
El cuidado como relación territorial	94
Cuidado como Sabor: hacer conmensurable lo inconmensurable	95
Cuidado como desarrollo: comodificación y precariedad	111
Capítulo III. Territorialidades del cuidado en los mundos campesinos	147
Giros hacia el territorio y los afectos	147
Reproducción de mundos más que humanos desde la finca	149
'Disoñar' lo colectivo, mapear los vínculos entre humanos y no-humanos	150
Trayectorias de reconocimiento y aprendizaje en los procesos de territorialización	155
Reproducción de mundos más que humanos a través de las acciones comunitarias	157

Organizaciones comunitarias desde las mujeres, articulaciones multiescalares _____	158
Articulación de agencias no humanas en la planeación territorial _____	164
A donde al agua le gusta quedarse _____	164
Sacralidad de las Montañas, vínculos de protección _____	168
El café es un ser vivo que necesita de muchos cuidados _____	173
Conclusiones _____	182
Referencias _____	191

LISTA DE FIGURAS

FIGURA. 1	ÁREA DE ESTUDIO	11
FIGURA. 2	MAPA ENTREVISTAS VEREDAS.....	19
FIGURA. 3	MAPAS DEL CUERPO	48
FIGURA. 4	MAPAS CUERPO-TERRITORIO-PAISAJE	50
FIGURA. 5	VISTA AÉREA SOBRE LA REGIÓN NORTE	52
FIGURA. 6	PANORÁMICA REGIÓN NORTE.....	54
FIGURA. 7	CONTRASTE DELIMITACIÓN MACIZO	56
FIGURA. 8	DELIMITACIÓN TCAM	59
FIGURA. 9	CUENCAS RÍOS MAYO Y JUANAMBÚ	60
FIGURA. 10	PAISAJE CULTURAL CAFETERO	70
FIGURA. 11	PAISAJE CAFICULTOR DE NARIÑO.....	71
FIGURA. 12	MAPA REGIONES CAFICULTORAS 1930	74
FIGURA. 13	HIERBA PARA CUYES	97
FIGURA. 14	PLACAS MEJORAMIENTO STARBUCKS	102
FIGURA. 15	RUEDA DE SABOR DE LA SCAA PARA CLASIFICAR CAFÉ ESPECIAL	107
FIGURA. 16	SEMILLAS DE MARCO.....	117
FIGURA. 17	ESCUELAS RADIOFÓNICAS.....	120
FIGURA. 18	SIEGA DE TRIGO	121
FIGURA. 19	SECADO DE CAFÉ.....	121
FIGURA. 20	PROCEDENCIA DE ORIGEN	126
FIGURA. 21	VENTA TRADICIONAL DE CAFÉ	136
FIGURA. 22	PUBLICIDAD PRODUCCIÓN LOCALIZADA	138
FIGURA. 23	COORDENADAS DE SABOR.....	141
FIGURA. 24	CAFÉ DE UNA COOPERATIVA.....	142
FIGURA. 25	MAPA 'DISUEÑO' FAMILIAR.....	151
FIGURA. 26	1ER. ENCUENTRO MUJERES DE NARIÑO	159
FIGURA. 27	MENSAJES DE RAMIRO	166
FIGURA. 28	ALTAR EN LA MONTAÑA.....	169
FIGURA. 29	CERRO MADROÑERO.....	170
FIGURA. 30	CERRO LA JACOBA	170
FIGURA. 31	CERRO LA JACOBA	171

LISTA DE TABLAS

TABLA 1	EJERCICIOS CARTOGRAFÍA PARTICIPATIVA.....	23
---------	---	----

GLOSARIO DE ABREVIATURAS

ACPO	ACCIÓN CULTURAL POPULAR
ANT	AGENCIA NACIONAL DE TIERRAS
BLAA	BIBLIOTECA LUIS ÁNGEL ARANGO
BNC	BIBLIOTECA NACIONAL DE COLOMBIA
CIMA	COMITÉ DE INTEGRACIÓN DEL MACIZO
CINEP	CENTRO DE INVESTIGACIÓN Y EDUCACIÓN POPULAR
CNA	COMITÉ NACIONAL AGRARIO
CONPES	CONSEJO NACIONAL DE POLÍTICA ECONÓMICA Y SOCIAL
CPC	CONSTITUCIÓN POLÍTICA DE COLOMBIA
CRS	CATHOLIC RELIEF SERVICES
DANE	DEPARTAMENTO ADMINISTRATIVO NACIONAL DE ESTADÍSTICA
DNP	DEPARTAMENTO NACIONAL DE PLANEACIÓN
FNC	FEDERACIÓN NACIONAL DE CAFETEROS DE COLOMBIA
FUDAM	FUNDACIÓN AGRARIA Y AMBIENTAL PARA EL DESARROLLO SOSTENIBLE
ICANH	INSTITUTO COLOMBIANO DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA
INCORA	INSTITUTO COLOMBIANO PARA LA REFORMA AGRARIA
JAC	JUNTAS DE ACCIÓN COMUNAL JAC
MIA	MESA DE INTERLOCUCIÓN Y ACUERDO
NRT	NON REPRESENTATIONAL THEORIES
PCC	PAISAJE CAFICULTOR COLOMBIANO
PDET	PROGRAMAS DE DESARROLLO CON ENFOQUE TERRITORIAL
PND	PLAN DE NACIONAL DE DESARROLLO DE COLOMBIA
PNIS	PLAN NACIONAL SUSTITUCIÓN DE CULTIVOS DE USO ILÍCITO
PUJ	PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA
RA	RAINFOREST ALLIANCE
RRI	REFORMA RURAL INTEGRAL
SCAA	SPECIALTY COFFEE AMERICAN ASSOCIATION
TCAM	TERRITORIOS CAMPESINOS AGROALIMENTARIOS
UDENAR	UNIVERSIDAD DE NARIÑO
UNAL	UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA
UNAM	UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
UNIANDES	UNIVERSIDAD DE LOS ANDES
ZRC	ZONAS DE RESERVA CAMPESINA

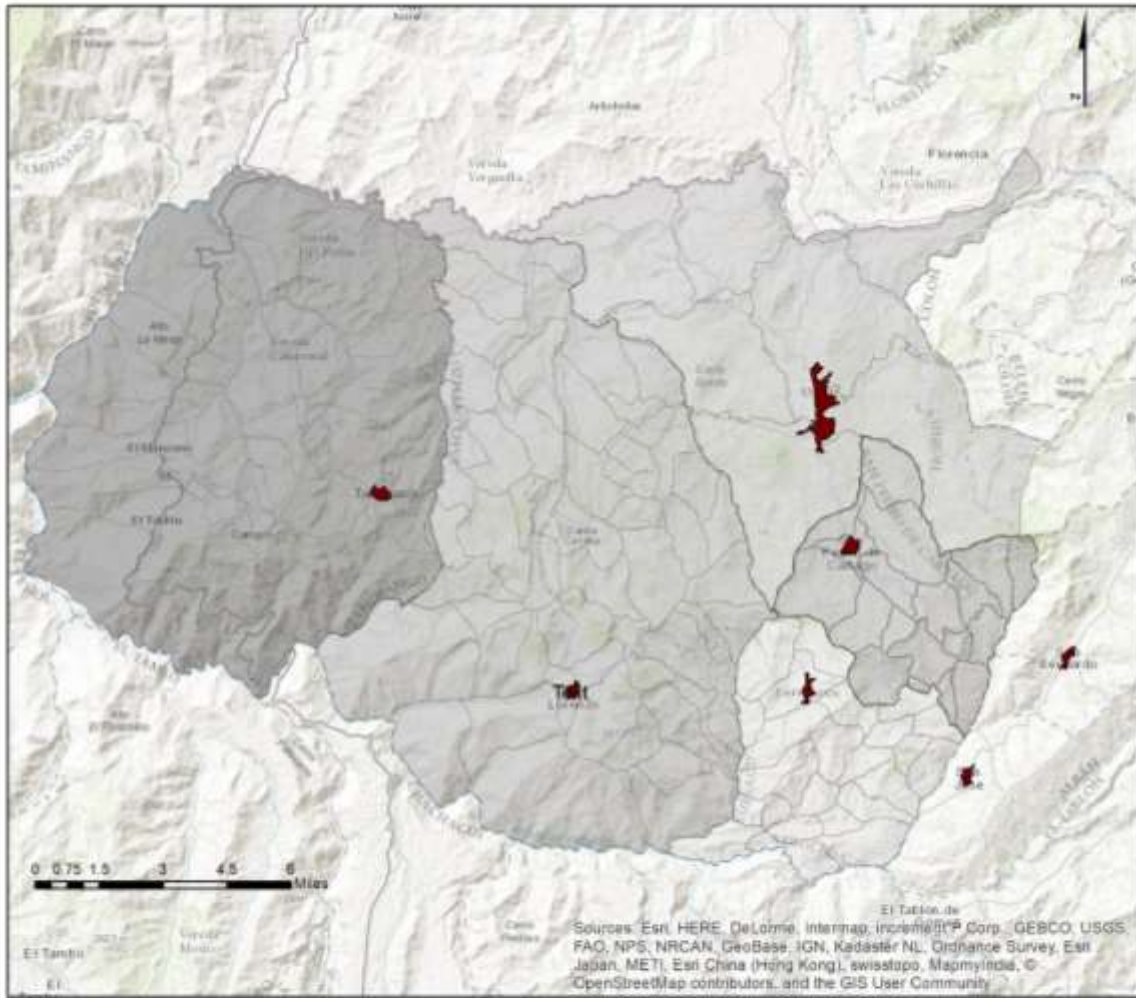
Introducción

En el norte de Nariño hay muchas formas de existir, múltiples formas de habitar y construir lo que las organizaciones campesinas coinciden en llamar territorio. En las formas que se maneja una finca, se usa el suelo o se distribuyen las actividades están expresadas múltiples maneras de dar contenido a nociones de territorio. Los municipios donde realicé trabajo de campo para esta investigación constituyen lo que podría llamar de primera mano, el área de estudio (Figura 1). Cuando uno rastrea a través de las prácticas de cuidado o sostenimiento de una finca y las huellas materiales que han trazado en el paisaje, se desdobra ante uno un abanico de actores, posiciones y vínculos muy variados. La mayoría de ellos confluyen alrededor del café.

Los usos del café, las significaciones que se les da o las formas de producción son diversas y responden a la multiplicidad de intereses y ubicaciones conectadas a través de ese producto. Esas ubicaciones proponen maneras en las que se deben hacer las cosas para producirlo, teniendo un correlato directo y material en la distribución del espacio, en el uso del suelo, las técnicas de cultivo, la distribución de otras especies y árboles, así como de las relaciones sociales e intercambios que se articulan a partir de la producción y comercialización del café. De igual manera las significaciones y sentidos sobre el grano, quien lo produce, donde se produce y el proceso para intercambiarlo también son variadas, no están determinadas, están en movimiento. Son casi tan variables como el precio de ese grano en una plataforma aparentemente estable como el mercado internacional.

Uno de los caminos que encontré para analizar esa multiplicidad, que tiene expresiones materiales en el paisaje y que construye múltiples nociones de territorio, fueron las prácticas y discursos del cuidado. En mi tiempo en la región norte de Nariño, he aprendido a escuchar y observar atentamente la cotidianidad. El cuidado era una noción recurrente a la que pocas veces atendí como algo significativo, algo con algún valor analítico, conceptual o incluso etnográfico. Al cuidado lo daba por sentado. Una tarea cotidiana de la vida privada, no un asunto público. Afirman Mol y colaboradores (2010b) que durante mucho tiempo el cuidado figuraba en la academia como una necesidad práctica más o menos tediosa, más que como un tema intelectualmente interesante. Con el tiempo el cuidado y sus usos, fueron adquirieron relevancia.

Figura. 1 Área de estudio



Leyenda

- Arboleda
- La Unión
- San Lorenzo
- Taminango
- Cartago
- Cabeceras Municipales

Elaborado por: Tyanif Rico Rodríguez
 Centro de Investigaciones en Geografía Ambiental
 Universidad Nacional Autónoma de México.

Una de las habilidades que he aprendido con la mayoría de las campesinas y campesinos con los que he trabajado en mi investigación es la traducción y la ambivalencia, o lo que me gusta entender como la capacidad de ubicarse en una posición de bisagra. Una posición que permite ser y habitar la multiplicidad transitando entre distintos mundos, tanto de valor como de sentido. La diversidad de intereses y ubicaciones las desarrollo en este documento a través de la noción de *proyectos territoriales*, está expresada en la materialidad del paisaje y en las personas que habitan esa región. Los campesinos de Nariño son múltiples, habitan la contradicción, se desplazan entre territorios, intereses y ubicaciones. Son traductores entre mundos de valor, organizativos, de producción y multiespecie. Así mismo las plantas de café, no sólo son árboles que producen granos -que adquieren valores diferentes según quien los evalúe- sino que articulan relaciones con diversas ubicaciones. Por ejemplo, su lugar al interior de la finca, su relación con el bosque, con las nociones de conservación, con las nociones de calidad, bienestar, precio, trazabilidad, organización política, cuidado ambiental, etc. El paisaje de Nariño está hecho a partir de la multiplicidad de ubicaciones y las conexiones ambivalentes desde donde se configuran proyectos de territorio.

Cuando aprendí un poco más sobre la caficultura comprendí que las habilidades de traducción también la comparten los catadores de café. Ellas y ellos también son bisagras que articulan o conectan la variedad de sentidos, discursos y prácticas que configuran una cosa en un mundo para posicionarla de otra manera en otro, a través de la traducción de sentidos, referencias, usos, etc. Una operación similar a la que describe Viveiros de Castro (2010) con la idea de equívoco, una forma de comunicar en la diferencia. La ambivalencia y el desencuentro a través de múltiples posiciones en torno a una idea u objeto es precisamente un punto de encuentro, una posición bisagra para articular mundos de valor y posicionamientos desencontrados que conviven. Esta idea permite entender los usos que tiene un objeto según los posicionamientos ontológicos que se reúnan en torno a este. En este sentido el paisaje de la caficultura en Nariño es un espacio de conexiones parciales (Strathern, 2004) donde la ambivalencia es una posición clave para conectar los mundos que lo habitan y que construyen su territorio allí a través de traducciones y conexiones en la diferencia

En el paisaje, se expresan aquellos posicionamientos de forma material a través de distintas huellas. A primera vista las más evidentes pueden ser la ubicación de los cultivos, las coberturas o su ausencia sobre los suelos, la presencia de árboles frutales y retazos de bosque o la ampliación de zonas despejadas para el cultivo de café. Los usos del suelo, que pueden ser

observados desde la percepción remota, por ejemplo, cuentan un tipo de historia sobre ese paisaje si se lo observa a distancia. En principio, puede parecer un espacio unificado con un patrón de cultivos entre el bosque. Sin embargo, en la geografía la escala es una cuestión fundamental. Cuando se acerca uno a los caminos de la región se da cuenta que esa unidad no es tal y que la trayectoria de esos patrones de cultivo es más compleja de la que evidencia una imagen a distancia.

La manera en cómo se ha cuidado o se cuida en esa región explica aquella distribución material del paisaje. Esta relación analítica es difícil de percibir desde la distancia tanto física, como la que ofrece la percepción remota, como ontológica con la que me acerqué a Nariño. Precisamente la sutileza del cuidado como un vínculo ambivalente que explica la multiplicidad territorial que articula el paisaje se hizo evidente solamente estando imbuida en sus relaciones, al sentirme parte de vínculos de cuidado o extrañar su ausencia. La distancia física me permitió entender que aquello que se puede ver, no es necesariamente lo que se necesita observar para entender lo que se ve. Al llegar a Nariño por primera vez en 2010, me di cuenta de que no sabía qué era Nariño, los mundos rurales de Colombia y mucho menos los mundos campesinos de la región norte. Este desconocimiento podría ser una primera entrada para definir aquella distancia ontológica que mencioné anteriormente.

Recorriendo el paisaje, caminando por veredas¹ –reconociendo el territorio como enuncian varios campesinos– pude observar lo que tenía que ver para encontrar las preguntas adecuadas. Desde que conocí esa región me han inquietado los vínculos colectivos con la naturaleza y los repertorios de acción política en los que se expresan su sensibilidad ambiental. Las maneras de referir los vínculos con la naturaleza que fui encontrando al reconocer el territorio generaba inquietudes sobre ¿Cómo los campesinos adquirieron aquella sensibilidad ambiental? ¿cómo se expresa en acciones políticas, colectivas u organizativas concretas? ¿qué definiciones sobre comunidad y naturaleza estaban en juego?

Habitar la cotidianidad me permitió descubrir que el primer territorio donde pasaban cosas cercanas a una idea de acciones políticas colectivas, era la finca con la familia. Me llevó algún tiempo entender que una finca no sólo es un espacio donde se vive o se cultiva. Por el contrario, es un territorio en donde no solo habita la familia, sino un sin número de existencias y seres con los que se comparte y construye dicho territorio. También fue importante entender

¹ La vereda es el nivel de agregación de población más pequeño en el país.

que una finca no es un espacio físico contiguo, por el contrario, se constituye de múltiples parcelas y lotes esparcidos por las montañas a los que se da unidad a través de las relaciones cotidianas y prácticas familiares en aquellos espacios. Cuidar una finca implica un conjunto de relaciones de sostenimiento mutuo, no es la tutela sobre el espacio y los recursos de los que dispone. Por el contrario, es el reconocimiento de la codependencia entre las existencias que habitan en aquella finca y sus relaciones de mutuo beneficio. Existencias y relaciones que por muchos campesinos son enunciadas como naturaleza. Estas relaciones incluyen ciclos de vida/muerte, composición/descomposición, trabajo/descanso, etc.

Al tratar de entender la trayectoria de esos repertorios de la acción política construí preguntas que me llevaron a reconocer las historias agrarias y de poblamiento de los campesinos en esa región. Así aparecieron otros actores presentes en una dimensión territorial que yo no había visto. Si bien no se articulaban en la cotidianidad, sus discursos y prácticas atravesaban lo que se hacía o dejaba de hacer en las fincas. Aparecieron actores como la Iglesia católica, las comercializadoras internacionales y las certificadoras, para los que el cuidado del medio ambiente, de la dignidad de la persona, de la economía familiar, de la calidad del grano, etc. determinaban su presencia territorial en la región. El café en particular como objeto material, estaba atravesado por estos usos múltiples de las nociones de cuidado, cuando atendía a las prácticas o discursos de esos otros actores que fueron apareciendo a través de las historias agrarias regionales.

Adentrarme en la cotidianidad también implicó descifrar lo que en la región enuncian como la identidad cafetera. Entender por qué se producía café allí y descubrir que no sólo era una producción con volúmenes considerables, sino además posicionada en mercados internacionales como una marca regional. La palabra Starbucks, impresa en algunas placas de cerámica que adornaban los patios, tenía alguna relación con ese paisaje, con eso que llamaban región cafetera y con las prácticas o acciones políticas desde la finca.

El paisaje aparecía como una hojaldra en la que prácticas y discursos que se articulaban alrededor de la noción de cuidado estaban ensambladas y sobrepuestas ¿Cómo explicar las presencias ambivalentes de las que está hecho el paisaje de esa región? ¿Podría a través del paisaje dar cuenta de la variedad de ubicaciones e intereses que atravesaban el café y los mundos campesinos? La noción de territorio fue clave. Si el paisaje era una hojaldra hecha de capas, esas capas podrían ser entendidas como territorios múltiples queriendo dar forma al paisaje y a las cosas que se hacen allí. Intereses o formas de existir que en algunos casos se articulaban y en

otros parecían desencontrados. Los discursos operan como modos de ordenamiento que también establecen relaciones entre actores, entidades y lugares en forma de coherencias, patrones y relaciones performativas (Law, 1994).

Esas conexiones ambivalentes producían ese paisaje y las relaciones que lo configuran, así mismo a quienes habitan y producen ese espacio de existencia y sentido ¿Cómo múltiples territorios, incluso en contradicción, habitan y comparten un mismo espacio? ¿Cómo se dan las relaciones entre esos territorios y los seres que los producen? Estas fueron algunas cuestiones que detonaron en la pregunta de investigación que guía este documento: **¿Cómo se ha configurado el paisaje caficulator del Norte de Nariño, a partir de las relaciones de cuidado de múltiples actores?** para la que planteo tres objetivos.

- Comprender cómo los modos de cuidado ensamblan múltiples relaciones territoriales de la producción de café y la gobernanza ambiental.
- Identificar y describir los proyectos territoriales en los que participan estos actores, y las sobreposiciones que configuran al paisaje.
- Proponer elementos para una historia ambiental del paisaje a partir de discursos y prácticas del cuidado de distintos actores.

Organización del texto

A partir de esta reflexión se estructura este documento con el objetivo de analizar los modos del cuidado que articulan territorios en el paisaje de la caficultura de Nariño. Desarrollo en **el primer capítulo una lectura del paisaje como un ensamblaje territorial**, tomando como referencia el trabajo de Ogden (2011) con la intención de reinscribir las prácticas humanas dentro de un colectivo multiespecie, a la vez que describo las relaciones políticas asimétricas que configuran los mundos de la caficultura en la región norte de Nariño. Para ello tomo tres procesos intrincados en la definición del paisaje y su delimitación territorial: el café, la organización comunitaria y la biodiversidad.

En el segundo capítulo desarrollo la noción de **cuidado como una noción ambivalente con profundidad territorial** que puede dar cuenta de las ubicaciones que dan forma al paisaje, o a los múltiples territorios articulados o en contradicción, que lo habitan. Desarrollo esta idea en tres partes. Primero describo los procesos de traducción que articulan la producción de café especial y la manera en que los sentidos sobre el cuidado describen la configuración del sabor, la

calidad y el bienestar a través de vínculos de trazabilidad e intercambios entre cuyes, campesinos, plantas de café, estiércol, ruedas de sabor, pruebas de taza, páginas web y sentidos sobre el paisaje. En la segunda parte, describo cómo el cuidado es articulado a través de múltiples escalas utilizando nociones como desarrollo, conservación y sostenibilidad ambiental en los vínculos entre Iglesia católica, Cooperación Internacional para el Desarrollo, certificadoras y organizaciones no gubernamentales, árboles nativos, procesos de beneficio del café, estructura de la propiedad en Colombia, catadores, entre otros. En la tercera parte apunto cómo el cuidado es un mecanismo para pensar y gestionar los vínculos entre campesinos, montañas, agua, derechos políticos y participación colectiva. En **el tercer capítulo desarrollo una mirada territorial sobre los mundos campesinos**. Analizo las propuestas de ordenamientos territoriales que se ofrecen desde las comunidades campesinas que articulan las ambivalencias que constituyen sus territorios y los mundos que habitan esa región. Analizo las estrategias territoriales del cuidado campesino como procesos de construcción territorial para problematizar y reflexionar sobre la gestión y lo que se define como territorio, sus habitantes y los modos en los que participan y hacen manifiestos sus derechos de existencia en entramados más que humanos. En las conclusiones planteo reflexiones sobre los vínculos entre la gobernanza, el conocimiento local y el análisis territorial desde el cuidado que dejan el proceso de investigación, así como las preguntas que quedan abiertas a partir del trabajo.

Metodología

Esta investigación se construyó sobre una variedad de recursos y estrategias metodológicas acumulados a lo largo de mi experiencia de investigación en la región y ensamblados a partir de preguntas estructuradas desde las visitas a campo en distintos periodos entre septiembre de 2015, febrero – abril de 2016, julio-septiembre de 2018 y un periodo de campo de trabajo remoto entre enero y abril de 2021. Este último gracias al financiamiento de la Fundación FWWB, Colombia a través de un estímulo de investigación. La observación se centró en las prácticas y discursos de las relaciones de cuidado en la producción de café indagando cómo se configuran y cómo estas configuran usos y ordenamientos del espacio y de las relaciones territoriales.

La decisión de explorar las maneras en que distintos actores participan y se relacionan en el paisaje fue el punto de partida metodológico. Mi interés por situar a la naturaleza como un actor fundamental en los procesos de construcción territorial, que observo en Nariño, me llevó

al trabajo de Gregg & Seigworth (2010) y Woodward & Lea (2010) donde encontré pistas para estructurar una perspectiva metodológica que invitara a rastrear las maneras en que actores humanos y no humanos participan y hacen manifiesta su existencia. La agencia² se convirtió en una noción clave que expandió mi mirada sobre las preguntas y los lugares donde debía posar mi observación.

El mayor reto que encontré fue al delimitar analítica y espacialmente mi ‘área de estudio’ fue precisamente la fijación de bordes y límites. La región norte de Nariño, el área de estudio donde se sitúa el paisaje caficutor que se construye a través de territorios con actores en diversas ubicaciones locales y remotas, tiene muchos bordes y límites. La mayoría están superpuestos, son evanescentes o difusos y móviles. No todos son físicos y cuando lo son, no tienen las mismas marcas para delimitarlos. Las primeras decisiones metodológicas para delimitar mi área de estudio fueron ejercicios de cartografía participativa cuyos resultados multiplicaron y ampliaron la noción de territorio, cerraron la de paisaje y determinaron que para acercarme a la relación entre estas dos nociones debía partir de la ambivalencia y la multiplicidad. A partir de los ejercicios cartográficos iniciales con campesinos y campesinas de la región, aprendí que coexistían territorios en un mismo paisaje de la caficultura nariñense.

A partir de este aprendizaje estructuré una estrategia metodológica a través de entrevistas, historias de vida, observación participante y mapeo participativo para indagar por los territorios que configuraban el paisaje y para encontrar un elemento que permitiera entender las conexiones entre ellos. El objetivo era analizar al paisaje caficutor como un producto de esos encuentros. Fue en las entrevistas con jóvenes campesinos en 2018 cuando identifiqué al cuidado como una noción clave a la que estuve obviando por mucho tiempo. Su valor analítico, conceptual y etnográfico lo construí de alguna manera deambulando, en la apertura y permitiéndome resonar con los hallazgos de campo. En una estancia de investigación en *Wageningen University and Research*, durante el otoño de 2019 encontré en compañía de los investigadores que me acogieron, un cuerpo de literatura y pistas teóricas para construir un acercamiento territorial del cuidado. Este aprendizaje me permitió trabajar con la frustración de no tener un diseño metodológico previo

² Retomando la definición que propone Ruiz Serna en su análisis sobre las relaciones que permiten considerar al territorio como víctima en el Bajo Atrato “agencia, en su sentido más amplio, es la capacidad de un agente de actuar en un mundo dado. Siguiendo a Descola (2006), Kohn (2013), Latour (2008, 2013) y Viveiros de Castro (2010), entiendo agencia como la capacidad que tienen muchas entidades no-humanas (espíritus, animales, plantas, lugares) de crear relaciones, de generar y participar en asociaciones o redes de significado a través de atributos que les son propios: intencionalidad, subjetividad, representación, sentido o lenguaje” (2017, 86)

a mi acercamiento a campo y con el volumen de información variada que tenía sin saber cómo hilarla. Dejar a un lado una lectura de la investigación como un proceso delimitado por la definición impecable de un problema, un área de estudio y una pregunta que defina los instrumentos con los que llegaría a coleccionar datos a campo, como si estuvieran allí posados para ser capturados, fue revelador.

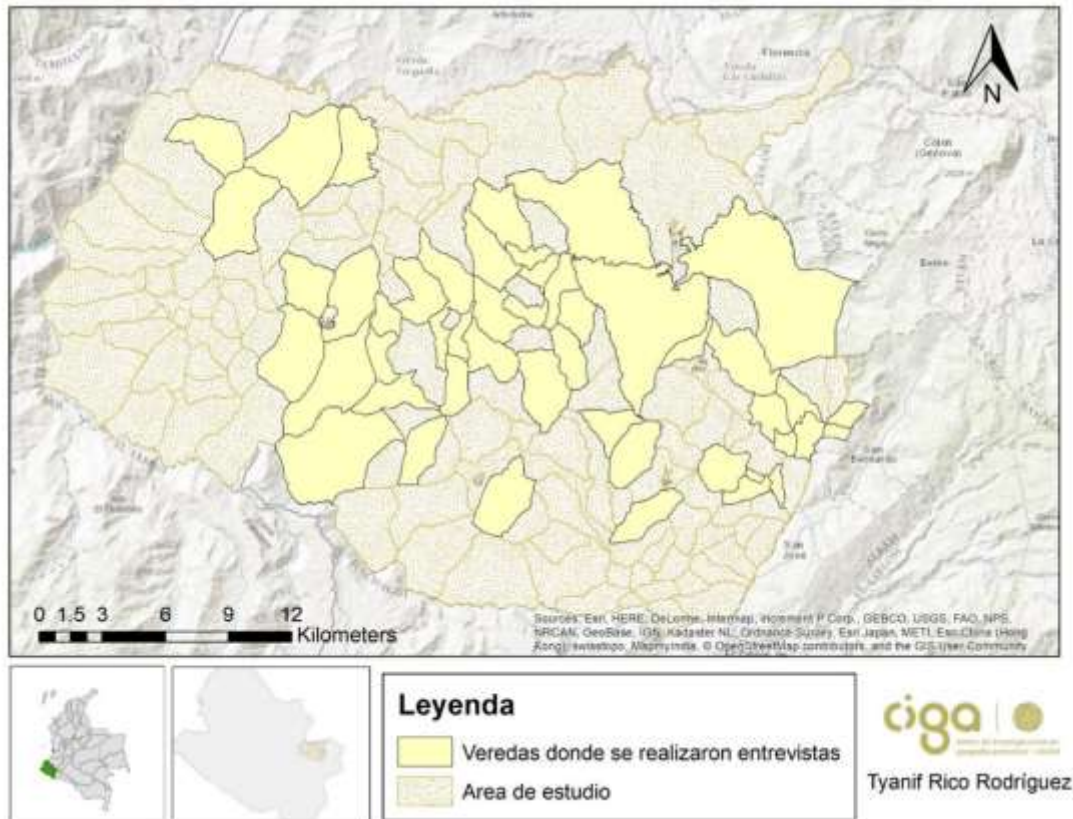
Ese modelo tradicional de investigación trajo mucha angustia e incertidumbre. Fue precisamente en la apertura y el aprendizaje genuino del trabajo de campo sobre las dinámicas espaciales de un lugar que las categorías espaciales paisaje/territorio fueron tomando forma. Al entender que el cuidado era una relación territorial que articulaba múltiples usos, actores y prácticas me permití observar y abrazar la ambivalencia y la falta de respuestas cerradas y concretas que hasta entonces había encontrado. La exploración de estrategias metodológicas adquirió sentido y un orden lógico después de deambular a través de ese camino. Una operación similar a la que describe Ingold (2011) a través de la noción de *wayfaring* o el proceso de habitar y construir el mundo y sus sentidos a través de procesos de aprendizaje resultado del movimiento y el recorrido. De esta forma construí una conexión territorial y analítica entre los temas que aparentemente estaban dispersos, tales como: la producción de café especial, las formas de habitar de los campesinos, las propuestas organizativas locales, los cultivos y las técnicas de manejo y las múltiples existencias humanas y más que humanas que resuenan en ese paisaje.

Trabajos como los de Carolan (2008), Dewsbury et al (2002), Lorimer (2012) y Waterton (2018) inspiraron la construcción de instrumentos para registrar resonancias más que humanas, que desde la geografía han sido exploradas muy recientemente. En sus trabajos encontré maneras de articular análisis territoriales en los que la participación y enunciación de los mundos no humanos tenían un lugar no subordinado a las decisiones o prácticas humanas. Estos trabajos fueron clave para pensar formas de articular mis preguntas y de afinar mis habilidades de observación sobre los vínculos, más que sobre los actores.

Las familias y los campesinos con quienes trabajé fueron seleccionados a través de estrategias de bola de nieve, relacionadas con mi experiencia previa en el trabajo de campo. La mayoría de las familias participa en diferentes grupos, asociaciones o colectivos a través de los que me presenté e introduje a la región. Las conversaciones informales y las entrevistas se hicieron con una muestra aleatoria de hombres y mujeres campesinas a través del efecto bola de nieve. Esta muestra se redujo a lo largo del proceso de investigación a través del acotamiento de la observación de discursos y prácticas concretas con informantes clave definidos a través de

criterios de rapport (Guber, 2001). Esta delimitación de la muestra se hizo en función del desarrollo de ejercicios de mapeo con familias que pudieron atenderme y recibirme en su casa, así como los pequeños grupos de las organizaciones locales en las que participan. Finalmente, de 51 entrevistados en total durante los meses de campo en 2018 en distintas veredas (Figura 2) la muestra se redujo a 3 familias con las que realicé entrevistas a profundidad a través de la estrategia de historias de vida y observación participante.

Figura. 2 Mapa entrevistas veredas



Por otro lado, se encuentran los funcionarios que pertenecen a lo que llamo actores institucionales. Específicamente en Nariño, estos actores refieren a instituciones del Estado representadas en las alcaldías municipales, el Departamento Nacional de Planeación (DNP), la Federación Nacional de Cafeteros de Colombia (FNC). Así como a los funcionarios de empresas de comercialización de café con presencia regional e internacional como Banexport. Otro grupo de personas pertenecen a las entidades de cooperación para el desarrollo a nivel local, nacional e internacional, tales son el Centro de Investigación y Educación Popular (CINEP), la Iglesia católica, específicamente la Pastoral Social de la Tierra y la Diócesis de Pasto y el Catholic Relief

Services (CRS). De igual forma se encuentran organizaciones campesinas de nivel veredal como las Escuelas Agroambientales Veredales del municipio de San Lorenzo o los grupos de trabajo pastoral del municipio de la Unión y las Juntas de Acción Comunal y los grupos de trabajo pastoral en Taminango, San Lorenzo, La Unión y Arboleda. Las organizaciones campesinas del nivel municipal o regional son el Comité de Integración del Macizo (CIMA) y el Comité Nacional Agrario (CNA).

Debido a las condiciones actuales de aislamiento físico relacionadas con la pandemia del SARS-CoV-2 o COVID 19, el periodo de trabajo de campo planeado para el segundo semestre de 2020 fue cancelado. En este periodo proponía realizar entrevistas a profundidad y observación participante con cinco familias, con el objetivo de apuntar reflexiones sobre la gestión local y la posibilidad de pensar ejercicios de ordenamiento territorial a través de instrumentos, perspectivas y relaciones que se tejen entre múltiples actores, particularmente desde la perspectiva de los campesinos. Sin embargo, gracias al *Fondo de la Fundación WWB Colombia para la investigación*, que me fue otorgado para 2021, pude gestionar de manera remota una estrategia de recolección de información para el cierre del proyecto.

Gracias a este fondo estructuré una estrategia colaborativa con facilitadoras en campo con quienes trabajé en la realización de entrevistas con diez personas, mapas prospectivos de las fincas con seis familias y un grupo de líderes locales. Así como historias de vida con las facilitadoras. Con este material alimento los capítulos y reflexiones finales sobre la gestión y los ordenamientos territoriales pensados desde el cuidado y desde los mundos campesinos. Vale la pena señalar que una parte de la investigación documental, de archivo, así como algunas entrevistas y material cartográfico sobre los procesos de poblamiento e historia agraria local, la retomo del material de campo recabado durante mis trabajos de investigación previos en la región (Rico Rodríguez, 2013; 2016) así como las publicaciones derivadas del proceso de investigación para esta tesis (Rico Rodríguez 2018, 2020, 2020a, 2020b; Rico Rodríguez y Urquijo Torres 2021). A continuación, detallo las estrategias metodológicas que utilicé durante la investigación y el uso que di a la información recabada a través cada una.

Revisión de Archivos, páginas web y entrevistas

Para construir una narrativa de la historia agraria y de la organización social y productiva del norte de Nariño, utilicé materiales de historia oral a través de las entrevistas y elementos de las

historias de vida con campesinos, así como revisión de archivos. De esta manera identifiqué procesos agrarios regionales e hitos en la trayectoria de vida de los entrevistados relacionados con luchas agrarias; eventos naturales como la erupción del Volcán Doña Juana (Navarro et al., 2009); o la intervención de actores como la Iglesia o FNC, para triangularlos posteriormente con la información disponible en los archivos consultados. Este proceso permitió encontrar un marco temporal para entender el establecimiento del café en la zona hacia la década de 1930 y su importancia para los procesos de asentamiento y organización. De la misma manera fue clara su relevancia para el desarrollo de la identidad productiva de los campesinos de la zona. Estos eventos clave permitieron identificar cómo los programas, políticas y estrategias institucionales tienen matices locales con resonancia en los espacios de decisión nacional e institucional. Las reflexiones que despertó la revisión documental también se alimentaron por las charlas informales y entrevistas con investigadores sobre la región, funcionarios de organizaciones de cooperación para el desarrollo o comercializadoras de café.

Exploré los sitios web de las comercializadoras internacionales que compran directamente café en la región, o a través de intermediarios institucionales como la Iglesia, la gobernación o las organizaciones comunitarias. Revisé planes, proyectos y publicaciones oficiales de estas empresas, así como de las organizaciones que rigen las dinámicas de comercialización y mercado del café especial como la *Specialty Coffee Association* y las certificadoras como *Rainforest Alliance*.

Observación participante

Para explorar modos de cuidar realicé entrevistas abiertas, sobre las formas de manejo de las fincas, la percepción de los campesinos sobre los modos de cuidado de otros actores relacionados con la producción de café o sus formas de manejo de la naturaleza. Observé prácticas, discursos y relaciones en las que el cuidado estuviera presente a través de recorridos por las veredas, jornadas de trabajo en las parcelas, huertas y casas. Documenté formas de mantenimiento de las fincas, las estrategias de cuidado de los cultivos, los animales y la economía familiar. Observé las formas en que se articula la vida cotidiana entre campesinos, animales domésticos, herramientas, plantas, etc. Documenté nueve espacios públicos de reunión local y comunitaria para evidenciar usos del cuidado en espacios de gestión colectiva. Hice observación de la siembra y cosecha del grano acompañando el proceso de cultivo, cosecha y recolección en

las fincas. Documenté prácticas de catación y clasificación del café, así como momentos de compra y comercialización. Finalmente, documenté formas de consumo de café en Suiza y Países Bajos con tres estudiantes universitarios³ e indagué sobre el interés en el café especial y la información que consideraban relevante para elegir el producto. Este material se registró a través de entradas en mi diario de campo, fotografías, grabaciones de audio y video. Los insumos fueron transcritos y clasificados para el análisis.

Cartografía participativa

Los ejercicios cartográficos permitieron identificar la multiplicidad de límites territoriales que hay en el paisaje de la zona. Durante junio a noviembre de 2018 realicé cinco ejercicios de cartografía con habitantes de distintas veredas de los municipios de Taminango, San Lorenzo y La Unión. Realicé dos tipos de ejercicios en los que participaron un total de ochenta y cinco personas. Ambos ejercicios tenían tres momentos: una reflexión inicial dirigida a través de ejercicios de respiración y relajación para hacer memoria de la trayectoria de cada persona en el lugar que habita. Un segundo momento de representación de esos vínculos a través de un dibujo o escrito. Para pasar, en un tercer momento, al trabajo en grupo para identificar cómo esas relaciones se podrían expresar en un mapa colectivo

En estos ejercicios se hicieron sobre bases cartográficas hechas con la valiosa colaboración de los colegas del grupo de investigación en *Ciencias Sociales y Saberes de la Biodiversidad del Instituto de Investigación en Recursos Biológicos Alexander von Humboldt*, durante mi estancia de campo en 2018. A través de los mapas exploré la relación entre distintos elementos del paisaje con partes del cuerpo, o con proyectos de territorio que se gestionan desde el cuerpo o están relacionados con lo que hace el cuerpo desde la cotidianidad de las fincas. La narrativa que cada persona ponía en el mapa, al exponerlo ante el grupo, permitía hacer un ejercicio de traducción de símbolos. Las preguntas que dinamizaron los dos ejercicios cartográficos se encuentran en la Tabla 1.

Realicé un registro de los mapas prospectivos de las fincas campesinas producidos a través de la metodología del ‘disueño’. Se trata de un ejercicio de planeación prospectiva de la vida familiar a través de mapas de la finca en donde se proyecta a futuro el espacio de vida, identificando cómo se quiere vivir en el territorio familiar. Esta metodología es implementada

³ Durante mi estancia de investigación en estos países realicé entrevistas muy cortas sobre su consumo de café, preferencias y procedencia, entre colegas y compañeros.

por el acompañamiento de la Pastoral Social de la Tierra y es un aprendizaje que retoman de la Asociación de Desarrollo Campesino (ADC). Una organización campesina de la región de la laguna de La Cocha al sur del departamento de Nariño.

Tabla 1 Ejercicios cartografía participativa

Ejercicio mapeo	Preguntas	Descripción grupos	Materiales
Ejercicio 1. Trabajo grupal con siluetas del cuerpo.	<p>¿Cuáles serían los elementos del territorio y del paisaje, más importantes para ustedes?</p> <p>¿Estarían relacionados con alguna parte del cuerpo?</p> <p>¿Por qué recordamos o elegimos estos, qué nos conecta con ellos?</p> <p>¿Podrían representarse en una silueta del cuerpo esas relaciones y luego explicarlas a todo el grupo?</p>	Dos grupos de niños, niñas entre 8 y 16 y mujeres entre 18 y 50 años en la vereda San Gerardo.	Marcadores, colores, plumones de colores. Pliegos de papel.
Ejercicio 2. Trabajo individual y grupal con mapas del cuerpo (a) y mapa colectivo(b).	<p>(a) ¿Cuáles serían los elementos del territorio y del paisaje, más importantes para ustedes?</p> <p>¿Estarían relacionados con alguna parte del cuerpo?</p> <p>¿Por qué recordamos o elegimos estos, qué nos conecta con ellos?</p> <p>(b) ¿Dónde se ubican en el mapa estos elementos, podríamos identificarlos?</p> <p>¿Estos elementos podrían ayudar a delimitar y señalar cuál es nuestro territorio?</p> <p>¿Quiénes habitan en este paisaje, podríamos ubicar dónde están, qué relación tenemos con ellos?</p>	<p>Cinco grupos:</p> <ol style="list-style-type: none"> 1. Dos grupos de niños entre 8 y 12 años, jóvenes entre 14 y 16 años, y mujeres entre 35 y 40 años (San Vicente). 2. Mujeres y hombres entre 20 y 70 años, jóvenes entre 13 a 19 años y niños entre 7 y 12 años (San Gerardo) 3. Mujeres y hombres entre 25 y 70 años. (Taminanguillo) 4. Mujeres y hombres entre 17 y 65 años (La Jacoba). 	<p>Hojas blancas Colores, plumones, marcadores, lápices, post it, señaladores.</p> <p>Mapa topográfico de la región tamaño plóter.</p>

Revisión bibliográfica

Otra dimensión metodológica de esta investigación fue la construcción de un marco analítico y conceptual para problematizar la información recabada en campo, archivos y revisión documental. Hice una revisión bibliográfica sobre conceptos de territorio, paisaje, gobernanza

ambiental, prácticas y relaciones de cuidado en la literatura enmarcada por la ecología política, las perspectivas neo-materialistas en geografía, además de estudios de casos sobre historia ambiental a partir del conocimiento local. Estas búsquedas se realizaron a través de los catálogos de las bibliotecas de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) los catálogos en línea y físicos de tesis de universidades en Colombia, tales como la Universidad Nacional de Colombia (UNAL), la Universidad de Nariño (UdeNar), la Universidad de los Andes (Uniandes), la Pontificia Universidad Javeriana (PUJ), así como de los repositorios en físico y en línea de la Biblioteca Nacional de Colombia (BNC), la Biblioteca Luis Ángel Arango (BLAA) y el centro de documentación de Centro de Investigación y Educación Popular (CINEP).

Revisé bases de datos de revistas especializadas en el tema como: *Progress in Human Geography*, *Social & Cultural Geography*, *Annals of the Association of American Geographers*, *Royal Geographical Society*, *Dialogues in Human Geography*, *Emotion, Space and Society*, *Geoforum*, *European Journal of Social Theory*, *Journal of Rural Studies*, *Cultural Anthropology*, *American Anthropologist*, *Theory, Culture & Society*, además de la Revista Colombiana de Geografía y la Revista Colombiana de Antropología. Para navegar en estas revistas se utilizaron como criterios de búsqueda a través de combinaciones de nociones como: *Assemblage & Geography*, *Posthuman geography*, *More-than-human geography*, *emotional geography*, *affect perspective*, *care*, *political ecology*, *geography of care*, ontología política, cuidado, campesinos, etnografía, paisaje y territorio. Así mismo, la búsqueda se filtró a través de autores y material bibliográfico referido en las bibliografías y el material de consulta de los textos de referencia.

Paisaje como ensamblaje territorial

El paisaje andino es una “colcha de retazos”. Cada parcela habla de todas las historias de la que es producto, desde las trayectorias de la familia que la cultiva, hasta las políticas de tierras que delimitaron su tamaño. El paisaje del norte de Nariño es una colcha de retazos resultado de múltiples relaciones, ubicaciones y actores; un ensamblaje de trayectorias que enactan. Propongo entender al paisaje como un ensamblaje territorial con el objetivo de reinscribir las prácticas humanas dentro de un colectivo multiespecie, dando cuenta de las relaciones políticas asimétricas que configuran los mundos de la caficultura en la región norte de Nariño. La comprensión del paisaje como un ensamblaje territorial permite abordar “elementos heterogéneos que pueden ser humanos y no humanos, orgánicos e inorgánicos, técnicos y naturales. En términos generales,

busca difuminar las divisiones analíticas entre lo social versus lo material o entre actor y estructura” (Anderson & McFarlane, 2011, p. 124).

Para entender al paisaje como un ensamblaje de múltiples territorios, recurro a los recursos conceptuales de Manuel de Landa para analizar cómo “en cualquier escala, siempre estamos tratando con poblaciones de entidades que interactúan (poblaciones de personas, pluralidades de comunidades, multiplicidades de organizaciones, colectividades de centros urbanos) y es a partir de las interacciones dentro de estas poblaciones que emergen conjuntos más grandes como consecuencias colectivas no intencionadas de la acción intencional” (2012, p. 258).

El paisaje del norte de Nariño es un ensamblaje en el que humanos y más que humanos habitan (Panelli, 2010; Whatmore, 2002; Wright, 2014) generando proyectos territoriales que buscan hacerlo su espacio de existencia. El trabajo de Ogden (2011) es una referencia clave para el análisis a partir del uso que propone de la noción de *territorial assemblage*. A través de este concepto la autora describe las tareas de aquellos colectivos humanos y no humanos, que se traducen en la demarcación de un territorio. En su análisis los paisajes son el producto de estos ensamblajes y los intereses territoriales sobre estos paisajes se extienden mucho más allá de los límites físicos de su ubicación. En este caso la descripción etnográfica la construyo a través de tres procesos intrincados: el café, la organización comunitaria y la biodiversidad.

El paisaje, en geografía, ha sido una categoría relacionada con la percepción, el sentido del lugar y la historicidad de la organización del espacio. Particularmente de las contribuciones de la geografía cultural y humanista que conciben sujeto y espacio como productos relacionales (Thrift, 1999; Tuan, 1979). El paisaje como mecanismo analítico nos permite comprender estas diferentes trayectorias y experiencias desde su lugar como una amalgama, como una unidad analítica de la experiencia materializada (Nogué, 2009). Mi propuesta de investigación no plantea un análisis sobre las distintas concepciones de lo que es un paisaje en una lectura de las percepciones o las disputas de sentido. Por el contrario, busca sostenerse en la multidimensionalidad y la capacidad de sobreposición intersubjetiva de una lectura cultural del paisaje, entendido como una herramienta analítica en compañía del uso metodológico de la noción de territorio. Es decir, paisaje como unidad de análisis y territorio como unidad de observación⁴.

⁴ Algunas referencias sobre lecturas culturales del paisaje pensado como herramienta reflexiva se pueden encontrar en los trabajos de Lindón & Hiernaux, (2006), Nogué (2009) o Azcárate Luxán & Fernández (2017) y los trabajos compilados por Checa-Artasu & Sunyer Martín (2017).

El paisaje como una superposición de capas de información es un modelo epistemológico útil para pensar la multiplicidad territorial. Cómo se hicieron esas capas y cómo mi propio proceso de investigación está inmerso en ellas, es parte del problema analítico que quiero desarrollar a través de la noción de ensamblaje. Esas superposiciones evidencian la coexistencia a través de trayectorias, proyectos e intereses que pueden estar en disputa y que me gustaría pensar desde el diseño ontológico (Escobar, 2018). Es justamente en el agenciamiento de la multiplicidad que ese paisaje existe y a través de la cual quiero dar cuenta de aspectos de su configuración, enfocándome en la producción de café especial.

Reconocer la multiplicidad territorial que configura al paisaje potencia las posibilidades de ordenamiento y gestión desde nociones como gobernanza. Sin embargo, esta noción debe partir de una discusión que permita visibilizar las posibilidades de planificación, o diseño de formas de habitar, que agencie la existencia de muchos mundos (Escobar, 2018). En esta investigación expandir nociones sobre lo político, la participación y la gestión en los mundos campesinos, a través de la configuración del paisaje, es una manera de articular una idea de gobernanza a partir de la discusión entre política, planeación y formas de existencia que nos den pistas para redibujar lo que es posible. La conceptualización del territorio como un espacio de existencia, explicado a través de una perspectiva material del paisaje, es una forma de visibilizar los proyectos de vida de las comunidades campesinas como marcos para la conservación y el ordenamiento territorial en la articulación de mundos multiespecie o más que humanos.

Otros ordenamientos son posibles. Por ello una discusión de la gobernanza en clave territorial, a partir del paisaje, puede ser una forma fructífera de reposicionar y rearticular las relaciones de poder que dan forma a ideas sobre cómo se produce, se conserva, se comercializa o se habita. Diseñar esas articulaciones es clave. Visibilizar los modos de cuidado en los que participan y se insertan los mundos campesinos en vínculos más que humanos es uno de los aportes de esta investigación. El objetivo es visibilizar mecanismos para la planeación y el ordenamiento territorial partiendo del reconocimiento de vínculos más que humanos.

Cuidado una noción ambivalente

La masificación del consumo de café especial⁵ ha generado cambios importantes en el paisaje de Nariño, así como en las prácticas de cultivo, comercialización e incluso organización política. A través de narrativas en torno al cuidado ambiental y el bienestar comunitario, las comercializadoras internacionales han configurado un nicho de producción y consumo, que se sostiene en las condiciones de incertidumbre en la tenencia, el endeudamiento para adquirir insumos o fertilizantes y la dependencia estacional a un producto comercial para percibir ingresos. Las fincas, de una hectárea en promedio, están conformadas por parcelas dispersas. Las prácticas de sostenimiento familiar son un conjunto de actividades relacionadas con el cuidado ambiental para el sostenimiento de los ciclos de composición y descomposición que nutren la agricultura campesina (Lyons, 2020). Estas prácticas constituyen el funcionamiento de aquella dispersión como unidad, articulando procesos de descomposición, producción estacional, bienestar de los suelos o incluso religiosidad católica.

En el contexto de la región de estudio, cuidado es una noción utilizada para referirse a dos procesos de territorialización que van de la mano. Por una parte, un uso discursivo y práctico por parte de las organizaciones campesinas en sus luchas por el reconocimiento como sujetos campesinos de derecho ante el Estado. Estas son prácticas y discursos situados en los intersticios entre formas de división sexual del trabajo y el reconocimiento del rol de las mujeres en la soberanía alimentaria, la reproducción de la familia, así como el conocimiento experiencial acumulado sobre las formas de sostenimiento de los lazos comunitarios. Por otro parte, es una forma de referir los vínculos con la naturaleza y las formas de manejo ambiental de las y los campesinos en la vida cotidiana. Vínculos que articulan tanto las actividades en su finca como sus relaciones con el bosque, el agua y las interdependencias con otros humanos y no-humanos.

⁵Tomando los criterios de la *Specialty Coffee Association* (SCA) podría definirse como un café de buena preparación, de un origen único y sabor distintivo. Las condiciones geográficas y climáticas permiten la producción de granos a los que se asocia una identidad territorial. Como indicaba el presidente ejecutivo de la SCA en 1998 ‘un café especial es un café que ha sido debidamente cuidado’. En línea <https://www.utp.edu.co/cms-utp/data/bin/UTP/web/uploads/media/comunicaciones/documentos/Articulo-QUE-ES-UN-CAFE-ESPECIAL.pdf> Consultado 08/02/2021.

A partir del trabajo de campo defino el cuidado, en los mundos campesinos del norte de Nariño, como el conjunto de actividades que se realizan desde el territorio de la finca⁶ a partir del conocimiento experiencial local para sostener la vida y las relaciones de bienestar mutuo, en las que el cuerpo y una dimensión sensorial son claves, más allá de representaciones sobre el sentido de lugar. Retomo la definición de Krzywoszynska, quien plantea, parafraseando a Tronto y Fisher (1990), que el cuidado es la totalidad de las actividades que permiten el mantenimiento, continuación y reparación del mundo de la finca y la naturaleza, a partir del conocimiento experiencial (2016, p. 289). Pensar desde el cuidado en la geografía suma al entendimiento de las experiencias individuales y colectivas que constituyen los vínculos más que humanos que delimitan nuestra vivencia espacial.

La dimensión corpórea y sensible que reviste al entendimiento del cuidado agrega aristas de análisis a los trabajos más emblemáticos de la geografía humanista en torno a la percepción del lugar (Tuan, 2007; Lynch, 2018). El cuidado no solamente remite a los vínculos de mutuo bienestar entre mundos más que humanos. Su potencial territorial reside en la capacidad prospectiva y de diseño que se sustenta en las prácticas sensibles de los cuerpos. Ejemplos de ello veremos más adelante con la relación de los campesinos con los cuyes, las montañas, el agua e inclusive la pertenencia a organizaciones comunitarias que garantizan elementos de calidad al café, según las empresas internacionales. A través del cuerpo y de los vínculos sensibles entre seres humanos y no humanos se define, delimita, planea y da forma al territorio. El cuidado en sus usos ambivalentes es precisamente la puerta de entrada analítica para observar múltiples experiencias espaciales y proyectos de territorio que configuran el paisaje nariñense.

Es por ello por lo que el pasaje del norte de Nariño es un ensamblaje de modos de cuidado que van más allá de los campesinos y las existencias con las que comparten la finca. Las prácticas y discursos asociados al cuidado reúnen agentes en múltiples ubicaciones, tales como las instituciones gubernamentales, las entidades de cooperación para el desarrollo o las comercializadoras internacionales quienes asocian prácticas y discursos del cuidado a criterios de calidad que conforman el café especial. Entre estas se cuentan la procedencia exacta, los procesos

⁶ Una finca campesina es el espacio de vivienda y reproducción familiar, en el caso de Colombia, puede ser un predio constituido por diferentes lotes dispersos sobre los que una familia tienen propiedad no siempre reconocida o garantizada por Estado. El tamaño puede variar según las regiones del país y sus condiciones geográficas. En la Ley 1 de 1968 se formalizó la Unidad Agrícola Familiar (UAF) como la extensión mínima de tierra para la reproducción de una familia campesina. Una medida variable según las condiciones geográficas, decretada desde la reforma agraria de 1961. Sin embargo, en la mayoría del país la extensión de tierra en la que viven los campesinos no cumple los requerimientos de una UAF.

artesanales de beneficio del grano y los aportes ecosistémicos de la agroecología campesina para el cuidado del bosque nativo, el agua y la regeneración del suelo. Estas prácticas se reúnen en una idea de cuidado ambiental. Para las comercializadoras, y sus prácticas de trazabilidad, la calidad es garantizada por la localización de microlotes que clasifican la procedencia de granos de alta calidad, con características exclusivas en función de las condiciones del terreno del que proviene. Esta noción transforma las condiciones de incertidumbre en la tenencia, el hacinamiento productivo y la vulnerabilidad al cambio climático en criterios de exclusividad.

La transformación de las condiciones agrarias y productivas en criterios de calidad y exclusividad para el mercado de café especial, se da a través de usos discursivos del cuidado que asocian exclusividad y calidad con pequeña producción localizada. Los microlotes tienen como garantía aquellas condiciones agrarias desiguales que caracterizan la distribución de la tenencia y los usos del suelo en la región. Es una noción que refiere tanto a la pequeña extensión de las parcelas, de donde se obtiene el café, como al perfil de taza que adquiere cada cosecha después de su evaluación en el proceso de catación.

Las escalas territoriales, actores y relaciones que se establecen para producir café especial están intrincadas en una compleja red de interdependencias entre humanos, no-humanos y sus múltiples entendimientos sobre la naturaleza. Así mismo están intrincadas múltiples formas de evaluar, construir nociones sobre lo que es valioso y repertorios para cuidarlo. A esto último me refiero con la idea de mundos de valor⁷. Múltiples formas de cuidado pueden apoyarse y minarse simultáneamente particularmente cuando están embebidas en contextos ecológico-políticos más amplios (Rahder, 2020, p. 203).

Tomemos por ejemplo al cerro ‘Pan de azúcar’. En una mañana con Luz, una campesina caficultora, recorriendo los lugares emblemáticos del municipio de Taminango llegamos al cerro ‘Pan de azúcar’. Ella decidió llevarme allí porque es un lugar de peregrinación al que podíamos llegar a través de cultivos de café que están en medio del bosque, que ella quería mostrarme especialmente. Hace unos años se apareció una silueta de una virgen dibujada sobre una piedra en la que hicieron un pequeño altar en la cima de la montaña. En este mismo cerro estuvieron

⁷ Esta noción me gustaría usarla a propósito de los trabajos de Kockelman (2016) sobre la inconmensurabilidad y los valores portables entre pollos, humanos, entidades cooperación y turistas en constante interacción en una comunidad Maya de Guatemala. El trabajo de Besky (2020) quien problematiza la multiplicidad de formas de construir valor en la calidad y el consumo de té en India, también es una referencia clave en el tema. Ambos problematizan la multiplicidad de entendimientos sobre la naturaleza y la construcción de nociones y prácticas acerca de lo que es valioso.

haciendo exploraciones para la explotación de minerales e hidrocarburos. Actividades que amenazan el cuidado del agua y el bienestar de los suelos, como enfatizó Luz. Esta es una zona predominantemente agrícola y de auto subsistencia.

En la cima de aquella montaña hay varias placas y objetos que los peregrinos han dejado para marcar sus promesas, la mayoría para pedir buena salud, buena cosecha y buen precio para el café. El plan de la comunidad es construir una capilla arriba de esa montaña. Marcar su sacralidad religiosa, también es una manera de marcar su sacralidad ambiental. La tarde anterior en un taller de cartografía con los vecinos, varios campesinos me contaron sobre los encantos que tiene el cerro y el cuidado que hay que tener con él. Entre esas una gallina de oro que se le aparece en los caminos a la gente avara para hacerlos perder. Así le pasó a un vecino que quería arrendar un espacio de su finca cuando estuvieron buscando sitios de prospección para sacar petróleo.

Sobre la montaña se superponen distintas capas de significación y entendimientos del cuidado que además se sostienen a través de prácticas y relaciones entre modos de comprender la montaña, el petróleo, las acciones adecuadas y cuidadosas, de las que no, los usos del cuerpo, etc. Todas ellas conviven y se relacionan a través de los usos del paisaje, muchas veces en disputa y otras veces articuladas. Sin embargo, coinciden en aquel paisaje teniendo búsquedas y dimensiones territoriales múltiples.

Dos dimensiones analíticas del cuidado

El cuidado como una articulación de discursos y prácticas globales y locales sobre el bienestar y la naturaleza invita a pensar la construcción de lo colectivo más allá de la incidencia humana. Analizar los usos ambivalentes del cuidado es clave para una lectura territorial. Expongo dos dimensiones analíticas del cuidado para problematizar los intercambios entre mundos de valor en la construcción de nociones como naturaleza o bienestar que marcan los bordes de las búsquedas territoriales de distintos actores en el paisaje caficultor del norte de Nariño.

Como afirma Puig de la Bellacasa (2017) el cuidado ha sido pensado a partir de los vínculos: trabajo/labor, afectos/emociones y ética/política. Una dimensión del cuidado ha sido abordada por la literatura centrada en el trabajo feminizado. Han sido los estudios y luchas

feministas las que han buscado desesencializar esta noción, formulando dimensiones éticas del cuidado que visibilizan ambivalencias en la interacción entre subjetividades y acciones⁸

Estos debates han sido antecedentes de conceptos como la economía del cuidado, que en Colombia tienen protagonismo en la política pública sobre el acceso a la propiedad rural. Sepúlveda (2017) afirma que en el plano gubernamental la narrativa del desarrollo humano ha guiado la construcción y reconocimiento de políticas del cuidado, a través de mecanismos y miradas economicistas. Esto ha implicado la esencialización del cuidado como una actividad que recae en las mujeres⁹. De esta misma forma el cuidado está presente en los discursos de entidades de cooperación para el desarrollo, que usan la producción de café especial como una estrategia de intervención, a través de narrativas sobre el cuidado ambiental y el bienestar comunitario. En esta intersección se sitúan las comercializadoras internacionales y los circuitos de consumo de especialidad sostenidos a partir de relaciones multiescalares y multiespecie, estructuradas desde las fincas en Nariño hasta las cafeterías de Kreuzberg en Berlín o los Aeropuertos de Chicago.

Un ejemplo de estas relaciones es el ciclo de producción de abono y cuidado del suelo que sostienen entre los cuyes, la hierba, los microorganismos y Lucio en el municipio de San Lorenzo. En un recorrido por la finca, Lucio me explicaba que para cuidar del suelo debía mantener cuyes. A partir de esta experiencia con Lucio, que desarrollo en el segundo capítulo, los ciclos de cuidado que sostienen la vida campesina, y el café especial, fueron claros. A través de un sistema de canales las heces de los cuyes se colectan para ser procesadas como abono del café. Con ayuda de microorganismos y micorrizas, que toma y reproduce del bosque, las heces se transforman en abono. En la parcela donde está cultivado el café, también crecen distintas hierbas con las que alimenta a los cuyes; animales que son para el consumo familiar o la venta local. Estas hierbas, además de otros árboles frutales y endémicos, no solo generan sombra para el café y el suelo, sino que dan un toque de sabor particular al grano. Muestra de ello han sido los perfiles de taza que obtiene cuando evalúan su café, a través de las ruedas de sabor como dispositivo técnico de clasificación para la venta en el mercado de *microlotes*. Esta clasificación

⁸ Ver al respecto los trabajos emblemáticos de Fisher y Tronto (1990), Guillian (1982) en Arango (2011) además de la revisión que hace Puig de la Bellacasa (2017).

⁹ Un ejemplo de este proceso se puede observar paradójicamente en los instrumentos para garantizar el acceso a la propiedad formal de las mujeres rurales producto del Acuerdo Final (2016) por medio del decreto 902 que reconoce la economía del cuidado como el aporte del trabajo femenino en la economía familiar y campesina, y establece los mecanismos para priorizar los procesos de dotación y formalización a través de las mujeres rurales. El cuidado se reconoce esencialmente como un trabajo femenino.

sitúa su producto en las coordenadas de compradores como *Café Imports* en Berlín o *Stumptown* en Chicago.

La segunda dimensión del cuidado que me gustaría tomar está relacionada con un elemento clave para los contextos rurales en Colombia. El cuidado de la tierra hace parte de un conjunto de relaciones que tienen comunidades indígenas, campesinas y raizales para la reproducción de la vida colectiva y del territorio, como afirma Ulloa (2017). Esas relaciones se basan en la distribución de roles, vínculos de bienestar mutuo, así como en estrategias de conservación y producción donde las mujeres tienen protagonismo en el liderazgo de procesos de defensa ambiental y territorial.

En la región norte de Nariño las organizaciones de mujeres han sido protagonistas en la defensa de los derechos agrarios, territoriales y políticos del campesinado. Sus luchas articulan el cuidado del medio ambiente, los vínculos comunitarios y la defensa del territorio, enfrentando las desigualdades de género y los estreñimientos del mercado a través de organizaciones de escala regional como el Comité de Integración del Macizo (CIMA). Particularmente, en este caso, destaca la resistencia contra la gran minería cuyas consecuencias en los ecosistemas, agua y medios de vida campesinos son avasallantes.

Estas dos dimensiones del cuidado permiten visibilizar sus ambivalencias incluyendo las relaciones de poder, control y dominio. El cuidado es un elemento clave para pensar la gestión territorial al permitir reconocer los intersticios que conectan múltiples mundos de valor, prácticas y definiciones de naturaleza intrincadas en un paisaje. Por supuesto reconociendo una dimensión ética integral a una preocupación por lo colectivo, cuya definición expandida no se cierre a ciertas dimensiones de lo humano. Así mismo, debe partir de una definición que desestabilice las jerarquías que relegan lo no-humano a recursos para ser aprovechados, en el caso de una lectura tradicional de la agricultura. Este tipo de organizaciones y prácticas estarían guiadas por lo que Rahder (2020) define como *Compost Politics*. Un tipo de práctica para construir relaciones de gobernanza a partir de modos de cuidado, producción de conocimiento y construcción de sentidos de lugar que transforman el paisaje en contextos donde intervienen múltiples escalas conectadas a través de un producto, como en el caso de Nariño.

El reto es situar al cuidado no sólo como una dimensión analítica ambivalente sino como una dimensión ética que guíe la construcción política y pragmática de formas de habitar en las ruinas (Tsing, 2017). Un punto de partida es el cuestionamiento de los sentidos de explotación de la naturaleza sobre los que organizamos y producimos nuestros mundos. Reconocer las

interdependencias del cuidado entre humanos y no humanos, contribuye con políticas de la naturaleza¹⁰ que problematicen órdenes productivistas y voraces del mercado y el capital. Estas reflexiones nos llevan a plantear la necesidad de preguntarnos de manera constante ¿Cuáles son las historias que incluyen la participación no-humana en el devenir común?

El cuidado permite observar, en el caso de los contextos campesinos, temas nodales en los que múltiples actores y búsquedas territoriales se encuentran. A través del cuidado como una noción que recoge relaciones, discursos y prácticas sobre vínculos con la naturaleza, la producción agrícola y el bienestar comunitario, es posible pensar perspectivas especulativas sobre las relaciones que producen lo vivo, que además descentren la exclusividad de la supervivencia de lo humano. El final de esta tesis apunta a esas posibilidades a partir de ejercicios de mapeo prospectivo planteando reflexiones sobre la gobernanza y el diseño ontológico (Escobar, 2018).

El análisis que propongo atraviesa tres dimensiones del cuidado –trabajo/labor, afectos/emociones, ética/política (Puig de la Bellacasa, 2017)– y del análisis territorial, a partir del contexto del norte de Nariño. Este planteamiento permite articular las reflexiones y preguntas del giro territorial, que hacen énfasis en la producción social del espacio y en los vínculos afectivos, materiales y relacionales entre humanos y no-humanos que intervienen en aquella producción. “Una perspectiva teórica centrada en el cuidado se basa en una concepción relacional de la subjetividad, que se opone al sujeto racional autónomo de los derechos y responsabilidades individuales” (Popke, 2016, p. 506).

Cuidar no es una acción que se ejerce sobre algo o alguien en condición de vulnerabilidad, es una relación intersubjetiva con potencial político y ético claramente territoriales. El cuidado es importante como relación territorial, porque visibiliza formas de existencia o proyectos territoriales encontrados que conviven en el paisaje. Pensar el territorio y su multiplicidad provee una lectura sobre formas de gestión y gobernanza de la naturaleza, a la vez que brinda una lectura crítica de las relaciones de poder que las configuran. El cuidado como relación territorial tiene

¹⁰ Tomo esta idea del trabajo de Bruno Latour (2004) para hacer referencia a los modos de comprensión del mundo que sitúan humanos y no humanos en desigualdad, otorgando la custodia y el derecho de explotación de los primeros sobre los segundos. Así se construye una concepción de naturaleza que posibilita su explotación y usufructo. El trabajo de Laura Ogden es una descripción etnográfica de políticas de naturaleza que tienen claras expresiones en el paisaje de los *Everglades*. En *Swamplife* muestra cómo los usos del suelo se han transformado a partir de distintos repertorios sobre la naturaleza y la legalidad. Su trabajo evidencia que no todos los humanos y no humanos tienen el mismo rol de dominio, ni el mismo poder discursivo en la construcción de narrativas sobre el paisaje.

expresiones que dependen de los actores y proyectos que estén involucrados, por ende, tiene usos ontológicos y políticos ambivalentes.

Mundos campesinos, hacia una idea territorial de sujeto

Es importante poner de manifiesto que cuando los campesinos hablan de sus formas de ordenamiento espacial, jornadas de trabajo y cotidianidad, los seres y objetos no son cosas inertes o inmóviles. Por el contrario, adquieren distintos roles en la vida, en la organización del trabajo, en las referencias al tiempo, el clima y el bienestar (Rico Rodríguez, 2016, 2020). Su agencia es reconocida como parte del ordenamiento de la vida, por tanto, es posible entender cómo sus prácticas y acciones no están mediadas solamente por los humanos o por las necesidades y funciones que deben cumplir las plantas y los animales dentro de la economía campesina. Para los campesinos, plantas, animales y elementos del paisaje ejercen distintas formas de existencia que definen cómo habitan ese lugar compartido en el que viven. Por eso es fundamental comprender qué sentidos y trayectoria tiene esa una idea de campesino cuyo axis es una comprensión territorial del sujeto.

La idea de campesino no solamente refiere a un tipo de identificación del trabajo rural, incluso es un tema en debate actualmente¹¹. Es necesario comprender que esta categoría es resultado del encuentro entre distintos proyectos institucionales ejecutados, discursiva y políticamente para ordenar el espacio y a quienes lo habitan. De igual forma, es producto de las relaciones cotidianas y aprendizajes corpóreos que constituyen la experiencia sobre el lugar que se habita (Krzywoszynska, 2016), el sentido de lugar que construye los vínculos con el paisaje (Tuan, 2007), y los vínculos de cuidado que sostienen las relaciones territoriales que configuran la identidad campesina (Puig de la Bellacasa, 2017; Lyons, 2020).

¹¹ La declaración de los Derechos de campesinas y campesinos que presentó la Vía Campesina en su quinta conferencia en 2008, reconoce al campesinado como un grupo social específico que tiene una relación especial con la naturaleza a través de la producción agrícola, al que se le deben garantizar el disfrute individual y colectivo de derechos. Entre esos el derecho a la tierra y el territorio; la participación efectiva y la protección de los valores de la agricultura, entendida como el conocimiento histórico y cultural sobre los procesos agrícolas locales. Las organizaciones campesinas en Colombia, desde 2016 han llevado a cabo distintos esfuerzos para ser reconocidos como un grupo socialmente diferenciado que debe ser contado a través de los censos, por ejemplo, en su especificidad cultural y organizativa. La implicación de este reconocimiento no solamente es política en términos de la participación y el acceso a garantías colectivas de derecho. También tiene implicaciones en la planeación y uso de los territorios donde se asientan comunidades campesinas; lugares donde se han dado la mayor parte de episodios de violencia y despojo, sin el amparo legal de la protección de derechos colectivos de propiedad, culturales y territoriales.

La territorialidad que configura la organización y gestión de las fincas constituye la base de las estrategias de resistencia política. Los discursos a los que contraponen la idea de campesino como un sujeto ambiental (Agrawal, 2005) activo, consciente, que cuida y gestiona el espacio de manera enfrentada a los actores que priman el uso extractivo de la tierra, son el centro de las luchas por la ciudadanía. Estos discursos están expresados en prácticas materiales agrícolas y productivas. Estas prácticas tienen distintos matices tanto en las técnicas como en las formas de expresar la resistencia ante un modelo de monocultivo o extracción de recursos.

A pesar de que las estrategias para resistir sean diferenciadas, los objetivos discursivos y organizativos tienen elementos en común que permiten pensar esas dinámicas locales como proyectos colectivos o territoriales. Si bien no todos los campesinos pertenecen a las mismas organizaciones, ni tienen los mismos objetivos políticos claramente definidos, sus prácticas cotidianas en la finca apuntan a la construcción de ordenamientos de la producción y del uso de los recursos que están relacionados con la construcción discursiva de un uso sustentable y localizado. Esto no quiere decir que sean parte de un proyecto político consensuado; por el contrario, son esas formas de hacer el espacio, de habitar, de producir y vincularse con la tierra como productos históricos, las que han dado forma a las agendas y discursos políticos en torno al campesinado hoy.

El uso estratégico de esas prácticas para algunas organizaciones campesinas no sólo se sustenta en su historicidad, sino en la territorialidad que se construye socialmente en la vida cotidiana, las relaciones productivas y los mecanismos de participación colectiva que se expresan en el cuidado de la finca. Aquí radica la riqueza y la complejidad de las formas de organización campesinas. El mantenimiento de formas diversificadas de producción es un rasgo que ha permanecido desde los primeros asentamientos en la zona a principios de siglo. Esta forma diversificada de producción, blanco de los paquetes tecnológicos de la FNC en la década de los setenta, hoy es la que permite que el café se inserte en otros mercados debido a las técnicas productivas y gestión de los recursos naturales que organizaciones como *Rainforest Alliance* avalan, a través de discursos de sostenibilidad y conservación. Estas son estrategias de las familias campesinas para asegurar su sostenimiento que han dado al café que exportan, la posibilidad de insertarse en mercados que valoran las prácticas tradicionales de producción y por ende los circuitos de consumo *gourmet* que ello alimenta. Esa misma multiplicidad se manifiesta a nivel político-organizativo.

El conocimiento que tienen los campesinos sobre los ciclos ambientales y ecológicos de sus fincas es diferenciado. Por ello es clave reconocer que, para el manejo local de la naturaleza, es importante examinar cómo se produce conocimiento sobre el espacio que se habita. Comprender que, para los campesinos de la región, el sujeto o el ser campesino se compone de una identidad territorial marcada por la posibilidad de reproducir sus modos de vida desde la finca, hacia el paisaje a través de vínculos de cuidado. En aquella relación, no solamente se sostiene la familia, sino que se configura un orden de lo colectivo que trasciende lo humano y lo articula en un contexto más amplio con entidades no-humanas. Para que el campesino pueda entenderse territorialmente, debe entenderse que el sujeto se configura en relación con una multiplicidad de seres sintientes humanos, y no humanos. Cotidianamente esas interdependencias se sostienen y reproducen a través de relaciones de cuidado.

Los distintos espacios de participación, organización y movilización social de los campesinos en Colombia han tenido como centro de la lucha la tierra, la propiedad y su uso. El reconocimiento político es una de las estrategias a través de las que se ha demandado con mayor vehemencia ante las instituciones del estado la lucha por la tierra, la seguridad y la protección de las actividades de los campesinos y sus espacios de vida. Esas luchas incluyen la protección de modos de cuidar, que reproducen órdenes territoriales. Sin embargo, no son visibles y explícitas en función de lo que se ha considerado como estrategias de participación política, o debe ser visibilizado como político. Precisamente reconociendo la producción de conocimiento local y de perspectivas de ordenamiento como proyectos territoriales que habitan el paisaje, es posible dar cuenta del panorama. Es desde allí, donde surge la urgencia de reconocer localmente la capacidad de manejo de los territorios a partir de la centralidad de su actividad agrícola, no sólo como una actividad productiva y económicamente redituable, sino ontológicamente clave.

Este punto constituye hoy el núcleo de las demandas políticas de los movimientos campesinos, de cara al avance de la gran minería o la búsqueda de nuevos nichos para el establecimiento de economías extractivas. Ejemplos de ello los hidrocarburos o las plantaciones de uso industrial no alimentario para biocombustibles, que acompañan los procesos de acaparamiento de tierras, desplazamiento forzado y extracción intensiva de recursos naturales en muchas regiones del país.

En la historia reciente de Colombia, la noción de campesino está estrechamente vinculada a la configuración de los territorios rurales y la transformación de los paisajes. Ello debido a que

la historia de formación del Estado nación ha ido aparejada con las luchas sociales, el reclamo por la tierra y sus formas de uso. Entre la literatura que se puede consultar al respecto están los trabajos de Montaña (2016) y Duarte (2015), que representan las investigaciones recientes. Sin embargo, campesino no solamente refiere a un tipo de identificación del sujeto que trabaja el campo, ya que involucra distintos proyectos institucionales ejecutados, discursiva y políticamente para ordenar el territorio o una idea de este, y a quienes lo habitan. Campesino refiere a un tipo de relación territorial que incluye una dimensión productiva, pero que no necesariamente se reduce a ella.

El carácter colectivo y territorial del campesinado se ha estudiado a través múltiples formas. Algunas han buscado comprender los procesos de subjetivación a partir de las prácticas institucionales en función de las políticas de conservación y la configuración de subjetividades ambientales (Agrawal, 2005). Otros análisis se centran en la producción de conocimiento espacial de las comunidades campesinas y en la forma en como estas prácticas de conocimiento son también prácticas de supervivencia y manejo de recursos naturales, por ejemplo, el bosque (Wartmann & Purves, 2016). Incluso hay trabajos que buscan comprender cómo se configuran subjetividades territoriales en un proceso mutuo y constante entre seres y lugares (De la Cadena, 2015; Singh, 2017).

En Colombia, particularmente el estudio sobre el campesinado ha estado centrado en los procesos de organización y disputa territorial por la ciudadanía y el reconocimiento cultural (Duarte, 2015). Una muestra de esto se encuentra en el marco diferencial de derechos que consigna la Constitución Política de Colombia (CPC) de 1991, como afirman Duarte (2015) y Montaña (2016). Un marco normativo que dio a indígenas y afros herramientas para el ejercicio de sus derechos como ciudadanos y la posibilidad del ejercicio colectivo de sus derechos territoriales. Caso contrario ocurrió con los campesinos también como habitantes de los espacios rurales, a los que se reconoce como trabajadores agrícolas¹². Este escenario propició que durante mediados de la década de los noventa, en lo que Fajardo Montaña (2012) llama la renovación del debate agrario, surgieran espacios para el reclamo territorial de los derechos campesinos a través de las Zonas de Reserva Campesina (ZRC). Primeros pasos para asentar institucionalmente las disputas territoriales en la CPC.

¹² Como se nombra a los habitantes de las zonas rurales en la (Constitución Política de Colombia, 1991)

La noción de campesino hoy constituye el eje de las demandas políticas de las organizaciones de base y algunos académicos y políticos que se suman a sus peticiones. Entre estas, destacan el Proyecto de Acto Legislativo 02 de 2018 “Por medio del cual se reconoce al campesinado como sujeto de derechos, se reconoce el derecho a la tierra y a la territorialidad campesina y se adoptan disposiciones sobre la consulta popular”¹³ Inclusive, el papel de los académicos convocados por los requerimientos de las organizaciones sociales a través del Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH, (2018) y de los académicos integrantes de la Comisión de Expertos que acompañaron la construcción del *Pacto por la equidad rural y el bienestar de la población campesina* como propuesta técnica para el actual Plan de Nacional de Desarrollo de Colombia (PND) propuesto por las Organizaciones Campesinas de orden nacional y regional (2018). Una noción que busca posicionarse a partir de recursos identitarios, que han sido resultados y amalgama de distintos discursos y proyectos en distintas realidades territoriales. De allí la necesidad de pensar de forma situada a partir de la trayectoria de las organizaciones campesinas. En este caso desde la región norte de Nariño como un espacio de movilización y organización comunitaria.

En esta región el papel de la iglesia ha sido fundamental en asociación con los proyectos de modernización, alfabetización y desarrollo. Su presencia ha contribuido en la configuración de identificaciones productivas y sensibilidades ambientales que se traducen en la capacidad de reconocimiento de conflictos ambientales y territoriales relacionados con los recursos y la naturaleza.

Uno de los puntos de partida de esta revisión son los proyectos de desarrollo y modernización enmarcados en los esfuerzos de las políticas de tierras, reforma agraria y desarrollo rural, que han moldeado de forma periférica o directa ideas de trabajador agrícola, luego campesino, consignadas en la constitución con usos ambivalentes. En los últimos años el debate en torno al problema agrario ha empezado a vislumbrarse y reconocerse, desde la institucionalidad del Estado, como un problema de ordenamiento social de la propiedad. Como evidencia la necesidad de titulación de predios a partir del Decreto 902, como mecanismo para la implementación de los acuerdos de paz. Mientras que para las organizaciones campesinas el objetivo es construir una categoría de ciudadanía efectiva desde una perspectiva de ordenamiento

¹³ Un proyecto de acto legislativo que fue archivado después del primer debate en el senado, puede ser consultado en línea en <http://www.comisionprimerasenario.com/proyectos-de-acto-legislativo/4-por-medio-del-cual-se-reconoce-al-campesinado-como-sujeto-de-derechos-se-reconoce-el-derecho-a-la-tierra-y-a-la-territorialidad-campesina-y-se-adoptan-disposiciones-sobre-la-consulta-popular>.

territorial y ecológico de la propiedad, que agencie el reconocimiento de sus derechos colectivos y territoriales. Ejemplo de ello la propuesta de Territorios Campesinos Agroalimentarios del Norte de Nariño de la que hablaré más adelante.

La figura del campesino para pensar escenarios de gobernanza.

Las formas de cuidar que se producen en la cotidianidad, que permiten producir café especial para el mercado internacional, son reconocidas, nombradas y certificadas por la maquinaria del mercado a través de discursos de sostenibilidad, comercio justo, calidad y conservación. Estas formas, en las que la vida cotidiana se lleva a cabo, movilizan desde un aparente silencio y movimiento soterrado formas de participación política y gestión territorial. Son un mismo conjunto de prácticas que han estado presentes más allá de las condiciones de tenencia, producción o pobreza estructural. Han estado allí, a pesar y por estas, y ahora hacen parte del conjunto de elementos que dotan al café de un conjunto de características que se convierten en valores trazables o que se pueden comercializar. Una lectura de estas interdependencias y mundos de valor en clave territorial permite comprender las formas en que múltiples maneras de habitar, gestionar y producir territorio, configuran el paisaje.

Las estrategias de cooperación para el desarrollo se enfocan en la producción de café especial, profundizando las condiciones estructurales de inequidad y pobreza, como falta de derechos de propiedad o garantías para la comercialización de cultivos alimentarios, infraestructura y derechos territoriales colectivos. Una de las estrategias que podrían seguir ejercicios de planeación territorial y gestión productiva, podría partir de los esfuerzos cotidianos de los campesinos y sus organizaciones. Enfocándose en la comprensión y promoción de los modos de vida que permiten a los campesinos sobrevivir y sostener los valores que ahora el mercado dota de precio.

Algunas estrategias podrían estar relacionadas con la promoción de la diversificación, el apoyo en tecnologías limpias para el manejo de las fincas y, sobre todo, en la afirmación de políticas territoriales que reconozcan la existencia y los derechos territoriales colectivos de los campesinos garantizando la autonomía y decisión sobre sus tierras, además de garantías en la propiedad, la inversión en infraestructura y su calidad de vida por encima de los intereses del mercado. Desde esta perspectiva el escenario o las formas de gobernanza ambientales y sociales tendrían otro carácter. Estarían basadas en las formas locales de gestionar el territorio y producir

paisaje a partir de estrategias que garanticen la existencia humana y no humana de quienes habitan esa región.

Sumado a esto se darían esfuerzos concretos por cuidar del agua, el suelo y el bosque como pilares fundamentales de la vida campesina en esas regiones, más allá las estrategias de reprimarización actuales a través de la concesión para la explotación de minerales o hidrocarburos. Así como en extrema focalización en el monocultivo de café en detrimento de la diversidad y soberanía alimentaria.

Finalmente quisiera plantear una pregunta que propone Puig de la Bellacasa (2017, p.28) ¿Cómo una preocupación ético-política como el cuidado, puede afectar cómo observamos y representamos a las agencias, las cosas y entidades tecnocientíficas de manera que no los reobjetifiquemos? Es importante mantener esta pregunta abierta como una invitación a explorar una idea de cuidado más allá de una disposición moral o una actitud bien intencionada al considerar su importancia cotidiana para la formación de conocimiento y relaciones más que humanas en un mundo compartido. En esta investigación contribuyo con aquella pregunta visibilizando la multiplicidad de usos que se dan a la noción de cuidado y así mismo la diversidad de ordenamientos y proyectos de territorio que moviliza.

Territorios múltiples

Somos parte del territorio, pero el territorio también sería parte de nosotros, porque nosotros también lo hacemos, por medio de los cultivos que sembramos.

(John Faber, 11 años¹⁴)

Como ya he comentado, el paisaje de Nariño es producto de múltiples esfuerzos por construir espacios de existencia a través de distintas prácticas y discursos. Algunos vínculos entre agentes y procesos, buscan habitar el paisaje a través de territorios de la productividad agrícola, los rendimientos y las ganancias económicas por medio del manejo intensivo de la producción de café. Así mismo, existen otros agentes que habitan el paisaje a través de la producción localizada que establece relaciones aparentemente estrechas entre las geografías del consumo y las de la producción a través de usos discursivos y prácticas del cuidado asociados a la sostenibilidad, la calidad y el bienestar comunitaria. De igual manera, habitan actores interesados en la

¹⁴ Tomado de entrevista en julio de 2018.

reproducción de las interdependencias entre los ciclos de la naturaleza, la agricultura y la vida cotidiana campesina que tienen usos prácticos y discursivos del cuidado en torno al agua, el suelo, el bosque y otros no humanos. En este sentido, en el paisaje del norte de Nariño habitan múltiples territorios en constante producción. En este sentido, pensar la noción de territorio es necesariamente múltiple, tanto ontológica, política como pragmáticamente. Una producción constante que materializa el paisaje del norte de Nariño.

Esta aproximación a la noción de territorio, me gustaría centrarla en la producción constante en el sentido que exponen Guattari y Rolnik entendiendo que el “territorio puede ser relativo tanto a un espacio vivido como a un sistema percibido, dentro del cual un sujeto se siente ‘una cosa’ [un elemento más en un conjunto de ensamblajes]. El territorio es sinónimo de apropiación [...] es un conjunto de representaciones que van a desembocar, pragmáticamente, en una serie de comportamientos, inversiones, en tiempos y espacios sociales, culturales, estéticos y cognitivos” (Guattari & Rolnik, 2006, p. 372).

La producción territorial ha sido analizada por autores como Delaney (2005a) a través de las gramáticas del territorio. Una noción que le permite enfocarse en las dinámicas de los procesos y prácticas sociales a través de las cuales, y en relación con las que, ciertas formas territoriales emergen o se transforman. El territorio como producción constante se entiende como un artefacto delimitado que está en disputa con otros. A través de estos encuentros, o desencuentros, se reproduce por medio de distintos repertorios o territorialidades. En esta investigación quisiera entender al territorio como un proceso constante. Es decir, una producción continua cuyas delimitaciones o bordes son significativos para el conjunto de actores que lo reproducen/expresan. Es decir, para las relaciones entre actores y escalas que le dan sentido a una delimitación territorial. Estos bordes son maleables y móviles, cambian según las conexiones entre ensamblajes que permiten esa producción territorial. Los modos de cuidado en esta investigación son una forma de observar esos procesos de producción territorial constantes.

Mi interés es centrarme en la producción territorial; en las conexiones, procesos, o ensamblajes (de Landa, 2012, 2016), que buscan configurar un territorio a través de múltiples escalas y conexiones. Es importante señalar que dichas conexiones no siempre permiten delimitarlo. Por el contrario, evidencian la contingencia de la que es producto y las contradicciones en las que habitan múltiples modos de existencia. En mi investigación no busco dar cuenta de territorios delimitados, sino de las múltiples búsquedas por configurar uno. Estas

búsquedas habitan y se relacionan produciendo al paisaje de Nariño. En este sentido la noción de proyecto territorial es operativa. No busca dar cuenta de la existencia de territorios dados y delimitados que se reproducen continuamente. Por el contrario, quiere dar cuenta de la constante producción territorial que da forma al paisaje. Ese carácter inacabado de la producción territorial es el que me interesa, porque allí reside su potencial para la planeación, la gestión o las perspectivas para articular distintos modos de existencia. En este caso centrados en la experiencia, intereses y perspectivas de los mundos campesinos en el marco de la producción de café especial. Una dinámica que conecta múltiples proyectos territoriales que habitan y producen al paisaje del norte de Nariño.

La producción territorial ha sido pensada por distintos autores en la geografía social y crítica, ejemplos de ello Soja (1971) o Lefebvre (1974) de quien abrevan Sack (1983), Harvey (2007), Haesbaert (2011), o inclusive Porto-Gonçalves quien afirma que “el territorio no es algo anterior o exterior a la sociedad. Territorio es espacio apropiado, instituido por sujetos y grupos sociales que se afirman por medio de él. Así, hay siempre, territorio y territorialidad como procesos sociales de territorialización. En un mismo territorio hay siempre múltiples territorialidades. Sin embargo, el territorio tiende a naturalizar las relaciones sociales y de poder, pues se hace refugio, lugar donde cada cual se siente en casa, aunque esté en una sociedad dividida” (2009, p. 127).

La multiplicidad de territorialidades, dan forma al paisaje. Hemos definido al territorio como una búsqueda por situar un espacio de existencia (Guattari y Rolnik, 2006). Estas búsquedas no son solamente de los grupos humanos como han desarrollado autores como Panelli (2010) Lorimer (2012), o Wright (2014). En el paisaje del norte de Nariño el agenciamiento de proyectos territoriales no es resultado únicamente de acciones o intenciones humanas. Una lectura de la agencia, como propone Latour (2008), trata de ver las conexiones y las formas en cómo algo se vincula con otros, lo que permite visibilizar cómo diversas territorialidades más que humanas conforman el paisaje.

La producción territorial es resultado de los encuentros o desencuentros, múltiples velocidades y agencias que habitan esa región. Tanto humanos, no humanos, como políticas, objetos o mecanismos, para reglar cómo se habita un espacio, hacen parte de las agencias que participan en esa producción territorial.

Algunos ejemplos de estas conexiones teóricas con intereses en las formas de decisión y administración de lo común, a través de estrategias de articulación territorial, pueden encontrarse

en Murphy (2014). En su estudio de caso en Mongolia analiza la regulación de la propiedad y la complejidad territorial que da forma al paisaje, a partir de múltiples ensamblajes, más allá de las prácticas institucionales. El trabajo de Cavanagh et al. (2020) aborda la complejidad multiescalar de regular los impactos ambientales a través del financiamiento de la huella de carbono, por medio de programas con mucha inversión y objetivos globales. Estas experiencias muestran la utilidad de la perspectiva de los ensamblajes para pensar problemas y perspectivas de gestión ambiental y territorial.

Una lectura multidimensional del territorio ha sido planteada también por un buen número de autores latinoamericanos (Mañano Fernandes, 2005; Porto-Gonçalves, 2003; Santos, Souza, & Silveira, 1994). La mayoría han buscado explicar las luchas territoriales y colectivas de los movimientos sociales. El territorio en América Latina, es un concepto tanto analítico como político. Las prácticas de apropiación del espacio, así como las luchas por el reconocimiento a la existencia territorial dan un carácter particular a esta noción como muestran McCall et. al (2021).

En el caso de América Latina, el territorio se produce como superpuesto y *entangled* en el proceso de apropiación del espacio para proyectos políticos. “Es esta multiplicidad la que resalta los límites de las conceptualizaciones anglófonas dominantes. Territorio es una noción híbrida atrapada entre un proyecto colonial incompleto, representado en el Estado moderno y sus tecnologías políticas (Elden, 2010), y múltiples estrategias para apropiarse del espacio en la búsqueda de diferentes proyectos políticos (Santos, 1994)” (Halvorsen, 2018, p. 6).

Los proyectos territoriales enactan los objetos de su interés y ordenamiento. Es decir, configuran el tipo de paisaje que conviene agenciar para una experiencia de la producción de café asociada a la sostenibilidad, el desarrollo, la participación política o la pacificación. El paisaje es una trasposición de capas, una composición (Mol, 2016). Esta investigación no busca explicar cómo cada una de esas capas ha tomado forma y cómo en cada una de ellas hay una lectura diferenciada sobre lo que es un paisaje, para cada uno de los agentes que la habitan. Por el contrario, el objetivo es comprender cómo esas capas han sido hechas en interacción con las otras, y ese movimiento ha configurado el paisaje caficultor del norte de Nariño. Mi interés es comprender cómo el paisaje ha sido hecho y cómo enacta a través del movimiento o ensamblaje de proyectos territoriales atravesados por la producción de café.

Esta propuesta analítica está inspirada en el trabajo de Mol (2003) en un contexto completamente distinto al que planteo en este documento. La autora, desde una lectura antropológica del cuerpo, analiza la experiencia del cuidado y los cuerpos en lo que llama

ontología de la práctica médica. El texto explora cómo la medicina configura sus objetos en relación con los cuerpos o la enfermedad, a partir de un repertorio muy variado de prácticas. El cuerpo y la enfermedad no son las mismas dentro de esos repertorios para la multiplicidad de actores que confluyen en la experiencia de la práctica médica, a pesar de que todos estén vinculados a través del tratamiento. Su interés no es dar cuenta de esas múltiples comprensiones sobre el cuerpo, sino la manera en cómo se han configurado. Es así como afirma que la práctica médica enacta los objetos de su interés y tratamiento. Es decir, configura la experiencia del cuerpo y la enfermedad en el encuentro de múltiples agencias, a la vez que se configura como tal. Tanto la práctica médica, como el cuerpo o la enfermedad, no existen por fuera de los agenciamientos y ensamblajes que las producen.

En resumen, como afirma Escobar “el territorio es el espacio —al mismo tiempo biofísico y epistémico— donde la vida se enactúa de acuerdo con una ontología particular, donde la vida se hace ‘mundo’. En las ontologías relacionales, humanos y no-humanos (lo orgánico, lo no-orgánico y lo sobrenatural o espiritual) forman parte integral de estos mundos en sus múltiples interrelaciones” (2015, p. 35).

Capítulo I. Paisaje de la caficultura: un ensamblaje territorial

**Collectives of humans and nonhumans engaged in tasks, result in the demarcation of territory.
Landscapes are the product of these assemblages.**
(Ogden, 2011, p. 153)

Este apartado se articula como una descripción ensamblada del paisaje partiendo de la experiencia de los campesinos. El objetivo es analizar la multiplicidad territorial en la que habitan y las relaciones de poder que las atraviesan en la presencia de políticas del reconocimiento territorial, bosque, agua, animales domésticos, mercado internacional del café, entidades de cooperación para el desarrollo, discursos y políticas de la gestión de los espacios rurales, etc.

Retomo la propuesta analítica de Laura Ogden (2011) para analizar al paisaje como un ensamblaje territorial (*territorial assemblages*). En su propuesta la experiencia de los cazadores en los *Everglades* guía la presencia y las relaciones políticas que articulan manglares, caimanes, fuego, la comodificación de las pieles, el turismo, además de la presencia del mercado internacional, y procesos de modernización y desarrollo agrícola en esta zona. La autora parte de la descripción etnográfica del paisaje, que ella define como la práctica de reintroducir y reinscribir las prácticas humanas dentro de un colectivo multiespecie, mientras al mismo tiempo se está atento a las relaciones políticas asimétricas (2011, p. 29).

Los paisajes, ya sean pantanos, ciudades o tierras de cultivo rurales, son ensamblajes colectivos de especies, productos de deseos colectivos y las relaciones asimétricas entre humanos y no humanos. La etnografía del paisaje, es una práctica de reintroducir y reinscribir al ser humano de nuevo en el colectivo multiespecies, al mismo tiempo que se sintoniza con la política de las relaciones asimétricas (Ogden, 2011, pp. 28–29).

En este sentido etnográfico articulo mi análisis sobre el paisaje caficultor del norte de Nariño, como un ensamblaje territorial. Para ello propongo tres procesos articulados que agencian su lectura: el café, la organización comunitaria y la biodiversidad.

Delimitando las coordenadas

“Buesaco ya no es cafetero, por eso no hace parte de este territorio”¹⁵. Durante un ejercicio de cartografía social en la vereda el Guabo, en el Municipio de San Lorenzo, Rosana, una lideresa local, hacía esta afirmación cuando buscábamos delimitar el paisaje y el territorio de la región norte de Nariño¹⁶. En estos ejercicios con un número de participantes promedio entre 15 y 30 personas, buscaba encontrar elementos para delimitar el área de estudio a través de los elementos significativos del territorio utilizando preguntas dinamizadoras, que se mostraron en la Tabla 1, en la metodología. En estos ejercicios, luego de un momento de introspección y memoria sobre el espacio de vida, y la trayectoria de cada persona, les pedía representar elementos de la relación del territorio con el cuerpo. La mayoría de las personas incluyó dibujos, algunas palabras o esquemas de sus vínculos con el paisaje a través de sus cuerpos. La mayoría coincidía en articular usos del suelo o elementos presentes en el paisaje como árboles, cultivos o tecnologías con formas de cuidar de si y de los otros (Figura 3).

En el tercer momento del ejercicio les pedía trabajar sobre un mapa topográfico de la región aquellos elementos en común identificados anteriormente desde cada uno de nuestros cuerpos. Allí empezaron las dificultades para trazar demarcaciones y fronteras en el territorio. La

¹⁵ Tomado del ejercicio de mapeo colectivo en la vereda El Guabo – Taminango, agosto de 2018.

¹⁶ Colombia se divide territorialmente en términos administrativos y políticos en tres niveles: nacional, departamental y municipal. En estos niveles se descentraliza la participación política a través de distintas organizaciones públicas y comunitarias. Un departamento es una entidad territorial que goza de autonomía para la administración de los asuntos seccionales y la planificación y promoción del desarrollo económico y social. En su interior se encuentra dividido por municipios que son la entidad territorial fundamental de la división político-administrativa del Estado con autonomía política, fiscal y administrativa dentro de los límites que le señalen la Constitución y las leyes de la República. Un municipio debe contar por lo menos con catorce mil (14.000) habitantes, según certificación del Departamento Administrativo Nacional de Estadística, DANE. En su interior está dividido entre: área urbana, que puede dividirse en localidades o barrios, y en área rural. Esta se caracteriza por la disposición dispersa de viviendas y explotaciones agropecuarias existentes en ella. La división en el área rural es entre caseríos, inspecciones de policía y corregimientos. Un corregimiento es un tipo de subdivisión del área rural el cual incluye un núcleo de población, este a su vez puede estar subdividido en veredas. La vereda es el nivel de agregación de población más pequeño en el país, es una unidad antropogeográfica, en palabras de Guhl Nimitz (2016) que reúne un conjunto de viviendas dispersas en las zonas rurales en donde se establecen las actividades agrícolas de los campesinos. Administrativamente las veredas cuentan con Juntas de Acción Comunal que son organizaciones cívicas, sociales y comunitarias de gestión social, sin ánimo de lucro, de naturaleza solidaria, con personería jurídica y patrimonio propio, integrada voluntariamente por los residentes de un lugar que aúnan esfuerzos y recursos para procurar un desarrollo integral, sostenible y sustentable con fundamento en el ejercicio de la democracia participativa según la Ley 743 de 2002.

afirmación de Rosana, abrió una discusión central para la sesión y para el curso de mi investigación. Un territorio era un espacio delimitado por cosas que se comparten. El agua, por ejemplo, era un elemento que los reunía espacialmente con otros municipios y veredas aledaños, porque dependiendo de donde se tomaba esa agua, se compartía una identidad territorial. Así mismo sucedía con la producción de café, con la participación comunitaria en organizaciones locales, entre otras.

Buesaco es el segundo municipio de la región norte de Nariño con mayor volumen de producción de café después de La Unión, según datos del Censo Nacional Agropecuario (2014). Sin embargo, para Rosana y los participantes del taller, era un espacio que no se leía como parte del territorio pues no compartía una identidad territorial que además estuviera sustentada en otros vínculos claves como el acceso a las mismas fuentes de agua o la proximidad espacial.

Figura. 3 Mapas del cuerpo



Fuente: Archivo propio, 2018.

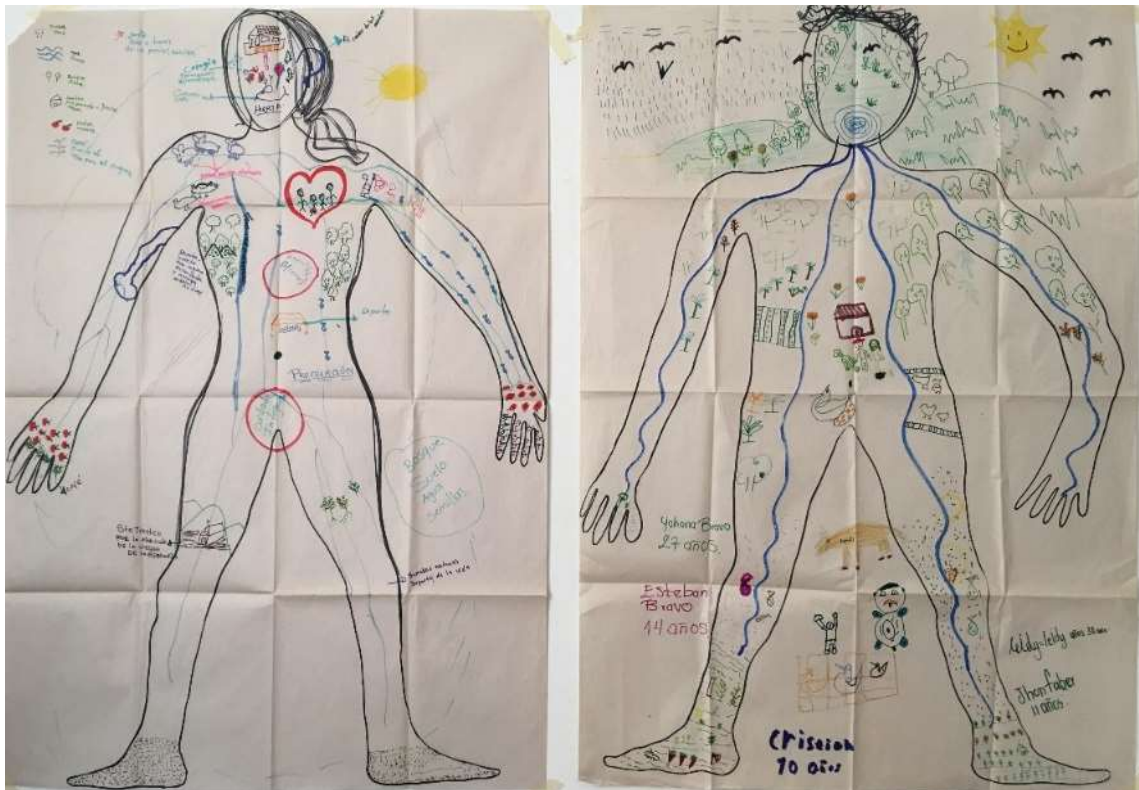
El objetivo del ejercicio era fijar un área de estudio a través de la delimitación del paisaje, al identificar unidades sobre un mapa regional a partir de los usos que se daban al suelo, la idea de paisaje se hizo muy compleja de delimitar físicamente. Si bien podíamos identificar y describir características físicas del paisaje a través de los mapas, trazar un límite era una idea poco operativa. Para poner límites al paisaje sobre el mapa, que estábamos trabajando, hacía falta incluir lugares y buscar una manera de representar los elementos que se comparte con unos y no con otros para expresar que el paisaje tenía diferentes expresiones en el territorio (Diario de campo, 2018). Esas distintas expresiones cabían allí y no era posible representarlas a pesar de que hicieran parte de otros territorios presentes en el paisaje del norte de Nariño, cuyos límites estaban más relacionados con las costumbres y la cultura que se compartían entre quienes lo habitaban (Diario de campo, 2018).

Cuando empezamos a pensar a través de la noción de territorio, como sugirió otro participante, la idea de poner límites era más clara para todos. El ejercicio con el mapa sirvió para delimitar unidades de paisaje de esta zona y para construir la idea de que el territorio no tiene un solo límite (Diario de campo, 2018). A medida que aparecían elementos para delimitar una idea de territorio, poco a poco los participantes del ejercicio notamos la existencia de territorios en otras escalas que se vuelven visibles a partir de lo que se comparte y las relaciones que se establecen sobre el paisaje (Diario de campo, 2018). El agua fue un claro ejemplo de esto. Si bien Taminango, al igual que Buesaco, no es una zona de producción cafetera tan importante como San Lorenzo o la Unión, a ojos de los campesinos de la región, sí se consideraba como parte del territorio porque el aprovisionamiento de agua con algunas partes de ese municipio, así como las luchas por su protección, era compartidos. La cuenca, por ejemplo, delimita una escala territorial que configura al paisaje, que además está delimitada por los usos y vínculos de aprovisionamiento que se dan localmente.

De igual manera los vínculos con el territorio, y los mecanismos para reproducirlo cotidianamente, no están puestos solamente en el paisaje y en las relaciones colectivas que se configuran a través de usos del suelo, sino además están presentes en el cuerpo. En el ejercicio realizado en la vereda San Gerardo del Municipio de Taminango trabajamos sobre dos siluetas para identificar elementos y lugares importantes del territorio en relación con el propio cuerpo. Los resultados de los ejercicios fueron representaciones del territorio que expresaban elementos claves del paisaje, su relación con partes del cuerpo debido a las actividades que realizan allí, o la jerarquía de esos elementos en la organización de las relaciones en su territorio. Por ejemplo, los

espacios de recarga hídrica en la cabeza como eje organizador; el café en las manos o las piernas porque se usan para cosechar o sostener el cuerpo y para sostener a la familia a través de su comercialización. La familia en el corazón o el estómago y la huerta en los pies como motor de ese cuerpo-paisaje-territorio. Un elemento clave de las representaciones en las siluetas, fue la presencia del agua de las quebradas en las venas como los conectores fundamentales para sostener la vida del territorio (Figura 4).

Figura. 4 Mapas cuerpo-territorio-paisaje



Fuente: Archivo propio 2018

La referencia al cuerpo y al paisaje, se dan a partir de la identificación de elementos que pueden conectar uno con otro a través de la acción o las jerarquías en la posición de esos elementos. El suelo, el agua, el bosque, las montañas y los cultivos en la finca son expresiones de esas conexiones entre paisaje, territorio y cuerpo. Expresan cómo ha tomado forma, cómo se ha significado y como se simboliza y habita el territorio y muestran una concepción cíclica de los procesos que ocurren en el paisaje al significarlos, asociarlos con formas de trabajo o prácticas políticas desde la cotidianidad. Esta manera de ver las cosas suma a una comprensión territorial del sujeto y del lugar que ocupa el campesino como parte de los ciclos territoriales en donde

vive. Los aprendizajes legados de estos ejercicios grupales delimitaron las preguntas de esta investigación, inquieta sobre los múltiples territorios que habitan un paisaje y los mecanismos analíticos para dar cuenta de ellos.

En los ejercicios de cartografía desde las relaciones del propio cuerpo, la mayoría de las personas incluyó dibujos, algunas palabras o esquemas de sus vínculos con el paisaje. Los campesinos coincidían en articular no humanos como árboles, cultivos o tecnologías, con maneras de cuidar de sí y de los otros. La interdependencia del cuidado aparecía como un elemento articulador de los vínculos entre campesinos, infraestructuras, no humanos, etc. En aquella multiplicidad territorial no solo participaban campesinos y campesinas. Por el contrario, se encontraban un repertorio muy variado de agentes. Tal es el caso de las entidades de cooperación para el desarrollo, las plantas de café, las comercializadoras, los cuyes, la fauna silvestre, los árboles nativos, etc.

Este conjunto de actores también estaba articulado con la vida cotidiana campesina a través de relaciones, prácticas y discursos del cuidado. Sin embargo, los repertorios y los significados del cuidado para esos agentes y las relaciones que establecían entre ellos eran variadas, ambivalentes y diferenciadas. Los agentes y los vínculos que identifiqué en un primer ejercicio de mapa de actores, una vez entendí que habitaban múltiples territorios, empezó a expandirse a través de la observación y las entrevistas. La descripción que construyo a continuación, como un mapa, es memoria de la trayectoria, trazos de un camino recorrido. Desarrollo este capítulo a partir de una lectura del paisaje como un ensamblaje territorial a partir de tres procesos intrincados en los múltiples posicionamientos del cuidado, los agentes y sus vínculos en la región norte de Nariño, estos son: la biodiversidad, la producción de café especial y la organización comunitaria.

El Macizo colombiano desde Nariño

En el sur del país andino, en el departamento de Nariño, entra desde el Ecuador la mole andina con sus dos bordes altos: las cordilleras Occidental y Oriental respectivamente. Entre ellas se encuentran cuencas interandinas con alturas entre 2.500 y 3000 msnm, cubiertas por materiales volcánicos y separadas por ramales transversales, sobre los cuales, lo mismo que sobre los cordones magistrales sobre las cordilleras están superpuestos los volcanes que se han elevado hasta miles de metros por encima de estas y han cubierto con sus materiales de erupción las rocas básicas de ellas (Guhl Nimtz, 2016, p. 66).

Figura. 5 Vista aérea sobre la región norte



Fuente: Archivo propio 2018.

Desde la ventana de un avión, la mole andina que describe Guhl tiene una textura uniforme. El suelo parece una sola superficie corrugada. A primera vista, parece un lugar

inhabitado marcado por la sinuosidad del río y las marcas del tiempo que evidencian sus meandros (Figura 5). Al acercarse un poco más a tierra, poco a poco aparecen nuevas texturas sobre aquellas montañas escarpadas. Sobre la cordillera hay trazos de vías y carreteras, cultivos, viviendas además de extensiones de bosque o masa vegetal que pareciera estar alejada de las actividades humanas. Dependiendo de la época del año, si es temporadas de lluvia o no, esas escarpadas montañas se ven amarillas, casi secas, o pobladas de verde. Cuando se está en tierra, esas montañas cambian de dimensión. Se ven habitadas con pequeñas casas y retazos de distintos cultivos que le dan textura al verde en el que uno pierde la dimensión de la cordillera sobre la que se para.

Esas montañas se recorren a través de pequeñas vías como escisiones sobre la piel de la tierra. Uno es aún más pequeño recorriendo las carreteras que buscan trepar y avanzar por entre esa masa quebrada. Curvas de subida y bajada que configuran formas de conocer y producir el espacio desde la verticalidad, la variabilidad climática y los cambios abruptos en las condiciones ecológicas debido a la relación entre ladera, altura y cambios en el suelo. Las vías en Nariño siempre me han parecido estrechas. A eso le han llamado en el imaginario social y en los discursos institucionales: las condiciones de aislamiento y atraso. Según los repertorios y significantes del desarrollo, las autopistas son marcas del progreso, rutas de acceso a través de las que se hace legible, ante los ojos del Estado, un lugar aislado.

En 2010 cuando fui por primera vez a Nariño, sobrevolando ese suelo quebrado vi el sinuoso río Juanambú, debajo del avión. No había ninguna pista de aterrizaje a la vista. No se veían los caminos o las vías en aquel paisaje que en la literatura había identificado como parte del Macizo Colombiano ¿Qué era el Macizo? ¿Era ese conjunto de montañas que son la fuente de nacimiento de los principales cuerpos de agua del país? ¿Además de ser una región emblemática para la geografía e hidrografía del nacional, qué lo hacía una región?

Una vez en tierra todas esas preguntas empezaron a tener respuesta. En el municipio de Chachagüí donde se ubica el aeropuerto, que además es la entrada a la región norte, uno debe tomar un taxi hacia la ciudad de Pasto, a una hora de allí por la vía panamericana hacia el sur. Un rasgo característico de la espacialidad en Colombia es su extrema búsqueda por centralizar todos los procedimientos, incluso las formas de conexión y los sistemas de transporte. Una muestra de las relaciones jerárquicas entre la ciudad y sus periferias. Eso se traduce en que físicamente para conectar con el norte de Nariño, a pesar de estar más cerca del aeropuerto, se tenga que pasar por la licencia de la ciudad de Pasto, para acceder a esta región.

Para devolverme a la región norte tendría que tomar en el terminal de transportes de aquella ciudad, un bus de camino al municipio de La Unión. En 2010, ese camino se recorría entre cuatro a cinco horas. La carretera era destapada, estrecha y sinuosa. Saliendo de la ciudad, de vuelta a Chachagüí se abandona la vía Panamericana a la altura del aeropuerto para tomar una desviación por un camino destapado. Poco a poco se avanza sobre una ruta de doble sentido por la que solamente cabe un vehículo. En muchos tramos de aquella vía se debía parar para dar el paso o tomarlo cuando se acercaba otro auto. Una vez pasamos sobre el cañón del Juanambú la sequedad de algunas montañas pasó a ser exuberancia. Poco a poco el aire se hizo más húmedo, entre montañas más espesas se dibujaban a la distancia parches de distintos tonos de verde o puntos de colores. Las casas y tipos de cultivos daban textura a la trama de las montañas. Al acercarnos en cada curva, los cultivos se fueron haciendo poco a poco identificables. Las plantas de fique parecían marcar límites entre lotes, entre el bosque espeso salen a la vista lotes de café intercalados con árboles frutales o barbecho. Todos esos lotes están juntos, los unos a los otros. Una vez llegamos a La Unión, un pueblo sobre una pequeña meseta elevada, tuve una panorámica de dónde me encontraba (Figura 6). Esta era la región norte de Nariño parte del Macizo colombiano, un *hotspot* de biodiversidad (CEPF, 2015).

Figura. 6 Panorámica región norte



Fuente: Archivo propio 2016

Desde allí se divisaba claramente la cordillera Occidental, en medio algunas planicies del sur del Cauca y el Patía. Donde yo estaba parada era la cordillera Oriental al norte del departamento.

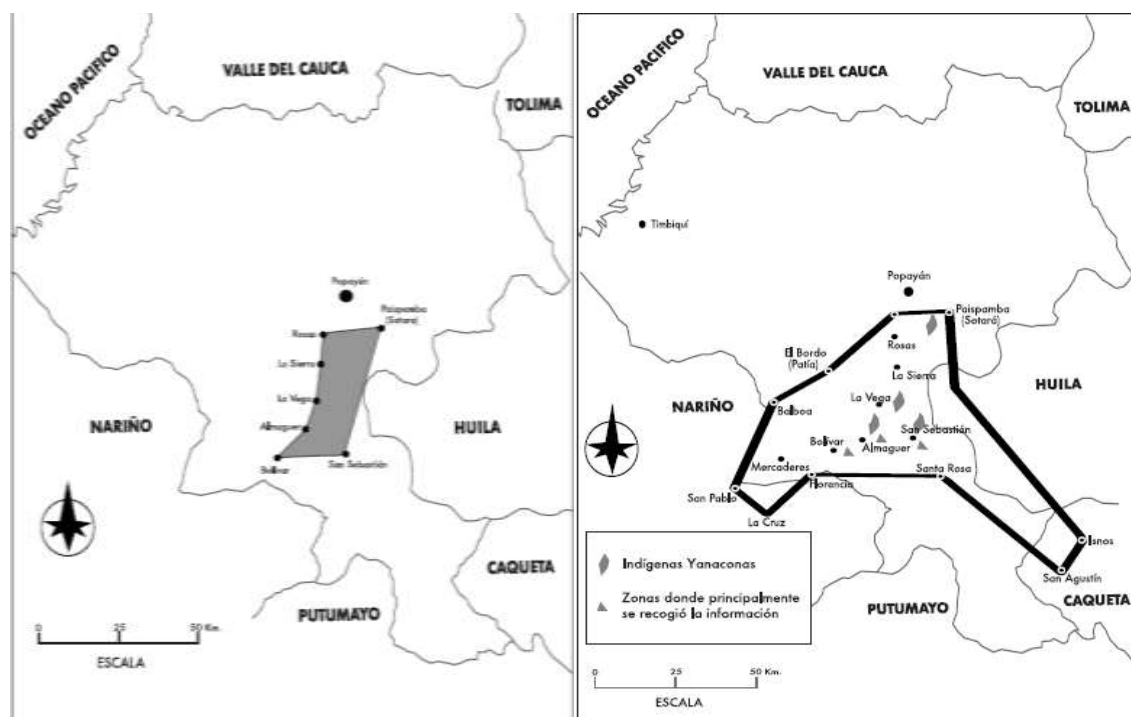
El departamento de Nariño se extiende sobre 33.268 km² en los que hay una variedad ecosistémica central para la biodiversidad. Se encuentra buena parte de los ecosistemas continentales identificados en Colombia, destacando la presencia de alta y media montaña, bosques, humedales, páramos y manglares. En el departamento la altitud promedio es de 496 m.s.n.m. articulados desde la línea de costa en el Océano Pacífico, hasta los pisos nivales de los volcanes Chiles y Cumbal, al sur del departamento. Estos picos alcanzan alturas de 4.748 y 4.764 m.s.n.m. respectivamente. En el área de estudio la altitud promedio está entre los 800 y 2.200 m.s.n.m.

Los ríos Juanambú y Mayo hacen parte de la cuenca del río Patía; el principal sistema hidrográfico de la región del Pacífico, estos dos ríos delimitan la región norte. El río Patía nace en la estrella hídrica de Colombia ubicada en el nudo de Almaguer, parte de una región reconocida cultural y biofísicamente como el Macizo “que va desde la cuenca interandina de Pasto hacia el norte, se inicia un surco profundo por donde corren el río Guaitara y sus afluentes buscando el Patía y su valle [...] que separa a la cordillera Central (o Centro-Oriental) de la cordillera Occidental. La fosa del Cauca-Patía de más de 600 km de longitud es desaguada por el norte por el río Cauca, principal afluente del río Magdalena, y hacia el sur por el río Patía, que cerca del borde meridional de la fosa, rompe la cordillera Occidental en la Hoz de Minamá (412 msnm)” para desembocar en las llanuras del pacífico buscando su camino hacia el océano (Guhl Nimtz, 2016, pp. 66–68). La fosa divide las cordilleras Central y Oriental en el Macizo.

El Macizo colombiano es considerado como una ecorregión que cubre una extensión de 4.8 millones de hectáreas de las cuales la Reserva de la Biósfera Cinturón Andino ocupa el 47% (Prias, 2015). Es un área estratégica a nivel nacional e internacional, dado su significado para la producción de agua, la biodiversidad y los ecosistemas (Borsdorf, Mergili, & Ortega, 2013). Formalmente en los mapas institucionales, como bien indica Nates Cruz (2002), el Macizo se ha delimitado en un punto geográfico en el Departamento del Cauca, entre las cordilleras Central y Oriental. Esto ha estado relacionado con la ubicación específica de los nacimientos de agua, el nudo de los pastos o estrella hídrica. Sin embargo, en su trabajo, a partir de las relaciones territoriales de los habitantes de esa zona, a mediados de la década de los noventa, esa ubicación

del Macizo se extendía desde el Departamento del Huila, el norte del Departamento de Nariño y una parte del Caquetá, contrastando con la delimitación institucional (Figura 7).

Figura. 7 Contraste delimitación Macizo



Fuente: Delimitación institucional versus delimitación basada en el conocimiento de los habitantes a partir del trabajo etnográfico y de cartografía social, tomado de Nates Cruz (2002, pp. 25–26).

Barreto (2018) problematizó estas delimitaciones incluyendo dimensiones sociales, locales, institucional y técnicas. En su trabajo el agua es un elemento estructural clave en estos vínculos. A partir del concepto de territorio hidrosocial (Boelens et al, 2016) el autor explica cómo esta región además de ser un espacio geográfico, delimitado por su importancia ecológica, está delimitado por las relaciones territoriales y discursivas en torno a la biodiversidad, la interculturalidad y agregaría yo, la organización y movilización política.

Para el Estado colombiano, el Macizo se define como una ecorregión estratégica. Según el documento CONPES¹⁷ 3815 de 2018:

¹⁷ Un CONPES es un documento emitido por El Consejo Nacional de Política Económica y Social (Conpes) como organismo asesor del Gobierno Nacional en materia de desarrollo económico y social. Es el encargado de estudiar y recomendar políticas generales en esas áreas. Esos documentos se pueden consultar en línea: <https://www.dnp.gov.co/CONPES/documentos-conpes/Paginas/documentos-conpes.aspx>

Esta ecorregión se encuentra localizada sobre la cordillera de los Andes en el suroccidente del país y cubre una extensión de 4,8 millones de hectáreas [4,2 % del área continental de Colombia]. Está conformada por 89 municipios de 7 departamentos, sobre los que tienen jurisdicción 6 Corporaciones Autónomas Regionales y de Desarrollo Sostenible. Su delimitación fue realizada con base en consideraciones de tipo geológico, ambiental, social, histórico y político administrativo. Desde 1978, cuando fue declarada por la UNESCO como Reserva de la Biósfera Constelación Cinturón Andino, se ha generado una serie de orientaciones de política para promover su desarrollo con base en su capital natural. Esto, no solo para mantener la capacidad de generar servicios ecosistémicos para el Macizo, sino para aquellos territorios hidrográficamente interconectados que se benefician de este. Lo anterior, debido a que en esta región se originan las cordilleras Central y Oriental, y confluyen los ecosistemas andino, amazónico y pacífico. Además, en el Macizo nacen las cinco arterias fluviales más importantes del país: los ríos Magdalena, Cauca, Putumayo, Caquetá y Patía, razón por la cual se ha denominado a esta ecorregión como la estrella fluvial colombiana (2018)

La delimitación que propone la institucionalidad amplía sus dimensiones espaciales a través de criterios técnicos, geomorfológicos, sociales y culturales. A ello se suma un intento por reconocer otras territorialidades que amplían los bordes ecológicos y territoriales que definen una región. Sin embargo, las relaciones territoriales de campesinos, indígenas y afro con el agua, y el espacio geográfico delimitado como parte de la ecorregión Macizo, no son uniformes. Justamente esos otros usos y formas territoriales de habitar y vincularse con el agua, suman a las características que definen sus bordes. Es decir, además de las condiciones biofísicas e interculturales que dan matices específicos a la región, como indica Barreto, las formas de organización política suman a las delimitaciones y bordes de lo que se considera parte del Macizo. Desde la región norte de Nariño, la propuesta de Territorios Campesinos Agroalimentarios (TCAM) es activada por los grupos campesinos que se reúnen en el Comité de Integración del Macizo (CIMA). Esta organización de nivel regional surge en la confluencia de grupos, colectivos y organizaciones locales en las veredas y municipios de los departamentos de Cauca y Nariño, “como un río alimentado de pequeñas quebraditas” (Nates Cruz, 2002, p. 30). Esta propuesta además de articularse a una identidad regional Maciseña propone una delimitación regional del norte en función de la protección del agua, los modos de vida campesinos y la resistencia contra la minería. En el norte de Nariño, la producción agroalimentaria en tensión con el monocultivo del café, la gestión de la biodiversidad y los conflictos por los intereses mineros, se suman a los elementos que definen las relaciones territoriales del Macizo. Todos estos elementos están

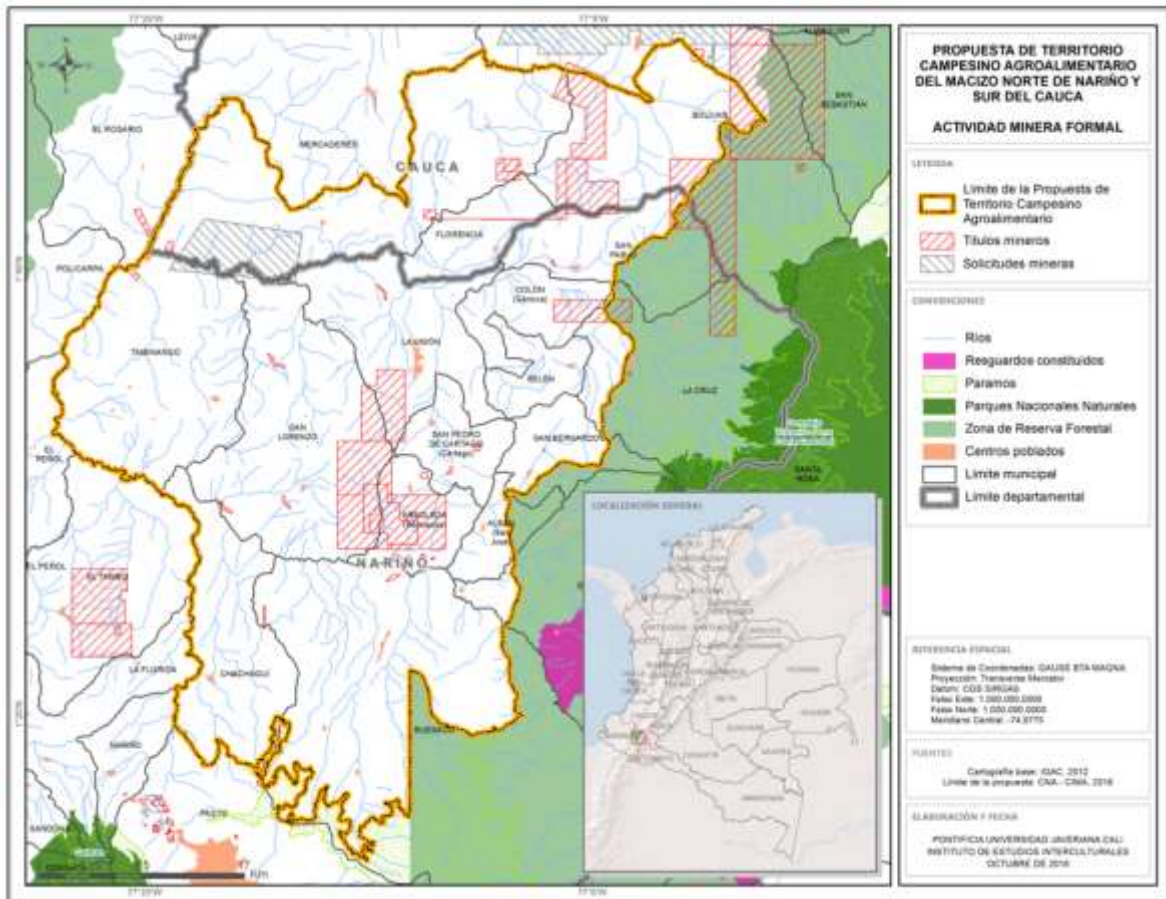
definidos por la centralidad del agua a escala local, más allá de su importancia institucional como recurso estratégico para la biodiversidad o la economía.

Bordes territoriales, aprovisionamiento y uso del agua

El norte de Nariño, así como el Macizo, son ensamblajes territoriales (Ogden, 2011). Las condiciones que insertan la región norte al Macizo, están relacionadas con los vínculos territoriales en torno al agua que van desde los aspectos puramente biofísicos, hasta aspectos sociales y políticos. El agua es una dinámica territorial central para las luchas y reivindicaciones sobre el territorio, así como un agente en la toma de decisiones y bienestar cotidiano.

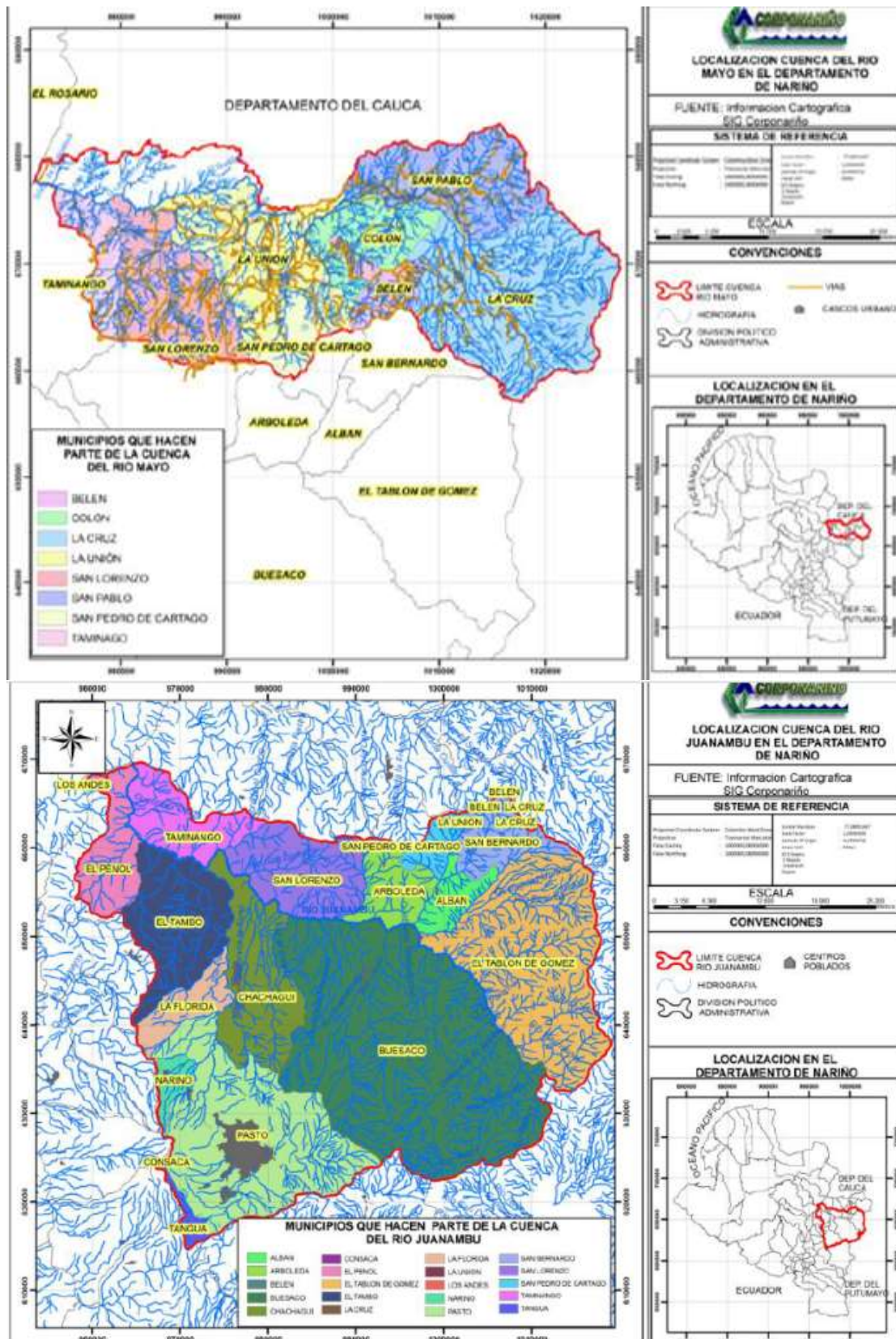
Históricamente ha sido un eje estructural de la organización del paisaje y el territorio. Sin embargo, los sentidos en torno al agua y las lógicas de aprovisionamiento trascienden las delimitaciones cartográficas de cuenca basadas en criterios geomorfológicos. Las prácticas asociadas al aprovisionamiento y uso están enteramente relacionadas con la construcción del valor social del líquido, expresada en prácticas individuales y colectivas. Los canales de aprovisionamiento, los espacios de recarga hídrica, así como las prácticas de cuidado y gestión, son parte de las relaciones territoriales que trascienden a una expresión cartografiable de una cuenca o del límite espacial del paisaje, y que se establece a partir de las relaciones entre quienes lo habitan. Un ejemplo, es la delimitación territorial de la propuesta de TCAM (Figura 8) que expondré en el siguiente apartado. Sus bordes están se definen a partir de la estructura de las cuencas de los ríos Mayo y Juanambú (Figura 9) y de las organizaciones locales que disputan su defensa contra los proyectos de expansión minera. Esta delimitación incluye una parte del sur del departamento del Cauca y excluye otros municipios cercanos con los que se tienen vínculos productivos, familiares u organizativos.

Figura. 8 Delimitación TCAM



Fuente: elaborado por Dayver Betancourt (https://lasillavacia.com/silla-llena/red-rural/historia/los-territorios-campesinos-agroalimentarios-59671#_ftn2).

Figura. 9 Cuencas ríos Mayo y Juanambú



Fuente: Corponariño, sin fecha.

La agricultura de la región funciona con los ciclos estacionales de la lluvia. El agua que llega a los acueductos comunitarios viene de las zonas altas de recarga hídrica de los municipios de San Lorenzo, La Unión y San Pedro de Cartago. Estas zonas gozan de especial protección por autoridades ambientales municipales o por los campesinos de esos municipios que se han encargado de comprar lotes para reforestar.

Entre las montañas y algunos lotes es posible encontrar mangueras que conectan formas improvisadas de riego, para llevar agua a los lotes más alejados del cauce de las quebradas en las partes más bajas y secas de la ladera. El agua es un recurso escaso, tanto para el consumo en las viviendas, como en los cultivos. Cuando los campesinos hablan sobre sus cultivos, siempre piden que “Dios mande la aguüta para regar el café porque está muy sequito y si no, no florece¹⁸”.

Además de señalar la importancia del bosque y de las zonas altas como espacios de recarga, que ellos y ellas llaman ‘la cuenca o reserva’, la lluvia es una fuente clave de abastecimiento y riego. A lo largo de buena parte de la cordillera, la distribución de la lluvia no es uniforme. Sumado a que los lotes de cultivo no son próximos a la vivienda. Por el contrario, están distribuidos por la montaña en distintas alturas y distancias. La información que se obtiene del paisaje es una parte fundamental del vínculo de los campesinos con distintos ciclos en la naturaleza y las estrategias que usan para gestionar esa dispersión productiva.

Una mañana en casa de Aura, en la vereda San Vicente, desperté temprano buscando ver el amanecer entre las montañas, la vista era maravillosa. Había una capa espesa de nubes sobre Mercaderes, que contrastaban con los picos de las montañas que sobresalían en el horizonte. Esa espesa capa de nubes reposaba sobre la masa de colinas aplanadas del Cauca que separan las dos cordilleras. Pensé lo complicado que sería conducir en esa zona con esa niebla. Ese día iría y a ver a Isabel. Cuando llegué a su casa, en la tarde, tenía café extendido en el patio secándose, pero le pidió a su nieto que lo empezara a recoger, lo apilara y tapara en un solo montoncito. Un rato después empezó a lloviznar. Nos resguardamos en la cocina, ella agradeció a Dios por la lluvia. Le pregunté: Hacía mucho no llovía ¿no? Ella respondió que sabía que iba a llover hoy ¿Cómo sabía? pregunté ¡Porque abajo las montañas tenían todas las nubes encima, cuando amanece así cobijado, esas suben para acá y traen la lluvia!¹⁹”.

Estos códigos no solo hacen parte de la lectura individual de campesinas como Isabel, sino también de referencias para sus prácticas colectivas. Se trata de códigos estructurados a través

18 Fragmento de entrevista con Isabel, Vereda San Clemente – San Lorenzo. Julio de 2018.

19 Extraído del diario de campo de la autora.

de procesos de aprendizaje con el paisaje a partir del conocimiento experiencial (Ingold, 2011, Krzywoszynska, 2016;). Vivir en el paisaje y hacerlo parte del territorio pasa por saber leer; afectar y ser afectado por los códigos de las montañas, el aire y un conjunto múltiple de agentes. El cuerpo, juega un papel fundamental en este sentido.

A través de la percepción y la experiencia²⁰(Tuan, 1977, 2007; Merleau-Ponty, 1993; Krohmer, 2010) se vincula la trayectoria individual con el espacio físico-geográfico y las dinámicas ecológicas que allí ocurren. Así mismo, se configuran las nociones sobre los espacios territoriales de los que se hace parte y que están delimitados por relaciones entre múltiples escalas. La finca, la vereda, el municipio, las organizaciones de las que se participa, los acueductos veredales, entre otras, son marcadores para delimitar en el paisaje las múltiples escalas e identificaciones territoriales de las que se hace parte.

Los acueductos locales han sido hechos por el trabajo colectivo durante varios años. Su mantenimiento, y el cuidado de los espacios de recarga de donde se aprovisionan, son tareas comunitarias que se desarrollan a través de las mingas²¹. Las veredas que se aprovisionan de estos acueductos o de las quebradas que los alimentan, hacen parte de una noción de territorio compartido que problematiza nociones de proximidad o vecindad, en función de las relaciones con el agua. Es decir, haciéndolas relativas a las formas de aprovisionamiento, mantenimiento y uso, como evidencian las palabras de una entrevistada:

Yo diría que mi territorio es toda la Unión, lo que nos representa que es la Jacoba. Porque desde ahí hay muchos municipios y veredas que reciben el agua. Más que todo son los lugares a los que he acompañado a mi madre, porque le ayudo en todas las capacitaciones que ella da a los diferentes grupos de pastoral que acompaña, por eso conozco bastante los alrededores²²

²⁰ Estos trabajos se incluyen en la geografía de la percepción. Esta perspectiva introduce la importancia de las sensaciones, emociones y preferencias de los sujetos para comprender la producción social del espacio en la tensión conceptual entre espacio concebido, percibido y vivido. El estudio del espacio tiene como elemento clave al ser humano y su relación con el medio que lo rodea. Nociones como sentido de lugar o percepción son conceptos clave para analizar las formas de entender la experiencia espacial de las personas; los usos del espacio, así como la configuración de procesos culturales complejos clave para entender las ciudades, las relaciones de intercambio, los procesos productivos, etc. (Wood, 1970; Rodaway, 2011).

²¹ Las mingas son espacios de trabajo colectivo a través de las que se resuelven obras para el beneficio común. Se hacen mingas para construir carreteras, casas, arreglar vías, limpiar caminos, etc. Son una forma de trabajo solidario. La mayoría de estas jornadas termina con comida colectiva cuando son tareas para beneficio público. Cuando son tareas para ayudar a algún vecino con trabajos específicos, se paga con mano prestada en el futuro y comida al final de la jornada.

²² Entrevista Neidy, La Unión 2018.

Nidia, una de las mujeres participantes del ejercicio de mapeo y delimitación del territorio a partir de cartas topográficas, fue enfática al indicar cómo demarcar una línea que representara hasta dónde podría pensarse colectivamente su territorio “Yo creo que aquí tenemos que señalar todo esto porque nace agua, tanto para Taminango, como para San Lorenzo. Marcarlo con azul porque aquí están todas estas venas de agua”²³.

Durante la socialización de los ejercicios de mapeo se señaló la importancia de las montañas para ubicarse y para poder demarcar un territorio, en función de los espacios de aprovisionamiento o recarga hídrica en la relación montaña-agua. En el material cartográfico utilizado para el ejercicio fueron útiles las curvas de nivel como representaciones de las montañas para indicar altura. Para la mayoría de los participantes era la primera vez que veían o utilizaban esta clase de mapa. Sin embargo, una vez identificado que esas líneas representaban las montañas, el ejercicio se desarrolló con soltura.

La importancia de las montañas reside es su potencial como marcador de identidad y ubicación, así como sus vínculos con el agua. El cuidado de las montañas, expresa las tensiones que se tienen con otros cultivos y con la regulación de los usos en los espacios de recarga. La intervención de un grupo en uno de los ejercicios de cartografía en Taminango, puso esto en evidencia cuando pregunté sobre la delimitación que habían hecho en función del agua.

T: ¿Esa agua de dónde viene?

Grupo: de la montaña

T: y lo que está marcado en la parte de arriba del mapa ¿Es bosquecito?

S: No, es caña. Todas esas partes ya las han pelado. Un señor fue allá a limpiar para cultivar caña, pero la alcaldía lo demandó porque es una reserva para las aguas. Allá se llama La Mesa y de ahí cogen el agua y la llevan a Taminango. El agua va por San Lorenzo y por eso la gente dice que es un monte que es nuestro, nativo. Por eso hay que cuidarlo.

Los cursos y manifestaciones del agua permiten explorar las estructuras subyacentes a sus identidades, así como identificar las vinculaciones territoriales de esos procesos identitarios (Skewes et al, 2012), en este caso, a través de los espacios de recarga o suministro del agua, incluso de las prácticas de aprovisionamiento y cuidado de sus fuentes. La relación montaña-agua ha sido trabajada en la literatura a través de múltiples aristas. Algunos trabajos se han enfocado en los conflictos por el uso de las montañas y la importancia del rol comunitario en su control (Sunyer-Martin & Monterroso, 2014), mientras otros enfatizan en los agenciamientos

²³ Tomado del ejercicio de mapeo en vereda San Vicente, municipio de San Lorenzo. Julio de 2018.

que configuran los conflictos, usos y ontologías de los procesos de apropiación y uso en la relación con las montañas (Mendoza Fragoso, 2018).

La relación agua-territorio para los campesinos es clave a partir de la gestión de los bosques y los recursos simbólicos. A partir de estos vínculos se agencian la definición de sus espacios de vida y modos de existencia. Aquí reside la importancia de la gestión comunitaria de la naturaleza. Las prácticas y sentidos cotidianos de los modos de cuidar campesinos que vinculan al agua en una red interdependiente constituyen la calidad del suelo, de los cultivos, así como del bienestar los seres que habitan esa región. Al final de los ejercicios de cartografía les proponía a los participantes contar sobre lo que más les gustaba de ese territorio. En el entendido que se trata de una representación de su espacio de vida, pues era un mapa en el que “muchas cosas hacían falta” como lo expresaron varios participantes. Las reflexiones que surgieron, como la que tomo a continuación, permiten visibilizar los puntos de encuentro sobre lo colectivo del trabajo cotidiano en las fincas y las prácticas creativas de re-existencia (Porto-Gonçalves, 2006).

Lo que más me gusta es que hay gente que ha sabido cuidar el agua y que la gente misma la cuida en la casa. Por ejemplo, aquí en Valparaíso tenemos una microcuenca. Entonces con el colegio hemos ido cuatro veces con los de secundaria a sembrar árboles y a cercar para que no pasen los caballos. Revisamos cómo va el agua o si hay problemas. Eso es bonito que aquí, todos han colaborado mucho²⁴.

Esas prácticas colectivas permiten entender cómo se configuran nociones sobre un espacio de vida compartido y los bordes que lo delimitan en la interacción entre organizaciones colectivas, los productos que se comercializan, la incidencia de distintas organizaciones locales, hasta las prácticas cotidianas. Esos límites territoriales están relacionados con múltiples escalas que van desde el espacio de la finca, hasta las delimitaciones biofísicas de las cuencas hidrográficas, los límites municipales o la búsqueda de demarcaciones territoriales centradas en los intercambios y las dinámicas de la vida de los campesinos como los TCAM. Esas múltiples escalas están atravesadas por relaciones y modos de cuidar que se expresan a través de prácticas y modos de valoración.

²⁴ Tomado de la socialización del ejercicio de mapeo Valparaíso, San Lorenzo, julio de 2018. Palabras de Gabriela.

Modos de valoración de la relación agua-montaña: la propuesta de TCAM

Las organizaciones campesinas locales tienen claridad de la potencia simbólica de sus cerros y del valor que tienen para la organización territorial e individual. Es así como uno de los comités del CIMA que impulsan la propuesta de TCAM, en San Lorenzo, reafirma que su estrategia para ampliar el alcance de la propuesta entre los campesinos, que desconocen el trabajo de las organizaciones y sus propuestas, es a través de esa potencia simbólica de los cerros:

Nuestra metodología y pedagogía es desde lo simbólico y ahí es donde juega lo que significa. Por lo menos la Unión, lo que significa es la Jacoba, San Lorenzo: la quebrada las Juntas y el cerro la Marucha, Taminango se relaciona mucho con San Lorenzo por el agua. Aparte del volcán Doña Juana, que es el referente mayor, hay sitios de referencia simbólica locales. Si usted toca eso, ya. Eso genera mucho arraigo o mucha pertenencia, entonces si usted habla que van a tocar una quebrada o un cerro, la gente se mueve y claro es porque en esas partes está ubicado lo que es vida, el agua.²⁵

Las montañas y el agua tienen una conexión fundamental. Para los campesinos es claro el ciclo de reproducción entre estos; el agua es necesaria tanto para la cobertura forestal en las montañas y las zonas más altas, así como para que dicha cobertura garantice el cuidado de los cauces de las quebradas y los suelos para afrontar periodos de sequía. En esta zona los ciclos de siembra y cosecha dependen de la lluvia (marzo - mayo y noviembre - diciembre). La minería, la tala y la prospección de hidrocarburos son las amenazas más grandes para las montañas y el agua, por ende, para la vida campesina. Las propuestas de las organizaciones campesinas tienen su eje de resistencia en este punto.

La propuesta TCAM busca delimitar un espacio de autonomía territorial basado en la premisa de la protección a la agricultura campesina y sus espacios de vida contra el avance de la minería. La ausencia de mecanismos institucionales del reconocimiento colectivo de derechos para los campesinos y por ende la ausencia de mecanismos legales y jurídicos para proteger sus territorios del avance del capital extractivo, son antecedentes para su promulgación. Colectivamente esta propuesta se sustenta en la defensa del agua y el territorio, como espacio de existencia campesina. Es decir, los territorios y los mundos de valor donde “el agua, vale más que el oro” (Diario de campo, 2018).

²⁵ Fragmento de entrevista con Ciro y Alba, Vereda Valparaíso – San Lorenzo, agosto de 2018.

En el país, desde mediados de los noventa, existen antecedentes para el reconocimiento de territorios específicos para los campesinos. A esta figura se le conoce como Zonas de Reserva Campesina – ZRC²⁶. El reconocimiento de estas zonas ha ocupado muchos años y esfuerzos de las organizaciones locales ya que se trata de una forma de proteger el acceso, uso y propiedad de la tierra, en un contexto donde el núcleo de la guerra ha sido el problema de la concentración y despojo a través de múltiples violencias²⁷. La mayoría de estas zonas decretadas se encuentran en espacios de colonización, dotados y reconocidos, entre las décadas del setenta y ochenta del siglo XX. El reconocimiento de nuevas ZRC es una labor en disputa entre las organizaciones locales y las instituciones del Estado.

La consulta previa es una figura que ampara los territorios colectivos de afros e indígenas ante cualquier intervención en sus tierras, permitiéndoles decidir qué se hace y qué no en su territorio de vida. En el caso de los campesinos esta salvaguarda no existe. En sus tierras se han dado buena parte de los casos de despojo armado que ha tenido el país relacionados con proyectos de extracción minera, modelos productivos extensivos, ganadería, acaparamiento y acciones bélicas (Comisión Colombiana de Juristas, 2011).

Ante esta situación las organizaciones reunidas en CIMA generaron la propuesta de TCAM (CNA, 2015). Una figura que busca priorizar el uso alimentario de los suelos y del trabajo agrícola, por ende, de la actividad productiva y de sustento de los campesinos por encima de los intereses extractivos minero-energéticos de grandes empresas amparadas en la agenda desarrollista del Estado.

El TCAM es un proyecto muy visible de ordenamiento y gestión territorial en la zona, inclusive se ha convertido en un modelo para reafirmar la autonomía territorial de distintas regiones en Nariño que han buscado promulgar sus propios TCAM²⁸. En los últimos años ha

²⁶ A partir de la Ley 160 de 1994, una zona de reserva campesina se define como “figura preferencial para fomentar la pequeña propiedad rural, regular la ocupación y aprovechamiento de las tierras baldías de la Nación –de la mano de la titulación a campesinos de escasos recursos-, en el marco de la conservación ambiental y de los recursos naturales y el ordenamiento territorial” (Artículo 1.) Algunos autores la han estudiado como una herramienta política para la identificación territorial del campesinado como un actor político al que se reconoce un territorio como parte de su identidad colectiva, sobre esto ver por ejemplo los trabajos de Pérez (2007); Ordóñez Gómez (2012), Reyes Bohorquez (2002) o Fajardo (2002).

²⁷ Autores como Guzmán Campos et al, (2005) Palacios (2008), Sánchez (2010), (Centro Nacional de Memoria Histórica (2011), Orrantía (2012), González (2014) o Jaramillo Marín (2014) entre otros han analizado el conflicto armado colombiano como un proceso de largo aliento que se ha sostenido a través de distintos mecanismos violentos tanto locales, individuales como colectivos. El despojo de tierras, la violación de cuerpos, el asesinato selectivo, así como las políticas sistemáticas de desaparición y reclutamiento forzado, son algunos ejemplos de ello.

²⁸ <http://hmasd.org/sandona-narino-todos-somos-guardianes-del-territorio/>

ocupado el interés académico de distintos actores (Cely Muñoz, 2017, 2017, 2018; Convers, 2018; Duarte, 2017; Yie Garzón, 2017).

La literatura detalla la trayectoria de esta iniciativa y enmarca su proceso en el naciente Movimiento Agrario de Nariño (ADEL, 2016). Las lecturas a este proceso coinciden en constatar su capacidad como organización frente a las instituciones del Estado. Particularmente su importancia para la coordinación de esfuerzos en distintas escalas de participación regional articulando desde las veredas, las juntas de acción comunal, hasta las organizaciones regionales. Sin embargo, en mi perspectiva, esta literatura contribuye con una lectura de la organización comunitaria muy particular que corre el riesgo de cerrar ideas sobre la participación, la organización comunitaria e incluso la resistencia política. La amplia gama de agentes, estrategias y nociones sobre lo comunitario, quiénes hacen parte y a través de qué estrategias se configuran formas de participar, gestionar el territorio o incluso resistir, corren el riesgo de quedar por fuera.

Las narrativas y mecanismos que buscan legibilidad institucional (Scott, 1998) tienen contrapartidas en los repertorios cotidianos de los campesinos muy importantes. Las prácticas al interior de las fincas de muchos campesinos que hacen parte de distintas organizaciones comunitarias, más allá de las que impulsan la propuesta de TCAM, son centrales para materializar las luchas, formas de gestión y cuidado del agua. Inclusive, los mecanismos que utilizan los comités de impulso de esta propuesta en los municipios, para llegar a campesinos que no están organizados, es a través de la importancia del cuidado del agua y el riesgo latente que implica ceder ante los intereses de las empresas, más allá de marcar de manera frontal su posición contra la minería. Una industria atractiva por las promesas de empleo, dinero y beneficios sociales que ofrece. Derechos y necesidades básicas que el Estado, por el contrario, no garantiza. Las palabras de uno de los líderes de los comités de impulso del TCAM revelan este mecanismo.

Para nosotros el eje central del pleito y todas nuestras propuestas es el agua, por eso queremos tener el mapa del TCAM y nuestras fuentes de agua. Nosotros hemos dicho, aquí lo que nos une, es el río Mayo por este lado y el Juanambú por la Unión. Porque el agua la utiliza la gente tanto de allá, como de acá. Ahora si usted les habla de ir en contra de la minería eso genera mucho rechazo. Lo que sí genera identidad y lo que le preocupa a la gente, es el agua.

Los mecanismos cotidianos de cuidado del agua están relacionados con ejercicios continuos de re-existencia enraizados en las prácticas cotidianas de los campesinos. “Es decir

una forma de existir, una determinada matriz de racionalidad que actúa en las circunstancias a partir de un lugar propio, tanto geográfico como epistémico” (Porto-Gonçalves, 2006, p. 165). Justamente esos modos de existir campesinos y sus prácticas hacen parte del conjunto de elementos que la propuesta de TCAM busca proteger a través de códigos jurídicos o mecanismos institucionales. Esas formas de re-existencia son procesos culturales que incluyen tanto propuestas de gestión territorial a gran escala, como prácticas, tecnologías y creatividades en la vida cotidiana para sostener la vida en la finca, más allá de las dificultades e imposiciones del capital y su velocidad productivista. Según Enrique Leff, desde una lectura de la ecología política están surgiendo nuevas identidades culturales en torno a la defensa de las naturalezas culturalmente significadas y estrategias novedosas de aprovechamiento sustentable. “Estas identidades y proyectos se han configurado a través de luchas de resistencia, afirmación y reconstrucción identitaria frente a procesos de apropiación y transformación de la naturaleza, inducidos por la globalización económica” (Leff, 2006, p. 26).

Paisajes de la caficultura nariñense

El café es un producto global con profundas raíces en las dinámicas locales. En la región norte articula múltiples agencias y entidades que interactúan a través de prácticas, usos y significados del suelo. Son entidades y relaciones emergentes que articulan al paisaje como un ensamblaje territorial a partir de la identidad productiva cafetera.

En Colombia el Paisaje Caficulator Colombiano (PCC) hace referencia específicamente a una ubicación geográfica, un conjunto de prácticas culturales y agrícolas, así como a marcos institucionales del reconocimiento y la identidad productiva campesina de una región, vinculadas a un concepto patrimonial. El denominado PCC está situado específicamente en “los departamentos de Caldas, Quindío, Risaralda y Valle del Cauca, ubicadas en las ramificaciones Central y Occidental de la cordillera de los Andes”²⁹. La región que en este documento identifico como la zona tradicional de producción de café en Colombia. Esta denominación patrimonial tiene implicaciones políticas y analíticas relacionadas con lo que define el carácter de cafetero y por ende las prácticas sociales, espaciales y ambientales que se asocian a él.

Estas prácticas, en el caso del PCC, se definen a partir de un alto grado de homogeneidad en el cultivo, las técnicas y las variedades de la planta que se cultivan. Sumado al grado de

²⁹ Tomado de <http://paisajeculturalcafetero.org.co/> Consultado en línea 25/04/2020.

homogeneidad relacionado con las formas de poblamiento y las narrativas en torno al desarrollo de una cultura de la caficultura a partir del hito de la colonización antioqueña; una búsqueda de campesinos sin tierra que fueron abriéndose espacio entre las montañas. Como afirman en la página oficial del PCC

Los orígenes de la caficultura en la región se sitúan en la segunda mitad del siglo XIX, con la colonización de nuevas tierras en la zona antiguamente conocida como el Viejo Caldas, el norte del Tolima y el nororiente del Valle del Cauca por parte de familias provenientes de Antioquia. Las particularidades de este proceso de colonización estuvieron basadas principalmente en la utilización de mano de obra familiar y generaron un modelo de tenencia de la tierra cimentado en la pequeña y mediana propiedad. La importancia del núcleo familiar y la predominancia campesina permearon la estructura socioeconómica de la región y constituyen parte fundamental de la esencia de este paisaje cultural.

A este paisaje se asocian una serie de tradiciones y prácticas culturales que definen al caficultor a través de códigos del trabajo duro, el emprendimiento o los objetos como las mulas y el vestuario. Todos ellos elementos presentes en la figura de Juan Valdez, insignia del café de Colombia ante el mundo. Uno de los elementos espaciales más relevantes de este paisaje es la distribución de los cultivos y las formas de tenencia a través de pequeñas o medianas extensiones de tierra dedicadas a la producción de café en exposición, en su mayoría. Las fincas cafeteras del PCC tienen características estéticas, arquitectónicas y paisajísticas que se reúnen en las condiciones de homogeneidad que le dan el carácter patrimonial (Figura 10). Estas condiciones han sido problematizadas en la literatura en relación con las prácticas cotidianas de las familias en contraste con los lineamientos institucionales patrimoniales sobre el PCC desde su formalización, ejemplos de ellos el trabajo de Mayorga (2015).

Figura. 10 Paisaje cultural cafetero



Fuente: Paisaje Cultural Cafetero. Consultado 25/04/2020 en línea <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-16043615>

Por su parte, en el caso del paisaje de la caficultura de Nariño, estos elementos son diferentes. El café no se desarrolló como una estrategia de subsistencia que dio paso al establecimiento de un cultivo a escala comercial. Por el contrario, su extensión y fortalecimiento se dieron a través del fomento de la FNC en la década del setenta del siglo XX. El establecimiento del café como cultivo comercial no fue parte de los procesos de poblamiento de la región. La mayoría de los campesinos en el norte de Nariño carecen de propiedad sobre su tierra. Así mismo los lotes de cultivo no hacen parte de una sola parcela alrededor de la vivienda, por el contrario, se encuentran dispersos en la montaña entre retazos de bosque. El café de la región se produce en sombra, crece en medio de árboles nativos como cajetos, nacederos y arrayanes; o entre cultivos alimentarios de subsistencia como la yuca, la arracacha, los mandarinos, los guayabos, el maíz, el frijol; o la hierba para los cuyes (Figura 11).

Figura. 11 Paisaje caficultor de Nariño



Fuente: Archivo propio 2018.

El paisaje caficultor del norte de Nariño tiene más que café. La multiplicidad de cultivos, actividades productivas y organizativas lo agencian. La diversidad de usos del suelo da un carácter particular a la caficultura de la región resultado de decisiones institucionales, políticas de tierras, estructura de la tenencia, antecedentes organizativos y vínculos de composición y descomposición entre plantas, trabajo campesino y animales.

La economía del café y la configuración de identidades productivas

Durante la década de los sesenta se impulsó el programa de Reforma Agraria contemplado en la Ley 135 de 1961. Esta iniciativa respondió a la valoración de los efectos de la concentración de la propiedad agraria en la inestabilidad política y en los conflictos armados, tanto por parte de un sector de las elites como del gobierno norteamericano, quien promovía la reforma a través de la ‘Alianza para el Progreso’. Estrategia desde donde apoyó y orientó la reforma agraria colombiana, con notorio interés en neutralizar la influencia del pensamiento socialista (Díaz-Fariñas, 2013). Esta Ley dio paso a la creación del Instituto Colombiano para la Reforma Agraria

(INCORA), encargado de la dotación de tierras por fuera de la frontera agrícola y la poca intervención a la gran propiedad. La modernización sería a través de la intensificación de la producción por medio de programas de crédito de la mano de los programas de dotación (Machado, 1999). La definición de los rubros productivos en los que se concentrarían territorialmente se dio en función de las condiciones climáticas y las perspectivas para el mercado.

En el norte de Nariño se reparte la hacienda Dalmacia dando créditos para la producción de maíz de las tierras más bajas en la frontera con el Cauca (entre 800 y 1000 msnm). En las zonas más altas (entre 1200 y 2200 msnm), que se poblaron a partir de distintas oleadas migratorias por los movimientos del volcán Doña Juana y la ruptura de distintas haciendas desde la década del veinte en zonas alledañas, se cultivaba fique como producto comercial y café en menor medida. La intensificación del cultivo del fique se dio por medio de los créditos de la Caja Agraria. La dotación y el crédito, como estrategias de modernización, serían herramientas de gestión del espacio a partir de criterios productivos y económicos. Lo que pasaba territorialmente se reglaba a partir de las condiciones productivas y perspectivas de comercialización que se sustentaría en los trabajadores agrícolas.

En la década de los setenta el fortalecimiento a la economía del café fue fundamental. La expansión a nuevas zonas de cultivo y su afianzamiento bajo el paquete tecnológico de la variedad Colombia (Castillo Z., L.J., & Moreno R., 1987.), producto de la Revolución verde y las modificaciones implementadas por la demanda en calidad y criterios de eficiencia, dieron como resultado la intensiva presencia de la FNC en las zonas de menor producción o fuera de los circuitos tradicionales como el eje cafetero (Guhl, 2008; Palacios, 2009). En el norte de Nariño se ha producido café desde la década del treinta (Figura 12). En la década de los setenta, la implementación de paquetes tecnológicos de la variedad Colombia y la intensificación de la producción dieron otra perspectiva técnica a los campesinos y a los usos del paisaje.

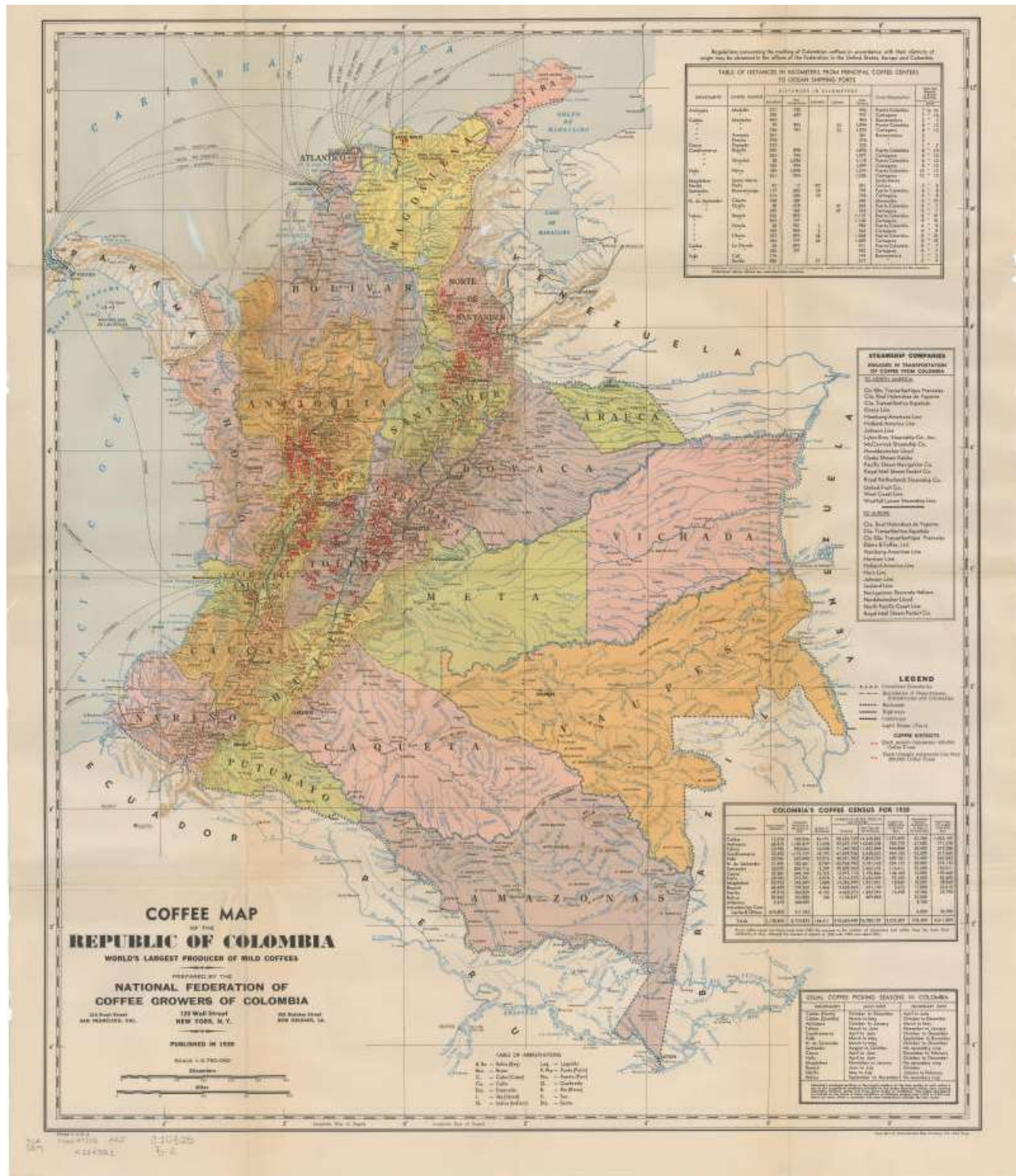
Los proyectos de caficultura basados en un perfil productivo centrado en el mercado internacional, regido a partir de criterios de eficiencia, se tradujeron cotidianamente en café intensivo y sin sombra. Estos proyectos contrastaron con la trayectoria productiva de Nariño, enfocada en distintos productos alimentarios. Una forma productiva característica de las economías campesinas (Corrales-Roa & Forero, 1992; Santacoloma-Varón, 2015) en disputa por el establecimiento del café como cultivo principal. El café pasa de ser un cultivo alimentario familiar y de comercio menor, a ser puramente comercial -en algunos casos- para finales del siglo

XX. Esta disputa se traduce en las ambivalencias y manejos productivos que dan en la actualidad características especiales al grano, mismas que constituyen uno de los ejes de valor para las compradoras y tostadoras internacionales.

De manera paralela las estrategias de Desarrollo Rural y acompañamiento Pastoral proponían a los campesinos discursos y prácticas sobre formas de manejo agrícola basadas en nociones de bienestar y agroecología. Los cultivos alimentarios fueron un elemento clave para el sostenimiento de la economía y alimentación, así como la conservación del suelo y el agua. Los discursos de la FNC abogaban por la eliminación de otras plantas que pudieran obstaculizar el cultivo comercial del café bajo las perspectivas técnicas de los paquetes de entonces. Estos discursos encontraban resistencia en las prácticas de los campesinos, el cuidado de las fincas, la distribución en pequeños lotes dispersos, debido a los patrones de asentamiento que conforman una finca en el norte, y la presencia de cultivos alimentarios en medio del bosque (Rico Rodríguez, 2016).

Entre los años sesenta y ochenta, la noción de campesino hacía referencia a una categoría nominal de un tipo de actor productivo asociado a labores agrícolas. Este carácter productivo y funcional fijaba el acceso a la tierra con créditos para el abastecimiento de las ciudades o de acceso a tierras ampliando la frontera agrícola. Los efectos de las medidas de reforma agraria e intensificación productiva fueron limitados frente a los factores estructurales de los conflictos.

Figura. 12 Mapa regiones caficultoras 1930



Fuente: Colección de cartografía histórica digital Banco de la República, disponible en: <http://babel.banrepcultural.org/cdm/singleitem/collection/p17054coll13/id/101/rec/1>

Adicionalmente, su arraigo en los desequilibrios económicos y políticos se profundizaron con el ingreso de los recursos del narcotráfico y el desarrollo de la guerra encubierta donde el paramilitarismo jugó un papel central en la neutralización de las fuerzas de oposición política de izquierda y de control territorial dentro de nuevos círculos de violencia (Fajardo, 2014).

Durante la década de los ochenta se afianzan nuevos procesos productivos asociados a los cultivos de uso ilícito y los contextos de desplazamiento forzado por distintos actores, vinculados con las disputas por el control territorial y el recrudecimiento del conflicto armado. Durante los noventa, estos problemas se sumaron al abandono a las estrategias de desarrollo rural y reforma agraria reemplazadas por las reformas estructurales neoliberales que dejaron en el mercado las funciones de regularización, distribución y uso de la tierra. El control de la propiedad reafirmó que la tierra es la fuente del poder en Colombia (Centro Nacional de Memoria Histórica, 2013). Los esfuerzos de reforma agraria, se tradujeron en políticas de flexibilización del trabajo para facilitar la inserción a los mercados. Los campesinos o la población rural, se nombra en los documentos y proyectos institucionales a través de nociones como ‘pequeño productor’.

Reformas estructurales, de la noción de campesino al de pequeño productor

La focalización de las políticas sociales a través de estrategias de alivio a la pobreza marcadamente asistencialistas fueron el punto de quiebre del abandono a las tareas de reforma agraria por parte del Estado. Las reformas estructurales de los noventa trajeron la desatención a las tareas y la promoción de un perfil de ciudadanía para los campesinos alejado de sus derechos agrarios, y más próximo a sus capacidades de emprendimiento y productividad. El multiculturalismo se convierte en el marco político para la construcción de ciudadanía y nociones de derecho. En 1991, se redacta una nueva constitución, producto de movimientos ciudadanos y presiones sociales que brinda marcos para la participación y las garantías desde el reconocimiento a comunidades indígenas y afros como colectivos. Además, plantea algunos elementos para definir el reconocimiento territorial de los campesinos, más allá de una idea de ‘trabajadores rurales’ como se expresa en el documento, con base en la adjudicación de derechos agrarios colectivos a través de la figura de ZRC.

A partir de la Ley 160 de 1994, una ZRC se define como figura preferencial para fomentar la pequeña propiedad rural “regular la ocupación y aprovechamiento de las tierras baldías de la Nación –de la mano de la titulación a campesinos de escasos recursos-, en el marco de la

conservación ambiental y de los recursos naturales y el ordenamiento territorial” (Constitución Política de Colombia, 1991). Algunos autores la han estudiado como una herramienta política para la identificación territorial del campesinado como un actor político al que se reconoce un territorio como parte de su identidad colectiva (Ordóñez Gómez, 2012; Pérez, 2007).

Este avance se da en un contexto que paulatinamente afianzaría el desconocimiento al campesinado como sujeto colectivo, agenciado por organizaciones campesinas locales, municipales y nacionales que adquieren visibilidad y capacidad organizativa a través de estrategias de lucha colectiva. En esta década el contexto nacional empieza a ser un terreno hostil para las organizaciones comunitarias por la creciente violación de derechos humanos y el avance de intereses protegidos por grupos armados legales e ilegales. Particularmente a partir de la firma del Plan Colombia y los periodos presidenciales de Uribe Vélez (2002-2010) (Ramírez, 2009; Vega, 2015). En la década de los 2000, el incremento exponencial de los cultivos de uso ilícito, la expropiación legal e ilegal de tierra por medio de la fuerza, en función de intereses de inversión transnacional, afianzaron el control territorial de distintos actores armados en el campo y las estrategias de despojo como formas de concentración de la propiedad (Reyes, 2016).

Paisaje de la resistencia: luchas por la identidad y derechos territoriales campesinos

La explotación de recursos naturales en una década de reprimarización marcan un giro en la agenda política (Bonilla, 2011). En este contexto, las organizaciones visibilizan conflictos ambientales relacionados con problemas de conservación, autonomía, explotación y disfrute de sujetos colectivos. Estos conflictos agudizaron los temas irresueltos de la agenda agraria décadas atrás. La crisis en los precios y garantías para la comercialización que expresaban los gremios, sumadas a los múltiples incumplimientos en acuerdos con los movimientos y organizaciones campesinas caldearon el escenario del Paro Agrario en 2013 (Salcedo, 2013). Durante un mes de movilizaciones los campesinos presionaron por la conformación de la Mesa de Interlocución y Acuerdo (MIA) con el gobierno nacional.

Un año antes se había llevado a cabo el Foro Agrario en el que participaron numerosas organizaciones, académicos e instituciones del Estado con el fin de discutir y acordar posibles respuestas a la crisis que se anunciaba. Como resultado se identificó la necesidad de un censo

agropecuario y la urgencia de estrategias de ordenamiento social y ambiental del territorio; propuestas que debían materializarse a través de decisiones políticas.

Desde 2003 a través del Mandato Agrario promulgado en el Congreso Nacional Agrario, las organizaciones campesinas agrupadas en el Coordinador Nacional Agrario (CNA), presentaron un documento donde reclamaban el derecho a la vida, la soberanía alimentaria y la territorialidad. En este documento quedó expresada la necesidad del reconocimiento formal, no sólo de la tierra sino del territorio a las comunidades campesinas y particularmente su reconocimiento político, como quedó consignado en el punto nueve del documento (CNA, 2015).

Un antecedente importante, dentro de los esfuerzos de la sociedad civil a nivel internacional, fue la declaración de los Derechos de campesinas y campesinos que presentó la Vía Campesina en su quinta conferencia en 2008 con el fin de construir una convención internacional. En 2013 el grupo de trabajo organizado por la Organización de las Naciones Unidas promulga la *Declaración sobre los Derechos de los Campesinos y de otras Personas que Trabajan en las Zonas Rurales*.

Esta declaratoria reconoce al campesinado como un grupo social específico que tiene una relación especial con la naturaleza a través de la producción agrícola, al que se le deben garantizar el disfrute individual y colectivo de derechos. Entre esos el derecho a la tierra y el territorio; la participación efectiva y la protección de los valores de la agricultura, entendida como el conocimiento histórico y cultural sobre los procesos agrícolas locales.

El documento del CNA de 2015 fue clave para las organizaciones campesinas en las regiones. Desde Nariño se aportaron elementos clave a partir de la gestión de organizaciones comunitarias como el CIMA. Esta serie de documentos han ido a la par de las estrategias locales para el reconocimiento de los territorios y el posicionamiento de sus demandas en la agenda política a través de propuestas de gestión territorial más allá de las ZRC establecidas o proyectadas. Una de estas propuestas locales, que ha tenido amplia resonancia en el escenario nacional es la figura de TCAM.

Las propuestas desde las organizaciones plantean nuevos retos y posibilidades dentro los marcos del reconocimiento o las políticas de producción de identidades rurales. Estos mecanismos demarcan a los campesinos a partir de un carácter meramente productivo al servicio de los intereses del capital, movilizados a través de estrategias de inserción productiva, desconociendo el carácter de las luchas por la ciudadanía que subyace a las demandas y

propuestas de las organizaciones comunitarias de la región. Las políticas de restitución, retorno y reparación que se dan a finales de los noventa en atención a las víctimas del conflicto armado, transformaron sustancialmente el foco de los esfuerzos institucionales (Ministerio de Agricultura y Desarrollo Rural, 2012). Salgado (2012). señala que estos esfuerzos no tomaban en consideración los actores que ejercen mayor control sobre los territorios, los campesinos. Reproduciendo el viejo esquema del desarrollo rural como estrategia de atención a la pobreza. En este escenario las discusiones de los *Acuerdos de la Habana en 2016 para la terminación del conflicto armado entre las FARC-EP y el Gobierno Nacional* (en adelante el Acuerdo) -particularmente el punto uno referente a la Reforma Rural Integral (RRI)-, ampliaba los términos en los que el problema de la tierra era referido desde hace más de una década. Esta serie de instrumentos agenciaron el reconocimiento del derecho a la territorialidad como parte del pliego de la MIA durante el Paro Agrario de 2013, terminando de reafirmar la necesidad de incorporar dentro de las estrategias de atención al conflicto agrario, como estrategia global, una perspectiva territorial. Entendida como una perspectiva de reconocimiento de la ciudadanía y los derechos colectivos.

En 2017 la Agencia Nacional de Tierras (ANT) en atención a el punto uno del *Acuerdo*, desarrolla el Decreto Ley 902, para agilizar los procesos de acceso y formalización de la propiedad rural como aporte a la materialización del derecho a la paz. Este esfuerzo propuso los mecanismos y ajustes normativos para garantizar la seguridad jurídica y la progresividad en el acceso a la tierra a partir de una estrategia de barrido predial en las zonas priorizadas. Zonas que serían beneficiarias del fondo de tierras a partir de la realización de un catastro multimodal que permitiera la implementación de mecanismos pactados en el acuerdo como el Plan Nacional Sustitución de cultivos de uso ilícito - PNIS y los Programas de Desarrollo con Enfoque Territorial - PDET. Los sujetos beneficiarios serían *campesinos, campesinas, trabajadores y trabajadoras de la tierra* (Agencia Nacional de Tierras, 2017) que no tengan propiedad o carezcan de la cantidad suficiente para garantizar su bienestar.

El decreto reconoce la economía del cuidado como el aporte del trabajo femenino en la economía familiar y campesina, y establece los mecanismos para priorizar los procesos de dotación y formalización a través de las mujeres rurales. El cuidado se reconoce esencialmente como un trabajo femenino. Esta iniciativa centra la resolución del problema agrario, de acceso y control territorial, en un problema de formalización del mercado de tierras. La disputa por el reconocimiento se mantiene, pues, así como avanza en reconocer que hay una relación directa

entre conflictos por la tierra y violencia, también aporta los mecanismos técnicos para quitar el peso político a las luchas agrarias y por ende a la reivindicación política del campesinado.

En el actual periodo de gobierno (2018–2022) las políticas de atención al campo y las relaciones con lo rural están marcadas por una agenda política centrada en retomar las tareas y lineamientos ultraconservadores que el uribismo puso en la mesa (González, 2002, 2014). La criminalización de la protesta social; la regresión en políticas sociales y ambientales; el retroceso en la política de atención a los cultivos de uso ilícito al promover la aspersión aérea de glifosato; además del desconocimiento y la búsqueda constante del desmote del Acuerdo de la Habana³⁰ (Lewin & Vélez, 2019); sumados a una agenda económica y de desarrollo centrada en la reprimarización y explotación de los recursos naturales con mínimas regulaciones. Estas condiciones proponen un contexto hostil para las organizaciones campesinas y las posibilidades del reconocimiento de su participación política y la defensa de sus derechos contra la gran minería. Además del retroceso en el reconocimiento de su identidad territorial, al ser referenciados nuevamente como pequeños productores con necesidad de incentivos económicos, no de derechos agrarios.

La búsqueda de las organizaciones campesinas de la zona se centra en las narrativas y discursos del cuidado ambiental y de la vida campesina. Su lucha está centrada en la protección del agua. Este es un mecanismo de defensa contra la vulnerabilidad que implica el interés minero en la región, así como el posicionamiento de la economía del café como único cultivo comercial. Esto ha condicionado a los productores a cumplir con las reglas y mecanismos de comercialización, de quienes tienen el monopolio de la venta. Una realidad que se ha transformado a través de la aparición de otros canales de comercialización y la mercantilización de otros aspectos productivos y de la estructura de tenencia como veremos en los siguientes capítulos.

En la región norte cuando hago referencia a las organizaciones comunitarias parto de dar cuenta de la multiplicidad de expresiones que tiene lo político, la movilización y la gestión de lo colectivo. Allí, los grupos, asociaciones, comités, redes y colectivos abundan. Una persona puede participar en más de una organización en relación con los atravesamientos que las componen. Es decir, los grupos de la iglesia; los grupos agenciados por las entidades de cooperación para el desarrollo, según los proyectos que tengan en la región; los grupos y asociaciones de productores

³⁰ Sobre el texto final para el acuerdo ver Para ver el texto final del acuerdo se puede consultar: Gobierno Nacional de Colombia, FARC-EP y países garantes (24 de agosto de 2016).

de café; las redes de familias; redes de guardianes de semillas, así como los comités locales y de impulso del CIMA en cada municipio e incluso las Juntas de Acción Comunal. A partir de cada una de estas posiciones, las estrategias de participación y gestión de lo colectivo son diversas. La mayoría de ellas se articulan en torno a temas y problemáticas ambientales.

Como parte de los esfuerzos por fortalecer la presión colectiva en contra de la minería, en los municipios las organizaciones han articulado un trabajo de posicionamiento del cuidado del agua, como eje articulador entre esas múltiples expresiones de la organización colectiva. Más allá de las disputas contra la minería o el avance del capital extractivo, el interés que moviliza las distintas expresiones de lo colectivo se han canalizado en el cuidado y protección del agua y las montañas. La identidad maciseña, como un territorio del agua ha sido el eje catalizador para coordinar esfuerzos para proteger este paisaje de narrativas que lo incluyen como paisaje de la minería. Evidencia de ello su potencial según *fairmining*³¹ o incluso la agenda de desarrollo minero del gobierno actual, proyectada hasta 2025 (Dinero, 2020). Esta lucha por la protección del agua, se traduce en la articulación de múltiples actores y escalas del nivel local, así como organizaciones del nivel nacional que promueven el posicionamiento institucional de la categoría de campesino, como una noción de reconocimiento político y derechos ciudadanos y territoriales.

Reconocimiento político del campesinado, un debate abierto

Las organizaciones campesinas de orden nacional y regional propusieron en 2018 un capítulo campesino para el actual Plan Nacional de Desarrollo (PND) ante el Consejo Nacional de Planeación como una hoja de ruta en el actual periodo de gobierno. La propuesta titulada *Pacto por la equidad rural y el bienestar de la población campesina* buscaba incluir medidas y programas específicos que permitieran a los campesinos tener derechos en condiciones de igualdad dentro de las bases del PND actual (DNP, 2019) pues este documento

³¹ Una de las cosas que maravilla de la virtualidad es la suavidad con la que dos ubicaciones y lugares comparten un significante. Lo remoto conecta dos espacios, dos geografías, o dos formas de habitar el mundo, a través de una narrativa. La producción de joyas en suiza y de materias primas (oro) en Nariño, comparten un espacio. En efecto, lo que ello muestra (la virtualidad y sus significantes), es que no se trata de dos o más lugares diferentes o separados. Por el contrario, lo que evidencia es que son consustanciales y que están interconectados de más de una forma. La multiplicidad territorial es expresada a través de significantes de la virtualidad y la conmensurabilidad, al respecto ver en línea: <http://www.thejewelleryeditor.com/images/the-landscape-of-narino-colombia-the-region-from-which-the-gold-used-in-chopards-green-carpet-collection-is-mined/?fbclid=IwAR3jAw--hVICILTqTChTbVO8QTYH7TAVG7MchJtaq1ORSMFHTyQBlokkU8> Consultado 23/04/2020.

Sólo tienen en cuenta al campesinado en asuntos de desarrollo agropecuario y rural; educación y participación ambiental; y resolución de conflictos interculturales. Por su parte, la propuesta campesina abarca ocho líneas estratégicas: (i) acceso, formalización y territorialidades campesinas - áreas protegidas; (ii) fortalecimiento de la economía campesina y adecuación institucional; (iii) acceso a derechos; (iv) infraestructura productiva; (v) cultivos de coca, marihuana y amapola; (vi) ambiente y cambio climático; (vii) mujer campesina; y (viii) jurisdicción agraria (Guíza & Torres, 2018).

La propuesta pretendía construir un apartado para los campesinos a partir de sus necesidades y procesos organizativos en un esfuerzo por marcar una agenda global desde la trayectoria territorial de una multiplicidad de organizaciones. Sin embargo, el enfoque de las bases del PND actual desconoce al campesinado como una noción clave y la reemplaza por el reconocimiento de la pequeña producción. Una categoría que depende de su articulación en el engranaje del desarrollo, ahora con una perspectiva agroindustrial encabezada por el impulso de cadenas de valor, en donde deben insertarse como pequeños productores a través de alianzas estratégicas guiadas por el interés del capital inversionista.

La garantía a los derechos de participación y la atención a los ejes del conflicto y las necesidades estructurales que atraviesan los problemas por la tierra en Colombia, expresados en las líneas estratégicas del *pacto*, se pretenden resolver vía procesos de titulación para garantizar las condiciones comerciales de la tierra para ese modelo productivo. Lejos está de proponer una estrategia transversal que incorpore los puntos sobre la RRI del *Acuerdo*. El campesinado queda relegado en un rol residual sometido al modelo de alianzas productivas que se pretende imponer (Mojica, 2019) como sujeto de ordenamiento para la seguridad jurídica de la propiedad, desagravando el problema de la tierra y su propiedad como reconocimiento de la participación efectiva.

En el norte de Nariño hoy el énfasis productivo está puesto en el rubro de los cafés especiales. Múltiples instituciones nacionales, eclesiales o de cooperación para el desarrollo están apostando por articular estrategias de desarrollo y pacificación a través del café en la zona. Durante décadas el café convivió con otros cultivos, poco a poco paso de ser un cultivo alimentario a ser la fuente principal de ingresos. Esto significó su integración dentro de la dinámica de la agricultura de subsistencia donde la diversidad en cultivos y el bosque han sido parte fundamental de la vida cotidiana y ahora de los elementos que dan cualidades especiales al café. Cualidades que hoy son parte de los códigos de valor que el mercado demanda. Estas

transformaciones en el sabor y los elementos que dotan de valor al producto dieron relevancia a la producción artesanal en micro lotes, con sombrero y poca agua, que predomina en la zona.

Las entidades de cooperación han jugado un rol fundamental como intermediarios de los compradores, al poner en valor las prácticas de los campesinos o al ser su guía para ajustarlas a los gustos y condiciones impuestas por los compradores; la trazabilidad de un producto se convierte en garantía de bienestar. Ahora bien, que el café además de ser un producto a través del cual posicionar un proyecto de economía nacional conectada o dependiente del mercado internacional, sea una estrategia de desarrollo local y pacificación, agenciada por organizaciones de cooperación en alianza con un Estado distante o ausente, plantea preguntas sobre lo que podría entenderse como proyecto de desarrollo. Es decir, como proyecto territorial sobre cómo reglar y organizar el campo y de la forma en que las estrategias de comercialización son garantía ya no solo de desarrollo, sino de paz. Esto es parte del modelo que plantea el actual PND.

En esta región las organizaciones campesinas han buscado a través de mecanismos el reconocimiento colectivo de sus derechos territoriales en medio de la búsqueda por otros procesos productivos e identitarios que no dependan de la economía del café o de los modelos de desarrollo que los marcan como proveedores de materias primas en un encadenamiento de alianzas estratégicas. La diversidad productiva de las fincas, la identidad territorial y el conocimiento cultural sobre la agricultura en esta región, hacen parte de los elementos que se ponen en relevancia desde las organizaciones para frenar el avance de los intereses mineros, extractivos o de inversión sobre sus territorios. La importancia del reconocimiento territorial y colectivo de sus derechos es una forma de garantizar la protección de sus modos de vida y su reconocimiento como ciudadanos con derechos agrarios y sociales. En esta región, es clave comprender la noción de campesinos como una categoría territorial. No solamente porque es una categoría de ordenamiento espacial de las relaciones y de los intercambios de la vida cotidiana, sino además porque funciona como mecanismo para garantizar el reconocimiento formal de ciudadanía de derecho.

Pensar lo campesino en y desde el norte de Nariño.

Como indica Yie (2017), a partir del trabajo etnográfico con distintas organizaciones agrupadas en el naciente Movimiento Agrario de Nariño (2016), hablar de 'lo campesino' es problemático por las ambivalencias de las que está cargado este concepto. En la literatura al hacer referencia a

lo campesino, incluso en un departamento mayoritariamente rural desde los discursos institucionales (Gobernación de Nariño, 2008, 2016) tiene matices y ambigüedades regionales clave. Es por lo que debe tomarse en cuenta las relaciones a las que hace referencia esta noción, en contextos situados. Alguna de estas ambivalencias es el posible núcleo que definiría al campesinado en relación con la tierra. Entiéndase una forma tradicional de trabajo que no es uniforme y cuyos rasgos de ancestralidad son cuestionados; un tipo de tenencia y estructura productiva cuando esta varía tanto en cantidad como en intensidad de manejo; una forma cultural de vínculo y espiritualidad anclados a la relación con la naturaleza, pero atravesados por temas como los paquetes tecnológicos de la Revolución verde. Incluso la puesta en cuestión de dicho vínculo por actores que reclaman que toda relación con el medio, como una manera de concebirlo y sentirlo como marcadores de identidad, debe pasar por marcos étnicos (Acevedo Ruíz & Yie, 2016; Yie, 2016).

Las luchas actuales de los campesinos de la región norte reclaman una noción territorial, situada y anclada al trabajo que hacen para la supervivencia, la provisión de alimentos y la búsqueda de procesos productivos acordes con los ciclos ecológicos de los lugares en donde habitan. Estas búsquedas se enmarcan en las estrategias legales que en la CPC son recursos para la defensa de derechos colectivos por la tierra o incluso mecanismos de participación efectiva. Hoy a través de la categoría de campesinado se buscan garantías para el ejercicio efectivo de la participación política y el reconocimiento territorial. Son bases de formas de ordenamiento territorial conociendo desde los territorios, no sólo controlando desde el centro de la administración pública. Particularmente, busca ser un mecanismo de reconocimiento a partir de criterios culturales que responde a las estrategias que han encontrado otros colectivos en los marcos del multiculturalismo neoliberal abiertos por la CPC en 1991 y las transformaciones estructurales de esa década (Montenegro-Lancheros, 2016). Búsquedas que problematizan una idea unificada de campesinado, que se expresa por ejemplo en las dificultades técnicas para contar y nombrar.

Reconocer quién cuenta, quién hace parte del Estado y cómo es nombrado es central. Un ejemplo clave se encuentra en la acción de tutela interpuesta por 1758 campesinos y campesinas contra el Departamento Administrativo Nacional de Estadística – DANE y Ministerio del Interior

Por la violación al derecho fundamental a la igualdad material (artículo 13 de la CPC) del campesinado, considerado como grupo e individuos, que afecta el goce de sus derechos

económicos, sociales y culturales, así como la protección a su proyecto de vida e identidad cultural diferenciada. Esta violación surge por la omisión injustificada de las entidades accionadas de incluir, en el XVIII Censo Nacional de Población y VII de Vivienda de 2018, preguntas que indaguen por la identidad cultural diferenciada del campesinado y su situación socioeconómica³²

El reconocimiento de una categoría censal también es el reconocimiento territorial y político de formas de ordenar, reglar, administrar y habitar que exceden lo que la agenda actual del Estado colombiano está dispuesta a incluir. La tutela buscaba incluir como categoría censal al campesino a partir de la adscripción voluntaria. Sin embargo, el DANE no incorporó ni desarrolló mecanismos para su inclusión. Este es un claro ejemplo de la disputa por participación y reconocimiento efectivos del problema de la tierra como un asunto agrario. Sin mencionar la posibilidad de otros ordenamientos territoriales en el país como alternativas al dilema de concentración de tierra como eje de poder y desigualdad.

³² Acción de tutela número 1100122040002017-03161- 00(148-17)

Capítulo II. Ensamblajes territoriales del cuidado

Cuidado como una noción ambivalente con profundidad territorial que puede dar cuenta de las múltiples ubicaciones que dan forma al paisaje, o a los múltiples territorios articulados o en contradicción que lo habitan. Desarrollo esta idea en tres partes. Primero describo los procesos de traducción que articulan la producción de café especial y la manera en que los sentidos sobre el cuidado describen la configuración del sabor, la calidad y el bienestar. En la segunda parte, describo cómo el cuidado es articulado a través de múltiples escalas utilizando nociones como desarrollo, conservación y sostenibilidad ambiental. En la tercera parte apunto cómo el cuidado es un mecanismo para pensar y gestionar los vínculos entre campesinos, montañas, agua, derechos políticos y participación colectiva, es antesala para el tercer capítulo en el que desarrollo una mirada territorial sobre los mundos campesinos.

Los modos de cuidado de los que habla este capítulo refieren específicamente a acciones sobre formas de atención a la naturaleza. Así mismo los usos discursivos y prácticos del cuidado que están asociados a nociones de sostenibilidad, conservación y desarrollo para actores como la Iglesia, el Estado, las entidades cooperación para el desarrollo o las comercializadoras de café. Estos usos, en particular, se enmarcan en la producción de café especial a partir de la pequeña producción campesina. Un tipo de producción que se comercializa a partir de diferentes estrategias, tanto a través de la FNC, como de las organizaciones de productores y campesinos que han encontrado canales a través de las entidades de cooperación para el desarrollo. Estas entidades, a su vez, están interesadas en la promoción del cultivo y comercialización del café como mecanismos que garantizan el desarrollo local y la sostenibilidad ambiental.

Este es un circuito de intercambios y trazabilidad en el que tanto las características sensibles de sabor y calidad del grano, como la existencia de organizaciones campesinas, las certificadoras, e incluso las condiciones de tenencia y producción, hacen parte de las relaciones que configuran el café especial y las características del paisaje caficultor. A la vez que constituyen maneras de gestionar el territorio. Para desarrollarlo quiero construir pistas analíticas sobre la noción de cuidado a partir de la revisión de antecedentes en la literatura, posteriormente expongo cómo opera en mi análisis sobre la construcción de órdenes territoriales que conforman el paisaje como ensamblaje territorial.

Una lectura (no) tradicional del cuidado.

El cuidado es central para la vida cotidiana. Todos dependemos de vínculos de cuidado que sostienen nuestra vida. Sin embargo, cuando se habla de cuidado, generalmente asociamos tareas de atención a los enfermos, los ancianos o los niños. Tareas que históricamente se han puesto en las mujeres. La atención que ha recibido el cuidado en la literatura académica se ha centrado en discusiones sobre el parentesco, la solidaridad y la salud (Alber & Drotbohm, 2015; Milligan, 2001, 2009; Moreno Preciado, 2018). En los últimos años se ha ampliado a discusiones sobre el trabajo, la responsabilidad colectiva sobre los otros, además de los aportes críticos de los estudios feministas que han incluido categorías y reflexiones en torno al cuerpo y la complejidad de los vínculos afectivos (Atkinson, Lawson, & Wiles, 2011; Martin, 2012; Raghuram, Madge, & Noxolo, 2009).

El cuidado parece ser una tarea cotidiana de la vida privada, no un asunto público o político en tanto su dimensión colectiva. “Desde la Ilustración la división entre cuerpo y mente, razón y emoción, ha sido la base para la construcción discursiva de pensamiento, de lo que adquiere carácter científico y el tipo de temas que importan a la hora de construir análisis y decisiones políticas” (Mol et al., 2010b p. 7).

Para las ciencias biológicas, los cuerpos eran interesantes en la medida en que podían ser objetivados y explicados en el laboratorio, pero no cuando arrastraban los pies, jadeaban, comían o dejaban de comer, hablaban, gritaban o necesitaban ser tranquilizados. Por lo tanto, durante mucho tiempo el cuidado figuraba en como una necesidad práctica más o menos tediosa, más que como un tema intelectualmente interesante (Mol et al., 2010b).

Trabajos como los de Lawson (2007), Mol et al. (2010a), Boff (2012), Puig de la Bellacasa (2017) entre otros, desde múltiples disciplinas en las ciencias sociales, han puesto sobre la mesa otras dimensiones del cuidado que permiten abrir el espectro de la discusión sobre sus vínculos con lo colectivo. Estos esfuerzos en la literatura han sido parte de la búsqueda por desmitificar al cuidado como una tarea feminizada y por expandir su comprensión como una lógica que trasciende la cotidianidad. Una lógica que tiene mucho que decir sobre nuestra vida colectiva o las formas de gestión y administración de lo público.

Algunas perspectivas en la literatura académica han examinado esta dimensión desde una mirada a la economía política a partir del análisis de las condiciones de reproducción de las personas (Rodríguez Enríquez, 2015). Esto en la literatura se ha reflejado en la noción de

economía del cuidado. Una noción que ha puesto en el debate la organización social del cuidado y la división sexual del trabajo desde una mirada crítica, enfatizando en la importancia de la reproducción de capital. Estas lecturas críticas han tenido un impacto importante en lo que es reconocido como trabajo (Organización Internacional del Trabajo), además de los ámbitos a los que pertenecen las tareas y acciones de cuidado. Sin embargo, en Colombia estos marcos han agenciado la implementación de políticas institucionales del reconocimiento a las tareas de cuidado como parte del conjunto de prácticas y criterios a través de los cuales se busca reconocer y regular la propiedad de la tierra, entre otros derechos, como parte de la implementación de los acuerdos de paz entre el Gobierno Nacional de Colombia, FARC-EP y países garantes, el 24 de agosto de 2016³³. Este mecanismo busca avanzar en el reconocimiento y regularización de la propiedad a través de la priorización de las mujeres rurales y campesinas³⁴ profundizando nociones esenciales sobre cuidado y trabajo campesino a partir de una marcada división de género. Nociones que vuelven a centrar el cuidado en el ámbito doméstico como reafirman algunos estudios sobre el tema en el mundo campesino (Velásquez G., López, & Barreto, 2014).

Los estudios feministas sobre el trabajo del cuidado se han centrado en la crítica a los esencialismos, enfatizando el carácter colectivo, socialmente asignado del cuidado y su profunda importancia para la gestión de lo público. La forma en que se gestiona y organiza el cuidado, revelan su importancia social, más allá de los roles asignados a partir de criterios de género. La manera en que esa asignación se construye y la manera en que, a través de distintos dispositivos, como leyes en el caso colombiano, se utiliza para gestionar y regular temas que conciernen asuntos públicos, colectivos y eminentemente políticos como la propiedad de la tierra, evidencian la centralidad de esta noción.

El significado de ‘cuidado’ puede ir en diferentes direcciones a partir de una gama de prácticas materiales históricamente concretas. “Incluso entre aquellos que están de acuerdo en que ‘cuidar’ es vital para entender las relaciones entre naturaleza -cultura y la producción de tecnociencia. El cuidado no necesariamente tiene las mismas connotaciones en todos los contextos, pero sin duda está marcado por políticas de género y raza; lo que trae a la mente

³³ La economía del cuidado es definida en el Artículo 2 de la Ley 1413 de 2010 como el trabajo no remunerado que se realiza en el hogar, relacionado con mantenimiento de la vivienda, los cuidados a otras personas del hogar o la comunidad y el mantenimiento de la fuerza de trabajo remunerado. Este trabajo de hogar no remunerado incluye los servicios domésticos, personales y de cuidados generados y consumidos dentro del propio hogar, por los que no se percibe retribución económica directa.

³⁴ La definición de los criterios para la elegibilidad de los sujetos de derecho a acceso de tierras y formalización se encuentran en el Decreto 902 de 2017.

trabajos particulares asociados con el trabajo feminizado y sus complejidades éticas” (Puig de la Bellacasa, María., 2017, p. 42)

Mol et al. (2010a) han buscado expandir la comprensión del cuidado en este sentido a partir de una lectura a las prácticas en distintos escenarios, tanto en los hogares, las clínicas o las fincas. Atender a los usos del cuidado y la lógica del cuidado (Mol, 2008) permite ampliar el espectro de lo que es entendido como trabajo, lo público y las maneras en que ello configura ordenes, formas de gestión o administración que en este documento quiero asociar a una idea de gobernanza.

La gobernanza es una dimensión analítica para entender las formas en que se construyen arreglos sobre la gestión de lo colectivo. Esta es una lectura que permite aterrizar la dimensión del cuidado desde una perspectiva ambiental a un nivel político, territorial y pragmático, a través de una lectura crítica de los órdenes territoriales. Así mismo es una dimensión prospectiva sobre las formas en cómo podrían gestionarse los vínculos de cuidado entre múltiples actores, en función de escenarios en donde las preocupaciones ambientales trasciendan las nociones sobre el ‘medio ambiente’ de los discursos de la sostenibilidad y el capitalismo verde, o la idea de ‘recursos naturales’ de los discursos del desarrollo.

Una lectura desde la geografía al cuidado

Cuando llegué aquí esto no estaba, yo llegué a hacer la reserva, a sembrar árboles, a cuidar. Lo que hacemos en esta finca es manejar la cobertura de hierbas nobles y manejarlas a esta altura para que se mantenga la humedad y así mantener los suelos sueltos y bien bonitos. Por eso usted mira este café aquí sano, en medio de la reserva, pero también es por la cobertura, es un colchón para los suelos. Sin eso, yo no tendría esta clase de café que tengo, eso ayuda para el café de alta calidad. Esta es una reserva sagrada para mí. Yo siento a alguien y vengo de inmediato. Esta es la vida, para pensar en agua hay que cuidar primero. El agua que yo echo aquí es de la que cuido. La gente que viene valora mucho que yo de tan poquitico espacio, tengo tanto en reserva. Si fuera otro lo tendría en café. Nosotros con mi familia hacemos esto porque hemos estado en tantas charlas y cursos que a nosotros ya nos han dicho lo que se viene, entonces uno pensando en eso dice no, yo voy a cuidar porque el bosque, el agua, son vida”³⁵.

³⁵ Tomado de la entrevista a Ramiro Cerón en la vereda San Vicente, febrero de 2016.

En Nariño cuidado es una labor colectiva, pública, comunitaria, así como íntima, personal y política. Desdoblar la noción de cuidado en todos estos usos hace parte del ejercicio que propone este análisis a partir de una mirada territorial. Para eso quiero exponer las pistas teóricas desde la geografía que me permiten construir una lectura al respecto, y posteriormente desarrollar el sentido territorial del cuidado a partir de tres ejemplos para describir y visibilizar el paisaje como ensamblaje territorial.

En las ciencias sociales, y en la geografía en específico, las prácticas de cuidado han ocupado en la última década un lugar importante (Lawson, 2007; Mol, 2008; Puig de la Bellacasa, María., 2017). Estas perspectivas buscan comprender narrativas, prácticas e interdependencias entre múltiples escalas espaciales y temporales. El análisis, en estos trabajos, se ha centrado en las interrelaciones entre las relaciones de explotación del capital, la gestión de recursos naturales o las prácticas de gobernanza locales para buscar formas más responsables de nuestra interacción con la naturaleza (Popke, 2016; Raghuram et al., 2009). Estas perspectivas presentan casos de estudio donde es posible comprender la complejidad que constituye la producción del espacio a través de múltiples escalas, actores y seres (Bawaka Country et al., 2015; Suchet-Pearson, Wright, Lloyd, & Burarrwanga, 2013). Perspectivas donde la agencia, los afectos y las emociones son conceptos clave para comprender el paisaje y las relaciones territoriales que lo producen (Singh, 2018; Tuan, 1979).

En la cita que abre este apartado, Ramiro permite ver los vínculos que hacen posible un café de alta calidad a partir de una noción de cuidado del agua, que a su vez es el cuidado del suelo y las coberturas. Este interés por el agua no solamente está centrado en su función en la producción de café especial, sino particularmente como parte de un ensamblaje que incluye al bosque, e incluso a su familia dentro de un conjunto de vínculos que constituyen lo más importante para él; la vida. Un análisis desde el cuidado permite entender que la producción de café especial es además la producción territorial de las personas, las plantas, el sabor, los precios o incluso el mercado de *cashcrops* y *commodities* en un continuo *becoming*.³⁶ Es decir “una cierta configuración de saber, hacer, ser y contar. Todo intrincado en una red de conectividad que está

³⁶ Una noción presente en el trabajo de Bawaka Country (et al, 2015); De la Cadena (2015) entre otros que refiere a la "producción mutua" más allá de dos partes establecidas. Un conjunto de agencias móviles que se configuran en el movimiento, en las que tanto el sujeto como lo sensible adquieren sus propiedades y morfología en los múltiples enlaces posibles o imposibles.

continuamente en movimiento, coproduciéndose constantemente” (Bawaka Country et al., 2015, p. 462).

Esta producción territorial me gustaría tomarla en el sentido que exponen Guattari y Rolnik (2006). Entendiendo que el “territorio puede ser relativo tanto a un espacio vivido como a un sistema percibido dentro del cual un sujeto se siente ‘una cosa’. Es un conjunto de representaciones que van a desembocar, pragmáticamente, en una serie de comportamientos, inversiones, en tiempos y espacios sociales, culturales, estéticos, cognitivos” (Guattari & Rolnik, 2006, p. 372). El territorio es definido y delimitado por comportamientos, inversiones y tiempos configurados a partir de la trayectoria colectiva, y ejecutados a través de prácticas para su afirmación.

No se trata de una lectura del territorio como espacio dado y delimitado a través de estrategias de soberanía en una lectura política desde las relaciones de poder tradicional. Se trata de una lectura del territorio como un proyecto de existencia que puede ser leído a través de las prácticas que determinan su continua producción. Un conjunto de vínculos, actores, estrategias y relaciones que buscan configurar un orden de la existencia (Herner, 2009) en las que la jerarquía, o el poder, se estructuran de forma cambiante a partir de las relaciones o vínculos entre actores.

Entender la producción de *commodities* en este sentido es clave. Una mirada crítica a las formas en cómo se configuran órdenes territoriales en el ámbito local, permite tener una mirada más amplia acerca de la lógica de extracción de los recursos y los movimientos del capital. Una muestra de esta complejidad territorial puede darla una mirada comparativa sobre la diferencia entre las geografías de la extracción y las geografías del consumo en el mundo. Autores como David Harvey (2007) han explicado la división productiva de un nuevo orden global basado en la desposesión como producto de modelos de desarrollo sostenidos en la extracción y explotación. Un orden productivo y social basado en las nociones de competencia y ventajas comparativas que sitúan a los países de América Latina como exportadores de recursos naturales por excelencia. Las reformas estructurales de los noventa en el continente, profundizaron las brechas de desigualdad y los sistemas de producción basados en la reprimarización de las economías latinoamericanas, esto dio paso a lo que Svampa (2013) expone como el nuevo consenso de los *commodities* en América Latina.

Este modelo de desarrollo se basa en el Destino Manifiesto que se le ha reservado a América Latina como exportador de naturaleza, minimizando sus consecuencias ambientales.

Dentro de esa vorágine extractivista también surgen discursos sobre respuestas a la crisis y a la necesidad de construir otros modelos de desarrollo, basados en el uso sostenible de los recursos o incluso replanteando los principios que sostienen dichos modelos, como las perspectivas del postdesarrollo (Escobar, 2005).

Buena parte de los discursos sobre los usos sostenibles de los recursos naturales, han estado relacionados con las nociones de conservación del medio ambiente. Los mercados financieros y un giro en las nociones sobre inversión y ganancia basadas en servicios y beneficios ambientales. El capitalismo se amolda a estas nuevas dimensiones de la producción sin que se transforme el modelo productivo. La jerarquía de los intercambios y los criterios y actores que establecen o determinan qué es sostenibilidad, qué debe ser parte de la conservación y a través de qué discursos y prácticas, parecieran mantenerse. La forma en cómo se reproducen y se disputan a nivel local, son dimensiones que aún no se ponen en el centro del análisis. Parecería que todo vuelve a hacer parte del orden mundial de explotación donde América Latina; garantiza los bienes primarios de consumo, además de la naturaleza, como bien colectivo.

Un bien que es administrado a través de un orden global que mantiene en subordinación a los países del continente a través de las relaciones productivas, los discursos técnicos de conservación y las industrias de certificación. “El actual estilo de desarrollo se apoya sobre un paradigma extractivista, se nutre de la idea de «oportunidades económicas» o «ventajas comparativas» proporcionadas por el ‘Consenso de los *Commodities*’” (Svampa, 2013, p. 39).

Las luchas en América Latina han inspirado y despertado un interés por los conflictos territoriales, lo que en la literatura se conoce como giro eco-territorial, y autores como Leff (2006) llaman la ambientalización de las luchas indígenas, campesinas y comunitarias. Estos procesos reúnen multiplicidad de actores y constituyen experiencias de revalorización de saberes locales dando espacio para la configuración de otros lenguajes de valoración basados en la territorialidad (Svampa, 2013). Lenguajes que además buscan impulsar mecanismos jurídicos para el reconocimiento de otros marcos normativos y organizativos, sobre la organización, administración o gobernanza ambiental. Un ejemplo de ellos son los esfuerzos de las organizaciones campesinas en el norte de Nariño al promover la propuesta de TCAM.

Estos son lenguajes que trascienden nociones sobre los recursos naturales como bienes comercializables o mercantiles, proponen otros modos de comprender la naturaleza, sus usos y modos de existencia. En este sentido se han dado las discusiones planteadas por Escobar (2005,

2008) a partir de la diferencia y la multiplicidad que podrían ser la base de otros modelos de desarrollo o gestión de lo colectivo.

Esta multiplicidad bien puede estar expresada en el territorio, como afirma Svampa, a partir de la noción de lógicas de territorialidad que la autora utiliza para explicar específicamente cómo actores como las corporaciones, instituciones del Estado u organizaciones comunitarias generan sus propios órdenes territoriales a partir de distintas estrategias. Sin embargo, como apunta el argumento de este texto, esos órdenes territoriales no son producto de las acciones de actores específicos, sino de un conjunto de ensamblajes en los que esos actores participan de formas múltiples y diferenciadas. Esas relaciones entre actores que dan forma a órdenes territoriales, son clave para pensar escenarios de gobernanza de lo colectivo. Formas de gestión cuyo punto de partida no sea la lógica de la extracción ni el consenso de los *commodities* que rige las prácticas en un modelo de desarrollo extractivo. Por el contrario, se trata de visibilizar formas de organizar y comprender los intercambios desde miradas y registros de la naturaleza, más allá de la noción de recursos.

La producción social del espacio y las estrategias a través de las que se construye (Lefebvre, 1974) o los procesos de territorialización (Haesbaert & Canossa, 2011b) han sido formas de pensar el tema a partir de perspectivas culturales y sociales. Esta forma de analizar en la geografía social han sido la base del giro materialista a la disciplina. La idea de multiplicidad se distancia de una concepción cartesiana del espacio, entendido como una superficie dada a la que distintos actores nombran. Por el contrario, una lectura material, busca comprender la producción del espacio como un proceso en constante movimiento resultado de múltiples relaciones.

El cuidado en la geografía ha sido un tema trabajado particularmente por la geografía humanista (Seamon & Mugerauer, 2000; Tuan, 2016) o en investigaciones interesadas en temas de justicia ambiental (Cutter, 2016; Harvey, 1996). En estas dos tradiciones de investigación ha permanecido el desafío de pensar en el cuidado en términos de las relaciones humano-humano y humano-no humano, además de pensar en cómo cuidar, afectar o gobernar el espacio. “Lo que también implica relaciones de poder y dominación” (Lawson, 2007, p. 6).

Esta trayectoria se enmarca en las perspectivas del giro afectivo, las teorías no representacionales (NRT) que se han enmarcado en la ‘rematerialización’ en la geografía. “El interés por la materia y la materialidad se ha producido como parte de una amplia preocupación de la geografía social y cultural británica. Este llamado es una respuesta al excesivo énfasis en la significación, percibido en la Nueva Geografía Cultural” (Anderson y Harrison, 2010). Estos

giros han sido búsquedas para trascender la construcción de ordenamientos del mundo a partir de representaciones. Una oportunidad para centrarse en las relaciones entre cuerpos, materia y afectos. Como afirma Anderson (2016), los afectos ocurren entre objetos o entidades, y estas interacciones o afectos se sienten como intensidades en los cuerpos.

El debate dentro de estas mismas perspectivas es amplio y abierto, no quisiera extenderme en detalles sobre estas diferencias a partir de las múltiples experiencias de investigación enmarcadas en el giro afectivo y neo-materialismo en geografía. Un panorama sobre estos debates y experiencias se puede encontrar en el trabajo de Anderson y Harrison (2010). Incluso en el análisis que plantea Thrift (1999) sobre problemas en común que reúnen a distintos autores en una perspectiva 'material'. Ejemplos de ello el naturalismo inmanente en teoría política (Åhäll, 2018; Hardt & Negri, 2001), un tipo de materialismo en ecología política (Bennett, 2001; De la Cadena, 2015) y una atención renovada a la experiencia imbuida afectivamente en los estudios culturales (Lorimer, 2008; Seigworth, 2010).

O'Grady (2018) afirma que las teorías del afecto se conjugan en torno al argumento de que tales fuerzas representativas, si se examinan solas, limitan severamente nuestra comprensión de cómo los humanos (e igualmente no-humanos) experimentan la vida en el espacio. Estudiar tales fuerzas de representación solo se abre a la consideración de la experiencia espacial como un fenómeno de segundo orden, como algo que nosotros como humanos vivimos de una manera que siempre está conformada e influenciada por diferentes lentes. Lo que también necesita una exploración seria es nuestra experiencia vivida e inmediata del mundo.

La noción de cuidado adquiere relevancia en este contexto por la multiplicidad de usos que se le dan, pero además por la multiplicidad de ordenamientos que configura. Cuido/cuidado son palabras comúnmente utilizadas por los campesinos al referirse a las actividades que realizan para mantener su finca además de las responsabilidades con el entorno en el que habitan. Ejemplo de ello las palabras de Ramiro al inicio de este apartado. Cuidado es una noción que trasciende un nivel discursivo o descriptivo sobre el trabajo o los vínculos productivos con la tierra. Cuidar tiene un sentido intersubjetivo clave para los campesinos. Es una herramienta política, ética y práctica, producto de las relaciones de producción, las prácticas de consumo o las estrategias de conservación.

La noción de cuidado también es una categoría usada por las organizaciones campesinas como herramienta de identidad territorial y lucha colectiva (Cely Muñoz, 2017; Díaz, 2018). Es utilizada como categoría discursiva desde la teología (Boff, 2012) que influencia buena parte de

la cooperación para el desarrollo desde la Iglesia y su doctrina (Francisco, 2015), presente en la zona desde la década de los años cuarenta, como ilustran en su presentación institucional:

Desde el Evangelio y la Doctrina Social de la Iglesia, la Pastoral de la Tierra contribuye, acompaña e ilumina la búsqueda de mejores condiciones de vida de los sectores campesinos comprometidos con el cuidado de la creación, a partir de sus procesos formativos, organizativos y productivos, para generar vida plena y sostenible (Pastoral Social, (s.f.).)

Sumado a esto, cuidado es una categoría usada por los discursos de conservación y sustentabilidad de los actores que agencian la comercialización y consumo del café especial, para referirse a acciones de mitigación del impacto ambiental en búsqueda de la sostenibilidad o el desarrollo local y comunitario. Todos estos usos discursivos son una manera de evidenciar las formas en que el cuidado es una relación a distintas escalas, por ejemplo, vinculado a nociones de desarrollo o sustentabilidad que implica relaciones transescalares más allá del espacio local o la región. El cuidado es una relación territorial que se estructura dependiendo de los proyectos territoriales que entren en juego y de los actores que los movilicen.

El cuidado como relación territorial

Cuidar del ant. *coīdar*, y este del lat. *cogitāre* 'pensar'³⁷.

Cuidar puede ser entendido como la acción de poner interés y atención a algo para prevenir el daño, ser responsable por la realización de algo. Asistir, guardar, conservar³⁸ Es un verbo en conjugación constante, no es una acción terminada e indica una relación. En este caso una relación que va más allá de quien se hace cargo y quien recibe la atención. Cuidar en el norte de Nariño es una relación que involucra campesinos, animales, plantas, montañas, comercializadoras de café, ONG's, Iglesia, organizaciones campesinas, estructura de la propiedad, el agua y sus usos, entre otros.

³⁷ Real Academia Española: Diccionario de la lengua española, 23ª ed., [versión 23.3 en línea]. <<https://dle.rae.es>> [07/022/2020].

³⁸ Ibid.

El cuidado como relación territorial tiene expresiones múltiples dependiendo los actores que estén involucrados. Para desarrollarlo quiero exponer algunas relaciones que permiten entender al paisaje como ensamblaje. Las he separado analíticamente en función de los vínculos y ordenamientos que producen. A través de vínculos del cuidado se configura una noción de pertenencia territorial y por ende un conjunto de prácticas que definen tanto al territorio, como a las personas. En los siguientes apartados quiero exponer cómo a través de usos discursivos y prácticos del cuidado se establecen relaciones que configuran el sabor, la calidad, nociones de desarrollo, sostenibilidad y conservación, además de estrategias de participación política colectiva y bienestar.

Cuidado como Sabor: hacer conmensurable lo inconmensurable

The social narrative of exotic Otherness that traders attach would seem much less fungible than flavor descriptions, but it can become a blur of poverty and primitivity for the distant consumer.

(Fischer, 2017, p. 26).

Una mañana con Lucio, acompañándolo en sus labores en la finca empezamos atendiendo a los cuyes³⁹. Él abrió la puerta y los saludó. En un cuarto ubicado fuera de la casa, a unos pasos del patio central, se extendían por el suelo distintas hojas de hierba. Enseguida de esa habitación hay un depósito de materiales y herramientas. Allí había unos recipientes azules grandes, mientras destapaba uno y tomaba con una cubeta un poco del material que contenía, Lucio me explicaba que esta mezcla es un suplemento alimenticio para los animales muy bueno, que además sabía muy bien.

Mira aquí tenemos los microorganismos, huelen bueno. Huelen delicioso.

- Sí, como a cerveza.

Esto es lo que comen los cuyes.

- Pero huele muy bien ¿Es por la miel de purga que le pones?

No, son los microorganismos esos son los que huelen así. Son ellos. Abajo (en la parcela de café) yo tengo mucho microorganismo. Yo fumigo con ellos porque son útiles contra las pestes y como fertilizante. Es realmente una belleza. Aquí yo no uso fertilizantes químicos, solo los microorganismos, ellos fertilizan tremendo. Ese ha sabido ser el que descompone todo lo malo, la maleza, pero la planta no⁴⁰.

³⁹ *Cavia porcellus*, (Linnaeus, 1758)

⁴⁰ Tomado de entrevista con Lucio, agosto de 2019. Vereda San Vicente, San Lorenzo, Nariño - Colombia.

Esta mezcla era parte de la comida que le serviríamos a los cuyes, además de la hierba después de limpiar las jaulas. Por la reacción que genera en la orina, que es colectada a través de un sistema de canales y desniveles, es usada como fertilizante natural de los cultivos, particularmente del café. El estiércol y la orina de los cuyes son una mezcla producto de un repertorio muy variado de plantas, forrajes, texturas, sabores y características sensibles que, en conjunto con los microorganismos, con los que se prepara la mezcla nutricional, se fertiliza el café y se protege de las malezas. Estas prácticas de cuidado generan órdenes territoriales desde la finca, que producen el paisaje, en medio de las prácticas cotidianas (Diario de campo, 2018).

Ese día, cuando fuimos a la parcela de café recolectamos hierba y pasto para los cuyes. Los árboles de café en esta parcela casi se escondían entre el pasto, este vínculo es estratégico debido a los sabores que adquiere el grano, la protección del suelo y la proliferación de las hierbas que alimentan los cuyes. Un marcador importante para el sabor que obtiene son los puntajes y perfiles de calidad que clasifican a su café, relacionados con el precio que obtiene en función del tipo de mercados en los que las comercializadoras lo ofertan. La mayoría de estas empresas opera por fuera de los canales tradicionales de la FNC y se vinculan con los campesinos a través de las organizaciones comunitarias en las que participan. En el caso de Lucio, por mencionar alguna, FUDAM.

Mientras él cortaba la hierba, describía para qué servía cada planta. Todas sus descripciones estaban basadas en experiencias sensitivas y formas en que estas han afectado los animales, si les gustan o no, los enferman o los hacen ganar peso y las maneras en que los cuyes responden a las plantas y sus sabores. En su descripción también incluyó detalles sobre la forma en que estas afectan el corte y el tipo de machete que debe usar, su papel como forrajes para el cultivo de café, o su propia capacidad de carga para llevarlas de la parcela hasta el espacio de los cuyes, arriba en el lote de la casa. Por todas estas características esa hierba era escogida específicamente para alimentar a los animales, para acompañar el café, para ser cortada sin que lastimara sus manos y para servir de forraje. Su articulación se daba a partir de múltiples relaciones de cuidado entre la finca, los campesinos, los animales, el suelo y las plantas.

Lucio amontonó la hierba sobre un par de cuerdas que había acomodado previamente sobre el suelo (Figura 13). Ese día recolectó cerca de 25 kilos. Toda esa hierba serviría para un solo día de alimentación de los cuyes y sería transformada en heces y orina. Posteriormente, con ayuda de los microorganismos, en fertilizante en donde Lucio ubica la ganancia de todo este trabajo multiespecie.

Figura. 13 Hierba para cuyes



Fuente: Archivo propio. Agosto de 2018

Cuando volvimos al cuarto de los cuyes les servimos ‘la ensalada’ (Diario de campo, 2018).

Mira aquí no más hay cuatro variedades de comida, está la conejilla, el pastillo, la hierba papa, el botoncillo. Hay con esta hierbita cinco, este otro míralo, este que parece una cañita. Hay como entre seis y siete sabores. Entonces esta ensalada tiene que hacerles bien a los cuyes. Eso es como uno, les gusta la variedad de sabores.⁴¹

Lucio tiene fotos en su teléfono de todas las variedades de pasto y hierbas que les da a sus cuyes para enseñarles a otros campesinos sobre estrategias de cuidado de los animales, el café, el suelo y la economía familiar. Como me dijo “a mí me gusta el mejoramiento del suelo y por eso, la única alternativa que tenía era tener cuyes así el pasto se transforma en fertilizante”⁴². Ese día en la tarde me pidieron que escogiera un cuy para nuestra cena. A Lucio le había ido muy bien el mes anterior con la venta. Habían crecido bien alcanzando pesos de hasta dos kilos. Los había vendido por su tamaño y la calidad en el sabor que los caracterizaba para sus clientes. Mientras

⁴¹ Tomado de entrevista con Lucio, agosto de 2019. Vereda San Vicente, San Lorenzo, Nariño - Colombia

⁴² Ibid.

sostenía al cuy en mis manos, él preparaba un balde de agua donde lo sumergiría para el sacrificio. La abuela organizaba las ollas en la estufa de leña para pringar el cuerpo y quitarle el pelo. En la noche, Aura, esposa de Lucio, lo prepararía para la cena acompañado con papas y ají de maní.⁴³

El fertilizante, resultado de esta mezcla es un ejemplo material de ensamblaje. Es producido por las relaciones que configuran una finca, en medio de la dispersión de parcelas, a partir de un conjunto de prácticas y estrategias de cuidado que reproducen el espacio de vida de la familia. Estos resultados en el manejo de una finca, en la lectura de otros actores, son leídos como estrategias de sostenibilidad y cuidado del ambiente que se certifican a través de sellos como UTZ o *Rainforest Alliance*⁴⁴. Inclusive pueden llegar a ser parte de las estrategias de desarrollo y paz a través de los proyectos de fortalecimiento productivo del café de entidades de cooperación como la Iglesia que basan su acompañamiento en el desarrollo de capacidades técnicas agroecológicas, o del cuidado del agua y los recursos naturales, a través de ciclos internos en la finca.

Una reseña hecha por una comercializadora internacional sobre las organizaciones campesinas, a las que Lucio vende en algunas ocasiones su café, ilustra bien los intercambios y posiciones que el café moviliza y las formas en que se conectan y transforman distintos modos de cuidar. Estos intercambios y posiciones e incluso relaciones de conmensurabilidad se dan a partir de formas de cuidar tanto del proceso productivo de calidad, o de la mano de obra a través de precios justos. De igual manera, la organización comunitaria, que además es garantía de cuidado del medio ambiente y por ende la calidad en el sabor, se sostiene a través de la comercialización según los discursos de las empresas

¿Qué se necesita para hacer crecer un movimiento? Para la asociación FUDAM (Fundación Agraria y Ambiental para el Desarrollo Sostenible) en Nariño, Colombia, se necesita mucha pasión, comunidad, compromiso y visión de futuro. Por supuesto, un excelente café también ayuda, y FUDAM tiene excelente café en abundancia. La asociación cuenta con más de 300 cafeteros que han obtenido la certificación FTO y *Rainforest Alliance* / UTZ, gracias a su continua dedicación al utilizar la metodología

⁴³ Los avances de este apartado se presentaron como artículo, titulado “Geografías del cuidado: relaciones territoriales de la producción de café.” En la *Revista Brújula*, Vol. 13, 2020.

⁴⁴ Los sellos de certificación de estas empresas son mecanismos de verificación producto de auditorías que en el caso de la agricultura aseguran que dicha finca o producto ha cumplido con criterios de sostenibilidad social, ambiental y económica basada en principios de conservación de la biodiversidad, mejoramiento de los medios de vida y bienestar humanos, conservación de los recursos naturales y planificación de sistemas de manejo efectivos. Todos estos criterios son contruidos con base en la Norma para la Agricultura Sostenible. Para ver más al respecto se puede consultar <https://www.rainforest-alliance.org/lang/es/about/rainforest-alliance-certified-seal>.

conservacionista, crear insumos naturales y honrar la tierra donde viven y trabajan. Pueden producir de manera más eficiente y a un costo menor porque hacen sus propios fertilizantes, tienen su propio vivero. Es un interés personal: preocuparse por la comida, ser administradores de la tierra. Una de las formas en que FUDAM continúa este movimiento de sostenibilidad no se encuentra en el suelo, sino en los miembros de la organización. Busque lo mejor de Nariño en una taza con los lotes frescos de FUDAM que acaban de llegar a nuestros almacenes de EE. UU. Y Reino Unido: sabores a bayas cocidas, rico caramelo, limón y lima, azúcar morena y cacao suave (Café Imports, 2020).

Un ejemplo de las formas en cómo se transforman las prácticas de cuidado campesinas en repertorios de cuidado, asociadas a nociones de desarrollo, se encuentran en los elementos que detalla uno de los proyectos sobre promoción de caficultura de la Pastoral Social a través de su página institucional bajo el lema “El desarrollo es el nuevo nombre de la paz”. Afirman: “Nuestra Intervención Café busca mejorar las condiciones de vida de más de 1200 campesinos y campesinas a través del Fortalecimiento Socio-Empresarial, acompañamiento técnico para la diversificación de sus fincas, mejoramiento agro-ambiental y comercialización de café a nivel nacional e internacional” (Pastoral Social, (s.f.)).

El fertilizante que se produce a través de múltiples cuidados y definiciones sobre lo que implica cuidar en la relación campesinos, plantas, agua, suelo o ‘naturaleza’ se usa en el café para evitar el uso de agrotóxicos, reducir los costos de producción además de cuidar el suelo. La calidad del café está dada a través del sabor y la obtención de un sobreprecio por criterios asociados a prácticas de cuidado ambiental reconocidas por comercializadoras como *Banexport* o *Café Imports*, *Red Fox Coffee Merchants*, entre otras, que compran a través de asociaciones u organizaciones campesinas como FUDAM⁴⁵.

El fertilizante que prepara Lucio da características a la carne de los cuyes que se vende o se consume en la familia, a la orina y el estiércol que abonan, y al café que se bebe y se vende. Todo un conjunto de relaciones en donde el sabor, la organización productiva y el precio se generan en medio de prácticas y discursos del cuidado. Los intercambios entre sentidos del cuidado y las relaciones entre campesinos y ‘naturaleza’, operan de manera similar a lo que

⁴⁵ FUDAM que es una organización de carácter social que promueve el desarrollo sostenible de pequeños productores cafeteros de cafés especiales asentados en la zona norte del departamento de Nariño fue creada con el propósito de gestión del desarrollo humano, integral y sostenible. Tomado de: <https://www.fudam.co/historia/>

Singleton (2010) describe en las relaciones entre ganado y *Farmers* en Reino Unido. En el caso que investiga, las relaciones de cuidado que se construyen entre ganado y *farmers* se diluye a través de dispositivos y mediciones técnicas para contabilizar y controlar la producción a través del *Cattle Tracing System* implementado por el Estado. En este caso, las relaciones de cuidado son resignificadas y traducidas entre mundos de valor que permiten monetizarlas y construir un mundo de intercambios a partir de valores sensibles asociados al sabor y la calidad que se sustentan territorialmente en un imaginario sobre el paisaje, las prácticas productivas y de conservación de la ‘naturaleza’, además del bienestar del productor.

Las características que definen al café como un producto para el mercado, como una fuente de ingreso o como una bebida de calidad están mediadas por las traducciones y usos múltiples del cuidado. La mayoría de las características que revisten al café, como un producto de alta calidad, se configuran a través de experiencias sensibles que se sistematizan a través de prácticas y códigos. Tanto en la finca, las formas de comercialización y organización comunitaria, como en el mercado internacional. Esta conexión entre modos de cuidar permite que a través del proceso de catación y configuración del sabor, se den procesos de conmensurabilidad de una serie de relaciones y vínculos que no son claros a primera vista en una taza de café. El catador, los sistemas de catación y puntaje son dispositivos a través de los que se da un toque tecnocientífico al proceso de construcción del sabor de café de calidad y por medio del cual se dota de valores trazables a un conjunto de prácticas y relaciones inconmensurables. Una de las catadoras de *Banexport* explica este proceso de evaluación:

Cuando nosotros evaluamos vemos diez ítems. Acidez, dulzor, balance, cuerpo, sabor residual, la impresión global, el olor, el aroma, la fragancia. Todo es sensitivo, entonces cuando tú generas esa evaluación o lo que uno busca es que sean cafés que conjuguen acidez y dulzor. Uno busca que sea un café triple A. Lo que buscamos es que el residual que te quede, sea agradable que sea sedoso, que el dulzor sea delicado, que la acidez se conjugue con el dulzor del café. Son muchas cositas, todas dependen de un tema sensitivo. Pero la ventaja es que como tenemos un espectro de clientes tan amplio, nosotros no nos casamos con un solo perfil, puede haber diferentes perfiles de café.⁴⁶

⁴⁶ Tomado de entrevista con Gerente de compras y catadora Banexport Nariño.

Como indica la catadora “en el café todo es sensitivo”. Así mismo se pueden catalogar las prácticas que sostiene Lucio como parte de los repertorios de cuidado de la finca y del café especial como resultado de estos múltiples agenciamientos. La configuración del sabor, de las nociones de calidad de café, así como de bienestar animal o calidad de los suelos está dada por características sensibles que se experimentan en los cuerpos y que se registran a partir de múltiples herramientas y códigos. Ya bien sean los sistemas de catación, puntaje y clasificación del proceso de cata, como los códigos a través de los que los cuyes responden al pasto, la reacción de los microorganismos en su alimentación y heces, así como las respuestas del suelo o las plantas a los fertilizantes. Los vínculos multiespecie se dan con relación a las respuestas sensibles y afectivas de los cuerpos, que en el caso de los campesinos pasan por sistemas de clasificación y lectura diferentes a los de los sistemas de catación y evaluación del grano.

Esos sistemas de medición o catalogación de las experiencias sensibles hacen parte de los procesos a través de los que se construye el valor sobre las prácticas, los objetos o las relaciones. En el caso del mercado a través de sistemas de clasificación el objetivo es situar coordenadas de precio. Mientras que en el caso de los campesinos el objetivo es sostener múltiples modos de existir y habitar que configuran una finca, haciendo de su cuidado una lógica fundamental para la reproducción cotidiana. Esos procesos de conmensurabilidad se dan a través de múltiples repertorios y estrategias. Esas formas de configurar el valor de algo, y el orden de las relaciones que lo producen, son claves para entender las diferencias o conexiones entre múltiples modos de cuidar y múltiples mundos de valor.

En este caso me interesa visibilizar cómo el sabor se convierte en una característica con la que se construyen nociones de precio y valoración. La transformación de valores sensibles se da en un proceso de traducción, a las relaciones invisibilizadas de la finca y los modos de cuidar que agencian la producción de café de alta calidad como resultado de un complejo circuito de intercambios en función de la reproducción del territorio de la vida familiar. Esto es visible espacialmente a través de los flujos al interior de la finca que quiero abordar analizar a través de la conmensurabilidad.

Sobre conmensurabilidad

En el año 2010 visité por primera vez la zona norte de Nariño. En algunas fincas, placas de cerámica adornaban los patios o paredes en lugares estratégicos (Figura 14). Para entonces

‘Starbucks’ no era ni siquiera una palabra muy conocida en Colombia. De hecho, hasta 2014 llega formalmente al país. En esa región, la mayoría de la producción era vendida a la FNC a través de una cooperativa de caficultores del comité regional, que existe desde la década del treinta del siglo XX. Algunos campesinos que tenían estas placas habían vendido su café a esta empresa a través de un programa de Empresas de Nariño que buscaba, desde entonces, apuntarle al café de alta calidad. Algunos campesinos recibieron un pequeño sobreprecio o ayudas para la mejora de sus patios, beneficiaderos, baños y demás espacios primordiales en sus casas (Rico Rodríguez, 2018).

Figura. 14 Placas mejoramiento Starbucks



Fuente: Archivo propio. 2010

Un año más tarde, cuando volví, la oferta de compradores de café especial empezó a variar y a ser más amplia. De lo que la mayoría de la gente hablaba o los posters que colgaban en algunas partes de sus casas era de ‘*Rainforest Alliance*’. Ese era ‘otro proyecto para vender café’ decían los campesinos. Este proyecto buscaba identificar a los productores y fortalecer o mejorar sus prácticas de manejo del proceso productivo para certificar su producción con el objetivo de venderlo en mercados especiales, enseñándoles a cumplir con ‘los diez principios *Rainforest Alliance*’⁴⁷ (2017). Algunos problemas que tenían entonces los campesinos para vender o entrar

⁴⁷ Los diez principios de la agricultura sostenible son: 1. Sistema de gestión social y Ambiental, 2. Conservación de ecosistemas, 3. Protección de la vida silvestre, 4. Conservación de recursos híbridos, 5. Trato justo y buenas condiciones, para los trabajadores, 6. Salud y seguridad ocupacional, 7. Relaciones con la comunidad, 8. Manejo integrado del cultivo, 9. Manejo y conservación del suelo, 10. Manejo integrado de desechos. Están establecidos en la Norma de Agricultura Sostenible.

en estos circuitos de producción y mercadeo, no eran sus prácticas de cuidado ambiental, sino la cantidad y sostenibilidad de la producción en el tiempo. Los campesinos individualmente no podían sostener la cantidad de producción que les interesaba a los compradores y tampoco tenían la certeza de que cada año tuvieran las mismas condiciones de agua-lluvia, ingresos para abonos y mano de obra para obtener una cantidad considerable.

Algunos grupos de campesinos en municipios como La Unión o San Lorenzo empezaban a buscar formas de asociatividad que fueran atractivas para las compradoras en función de la cantidad de café disponible. Sin embargo, parte de sus inquietudes y dificultades para la comercialización siempre eran sus pequeños lotes de café, producto de la dispersión de parcelas en las montañas. Además de la dificultad de sostener la producción por las condiciones de variabilidad climática, la incertidumbre en sus ingresos, o su capacidad de endeudamiento para adquirir abonos, fertilizantes o plaguicidas.

Hacia 2015, escuché de un proyecto muy grande que había iniciado desde 2011 llamado 'Borderlands'. Este era un proyecto de *Catholic Relief Services* a través del cual compradoras como *Stumptown* o *Intelligentsia* llegaron al café de Nariño. El proyecto, como anuncian en su página oficial, buscaba:

Ayudar a las familias de pequeños agricultores en la región fronteriza de Nariño a aumentar los ingresos de los hogares a través de mejores rendimientos, mayor calidad de taza, mayor capacidad organizativa y mayor acceso a mercados especializados. En Colombia, el proyecto se desarrolla en asocio con instituciones de investigación (Centro Internacional para la Agricultura Tropical, *World Coffee Research*), líderes de la industria del café especializado (*Atlas Coffee, Counter Culture, Intelligentsia, Keurig Green Mountain, Stumptown, Sustainable Harvest*) y aliados del sector público (Gobierno de Nariño) para impulsar el impacto social en el origen y garantizar la continuidad de las actividades del proyecto después de su cierre en 2016)⁴⁸.

A través de este proyecto muchas asociaciones recibieron procesos de capacitación y acompañamiento. Se dieron espacios de formación para catadores de la zona, nuevos espacios de comercialización y las certificaciones y sistemas de puntaje empezaron a ser temas de interés para los campesinos. Las prácticas de calidad empezaron a hacer parte de las palabras que usaban,

⁴⁸ Consultado en línea el 20/02/2020 en <https://coffeelands.crs.org/projects/>

además de los nombres de empresas que para algunos eran prácticamente impronunciables. Parecía que las garantías que no podían ofrecer como productores en el pasado, hoy, eran parte de las características que le daban las cualidades de especialidad al café.

La producción de café en esta región siempre ha sido acompañada por una diversidad de cultivos alimentarios para el consumo diario o industriales como el fique que tuvo un papel clave en la economía y organización local durante los setenta, luego decayó con la entrada de polipropilenos a bajos precios en los noventa. Pocos campesinos en la zona mantienen grandes extensiones de cultivo de café expuesto. Esto se debe tanto a que no cuentan con el espacio disponible para hacerlo, como a la importancia que tienen otras plantas y cultivos tanto para la alimentación de la familia, como de los animales y los ciclos al interior de la finca. En las parcelas dispersas siempre se ha producido esperando la lluvia.

En 2018 de vuelta en campo, entrevisté algunos funcionarios de una de las compradoras más fuertes de la región: Banexport. En la charla con su Gerente de compras y catadora, apareció por primera vez la noción de ‘microlote’. Para ellos, como empresa, era muy importante comprar la producción de café que viniera de esos pequeños lotes por el abanico de sabores que ofrecía, además de la variedad de clientes que ellos tenían para ofertarlos. La pequeña producción de café de esas microparcels, producto de la precariedad en la tenencia, la dispersión productiva y la dependencia a los regímenes de lluvia – variables por las condiciones de cambio climático en los últimos años- daban notas de sabor que ahora eran parte del valor agregado que daban condiciones de calidad al café, convirtiéndolo en especial.

Los microlotes se han convertido en una noción que permite resumir las condiciones productivas del norte de Nariño. Condiciones precarias para los campesinos y muy atractivas para el mercado, las organizaciones de cooperación para el desarrollo y las instituciones del Estado. A esto se suman casi de forma silenciosa las prácticas productivas complejas y diversas no valoradas por sus aportes a la diversidad alimentaria, la salud del suelo, el manejo del agua o la resistencia de sus modos de vida ante la pobreza estructural de la zona y la presión de la minería por el acaparamiento de tierras y el agua. Todas estas condiciones hacen parte de las características de las ‘buenas prácticas’ que dan el sabor al café especial, que además hacen parte de los resultados de las intervenciones de múltiples organizaciones comunitarias. Muestra de ello el resumen que hace *café Imports* sobre FUDAM citado anteriormente. La inconmensurabilidad de las formas de vida de los campesinos, sumadas a la historia de incertidumbre en la tenencia y la negación de sus derechos agrarios, hacen parte de los procesos de conmensurabilidad, o

dotación de valor de los granos de café hoy en el creciente mercado internacional de los microlotes.

Esto es posible por medio de múltiples dispositivos discursivos y prácticas. En mi análisis quiero destacar uno en particular, el proceso de catación y los sistemas de clasificación y puntaje. Para llegar a ello es necesario explicar cuál es el marco general en la trayectoria del café como un *commodity* profundamente político, como propone Roseberry (1996). El autor expone cómo el consumo del café puede ser analizado a través de tres momentos. Uno en marcado por la necesidad de alimentar la masa obrera entre las décadas de los años cincuenta y sesenta del siglo veinte. Procesos similares a lo que Mintz (1996) describiría a través de su análisis del consumo del azúcar, el colonialismo inglés y la transformación de la industria alimentaria. En donde las grandes empresas configurarían el consumo masivo de productos como el chocolate, el café, el azúcar o el tabaco a través de estructuras de producción en plantación.

A partir de la década de los sesenta, además de la masificación del consumo, el desarrollo de las estrategias de mercado y los modelos como el de *Starbucks* marcaron un cambio radical en las formas en que el consumo de café sería asociado a un tipo de experiencia, más allá de la taza. La identificación y generación de nichos de mercado, además de especificidades para los consumidores dieron un giro tanto a la producción como a la comercialización, en medio de crisis productivas y de precios en los setenta. El desarrollo de un perfil de consumo y la diferenciación fueron claves.

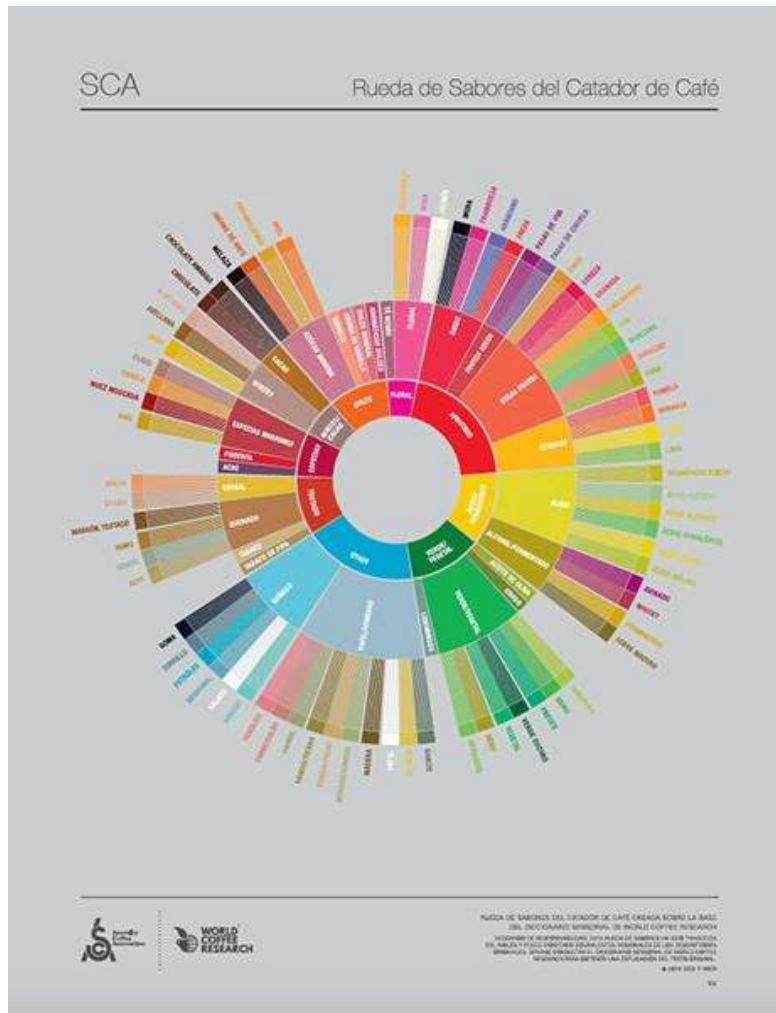
En la década de los ochenta el mercado de especiales empieza a tener relevancia, los procesos de especialización fueron agenciados por la necesidad de poner de manifiesto el origen o la procedencia territorial, además de la construcción de sabores diferenciados o experiencias de sabor en el café asociadas al *terroir*. Durante esta década nace la *Speciality Coffee American Association* (SCAA) a través del circuito de 'coffeemans' encargados de planear las condiciones de compra y consumo. Como reseña Roseberry, se agencian las condiciones para lo que autores como Fisher (2019), llaman la tercera ola del café:

Para la convención de 1993, la SCAA invitó a Ben Cohen de *Ben and Jerry's Ice Cream*. De su discurso, *World Coffee and Tea*: Ben Cohen instó a los miembros de la industria cafetalera a integrar los valores de paz y amor de la década de 1960 con la gestión de sus negocios ... Cohen señaló que el café es un producto muy político y llamó a los miembros de la industria del café especial para: * comprar café de la Cooperativa Azteca porque un alto porcentaje del dinero vuelve a los agricultores; "cómprelo, dígaselo a sus clientes y

permítales elegir si quieren o no pagar el precio más alto", dijo Cohen. * comprar cafés orgánicos; y * participar en *Coffee Kids* donando un porcentaje de las ventas. "Use estos pasos para construir su imagen como un negocio socialmente consciente", explicó Cohen, "y convertirlo en su punto de diferencia en un negocio altamente competitivo [WC&T 1993:7]" (Roseberry, 1996, p. 768).

Así se ponen claras las reglas del juego que darían las características a las prácticas de producción, comercialización y consumo del café especial. La formación del valor y el sabor son procesos asociados. Particularmente en la tercera ola del café. Un tipo de producción y consumo asociado específicamente a prácticas artesanales codificadas a través de estándares tecnocientíficos de sabor y calidad, como los sistemas puntaje o las ruedas de sabor (Figura 15). Se trata de sistemas de medición definidos particularmente por la SCAA, además de Léxicos y Códigos del *Word Coffee Research* (2017). Las ganancias se extraen a partir de la traducción de valores a través de mundos materiales y simbólicos, así "la búsqueda de la calidad artesanal en el mercado cafetero perpetúa los patrones de dependencia clásicos de la acumulación global de capital en estos mundos de valor." (Fischer, 2019, p. 1).

Figura. 15 Rueda de sabor de la SCAA para clasificar café especial



Fuente: <https://sca.coffee/research/coffee-tasters-flavor-wheel>

En este contexto productivo la desigualdad en la balanza de poder y la toma de decisiones no está dada por el acceso diferencial al capital productivo únicamente, sino en la habilidad de traducir cualidades materiales y simbólicas entre diferentes mundos de valor. En este caso a través de miradas romantizadas sobre el origen y la procedencia del grano. Estas son estrategias que dan valor a las prácticas de cuidado y supervivencia de los campesinos en las fincas, las condiciones precarias de producción y hacinamiento productivo, además de la incertidumbre en la tenencia y los derechos agrarios de los productores.

Esto es posible a través de la visibilización de valores asociados con el lugar de origen, el tipo de productores y las técnicas que usan, además de las estrategias organizativas a las que recurren. Para Fisher (2017) productos como el café especial, o los vinos, han desarrollado estos mercados como resultado de procesos de singularización y ‘decomodificación’ que permiten su

exclusividad. Sin embargo, es el carácter de mercancía de consumo burgués lo que permite que, en el norte de Nariño, haya múltiples proyectos territoriales que utilizan al café especial como un mecanismo para sus objetivos.

Es importante resaltar esta dimensión política que adquiere el grano, el origen y procedencia, más allá de dimensiones geográficas. Su discursivo y práctico asociado a identidades territoriales lo sitúa como un elemento clave para visibilizar múltiples modos de cuidar en el norte de Nariño. Sumado a esto también permite identificar múltiples proyectos territoriales que buscan gestionar un orden en el paisaje de Nariño. Esta dimensión política y territorial del valor o la conmensurabilidad, es clave para pensar escenarios de planeación prospectiva. La complejidad que configura al café especial y su potencial analítico y pragmático para pensar órdenes territoriales, se expresa claramente en las palabras de la Gerente de Sustentabilidad de la SCAA en una entrevista:

No sólo se trata de la taza de café en el diagrama lineal de semilla a taza. Se producen ganancias y producen desechos, emisiones de carbono, medios de vida para las comunidades rurales, agua sucia, etc. Hay muchas cosas producidas por este sistema fuera de la taza de café que vemos como la salida de todo este trabajo que comienza con la agricultura, el procesamiento y la exportación (Rugolo & Ionescu, 2019).

La cadena de valor del café es un ejemplo de ensamblaje en el que múltiples proyectos territoriales participan y se coproducen. Aquí no solamente los actores institucionales y las multinacionales, que controlan las condiciones de comercialización y consumo, determinan las formas de los intercambios. Por el contrario, las lógicas locales, en grandes condiciones de desventaja, también articulan y coproducen esos órdenes en función de sus condiciones de producción y nociones de sabor o calidad. El problema, como indican Fischer et al. (2020)., está en la dificultad de apreciación y comunicación de códigos morales entre mundos de valor. Lo que generalmente ha dejado impactos, consecuencias y riesgos en los pequeños productores

Esos mundos de valor que conviven en la cadena de valor del café o en el paisaje, refieren a la multiplicidad moral y simbólica que configura en este caso los agenciamientos que hacen posible la producción y consumo del café especial, por ende, los órdenes territoriales que producen el paisaje del norte de Nariño.

La cadena de valor del café se compone de varios mundos materiales y de valor simbólico que se unen en la forma en que las vidas de las personas interactúan con el comercio. Los

tostadores, baristas y comercializadores han creado nuevas métricas de calidad para el café, vinculadas a narrativas de procedencia y exclusividad que crean gran parte del valor agregado en el comercio de café de alta calidad (Fischer, 2017, p. 2).

Estas experiencias sensibles nombradas, clasificadas y sistematizadas de una manera estándar, han usado al cuerpo como herramienta en una relación sensible con lo no humano. En este caso el café a través del cual se aprende a construir el sabor, al igual que Lucio en la finca con sus plantas y cuyes. A través de estos intercambios se aprende con el cuerpo que se entrena o educa para responder según la situación. Un ejemplo interesante en este sentido, es el papel del catador como experto sensible legitimado institucionalmente. Sobre esto volveré más adelante.

Sobre la gobernanza

El sabor se convierte en una herramienta para hacer conmensurable lo que no es visible y a lo que sería muy difícil poner como parte de las características del grano. Como afirma Kockelman “la conmensuración es el arte de la gobernanza del neoliberalismo” (2006, p. 96). Los procesos de traducción son importantes para entender cómo se conectan múltiples proyectos territoriales y mundos de valor en distintas escalas visibilizando sus mecanismos. Así mismo, en una lectura crítica, poder visualizar nuevas conexiones y formas de articulación entre los mismos. Considerar estos procesos de conmensurabilidad es central para comprender las formas en que se visibilizan o niegan proyectos territoriales, así como las disputas entre estos. Además de las múltiples formas en que se da valor. Esos sistemas de valoración, en función de miradas o escenarios de gobernanza, son centrales para comprender a través de qué dispositivos, intereses y prioridades se configuran proyectos territoriales y prácticas.

En una mirada neoliberal, cercana al mercado, las formas de dotar valor a las cosas están basadas en el principio de la libertad de elección. Elecciones que se basan en la comparabilidad entre opciones y esa comparabilidad depende de formas de conmensurar. Es decir de cómo esas opciones adquieren valor, que para Kockelman (2006) pueden ser estudiadas a través de la semiótica de los *commodities*, entendiendo cómo se da la relación entre consumo, producción y circulación. Su trabajo es una referencia interesante para plantear la importancia de considerar esas formas de otorgar valor y conmensurar. El autor propone observar procesos de

comodificación viendo las condiciones de cuantificación y estandarización de varios dominios de la vida social.

En esta relación el lugar que ocupa el café especial da pistas para entender cómo puede ser para algunos un producto de alta calidad para el consumo suntuario en ciertos espacios geográficos, a partir de ciertas prácticas de consumo, así como una estrategia de conservación ambiental y promoción de la organización comunitaria, a la vez que es un producto por el que se obtienen ingresos que además hace parte de los resultados de las formas de cuidar de una finca.

Las prácticas de cuidado al interior de la finca agencian intercambios, nociones y discursos sobre el medio ambiente. También permiten destacar la importancia de la participación colectiva que, para actores involucrados en la comercialización, son elementos inmanentes a la producción campesina que hacen parte de lo que configura las estrategias de precio. Sin embargo, los modos de cuidado que implican mantener el ciclo de reproducción de la finca, y por ende del paisaje desde la vida cotidiana, son prácticas y estrategias de ordenamiento del territorio en función de la reproducción de la vida familiar, el agua, el suelo y el bosque.

Entender estas prácticas como estrategias y mecanismos para ordenar el territorio en función de los intercambios productivos o del cuidado del agua, podría ser un punto de partida clave para pensar ejercicios de planeación, estrategias de cooperación y mecanismos a través de los que institucionalmente se piensa construir paz o escenarios de desarrollo. Ejemplos de ello se encuentran en los mapas prospectivos de las fincas que hacen algunas familias de la zona donde indican el estado actual de sus parcelas y las formas en cómo les gustaría tenerla y manejarla a partir de la relación agua-bosque-suelo-trabajo familiar. Estos mapas quiero trabajarlos en último capítulo a partir de un análisis sobre territorialidades del cuidado y propuestas locales de gobernanza.

La diversificación productiva de las fincas es uno de los elementos que permite mantener el café especial que produce esta región. A pesar de que, en las estrategias de muchas entidades de cooperación o los discursos sobre calidad y sabor, no aparezcan. Cuidar, desde los mundos campesinos, implica sostener un complejo circuito de intercambios para mantener lo vivo. No solamente se convierte en un instrumento técnico para nombrar localmente estrategias como la sostenibilidad o la conservación, o una serie de procedimientos con los que las certificadoras hayan capacitado a los campesinos para legitimar sus prácticas de beneficio. El café especial de Nariño es posible en función de los modos de cuidado de los campesinos, que han sido

capitalizados por las comercializadoras a través de discursos de sostenibilidad, certificación y sabor que además han comodificado las condiciones precarias de tenencia y dispersión de las parcelas, a través de nociones como los microlotes y la exclusividad. Estos agenciamientos institucionales son un producto complejo de las relaciones entre las dinámicas neoliberales del mercado, las condiciones locales y los vínculos entre humanos y no humanos (Murphy, 2014).

Pensar escenarios de organización territorial en función de esos intercambios campesinos con su entorno, permitiría dejar en segundo plano la dependencia al mercado como garantía de paz y desarrollo. Esta sería una vía para pensar el manejo de los recursos naturales como una preocupación común por el sostenimiento de lo vivo “como una ética del empoderamiento colectivo que coloca el cuidado en el corazón de la búsqueda de las luchas cotidianas para el florecimiento de todos los seres, entendido como una comunidad más que humana” (Puig de la Bellacasa, 2017, p. 22). No solamente como un valor agregado en el precio, dentro de los circuitos de comercialización gourmet. Como afirma Murphy:

Las actividades de gobierno se producen en los intersticios de agencias que interactúan de manera diversa, conflictivas y, a veces, sinérgicas, involucradas en un proceso de ensamblaje [...] La gobernanza ambiental no es, por lo tanto, la gobernanza del medio ambiente sino más bien un ambiente de gobernanza en el que las acciones derivadas de humanos y no humanos son parte integral de la ecología de [la vida] (2014, pp. 761–763).

Cuidado como desarrollo: comodificación y precariedad

Este apartado describe algunas relaciones territoriales a partir de modos de cuidado, que configuran nociones de desarrollo, sostenibilidad y conservación desde la perspectiva de los marcos y actores institucionales ¿Cómo estos actores utilizan la producción de café especial como una estrategia de desarrollo y paz a través de discursos sobre cuidado ambiental, sostenibilidad o conservación? La mayoría de estos esfuerzos son estrategias de paz y modernización que se agencian agregando valor a las precarias condiciones productivas de los campesinos. Omitiendo la resolución de problemas estructurales como la tenencia de la tierra y los derechos agrarios, así como las posibilidades de reconocimiento político y de ciudadanía al campesinado. El apartado se divide en las estrategias agenciadas por la Iglesia y las estrategias agenciadas por las compradoras de café especial para el mercado internacional. Si bien, hay

profundas relaciones entre estas, hay matices importantes que permiten comprender las distintas maneras en el que cuidado agencia procesos de desarrollo e intercambio mercantil.

El papel de la doctrina social de la Iglesia

Entre finales del siglo XIX y principios del siglo XX las luchas agrarias fueron eje de la configuración del Estado y de las relaciones regionales de propiedad y producción. La población protagonista de estas luchas fueron los actores rurales en disputa con los poseedores de la tierra, los medios de producción o la toma de decisiones (Vega, 2002). Una parte de la población queda relegada en las transformaciones productivas y acogidos como trabajadores agrícolas para la estructura de producción de la hacienda. El campesinado en Colombia desde principios de siglo XX, hace parte de una idea de espacio rural que incluye habitantes, tecnologías, cultivos y políticas.

La economía del café, como proyecto político nacional se consolidó entre 1930 y 1950 en medio de luchas agrarias, proyectos de modernización incipiente a partir de la estrecha relación con el mercado internacional y la expansión progresiva de la frontera agrícola (Palacios, 2009). A mediados de esta década, en un contexto de violencia caracterizado por el asesinato sistemático de población y en el marco de una guerra bipartidista, el consecuente desplazamiento de población y cambio en la estructura demográfica fueron, determinantes en la paulatina transformación de la distribución de un país eminentemente rural a uno urbano. La conformación de una categoría para referirse a los habitantes rurales, cuya organización, demandas y luchas estaban estrechamente vinculadas con la estructura de tenencia y uso de la tierra se dio en medio de las guerras del siglo XIX (Palacios, 2009).

Hacia la década del treinta del siglo XX la organización productiva y territorial del país se había transformado. La administración del Estado y la distribución de la población rural eran retos para su gestión y consolidación, además del aumento de procesos de organización agraria que agrupaban a los trabajadores agrícolas en las regiones del Sumapaz y Tequendama, en el centro del país (Vega, 2004). La necesidad de educar a la gente que habitaba en los ámbitos rurales, así como de formar élites regionales y funcionarios de la administración pública, fueron el contexto para que se conformara la Comisión de Cultura Aldeana entre 1934 y 1936. Esta organización fue encargada de realizar estudios que permitieran identificar el carácter de esas poblaciones rurales (Alvarez-Hoyos, 2010; Díaz-Soler, 1999). Los estudios sobre cultura aldeana

funcionaron como estrategia para formar a los cargos públicos y documentar el estado de los lugares apartados del gobierno central, con el fin de identificar sus condiciones de atraso.

En Nariño, el estudio fue encargado a Jorge Zalamea Borda (1936). El autor describe el departamento a partir de cuatro categorías, *la tierra, el hombre, la relación hombre tierra y el hombre ante la vida*. El documento inicia definiendo a la población a partir de caracteres raciales señalando la escasa o nula disponibilidad de datos estadísticos *respecto a la distribución etnográfica del departamento* e indica que este está compuesto algo así por un cincuenta por ciento de criollos o mestizos, un treinta por ciento de indios, un diez de blancos y un tanto más de raza negra (Zalamea, 1936, p. 31).

Las apreciaciones de Zalamea sobre el carácter psicológico de la población, en particular las diferencias sobre la población urbana versus la rural son transversales al texto. Puntualiza en las diferencias raciales que se aprecian entre criollos e indios, aunque cuando se refiere a los indios, si habitan en las zonas rurales, los denomina campesinos. La distribución y ubicación de las poblaciones determina la categoría con la que se nombra:

¡Qué contraste con lo que acontece en la población rural! Toda su vida parece dominada por el concepto del bien común y de la prestación mutua de servicios. Si el indio necesita levantar vivienda nueva, no tiene más que poner un tenderete con dos botellas de aguardiente o una barrica de chicha según la región, y solicitar de sus compañeros la ayuda que en otra ocasión pagará con servicios similares. Si es el pueblo o la colectividad la que necesita un camino, antes de que se lo pida dos veces, ya se habrá reunido la población en-minga y la construcción de la vía no demorará [...] y no se crea que estas mingas son cosa de poca monta o cortos sus alcances [...] los campesinos de La Cruz construyen una carretera de 83 kilómetros sin más pago que la pura satisfacción y la ración de aguardiente como suele estimular el celo de las ‘mingas’ la Gobernación del Departamento (Zalamea, 1936, p. 35).

Zalamea relata el estado de los procesos de colonización y formación de la propiedad a partir de la colonización y trabajo campesino en la apertura de caminos. “Hemos visto como el hombre de Nariño decidió organizar su vida sobre la agricultura y como optó por la pequeña propiedad que garantizase al mayor número posible de ciudadanos la independencia económica que de la propiedad se desprende” (1936, p. 59). Zalamea dedica todo un apartado a la descripción de las formas campesinas de vivienda, disfrute y distribución espacial de la familia y

las fincas. Bajo el título *de la biología humana* que además adquiere caracteres distintos a partir de las condiciones geográficas y climáticas donde se hallen esos asentamientos. El autor coincide en agrupar a todos bajo la idea de *campesino*, quien habita esas extensiones de tierra dejadas sin administración del gobierno central y cuya infraestructura incipiente, como vías de comunicación, por ejemplo, han sido hechas por sus habitantes. En la descripción es clara la ausencia del Estado como organización central del poder y administración territorial.

El retrato de una población rural atrasada, sumida en condiciones de pobreza, ausencia de infraestructura y bajas condiciones sociales, económicas y de salubridad, fueron parte del diagnóstico que presentaba el texto de la comisión. A pesar de mostrar cierto carácter autónomo en la resolución de condiciones básicas de poblamiento y habitabilidad, sus condiciones de vida eran precarias. En este contexto la presencia de la iglesia en las zonas rurales empezó como un trabajo de extensión misional y caritativo que llevaba alimentos, salud y algunas acciones de alfabetización a las zonas rurales del departamento (Büschges, 2018; Echeverry P., 2017; Pérez-Prieto, 2016).

En Colombia, la Iglesia católica ha tendido un papel central. Su presencia en la vida rural del país ha sido clave en muchos sentidos. En Nariño, el papel de las comunidades religiosas ha sido clave en temas y acciones de caridad, la formación de líderes y organizaciones campesinas, así como su vinculación con instituciones y actores de la cooperación internacional.

Desde la década de los cuarenta su papel en la promoción y direccionamiento de la organización campesina es clave para la región. Tanto para lo que algunos autores refieren como la contención del avance del comunismo (Hurtado, 2012), como los brotes de organización popular por la tierra y los derechos agrarios, influenciados por las luchas campesinas y comuneras entre los años veinte y sesenta del siglo XX en todo el país (Archila, 2003; Vega, 2002). La teología de la liberación marcó un giro muy importante en la presencia Pastoral y el trabajo de la Diócesis de Pasto. Durante la década de los ochenta y los noventa su papel como mediador en los contextos de conflicto armado fueron clave, particularmente con la promoción de Laboratorios de paz, en alianza con la cooperación europea. Estos laboratorios buscaban aportar a la construcción de paz desde las comunidades de base con el objetivo de

Construir de manera colectiva las condiciones para una paz duradera y convivencia pacífica basada en una vida con dignidad y oportunidades para todos los habitantes, y a su vez, establecer y consolidar espacios y procesos territoriales, institucionales, sociales,

económicos y culturales, priorizados y sostenibles, repercutiendo en un menor nivel de conflicto y violencia, así como de vulnerabilidad de la población.⁴⁹

Una de las estrategias utilizadas por los Laboratorios de Paz, para cumplir dichos objetivos fue la búsqueda de opciones productivas y de generación de ingresos (Barreto Henriques, 2016). La promoción del café en el norte de Nariño, como parte de la región Macizo – Alto Patía, incluido en la regionalización del Segundo Laboratorio de Paz entre 2003 y 2011, fue una de estas estrategias. A partir de allí y a través de grupos de gestores de paz, como *Minga de sueños*, se agenciaron formas de organización y participación en torno a la producción sostenible y agroecológica de café. Sumado a esto, empezó a aparecer la noción de planes de vida como hojas de ruta municipales. Esta fue una metodología de planificación colectiva inspirada en el trabajo y los instrumentos ancestrales de planificación de las comunidades indígenas del Cauca, que también hacían parte de la regionalización de este segundo laboratorio.

Los planes de vida marcaron un hito muy importante en el trabajo de la Iglesia y de otras entidades de cooperación. A partir de entonces sus esfuerzos se centraron en apoyar en la promoción de instrumentos y su construcción colectiva con las comunidades en distintos municipios. En el caso del trabajo Pastoral, en la actualidad, el énfasis está puesto en la construcción de planes de vida individuales y familiares a través de pequeños grupos de formación veredal, liderados por campesinos formados por su trabajo y gestión durante varias generaciones.

La presencia de la Iglesia ha configurado perfiles de liderazgo, participación y organización comunitaria a través de distintos momentos y estrategias. Desde la década de los cuarenta, hasta la actualidad donde tiene un papel fundamental en las agendas de desarrollo y organización colectiva. Observar cómo ha sido aquella presencia permite entender el uso de nociones del cuidado, relacionadas con la participación colectiva, el medio ambiente y la producción de café de alta calidad. Este apartado describe este proceso enfatizando en los usos discursivos y prácticos de las preocupaciones ambientales como herramientas de formación, participación y organización política.

A partir de mi caso de estudio hago una periodización de la presencia de la Iglesia en dos momentos, entre las décadas de los años cuarenta y noventa del siglo XX y desde los años

⁴⁹ Consultado en línea el 2/03/2020 en <https://www.prosperidadsocial.gov.co/pro/gd2/Paginas/Laboratorio-de-Paz-II.aspx>

noventa a la actualidad. Estos dos momentos están marcados por usos discursivos del cuidado y estrategias con las que se agencia. Para el primer periodo me refiero a nociones de cuidado ambiental y cuidado de sí, a partir de la preocupación misional por “*hacer el reino de dios en la tierra*” llevadas a cabo a través de la formación de liderazgos, estrategias educativas y de extensionismo agropecuario a gran escala. Para el segundo periodo, las nociones de cuidado están asociadas a “*cuidar la creación*”. Nociones son agenciadas a través de estrategias de fortalecimiento productivo del café y acompañamiento en la construcción de planes de vida en distintas escalas territoriales.

Hacer el reino de Dios en la Tierra

En el año de 2016, mientras exploraba los archivos de Acción Cultural Popular, recién abiertos para su revisión, donados a la Biblioteca Luis Ángel Arango (BLAA) encontré algunas cartas de campesinos del municipio de San Lorenzo de 1970. Algunos nombres o apellidos empezaron a ser familiares, Moreno, Delgado, Meneses, Castillo. Había en particular muchas cartas de Marco Meneses. En estas cartas contaban sobre el desarrollo de las escuelas radiofónicas, su avance y la solicitud de material para las escuelas.

Dos meses después, caminando por las veredas y hablando al azar con la gente que encontraba en las tiendas o en sus casas dispuestas a atenderme en un recorrido exploratorio, me dieron referencia de una persona a la que debía entrevistar “si quería saber la historia de por ahí”. Me indicaron cómo llegar a su casa en la vereda San Clemente, era más o menos a una hora caminando de dónde me encontraba. Preguntaría por ‘Don Marco Meneses’. Cuando llegué a su casa, había café extendido, vainas de fríjol y maíz extendidos en el patio. Las vainas eran semillas de frijol sonrisa (Figura 16)⁵⁰. Marco me explicaría luego que serían para un banco de semillas del que es Guardián⁵¹

⁵⁰ Variedad nativa de frijol de la región.

⁵¹ La Red de Guardianes de Semillas “es una organización de base que busca unir voluntades, intereses, afectos y acciones concretas frente a la conservación de semillas tradicionales y nativas de cada región, bajo los principios de la agroecología, la soberanía alimentaria, la conservación de la tierra y el conocimiento tradicional”. Consultado en línea 05/06/2020 en: <https://www.colombia-redsemillas.org/>

Figura. 16 Semillas de Marco



Fuente: Archivo propio, 2016.

Un hombre mayor, entre sesenta o setenta años, estaba desgranando maíz en una banca. Cuando me acerqué una mujer joven me atendió. Me presenté y le conté los motivos de mi visita. Me invitó a sentarme al lado del hombre que desgranaba el maíz, era 'Don Marco'. Me pidió que le contara qué me traía a su casa y porqué venía desde tan lejos (Bogotá) para hablar con él. Le expliqué que estaba indagando por la historia de las organizaciones campesinas y el paisaje de esa región.

Le conté que por casualidad ese día tuve razón de su nombre y fue muy curioso porque unos meses, había estado revisando un archivo en el que encontré su nombre relacionado con Acción Cultural Popular. Don Marco no había estado bien de salud los últimos años y su hermana menor cuidaba de él. Ella se sentó a nuestro lado a presenciar la entrevista que tendríamos. Cuando él empezó a contarme sobre su historia de liderazgo, ella se fue a la cocina y volvió con café con pan para mí. Fue el gesto de aprobación de mi visita. Cuando le pregunté a Don Marco, cómo empezó como líder me dijo:

En 1968 con la visita de dos muchachas que promovieron lo que llamaban escuelas Radiofónicas. Ellas llegaron, así como usted, a la casa promoviendo lo de ACPO. A mi papá lo nombraron de auxiliar y a nosotros de alumnos ahí en la casa. Trabajábamos con mucho ánimo todo el día y por la tarde llegábamos a escuchar la radio. Después de eso fuimos divulgando los mensajes y organizando en la vereda a familias para que escucharan Sutatenza y se armaran escuelas radiofónicas como la nuestra. En 1971 me dieron una beca para ir a estudiar a Sutatenza (Boyacá), me fui cuatro meses. Regresé con mayor capacitación para organizar el movimiento radiofónico. Fuimos donde el Padre para que nos apoyara, porque era una institución de la Iglesia. De por acá se formaron varios y con ellos era como un gran equipo de trabajo comunitario. Eso fue una época muy bonita. Muchos hicieron la primaria en la escuela radiofónica. En 1973 me llamaron a hacer el curso de líder y me fui a capacitar y de ahí escogieron como a veinticinco que salían a promover ACPO en los campos, como líderes. Yo tenía que ir a crear el movimiento a otros lugares, entregar una colección de cartillas y asesorarles. Uno se integraba con la Parroquia y la Junta de Acción Comunal para trabajar. Uno puede hacer mucho, porque lo importante es capacitarse y saber las cosas con sentido crítico. Los

líderes que formamos no solamente critican, sino aportan para ver qué se hace. Desde entonces la gente de por aquí tiene muchos líderes.⁵²

En 1947 Radio Sutatenza, surge como estrategia formativa para los espacios rurales apartados de la mano de una cadena radial. Esta fue una iniciativa de Iglesia católica que buscaba llevar educación a los campesinos, para integrarlos a la modernización del país a través de procesos de formación no presenciales guiados por la radio. Por medio de radio transistores, cartillas, libros, periódicos y capacitaciones en las comunidades, algunos campesinos se formaron como líderes en escuelas radiofónicas, como se denominaron a los grupos locales que se reunían a tomar clases en compañía del radio (Figura 17). Los ‘Líderes radiofónicos’ serían encargados de replicar procesos de aprendizaje y formación que recibían en Institutos Campesinos para la Formación Integral ubicados en los municipios de Sutatenza, Boyacá o en el Valle del Cauca (Gómez Mejía Gabriel, 2012).

Luego de su establecimiento e institucionalización se denominó Acción Cultural Popular (ACPO). El programa inició con recursos de la Iglesia. Cuando se masificó, hacia la década de los sesenta, se financió con las ayuda de los Estados Unidos por medio de la Alianza para el Progreso (Krause, 1963), recursos de la ONU, la UNESCO, además de recursos del Ministerio de Educación Nacional, al adoptarse como política educativa (Hurtado, 2012). A Nariño, este programa llegó a mediados de la década de 1950. Las escuelas radiofónicas se desarrollaron en las casas de los campesinos que tuvieran nociones sobre lectoescritura. A mediados de los setenta, los equipos de ACPO viajaban por el país para fortalecer y apoyar el trabajo de estos ‘Líderes radiofónicos’, como se denominaban a esos campesinos que llevaban procesos formativos con sus vecinos.

⁵² Entrevista Marco Meneses, Vereda San Clemente, San Lorenzo – Nariño, 2016.

Figura. 17 Escuelas Radiofónicas



Fuente: BLAA, Sala Libros Raros y Manuscritos, Fondo Radio Sutatenza, Archivo Fotográfico ACPO⁵³

⁵³ Carpeta Escuelas radiofónicas. Reverso de foto: Escuela radiofónica, N° 128, Antioquia / Escuela radiofónica de José Joaquín Mejía en la finca la Arboleda en el municipio de Sonsón, Antioquia donde estudia con su familia / Sin información / Reverso de foto: Escuela radiofónica, N° 2, de la Vereda Casapamba corregimiento del Encano, Municipio de Pasto, Departamento de Nariño. Funciona desde el año 1965 y en la actualidad tiene siete alumnos, dirigidos por el Auxiliar Inmediato señor José Guillermo Jojoa. En la foto aparecen los siguientes alumnos de la familia Jojoa: Roberto, Pedro, Rosa Elvira, Evaristo, Tránsito y Benilda (Sept /14/68).

En el acervo de ACPO se encuentran algunas fotografías sobre las tareas agrícolas diarias que fueron retratadas para ser publicados en el Semanario *El Campesino*. Una publicación que funcionó como estrategia formativa y canal de comunicación. En el caso de Nariño, se retrataron actividades como la siega de trigo, el secado del café, la molienda de caña o el corte y procesamiento del fique (Figuras 18 y 19)

Figura. 18 Siega de trigo



Fuente: BLAA, Sala Libros Raros y Manuscritos, Fondo Radio Sutatenza, Archivo Fotográfico ACPO.

Figura. 19 Secado de café



Fuente: BLAA, Sala Libros Raros y Manuscritos, Fondo Radio Sutatenza, Archivo Fotográfico ACPO.

En los setenta, por medio de una política de integración sectorial, de la mano con ACPO, se crearon las Concentraciones de Desarrollo Rural (CDR). Estas instituciones fueron una política desde el Ministerio de Educación Nacional para focalizar los servicios educativos en los espacios rurales a través de una mirada transectorial que integrara servicios educativos con extensión técnica y salubridad pública (Toledo et al., 1978). Las CDR tendrían una infraestructura suficiente para prestar servicios educativos y de extensión para el desarrollo rural de la mano de la organización de base que se había creado desde la gestión de las escuelas radiofónicas de Radio Sutatenza.

Una de estas instituciones se ubicó en el municipio de la Unión. Desde esa escuela enviaban grupos de asistencia técnica a los municipios y veredas aledañas para capacitar a los campesinos sobre cultivos y tecnología agrícola. En esta década, a través del Párroco de la Unión se suma el trabajo Pastoral. Su intervención se enmarcó en la asistencia caritativa a través del banco de alimentos o la entrega de ropa y herramientas. Posteriormente se desarrollaron talleres en las veredas sobre convivencia, derechos ciudadanos, salud y técnicas de producción en compañía de algunos técnicos y profesionales de las Concentraciones.

Uno de los temas centrales que articularon los talleres y espacios culturales o formativos que promovía la Pastoral fue la idea del “reino de dios en la tierra”⁵⁴. Es decir, una vida digna en el campo basada en la producción de la finca como el espacio de vida para asegurar el sustento familiar. Las técnicas y recomendaciones agroecológicas fueron el centro. Estos temas se promovieron desde el acompañamiento técnico de funcionarios del Instituto Mayor Campesino de Buga (IMCA)⁵⁵ o de los extensionistas de las CDR.

Luego de que las CDR dejaron de ser una política central, y ACPO dejó de funcionar en los ochenta, el trabajo de la Pastoral Social se convirtió en la oferta más sólida de acompañamiento a los campesinos en la región. Los hijos de los primeros líderes formados en ACPO encontraron un espacio de continuidad para la organización y formación. Los grupos juveniles y de mujeres se incrementaron en este periodo. A las veredas empezaron a llegar cursos, talleres y charlas en temas productivos a través de actividades de valor agregado para algunos productos.

⁵⁴ Tomado de la entrevista con Rafael Jurado director de Pastoral Social de la Tierra Diócesis de Pasto, el 28 de febrero de 2016.

⁵⁵ El IMCA es una Organización no gubernamental orientada por la Compañía de Jesús que ha acompañado desde 1962 a las comunidades campesinas del centro del Valle del Cauca, Colombia. En principio se planteó como una universidad campesina. Para más detalles se puede consultar <http://imca.org.co/el-imca/historia/>.

El cuidado del agua y el bosque fueron tema que articularon la mayoría de las actividades que realizaban en las veredas en el marco del calendario de festividades religiosas. El sincretismo las celebraciones fue un aspecto importante al combinar elementos de religiosidad popular y católica formal, además de los valores del cuidado ambiental, a partir de la necesidad de una vida digna en sintonía con el espacio que se habita. El cuidado del ambiente también era el cuidado propio.

Cuidar la creación

A partir de la década de los noventa, las políticas de desarrollo rural se transforman. La asistencia intersectorial para el desarrollo de los espacios rurales, se convierte en el fortalecimiento de las capacidades de emprendimiento de los productores. La pobreza y rezago de los espacios rurales se resuelve focalizando la asistencia y los subsidios en los más pobres. Para el resto de la población se abría una amplia oferta en gestión de servicios, proyectos y recursos para fortalecer y promover sus capacidades empresariales, con el fin de generar cadenas productivas eficientes a través de estrategias como el crédito.

El acompañamiento de las entidades de cooperación, se concentra en acciones de fortalecimiento organizativo y productivo como estrategias de desarrollo y paz. Este énfasis marca otro momento de la presencia de la Iglesia y de los proyectos territoriales que agencia a través de nociones de paz y desarrollo asociadas con el fortalecimiento productivo del café especial. Este periodo está marcado por la focalización de los esfuerzos y proyectos a través de pequeños grupos veredales o locales, además de estrategias de segmentación de servicios por medio de proyectos e incentivos para la producción.

La institución que rige al café en Colombia primero iba por una línea. Producción, de café sin sombrío y acaben con todo lo que no sea café, etc. Ahora que vieron que el mercado es cafés especiales, pues dijeron, ahora sí sombríos, ahora sí muchas otras cosas [...] Una escuela muy buena de formación fue Pastoral. Aquí en Nariño, de todos los proyectos que yo he conocido de café en Colombia, para mí el mejor proyecto ha sido *Borderlands*. Este proyecto lo trajo el CRS. Ha sido de los proyectos más bonitos, porque han permitido que el caficultor no sea un limosnero. Porque ese es el gran problema de la caficultura en Colombia, es tan paternalista, que vuelven a los caficultores unos mendigos y eso no debe ser. En ese proyecto lo que hicieron fue formar a la gente y a

las asociaciones, empoderarlos de manera que ellos no tuvieran que depender de proyectos de cooperación, sino durante esos cinco años se empoderaran en todo. Economía solidaria, liderazgo, manejo de asociaciones y fueran independientes [...] Yo trabajo con las asociaciones que ellos generaron y tienen una gran ventaja; ellos tienen clientes directos y exportan directamente.⁵⁶

Este panorama de la producción de café especial y la organización institucional que la hace posible, descrito por la Gerente de compras y catadora de Banexport de Nariño, es una reseña clara del escenario productivo y del trabajo de las entidades de cooperación. En la última década la acción de las ONG se ha concentrado en fortalecer las capacidades productivas promoviendo el rubro de los cafés especiales como mecanismo de desarrollo y pacificación.

Este mecanismo es producto de relaciones territoriales a través de las que se ha buscado reglar y organizar lo rural a través del mercado. En este contexto las nociones de sostenibilidad asociadas a los discursos desarrollistas de las estrategias institucionales son clave. Este apartado expone brevemente el origen de los discursos de la sostenibilidad, la conexión con las políticas y estrategias institucionales y finalmente plantea una reflexión en torno al cuidado relacionado con los proyectos territoriales del desarrollo que configuran modos de cuidado, afines con nociones de sostenibilidad desde los agenciamientos entre la cooperación, la Iglesia, el mercado y los códigos de sabor y calidad.

Como parte de las estrategias del acompañamiento de la Iglesia en la actualidad, marcadas por la focalización para el desarrollo de talleres, grupos de ahorro y el acompañamiento en la construcción de planes de vida individuales y familiares, se suma el fortalecimiento capacidades productivas, emprendimiento y gestión de café especial. El objetivo es encontrar nuevos núcleos de mercado. Esto como parte del trabajo pastoral en su objetivo del *cuidado de la creación* llevando como lema bordado en los uniformes de sus líderes campesinos '*El desarrollo es el nuevo nombre de la paz*'.

El desarrollo y los procesos de pacificación, aparecen como resultados directos de las inversiones productivas y del conjunto de condiciones que dan características de especialidad al café en línea directa con la actual agenda del gobierno nacional, enfocada en la promoción de alianzas productivas entre productores y escalas. Las acciones institucionales agencian la

⁵⁶ Fragmento entrevista Gerente de compras y catadora. Banexport en La Unión, julio de 2018.

apropiación de las condiciones de producción, tenencia y desigualdad de los campesinos a través de mecanismos de exclusividad, sabor, competitividad, productivismo y sostenibilidad para construir condiciones funcionales a las agendas de la pacificación, el mercado y el desarrollo.

Ahora bien, la cooperación internacional de la Iglesia a través de entidades como *Catholic Relief Services* (CRS), financiada por *Howard G. Buffet Foundation*, ha encabezado el apoyo al fortalecimiento productivo, asociativo y de comercialización de los campesinos a través de diferentes proyectos desde 2011. Actualmente la denominación de origen de Nariño es una marca posicionada por esta organización en asocio con la Gobernación de Nariño y otras instituciones del Estado para su financiamiento. A través de la cooperación y los proyectos del CRS se han identificado asociaciones de productores, perfiles de sabor, ubicaciones y una serie de valores agregados al grano que hacen parte de la trazabilidad del producto, pero que además constituyen los ejes de valor para el mercado. A través de estos proyectos las comercializadoras de café, más relevantes en el mercado mundial actualmente, como *Stumptown*, *Intelligentsia Coffee*, *Counter Culture* entre otros, llegaron al café de la región.

La creación de unas geografías de la producción, trazabilidad y consumo del café a través del trabajo de la cooperación eclesiástica ha sido clave. Las nociones de sostenibilidad que impregnan todo el proceso, haciéndolo no solamente rentable, sino socialmente aceptado y valioso, están basadas en esta transparencia en la cadena de producción y consumo. Sin embargo, como ya vimos con Roseberry (1996), esta forma de configurar los valores de una mercancía también incluyen las omisiones que le dan características especiales que no sería políticamente correcto visibilizar.

En la página institucional de Nariño café⁵⁷ se encuentran una serie de cartillas sobre las zonas de producción de café del departamento. Estas zonas se han expandido hacia el occidente, el centro y la cordillera ampliando la oferta de perfiles y sabores, más allá de la zona tradicional de producción al norte del departamento. La presentación de unas coordenadas de sabor, textura, ubicación y procedencia según la zona hace parte de las estrategias de visibilización y mapeamiento de las geografías productivas, que además hacen contrapunto a las coordenadas de sabor y procedencia que ofrecen las comercializadoras, como veremos en el siguiente apartado (Figura 20).

⁵⁷ <https://www.narinocafe.com/>

Figura. 20 Procedencia de origen



Fuente: Consultado en línea 28/02/2020 en <https://issuu.com/narinocafe/docs/norte>

De la misma forma se utilizan criterios de sabor y calidad, propuestos por las organizaciones a nivel mundial como las ruedas de sabor, que permiten insertar los esfuerzos regionales en los códigos y las lógicas que garantizan la sostenibilidad del proceso en términos técnicos y sociales. Esto es claro en una reseña de la página web del *International Center for Tropical Agriculture* (CIAT), donde describen el trabajo del proceso de catación y la importancia de los códigos de sabor para su trazabilidad. “Cuando un catador en Nariño describe un café en particular como terroso, sedoso o bien equilibrado, los compradores en los Estados Unidos sabrán exactamente qué esperar cuando lleguen los sacos”⁵⁸.

El proceso de cata, como un trabajo de traducción visibiliza, si no construye, los valores agregados en esta forma de comercialización. Un tipo de trazabilidad que no solo habla del cuidado de las organizaciones campesinas y de los productores, sino además del medio ambiente que son resumidos en los códigos de sabor y calidad. La focalización de las estrategias de intervención no solamente se ve expresada en los proyectos de las entidades de cooperación sino también en la visibilización de las familias, los rostros, los nombres de los campesinos de donde proviene el producto. Estos se convierten en mecanismos de sabor, exclusividad y calidad.

La sostenibilidad no solamente está dada en el proceso productivo al interior de la finca, sino en el proceso de comercialización. Esto es posible a través de marcadores como la identificación de organizaciones de productores específicos, las características de sabor y ubicación o procedencia del grano. Estos mecanismos brindan una serie de garantías para la comercialización que, por ende, tienen impacto en el desarrollo económico y productivo de los campesinos. Esta es una lectura conveniente sobre la sostenibilidad de la cadena de valor del café y su fortalecimiento, para actores que agencian proyectos territoriales del desarrollo, la paz, el bienestar comunitario o la organización colectiva, a través de las garantías de trazabilidad de un producto. Aquella es la búsqueda “*fully traceable single-farm and community lots*”⁵⁹ como afirma Michael Sheridan, director de *Sourcing and Shared Value* en *Intelligentsia Coffee*.

Pensar territorialmente a partir de la noción de modos de cuidado permite visibilizar relaciones territoriales que configuran desde las estrategias de la cooperación, los mecanismos de comercialización, hasta las prácticas al interior de las fincas. Incluso son una manera de visibilizar mecanismos tecnocientíficos para garantizar de manera remota las condiciones de

⁵⁸ Consultado el 07/03/2020 en línea: <https://blog.ciat.cgiar.org/storming-the-taste-test-how-colombias-micro-lots-blur-the-line-between-coffee-and-pure-dopamine/>

⁵⁹ Consultado el 07/03/2020 en línea: <https://dailycoffeenews.com/2019/09/27/the-path-to-distinction-nurturing-separation-in-narino/>

sabor, intercambio y producción que dan los valores agregados necesarios para la configuración de un producto. El desarrollo, como parte de un discurso de generación de ingresos anclado al mercado internacional, es la lógica a partir de la que se estructuran proyectos territoriales que unen los esfuerzos de las entidades de cooperación, con las agendas de inversión de las empresas o incluso, la línea actual del Gobierno Nacional. Esas formas de inserción al mercado están marcadas por estrategias y productos que posicionan el valor de las mercancías en función de valores sensibles y propiedades asociadas a su origen o *terroir*, además de las experiencias de su consumo.

Esta construcción del valor está relacionada con los momentos que han marcado los discursos sobre modernidad-desarrollo-sostenibilidad como proyectos de órdenes territoriales, sobre la dirección y lógica de la organización social, productiva, ambiental y por ende territorial. Estas han sido nociones tanto políticas, como analíticas. Hoy las agendas de las instituciones del Estado, las entidades de cooperación y la Iglesia, usan la noción de sostenibilidad en clave ambiental. Sin embargo, los usos que hacen de estas nociones y las implicaciones prácticas tienen sentidos distintos y múltiples. Esto se ve claramente expresado en el lugar de la noción de sostenibilidad para la Pastoral Social de la Tierra en Nariño, que en su página institucional afirman que su misión es:

Desde el Evangelio y la Doctrina Social de la Iglesia, contribuyen, acompañan e iluminan la búsqueda de mejores condiciones de vida de los sectores campesinos comprometidos con el cuidado de la creación, a partir de sus procesos formativos, organizativos y productivos, para generar vida plena y sostenible⁶⁰.

El uso que se le da a la noción de sostenibilidad en instrumentos técnicos como el actual Plan Nacional de Desarrollo (2019) que acompaña las agendas programáticas de rubros como economía, turismo, emprendimiento y medio ambiente, es ambiguo y claramente político. Aquel documento es un instrumento técnico en donde la noción de campesino está completamente anulada y omitida. La noción de ‘sostenibilidad’ está asociada a un uso político que permite llamar en su nombre a los modelos de economías de escala y reprimarización, que sustentan las políticas actuales del país. Esto es posible justamente por la transformación y negación de las condiciones productivas y estructurales del campesinado, que se convierten en valores agregados que se

⁶⁰ <https://pastoralsocialpasto.org.co/index.php/headers/area-de-desarrollo/pastoral-de-la-tierra> el resaltado es mío.

nombran a partir de eufemismos como las buenas prácticas, los valores locales o las “potencialidades aun no exploradas de nuestro campo” (Gobierno de Colombia, 2019).

Los discursos de la sostenibilidad hacen parte de la continuidad de los proyectos territoriales de modernización-desarrollo de las agendas institucionales de organizaciones supranacionales representadas por metas comunes como los objetivos del milenio y los acuerdos de las cumbres climáticas desde la década de los noventa. Los discursos de la sostenibilidad tienen origen a partir de la aparición del informe Brundtland a finales de la década de los ochenta sobre *Nuestro futuro común* (1987) que trazó las primeras bases para pensar nociones como el desarrollo sostenible, cuyo objetivo, como afirma Naredo, era proponer un tipo de modelo que nos permitiera

Satisfacer nuestras necesidades actuales sin comprometer la capacidad de las generaciones futuras para satisfacer las suyas. A la vez que se extendía la preocupación por la sostenibilidad, se subrayaba implícitamente, con ello, la insostenibilidad del modelo económico hacia el que nos ha conducido la civilización industrial. Sin embargo, tal preocupación no se traduce en la reconsideración y reconversión operativa de este modelo hacia el nuevo propósito. Ello no es ajeno al hecho de que el éxito de la nueva terminología se debió en buena medida al halo de ambigüedad que la acompaña: se trata de enunciar un deseo tan general como el antes indicado sin precisar mucho su contenido ni el modo de llevarlo a la práctica (1996).

Esta perspectiva surge como una lectura y propuesta sobre nuestros modos de crecimiento planetarios y la insostenibilidad de los modelos productivos. Sin embargo, a pesar de su origen en informes y preocupaciones ambientales y sociales marcadas por la Cumbre de Río en 1992, el proyecto de la sostenibilidad se ha convertido en un discurso institucionalizado que reivindica la importancia de la escala local en la resolución de los conflictos socioambientales y económicos. Así como permite centrar la responsabilidad de las transformaciones por fuera de los marcos de actores a gran escala o los grandes problemas estructurales, lastres de la modernidad, el progreso y el desarrollo. Esa ambigüedad es la potencia política de este término y es precisamente donde residen las ambivalencias discursivas que permiten a actores y proyectos territoriales de distintas naturalezas, confluir bajo su bandera.

En teoría, el concepto de sostenibilidad y las condiciones de su producción son una crítica a los modelos de desarrollo basados en nociones progresistas y de crecimiento ininterrumpido, que acompañaron lo proyectos modernos industriales. Sin embargo, en América Latina, tanto

estos discursos como los proyectos de modernización siempre han tenido matices importantes. Nuestros procesos de desarrollo, así como en el Sur global, se han dado siguiendo modelos y recetas de la banca mundial. Nuestros procesos de modernización se han gestado en el hibridismo entre el colonialismo, realidades agrarias, economías agrícolas y reprimarizadas, además de incipientes procesos de industrialización.

Nuestras modernidades ‘inacabadas’ han sido la base de la economía mundial y del crecimiento en los países industrializados al proveer mano de obra e insumos a bajos costos. Este contexto propone otro escenario para las demandas de la sostenibilidad. Nuestro crecimiento no ha sido el crecimiento industrial que amenaza la supervivencia del planeta con sus prácticas y ausencia de límites. Nuestro crecimiento, o su ausencia, ha sido justamente parte de las relaciones de desigualdad, poder e inequidad que sostienen un modelo productivo que agencia la modernidad industrial en algunas geografías, mientras que en otras la provincializamos (Chakrabarty, 2008).

Como afirman Jochum “En Latinoamérica han aumentado las críticas respecto a las estrategias de desarrollo sostenible que –desde esta perspectiva– no difieren en lo fundamental de otras estrategias de desarrollo orientadas hacia el mercado, así como tampoco de las prácticas del neoextractivismo” (2015, p. 57). La referencia espacial de los conceptos de desarrollo es abierta y vigente, porque es a través de relaciones territoriales que se reproducen los mecanismos de desigualdad y los desequilibrios en las estructuras de poder que lo sustentan.

La noción de sostenibilidad en el caso del norte de Nariño permite vincular la producción de café de alta calidad como un producto en grandes desventajas y dependencias de los movimientos de las lógicas del consumo y el mercado internacional, con las lógicas de la producción territorial de órdenes. Estas lógicas en el caso de la Iglesia están relacionadas con el *cuidado de la creación* y las banderas políticas que fueron reafirmadas en su doctrina a través del cuidado de la casa común en *Laudato si’* (2015). Al mismo tiempo permiten ser funcionales, a la lógica de las ventajas comparativas, el énfasis en la producción a través de economías de escala altamente dependientes e insertadas en la lógica de los *commodities*. Formas de intercambio que promueven las instituciones del Estado; instituciones y mecanismos que niegan la existencia del campesinado. En esta ambigüedad son usadas las nociones de sostenibilidad.

El papel de las comercializadoras de café especial

Las compradoras de café especial han tendido un papel muy importante en la redefinición o revaloración de las condiciones de producción y comercialización del café en el norte de Nariño y, por ende, en las formas en que se ve el paisaje y se configura a través de prácticas. La transformación en las olas del consumo de café, han tenido un vínculo muy importante con esta zona. El posicionamiento de esta región y su paisaje en las geografías del consumo en el mundo se ha dado en buena medida por el trabajo y promoción que le han dado los grandes nombres en el mercado de los cafés especiales. La trayectoria de los proyectos y la forma en como las condiciones productivas de la zona se convirtieron en elementos de valor hacen parte de las relaciones territoriales que configuran hoy la comercialización del café.

El café no sólo es un producto de alto valor para los actores más grandes del negocio, sino un producto de relaciones territoriales de cuidado de las comunidades locales, las condiciones productivas y la pacificación, a través de mecanismos de compra que incentivan la calidad y la pequeña producción, sobre otros productos con mejores incentivos económicos como la hoja de coca, insumo de la pasta base.

Estas estrategias tienen antecedentes de una década. Particularmente con el proyecto *Borderlands*. En este apartado quiero dar cuenta de esas nociones y relaciones territoriales del cuidado que agencian la relación entre los actores del consumo especial y la región norte de Nariño, en la configuración de trazabilidad y comodificación de café especial. El cuidado es el mejoramiento de las condiciones de vida de los productores, a la vez que repercute en la especialización y segmentación del mercado, a través de la transparencia y unicidad en la trazabilidad. Las coordenadas de sabor son además una forma de conectar directamente con los productores en la que los catadores tienen un papel fundamental como traductores.

Café de tercera generación

He tenido la extraordinaria fortuna de conocer a Nariño mejor que la mayoría. en los últimos cuatro años como director de nuestro *Borderlands Coffee Project*. Cuando comencé a visitar la región en 2010, era el lugar de origen consumado de la "segunda ola": grandes volúmenes de café homogeneizado de alta calidad salían de la región cada año con destino al mercado de especialidades en masa. Desde 2011, hemos trabajado incansablemente para ayudar a que Nariño sea más fácil de navegar para los compradores

de la "tercera ola" mediante la creación de sistemas que puedan responder eficazmente a la demanda del mercado de lotes más pequeños, de mayor calidad y totalmente rastreables (Traducción propia).⁶¹

La producción de café en Colombia ha sido una estrategia de modernización desde finales del siglo XIX (Palacios, 2009). Las formas en que se ha producido y consumido café en el mundo siempre han estado en relación con velocidades y ritmos distintos. La manera en que se han agenciado ha sido resultado de distintos procesos. En Colombia en particular, la producción de café ha sido descrita a través de tres ciclos según Guhl (2004). El primero, marcado por la incipiente industrialización del país que veía en el grano las posibilidades para la entrada de divisas y su posicionamiento en el mercado mundial. Un segundo momento de expansión, hacia la década de los setenta, fuera de las zonas que tradicionalmente se habían consolidado como áreas de producción en el eje cafetero. Los departamentos de Nariño o Huila son identificados en esta década como zonas de interés para la intensificación del cultivo. Durante la década de los noventa, hubo otro momento de auge, expansión y densificación, sumado a la transformación en las formas de comercialización y consumo.

Desde inicios de siglo XX, el café de Colombia ha sido un producto emblemático en la economía nacional y mundial. A partir de la década de los ochenta las formas de comercialización se transforman con la aparición de Starbucks y sus mecanismos de segmentación, a través de estrategias de localización y sabor. Este proceso lo analiza muy bien Roseberry (1996) detallando cómo el consumo del café, las estrategias de trazabilidad y comodificación tuvieron lugar en los circuitos técnicos y de inversionistas. Particularmente en Estados Unidos a través del círculo de *coffeemans*, revistas especializadas y la creación de organizaciones como la SCAA. Estas formas de segmentación y comercialización, configuraron los patrones de producción y comercialización de Nariño.

Michael Sheridan, fue uno de los directivos del proyecto *Borderlands* en Nariño entre 2011 y 2016, sus palabras introducen este apartado. Sus contribuciones en las revistas especializadas en el tema como *Roast* o en las páginas web de distintas comercializadoras, son una semblanza de la mirada institucional a la región y a las dinámicas productivas que estas agencian. En uno de sus artículos para *Roast*, Sheridan, describe el proceso que les permitió encontrar las condiciones

⁶¹ Consultado el 27/02/2020 en línea: <https://coffeelands.crs.org/2015/09/narinos-third-wave/>

y el producto que esperaban. Justamente a través de este camino de la segunda generación en la comercialización de café, abierto por Starbucks.

Starbucks el parangón del café de la segunda ola, puso a Nariño en el mapa a lo grande a principios de la década de 1990, cuando comenzó a abastecerse y vender café de Nariño de origen único. La compañía puso a prueba su estándar: *C.A.F.E. Practices* e invirtió poderosamente en proyectos sociales. Incluso hoy, Nariño parece tener una resonancia especial para Starbucks: su Mezcla Tributo al 40 Aniversario, que fue construida para honrar la tradición de la compañía, destacó el café Nariño. Su CEO, Howard Schultz, dijo que Nariño produce el mejor café del mundo [...] En 2004, Nespresso comenzó a obtener grandes volúmenes de café de Nariño bajo su Programa de Calidad Sostenible AAA, que también incluye cafés para pequeños productores del vecino departamento del Cauca. Lo que notamos cuando encuestamos el sector cafetero de la región es que hubo una clara falla del mercado en Nariño: los agricultores capaces que querían explorar oportunidades de la tercera ola y los compradores dispuestos en ese segmento del mercado, que querían obtener café de Nariño, no se estaban encontrando entre sí tan fácilmente como podrían haberlo hecho y estaban perdiendo oportunidades para crear más valor ambos.⁶²

El posicionamiento del café de Nariño como uno de los mejores del país generó nuevos intereses, ingresos, costos y nociones sobre calidad del café. Sin embargo, localmente los canales de comercialización se mantenían, hasta la reciente aparición de la noción de microlotes y de actores interesados en su comercialización. *Café Imports* describe en su página web cómo se configuran los microlotes, qué cualidades los hacen un insumo fundamental, resultado de innovación, trabajo duro y exclusividad por su producción limitada.

¿Cómo se hace un microlote? Dedicación a la artesanía del café, calidad excepcional en la taza y mucho, mucho, mucho trabajo duro. Los microlotes que obtenemos son lo que consideramos los mejores cafés absolutos, los nocaouts que vienen en cantidades limitadas pero que tienen un gran impacto. Nuestras ofertas de café *Microlot* provienen de productores innovadores de formas innovadoras, desde lotes de edición limitada de alta calidad, concursos de cata y lotes de subasta, hasta separaciones de variedades específicas.

⁶² Consultado el 27/02/2020 en línea: <https://coffeelands.crs.org/2015/09/narinos-third-wave/>

Son esos cafés que se pueden rastrear hasta un productor individual. Los agricultores reciben primas de calidad por cualquier café de microlote. Lo que refleja la planificación adicional, el esfuerzo, el trabajo y la atención a los detalles necesarios para producirlos, además de recompensar el trabajo final bien hecho⁶³

Este es un proceso de comercialización muy distinto al que se daba mayoritariamente en la zona. La venta del café hasta la aparición del interés en los microlotes y el cuidado de la trazabilidad, se había hecho a través de las cooperativas asociadas a los comités regionales. Esta forma de comercialización permitía que se mezclaran distintas calidades de café bajo un solo rubro regional, sin importar el origen, el productor o el sabor del producto. Su calidad estaba garantizada en función de su procedencia, como un lugar certificado. No sólo por el nombre de compradoras mundiales que se abastecían de su mercado desde inicio de los noventa, sino además por el conjunto de prácticas, certificadoras y circuitos de calidad asociados a *Rainforest Alliance* o *Nespresso*.

Este tipo de comercialización también reproducía prácticas de clientelismo y dependencia que genera el monopolio de la compra, el establecimiento del precio y las garantías de comercialización centradas en la FNC y en sus intermediarios. En este proceso de compra, hasta hace unos años, no había sobreprecio que reconociera la calidad del producto recibido. Todo se pagaba según la relación precio-cantidad a los campesinos. Los criterios de calidad y el sobreprecio que ello representaba se quedaban en las cooperativas como intermediarios. Desde la década de los noventa empezaron a aparecer otros compradores de café, algunos con mejores precios y reconocimiento de calidades, que permitían a los productores quedarse con las ganancias de las bonificaciones. Sin embargo, estas no eran pagadas de inmediato o la comercializadoras se tomaban un poco más en el pago, la información para los campesinos no era tan clara. Para ellos estas eran grandes desventajas, tanto en términos de confianza, como de liquidez.

En la cooperativa, por el contrario, el pago era inmediato. Sumado a las ‘prácticas de fidelización de sus asociados’ como enunció en una entrevista un funcionario encargado de los proyectos sociales de la entidad, en 2015⁶⁴. Algunas de esas prácticas era dar créditos con bajos intereses para la adquisición de insumos químicos como fertilizantes y plaguicidas que ellos

⁶³ Consultado el 08/02/2020 en línea: <https://www.cafeimports.com/north-america/blog/microlots/>

⁶⁴ Tomado de entrevista con funcionario de la Cooperativa de Caficultores del Norte de Nariño.

vendían especialmente, o proveer de mercados muy básicos a las familias en ‘tiempos fríos’. Es decir, en los momentos en que el ciclo de producción y venta se paraliza y muchas familias quedan sin posibilidad de ingresos. La relación entre la ganancia por los sobreprecios de calidad y las prácticas de fidelización a sus asociados, es bastante desigual.

En julio de 2018 en el centro de La Unión, después de entrevistarme con algunos funcionarios de Banexport, fui a un restaurante local grande donde la mayoría de los empleados de los bancos u oficinas van a tomar su almuerzo. Es un restaurante donde el precio en promedio es mayor al de cualquier otro restaurante del parque principal. Julio es un mes postcosecha, de los primeros meses para empezar a vender el café. Ese día había mucha gente en la plaza principal, donde también está la bodega de la cooperativa que compra el café para la FNC. Todas las mesas estaban llenas y no dejaban de entrar personas esperando a ocupar un espacio. Una de las meseras tenía una lista en la mano que cotejaba con las personas que ubicaba en las mesas. Yo no estaba en la lista, igual me dieron un espacio.

En la mesa para dos, quedaba un espacio libre. Una mujer joven se sentó, ella estaba en la lista. Le saludé y comenté sobre lo lleno que estaba el lugar. Me dijo que era la primera vez que iba. Le pregunté por la lista y me dijo que llevaba desde las seis de la mañana esperando para vender su café. Que tenía un turno en espera y que la cooperativa les había invitado el almuerzo a todas las personas que estaban esperando turno para vender su café. Era la una de la tarde. Ella venía de una vereda a dos horas del centro de La Unión. Muy seguramente tendría que haber salido de su casa con su papá, a quien acompañaba en la venta, desde las cuatro de la madrugada. Parecía muy contenta de por fin poder vender el café y que además les invitaran el almuerzo allí, por eso el lugar estaba tan lleno. Ese día me enteré de que el restaurante, era propiedad del presidente de la cooperativa.

Me pregunté por la relación entre la ganancia del intermediario y el costo de sus prácticas de fidelización. Evidentemente había una brecha de desigualdad abismal. La manera de clasificar en la compra es uno de los mecanismos por los que el valor del producto toma forma y luego en la trazabilidad, en la construcción de otras relaciones territoriales del intercambio los intermediarios obtienen las ganancias. Esto es posible a través de los circuitos de compra y sabor que desde inicio de la década de los noventa estableció Starbucks y su relación de aprovisionamiento a través de la FNC.

Ese día recordé una jornada de venta de café con Mercy en 2010 (Figura 21). Ella llevaba varios sacos para la venta. La forma en como evaluaban la calidad del producto, era más bien

rudimentaria. En aquella bodega había mucho café regado en el piso y la fila para vender el producto era larga. Cada persona pasaba con su carga de café a la bodega, allí, había un encargado de atravesar cada saco con una vara metálica de punta afilada que tomaba una muestra del saco al azar para luego ser analizada. El análisis consistía en una revisión de impurezas, granos dañados y densidad del grano. Todo esto a través de un análisis visual y táctil, con ayuda de algunas balanzas o pequeñas bandejas para para extender las muestras y luego apuntar todo en un cuaderno.

Figura. 21 Venta tradicional de café



Fuente: Archivo propio. La Unión, Nariño. 2010.

Esta forma de comercialización permanece en la región. Hay un gran número de campesinos que venden su café en este mismo circuito, como la joven del restaurante. Sin embargo, hay otros que buscan insertar su producto en otros mercados. Particularmente cuando el sobreprecio o bonificación que reciben reconoce el trabajo que hacen al interior de su finca para generar un producto que, a través de estándares y medidas, es clasificado como de alta calidad. La trazabilidad en la segunda ola está dada por las relaciones territoriales que identifican una región productiva como un marcador de calidad, que permite obtener ganancias y diferencias en el precio a los intermediarios.

En la tercera ola del consumo del café, las relaciones territoriales que garantizan la trazabilidad del producto, y por ende las características que le dan calidad, están asociadas con

criterios de bienestar colectivo, desarrollo comunitario e hiperespecialización del sabor, garantizado a través de la personificación y localización casi exacta de la procedencia del grano. El cuidado, el desarrollo o la mejora de los medios de vida de los campesinos son procesos agenciados a través del microlote como dispositivo territorial. Me gustaría traer las palabras de Raquel, para ejemplificar estas transformaciones en el proceso de comercialización, así como del posicionamiento de los microlotes que dan paso al siguiente apartado sobre los discursos acerca de la mejora en los modos de vida campesinos.

La primera vez que yo vendí café especial fue con la pastoral social, que mandamos una muestra del caturra que teníamos. Eso hace como unos siete años [1999] con la Minga de Sueños. Me dijeron que tenía del mejor café. Y yo lo regalé en la cooperativa porque como nadie me dijo que era bueno ni nada. Esa vez llevaron al mejor café a Estados Unidos. Ahora esta vez mi café salió mejor pago que el de todos en FUDAM. El sabor, dicen que es lo que cambia. Unos dicen que depende de la tierra, de los árboles frutales al rededor, de las flores que uno tenga en la finca y del procesamiento, yo sí creo que eso cuenta mucho. Ahora se puso fuerte eso de los cafés espaciales por lo de los intermediarios. Porque es que matarse tanto para otro. Mire uno escucha que dicen en tal parte que un tinto [taza de café] vale tanto y uno acá un kilo vale lo que un tinto allá. Y uno cuanto se esfuerza. Porque nosotros hacemos todo, desyerbamos, cuidamos, sembramos y todo. Uno se esmera, zarandea bien bonito, en fresco y en seco, pero uno lleva el café a la cooperativa y llevan de todo y lo mezclan. Ahora si uno mira con sus ojos un café para empacar del bueno y otro mezclado ¿de qué le sirve el esfuerzo que hace en la finca, diga usted si a uno no se le cae la moral?⁶⁵.

⁶⁵ Tomado de la entrevista con Raquel. Vereda Valparaíso bajo, San Lorenzo. Febrero 2016.

Cuidado como la mejora de los modos de vida

Figura. 22 Publicidad producción localizada

Nariño never had a problem with quality. And as it turns out, it didn't have a problem with farmer organization as much as it had a problem with incentives. Growers weren't organizing or separating their amazing coffees because there was little incentive to do so — not because they didn't trust their neighbors.



The average grower in Nariño has less than 1 hectare planted in coffee. Smallholders like Carlos Jesús Ortega compensate for the lack of volume by focusing on quality and pursuing price premiums.

Photo by Neil Palmer/CIAT for CRS.

Fuente: Tomado de <https://dailycoffeenews.com/2019/09/27/the-path-to-distinction-nurturing-separation-in-narino/>. Consultado el 28/02/2020 ⁶⁶

La trazabilidad en la tercera ola del consumo del café es muy distinta a los procesos de compra y comercialización reseñados anteriormente. El interés está puesto en las características del paisaje y la calidad que se ofrece entre líneas a través de un mensaje de cuidado a los medios de vida de los productores/campesinos a partir de nociones de comercio justo. Como exponía Roseberry (1996) en esta ola, el valor del producto se configura a través de una serie de valores sensibles, colectivos y sociales que están asociados a estrategias de exclusividad, focalización del consumo y segmentación. Estrategias que son valoradas por actores que consumen este tipo de productos, como afirmó un estudiante en Zúrich sobre el café de alta calidad. “Nosotros como

⁶⁶ El pie de foto señala: “Nariño nunca tuvo problemas con la calidad y resulta que tampoco tuvo problemas con la organización de sus productores, así como los tuvo con los incentivos. Los cultivadores no estaban separando o clasificando sus increíbles cafés porque había muy pocos incentivos para hacerlo, no porque no creyeran en sus vecinos. El cultivador promedio en Nariño, tiene menos de una hectárea plantada en café. Los pequeños productores como Carlos Jesús Ortega, compensan la falta de volumen enfocándose en la cualidad, alcanzando precios premium” (Traducción propia).

hípsters es lo que buscamos, cosas exclusivas de las que además podamos saber sobre toda su historia de producción⁶⁷”.

La imagen que abre este apartado es parte de una reseña hecha por Michael Sheridan sobre ‘la falla de mercado’ que había en la zona (Figura 22). Esta es una forma de referirse a las condiciones de producción e intercambio, previas al boom de los microlotes. Este fragmento de la reseña es muy particular, puesto que da cuenta del interés en asociarse de los campesinos y la falta de incentivos. Sumado a esto detalla la extensión de las fincas y las ventajas de enfocarse en la calidad, en vez del tamaño de los espacios de cultivo. Una manera de compensar la falta de extensión de tierra. El campesino que aparece en la imagen rodeado por su cafetal no solamente es una figura evocativa que acompaña el texto. Por el contrario, es una clara muestra de las estrategias a través de las cuales posicionar relaciones territoriales del consumo a partir de nociones de proximidad, cuidado de los campesinos y sus organizaciones, además del paisaje en el que habitan. Un paisaje que garantiza las características de calidad del producto que ofertan.

La calidad del café también está dada por el cuidado a los modos de vida de los campesinos. Se trata de modos de vida que son garantizados por la compra del producto que posibilita su permanencia y la de las organizaciones a las que pertenece, además de los espacios idílicos en los que producen. Una imagen de un paisaje estático de la producción del café, que solamente ve los momentos en los que las plantas están florecidas con granos saludables y con posibilidades de riego. Ejemplo de ello se puede encontrar en un documento de CIAT sobre los microlotes en Nariño específicamente:

Cada lote que se pone sobre la mesa es producido por personas que quieren un futuro mejor y que esperan que el café sea un medio para eso; en su café está su aspiración a la excelencia. Entonces, independientemente de si saborea la mora o los cítricos o el durazno en la taza, ese deseo siempre agrega un poco de dulzura a la experiencia⁶⁸ (Traducción propia).

El cuidado de las condiciones de vida de los campesinos, hacen parte del conjunto de relaciones que configuran el sabor y las cualidades de calidad del café. Relaciones que son posibles a través de la visibilización de dinámicas territoriales en múltiples escalas. Tanto al

⁶⁷ Charla informal con estudiante en Universidad de Zúrich, noviembre de 2019.

⁶⁸ <https://blog.ciat.cgiar.org/storming-the-taste-test-how-colombians-micro-lots-blur-the-line-between-coffee-and-pure-dopamine/>

interior de la finca y las formas de producir y cuidar de los recursos en su interior. Ejemplos de ello tanto en la reseña de la imagen que introduce este apartado, como en la trazabilidad del producto a través de nociones de *fairtrade*. Estas son narrativas que garantizan, en las geografías del consumo, que la compra de un producto tenga correlato en el bienestar y los modos de vida de quienes lo producen en los paisajes y geografías de la producción. Producir café de alta calidad es resultado de una serie de agenciamientos que se reproducen en el paisaje de Nariño y en las ubicaciones remotas que buscan darle una forma y dinámica, a través de proyectos territoriales asociados al café especial en función de códigos de sabor, bienestar o cuidado de los productores, así como del medio ambiente. Ejemplo de ello las palabras de Sheridan sobre el proyecto *Borderlands*.

Producir café en micro lotes no es para todos. Para conseguir los granos consistentemente de alta calidad, se debe cuidar todo tipo de cosas, desde la forma en que se cultiva y cosecha el café, hasta los detalles específicos de lavado y secado. Es por eso por lo que el proyecto se enfoca en "conectar vendedores capaces con compradores dispuestos. (Traducción propia)⁶⁹

Esta serie de prácticas y ensamblajes, se codifican desde la mirada de las compradoras de café, a través de criterios y coordenadas de sabor. Una manera de situar localmente a los consumidores y construir una mirada sobre el paisaje del que proviene el producto. Estas son estrategias relacionadas con lineamientos técnicos y códigos de lenguaje que clasifican un producto a través de criterios del sabor, que van más allá del grano mismo. Son estrategias que promueven el reconocimiento regional de origen, visibilizando su producción siguiendo gramáticas de la clasificación del sabor que responden a los códigos, coordenadas y sistemas de clasificación de las comercializadoras, basadas en los criterios de la SCAA.

Coordenadas de sabor

Las coordenadas de sabor son una noción que propongo para analizar las maneras en que las comercializadoras de café en Estados Unidos y Europa visibilizan y muestran la procedencia del producto que venden. Los elementos que se visibilizan están relacionados con la ubicación

⁶⁹ <https://blog.ciat.cgiar.org/storming-the-taste-test-how-colombias-micro-lots-blur-the-line-between-coffee-and-pure-dopamine/>

local de procedencia del grano, la variedad de café, además de algunas características de los productores/campesinos que cultivaron ese producto. Todo ello contribuye a construir un estatus de especialidad que explica “Cómo los microlotes colombianos desvanecen la frontera entre el café y la pura dopamina”⁷⁰ La ubicación de la procedencia del grano es central. A través de esta noción es posible construir de manera remota un acercamiento a lo local, una sensación de proximidad a las condiciones de producción del grano, que además se garantizan a partir de la unicidad del productor en condiciones geográficas muy específicas, como afirma *Stumptown* en la presentación de sus zonas de aprovisionamiento: “El mejor café crece en los lugares más remotos. Hay una delgada banda que da la vuelta al mundo cerca del Ecuador. Dentro de esa banda, necesitas montañas, un espeso bosque antiguo y el microclima adecuado, en donde tomas incluso hasta cuatro días para llegar allí”⁷¹.

Estas coordenadas de sabor están representadas en las páginas web de empresas como *Cafe Imports*, *Stumptown*, *Intelligentsia*, entre otras. Para empresas como *Café Imports*, estas coordenadas se muestran por medio de tablas donde listan los productos y microlotes disponibles. Aquí se incluye el lugar de procedencia, si es parte de alguna organización comunitaria o finca en específico (Figura 23). Al entrar a cada perfil, se despliegan con más detalle la altura, la variedad, el método de beneficio o procesamiento y algunas fotografías del grano, la finca o los productores.

Figura. 23 Coordenadas de sabor

Country	Name	Altitude	Variety	Farm
Colombia	Nariño - Guadalupe	2200	Nariño	Vinoso (washed) - Tamara
Colombia	Regional Select - Nariño - Finca La Cumbre - Luz Arbo Mesa - Ceballos (washed)	2200	Nariño	Finca La Cumbre
Colombia	Regional Select - Nariño - Finca La Cumbre - Luz Arbo Mesa - Ceballos (washed)	2200	La Jiranda - La Unión - Nariño	Finca La Cumbre
Colombia	Regional Select - Nariño - Cito de Agua - Ceballos (washed)	2200	Cito de Agua - Nariño	Vinoso (washed) - Tamara
Colombia	Nariño - La Unión - Ráctico	2200	La Unión - Nariño	Vinoso (washed) - Tamara
Colombia	Nariño - La Chorrera - Finca La Dominguez - Vimar (washed)	2200	La Chorrera, Cauca - Nariño	Finca La Dominguez
Colombia	Nariño - Peña Blanca - Finca La Montaña - Segundo (washed)	2200	Peña Blanca - La Unión - Nariño	Finca La Montaña
Colombia	Nariño (washed) - (washed)	2200	Nariño	Vinoso (washed) - Tamara
Colombia	Nariño - Guadalupe	2200	Nariño	Vinoso (washed) - Tamara
Colombia	Nariño - Tamiranga (washed)	2200	Tamiranga - Nariño	Vinoso (washed) - Tamara
Colombia	Cauca - Tolo - (washed) - (washed)	2200	Tolovo - Cauca	

⁷⁰ Consultado el 8/03/2020 en línea: <https://blog.ciat.cgiar.org/storming-the-taste-test-how-colombias-micro-lots-blur-the-line-between-coffee-and-pure-dopamine/>

⁷¹ Consultado el 8/03/2020 en línea: stumptowncoffee.com/our-story#sourcing

Fuente: Consultado en línea 26/02/2020 disponible en: https://www.cafeimports.com/europe/offerings/#/category=origins/origin=Colombia/view=/stratified=Microlot/location=* /tab=archive/keyword=Nari%C3%B1o/

Para empresas como *Inteligentsia* o *Stumptown* la elección de esas coordenadas pueden, estar dadas por el perfil de sabor, la región o la elevación. En algunos casos hay un perfil específico de producto que la empresa crea para una asociación de productores determinada. Un ejemplo de ello en la Figura 24. Esta variedad proviene de la Cooperativa Abades. En este perfil de coordenadas de sabor, hay hipervínculos que llevan al perfil del productor en específico, donde es posible ver los rostros, las fincas y más detalles del lugar a través de fotografías del paisaje, como especifican en el sitio web de la empresa.

Figura. 24 Café de una cooperativa.



Fuente: Consultado 02/03/2020 disponible en línea: <https://www.stumptowncoffee.com/products/colombia-huayku>

A través de estas coordenadas de sabor se construyen estrategias discursivas sobre la sostenibilidad del proceso, la trazabilidad y la conexión territorial con el lugar de donde proviene el producto. A través de esta serie de narrativas se relacionan nociones de cuidado y sostenibilidad. Como bien expresa *Stumptown* en su página web.

Nos interesa la sostenibilidad, y no solo en el sentido ambiental. Un productor de café sostenible es alguien a quien se le paga de manera justa por su increíble trabajo y que a su vez puede alentar a otros a seguir sus pasos. Un productor sostenible innova, desarrolla y mejora el cultivo y, a su vez, puede obtener precios aún más altos de *Stumptown*. Cuanto más se ponga de cada lado de la asociación, mejor será el café⁷² (Traducción propia).

⁷² Consultado 8/03/2020 en línea: <https://www.stumptowncoffee.com/our-story#sourcing>

La sostenibilidad está asociada al cuidado de las condiciones de producción del grano. Condiciones que no solo incluyen los procesos de siembra, cosecha y procesamiento, sino además de las condiciones de vida de quien trabaja en la producción de ese grano. Condiciones que en este caso se visibilizan como prácticas de excelencia, cuidado del producto y del ambiente. Sin embargo, mantienen en silencio condiciones de producción de ese mismo grano como la precariedad en la tenencia, la dependencia productiva a un solo producto o inclusive comodificando o dotando de valor monetario, social y gustativo la producción en pequeñas extensiones de tierra o microlotes. Estos pequeños espacios de exclusividad, son resultado de la exclusión, la precariedad de las condiciones para cultivar y producir, las agendas agrarias irresueltas y la falta de reconocimiento de derechos agrarios en Colombia.

Estas condiciones, por el contrario, pasan a un segundo plano a través de proyectos territoriales que buscan hacer del paisaje del norte de Nariño un espacio de aprovisionamiento de un producto de calidad a través del desarrollo económico de sus productores, entendido como una contrapartida económica por el trabajo que hacen en sus fincas en función de criterios de calidad institucionales. Son proyectos territoriales que se agencian también desde las instituciones del Estado y la búsqueda por estrategias de fomento a la pequeña producción a través de encadenamientos productivos, desatendiendo y negando rotundamente los conflictos agrarios y la agenda de derechos para los campesinos irresuelta desde hace décadas. Sin embargo, en este proceso de comercialización y trazabilidad en la tercera ola del café y de los procesos de desarrollo y comodificación a partir de nociones de cuidado-sostenibilidad, la ganancia es generada a través del simbolismo.

‘And so they slurp’...sobre los catadores

Hemos tenido botas en el suelo (y cucharas en la taza) aquí desde nuestros primeros días, y nos enamoramos una y otra vez de las variaciones regionales, las variedades, el paisaje y los propios productores. De nuestro trabajo en la obtención de cafés fuertes y versátiles, para nuestras ofertas exclusivas de Excelso Gran Galope; a nuestra celebración del sabor del lugar con selectos regionales de Cauca, Huila, Nariño y Tolima; al descubrimiento y desarrollo de microlotes de todo el país con nuestros socios exportadores y los productores con los que trabajan en estrecha colaboración, simplemente no podemos tener suficiente. Nuestros clientes tampoco pueden hacerlo: nuestra variedad de ofertas

comprende una amplia selección de sabores, fincas y terruños, y continuaremos explorando regiones nuevas para nosotros para apoyar a los campesinos en su mayoría pequeños productores de Colombia en el futuro, siempre que nos permitan volver una y otra vez⁷³ (Traducción propia).

¿Qué hace que un café tenga un perfil de sabor? ¿Qué dice el sabor de un café sobre su trayectoria? Para reflexionar sobre estas dos preguntas, considero central analizar el papel del catador. En este análisis tienen un papel fundamental, son traductores entre múltiples códigos y prácticas que agencian el café especial. El proceso de catación es un dispositivo técnico y simbólico a través del que se agencian las relaciones territoriales y los simbolismos del café especial de tercera generación. A partir de su trabajo, se clasifican espacialmente los granos. Se los codifica a través de lenguajes y ruedas de sabor. Son los encargados de convertir las prácticas de cuidado al interior de la finca, en criterios de sabor que se establecen como estrategias territoriales de precio asociadas a la procedencia, el paisaje y el lugar de donde proviene el producto.

La cita anterior es una muestra interesante de este proceso. En su página web, *Café Imports* hace una reseña sobre el perfil de taza del producto colombiano. Este perfil, su sabor y calidad, están relacionados con su procedencia, los productores y el paisaje de donde proviene. Esos códigos se presentan como parte del grano. Pero ¿Cómo estos elementos de valoración social puestos como criterios de calidad, son transformados en criterios de sabor? O mejor ¿Cómo el sabor reúne todas estas características y cómo el consumidor puede tener certeza de ello? El catador es el encargado de codificar y clasificar a través de un conjunto de prácticas y dispositivos esos perfiles que en el proceso de comercialización se asocia a través de valores discursivos con el comercio justo, la sostenibilidad y el bienestar de los productores en relación con nociones de cuidado.

En La Unión tuve la oportunidad de participar en un proceso de catación-clasificación con una joven catadora. Ella se formó en la escuela de una de las asociaciones de productores con mayor trayectoria en la región: Asprounión, los productores de café 'La Jacoba'. Esta es una marca regional que vende café de alta calidad en el mercado nacional. Para la cata entramos a una habitación muy iluminada y ventilada, con una vista excepcional de las montañas. En el

⁷³ <https://www.cafeimports.com/europe/Colombia>

centro de la habitación había una mesa blanca alta, en la esquina una pequeña cocina con tazas de porcelana y algunos implementos básicos, todo impecable. Al lado de esta habitación un pequeño espacio donde están instaladas las máquinas de molienda y tostado.

Sobre la mesa blanca y alta dispusimos diez tazas de porcelana. Cada una sobre un plato y una cuchara al lado. En frente de cada una, una bandeja con granos de café sobre los que se posa una hoja de papel; una especie de ficha. En el centro de la mesa unos frascos con agua con algunas cucharas sumergidas, al lado una jarra de plástico vacía. En la pequeña estufa se calentaba agua en un recipiente especial que avisaría la temperatura justa para servirla en cada taza. Para empezar a sorber, el café debe estar a 60°C. La catadora toma cada bandeja y la lleva a una pequeña máquina que tosta pequeñas porciones para luego molerlas individualmente. Luego que todas ellas están listas, se colocan de nuevo frente a cada taza. Con la cuchara que reposa al lado de cada taza, deposita una cantidad de café en cada una. El agua está lista, la toma y a cada taza agrega agua hasta el borde.

Mientras espera a que repose la mezcla, me invita a unirme a la prueba. Saca una cuchara del bolsillo de su camisa. Mientras esperamos la temperatura adecuada, le pregunto qué es lo más difícil de aprender a catar. Ella me dice dejar de bañarte los dientes como antes y sorber. Aprender a sorber fue muy difícil, había que hacerlo con mucha fuerza. Me explica que tiene una rutina de alimentos y cuidado personal muy controlada, debe evitar sobreexponer sus papilas gustativas, haciendo que pierda sensibilidad. Su cuerpo, como herramienta sensible, debe ser mantenido a través de múltiples cuidados.

Empezamos. De cada taza toma una prueba con la cuchara y da un sorbido. Por unos segundos la mantiene y saborea, luego toma la jarra vacía junto a las cucharas para escupir. Apunta algunas cosas en la hoja de papel frente a cada una, así hasta el final. Luego vuelve a tomar muestras a sorbos con su cuchara de distintas tazas, me explica que es para poder definir bien el perfil de cada una a través de la comparación. Eso hace que rectifique, cambie o apunte otros valores en la pieza de papel. Me explica que la textura que el líquido adquiere en la taza, así como la capa de espuma o grasa que se hace sobre la bebida también son indicadores de calidad. Le pregunto cómo sabe qué este o aquel es un buen café, y lo piensa un poco para explicarme. “Tiene que ver con todo, son muchas cosas que uno evalúa. Pero todo es de cómo sabe, uno puede incluso saber si un café se cosechó demasiado verde o muy maduro, o incluso si se fermentó en el proceso del beneficio, todo está en el sabor”.

Mientras ella seguía sorbiendo y escupiendo, para contrastar yo la observaba. Tenía duda con un par de tazas, no lograba definir las muy bien. Probaba una y otra vez. Las dejó aparte. La mezcla ya se había enfriado, volvería a preparar todo con otro lote de muestras incluyendo estas para tener otro rango. Estas fichas que llenó en frente de cada taza, darían un puntaje inicial que clasificaría el café como regional o premium, es decir de alta calidad o no. Luego de eso, los sacos de donde proviene ese grano serían clasificados en las bodegas de maneras diferenciadas en función de los mercados en los que serían ofertados.

Como indicó la catadora, ‘todo está en el sabor’. La historia de ese grano, de las prácticas que lo produjeron está en él, los modos de cuidado de la finca que han puesto cada paso para que el grano guardara esa memoria, son traducidos a través de la experiencia sensible del catador. Experiencia sensible que es codificada a través de dispositivos como la pieza de papel en la que se apuntaban valores. Estos valores corresponden a una síntesis de otras herramientas y dispositivos como las ruedas de sabor, que a su vez se traducen en valores cuantificables a través de un sistema de puntaje por medio del que se determina si es un producto para exportación, uso regional, o incluso el mercado de microlotes.

En mi lectura los catadores tienen un papel de traductores. Son ellos, quienes construyen las conexiones parciales entre la producción de café en la finca y la comercialización. Es decir, entre dos registros ontológicos sobre lo que es café, las relaciones productivas y agrícolas o los modos de existencia. Es decir, entre los proyectos territoriales que habitan y configuran el paisaje desde los modos del cuidado asociados al desarrollo y la comodificación y los modos de cuidado que configuran proyectos territoriales del habitar campesino desde la vida cotidiana.

Capítulo III. Territorialidades del cuidado en los mundos campesinos

The livelihoods and fates of so many kinds and entities on this planet are unavoidably entangled.
(Puig de la Bellacasa, María., 2017, p. 1)

En este capítulo analizo las propuestas de ordenamientos territoriales que se ofrecen desde las comunidades campesinas. Sus propuestas articulan las ambivalencias de los territorios y los mundos que habitan esa región. Analizo las estrategias del cuidado campesino para problematizar y reflexionar sobre la gestión y lo que se define como territorio, sus habitantes y los modos en los que participan y hacen manifiestos sus derechos de existencia en entramados más que humanos. Me centro en relaciones del cuidado desde el espacio de la finca, de las acciones comunitarias a través de múltiples organizaciones locales, así como del reconocimiento de las montañas o el agua como actores en la toma de decisiones para la planeación local.

Giros hacia el territorio y los afectos

Los procesos de territorialización representan mucho más que una estrategia de control geográfico: implican y están implicados con formas de pensar y actuar, así como con cosmovisiones construidas y cimentadas por creencias y formas de conocer cultural e históricamente contingentes (Delaney 2005, 12). El territorio es una entidad espacial que sirve como instrumento de comunicación; visibiliza y hace tangibles estructuras sociales, tales como autoridad, identidad, derechos, aspiraciones, prejuicios, entre otras. Son precisamente los procesos de territorialización los que abonan a la delimitación de territorios. Se trata de procesos constantes en los que entran en juego múltiples actores, y las maneras en que se dan dichas delimitaciones -o búsquedas por configurar un territorio-, es lo que estructura formas de ordenamiento ¿Qué tal si pensáramos formas de producir ordenamientos a partir de las relaciones de cuidado? ¿Cómo observar esas relaciones en las que no sólo están activamente imbricados los humanos, sino también no-humanos?

El cuidado permite observar, en el caso de los contextos campesinos temas nodales en los que múltiples actores y búsquedas territoriales se encuentran. A través del cuidado como una noción que recoge relaciones, discursos y prácticas sobre vínculos con la naturaleza, la producción agrícola y el bienestar comunitario es posible pensar perspectivas especulativas sobre

las relaciones que producen lo vivo, que además descentren la exclusividad de la supervivencia de lo humano.

En la literatura del llamado giro territorial, como afirma Delaney (2005b), se ha abordado a través de las nociones de territorio y territorialización (Soja, 1989, 2010; Santos, 1990; Harvey, 2005, 2014; Lefebvre, 2013; Raffestin, 2013). Una perspectiva que ha puesto las preguntas por el espacio en nuevas dimensiones, al desnaturalizarlo y desobjetivarlo, reposicionando el territorio y sus posibilidades y especificidades en la escala del lugar. Con ello se ha contribuido al florecimiento de nuevas lecturas sobre lo social y lo político. El espacio, ya no es una superficie dada, por el contrario se entiende a partir de las formas en que es apropiado, dominado, gestionado y controlado. A este proceso de apropiación y construcción sociopolítica por parte de actores, se le denomina como territorialización (Silva Prada, 2016, p. 4).

En el caso colombiano, autores como Silva Prada (2016) o Quiroga y colaboradores (et al, 2018) han sumado lecturas sobre el campesinado y sus territorialidades desde estas perspectivas. Sin embargo, a esta dimensión espacial falta agregar una lectura afectiva y material de los mundos campesinos. Por ello me gustaría vincular los aportes del giro territorial con algunas perspectivas del giro afectivo desde una lectura de las humanidades ambientales. Esta posición es una plataforma de diálogo y discusión, que busca complejizar los abordajes modernos frente a las relaciones entre humanos y naturaleza en donde se reflexiona sobre la localización de lo no-humano dentro del mundo social, haciéndolo sujeto de análisis político, ético y cultural.

Para ello propongo analizar los vínculos que configuran procesos de territorialización en el contexto campesino del norte de Nariño a partir del cuidado, considerando que se trata de una dimensión fructífera para abordar la construcción de territorios desde los vínculos entre múltiples actores humanos y no-humanos. Quisiera situarme en los usos que se dan localmente al cuidado para referirse a dos procesos de territorialización que van de la mano. Por una parte, un uso discursivo y práctico desde las organizaciones, particularmente lideradas por mujeres, en sus luchas por el reconocimiento como sujetos campesinos de derecho ante el Estado.

Se trata de prácticas y discursos situadas en los intersticios entre formas de división sexual del trabajo, el reconocimiento del rol de las mujeres en la soberanía alimentaria, la reproducción de la familia, así como el conocimiento experiencial acumulado sobre las formas de sostenimiento de los lazos comunitarios. Por otro parte, es una forma de referir los vínculos con la naturaleza y las formas de manejo ambiental de las y los campesinos en la vida cotidiana. Se

trata de vínculos que articulan tanto las actividades en su finca como sus relaciones con el bosque, el agua y sus múltiples interdependencias.

En mi propuesta, pensar a través de las relaciones de cuidado, da cuenta de los mecanismos a través de los que se busca configurar articulaciones territoriales de los mundos campesinos, desde la finca hacia la región. Es decir, de la manera en cómo los mundos campesinos se ponen en relación con formas de administración del Estado, del mercado y otros actores. Para situar este análisis tomo tres ejemplos de articulación multiespecie en distintas escalas de la gestión territorial y del paisaje: las territorialidades del cuidado desde la finca, desde las organizaciones comunitarias y desde la articulación y reconocimiento de agencias más que humanas en la planeación local y la toma de decisiones.

Reproducción de mundos más que humanos desde la finca

La finca es una escala territorial vital de los mundos campesinos. Desde allí se proyectan un conjunto de relaciones y resonancias vitales con otros actores y escalas de la gestión territorial, tales como el municipio o el departamento, parte de la estructura administrativa del Estado o el mercado local, regional e internacional. También se articulan resonancias vitales con las temporalidades de la lluvia, de la regeneración del suelo, del florecimiento de las plantas de café, incluso de los tiempos de reproducción de los animales domésticos, etc. Desde la finca se articulan múltiples vínculos de interdependencia que son vitales para el bienestar de un conjunto de seres y ritmos multiescalares. En este apartado quisiera desarrollar especialmente los vínculos que se establecen con plantas, árboles, cultivos, cuyes, agua, suelo, entre otras existencias no humanas que en los discursos y prácticas de los mundos campesinos se enuncian como ‘naturaleza’. Quiero exponer los planes de vida y el ‘disueño’ de mapas prospectivos como instrumentos de reconocimiento y gestión de las relaciones multiespecie que articulan las fincas y, por ende, los vínculos de interdependencia que sostienen los mundos campesinos. El cuidado es una cuestión transversal en la planificación de una finca, los vínculos se planifican a partir del bienestar mutuo y el sostenimiento de las interdependencias que sostienen a los seres, tanto a humanos, como no humanos. La importancia de reconocer los vínculos más allá de los agentes es clave para una articulación territorial desde el cuidado como veremos a través de los mapas de ‘disueño’. Pensar en los modos de existencia, como plural, agencia la comparación entre diversos modos de pensar y actuar que coexisten en múltiples tiempos y lugares y confluyen en

la producción de territorios. Este planteamiento me permite articular las reflexiones y preguntas del giro territorial, que hacen énfasis en la producción social del espacio y en los vínculos afectivos, materiales y relacionales entre humanos y no-humanos que intervienen en aquella producción.

‘Disoñar’ lo colectivo, mapear los vínculos entre humanos y no-humanos

A la entrada de la casa, además del frondoso jardín que rodea una plancha de concreto muy prolija para el secado de café, se encuentra a primera vista en la mayoría de las casas del norte de Nariño, una placa de cerámica con el logo de Starbucks y la Gobernación de Nariño. En ellas se indica con un número ‘solución de vivienda’ además del apellido de la familia que presuntamente vive allí. De igual forma, pero no en la mayoría de las casas, se encuentran mapas de la finca hechos a mano. Esos mapas corresponden al croquis de la finca, pero los usos del suelo que expresan, o las actividades que están marcadas en él, no siempre corresponden con lo que se hace actualmente.

La primera vez que vi aquellos mapas fue en 2010 en la casa de Mercedes, en La Unión. Entonces ella era una líder de su comunidad que trabajaba como coordinadora local de los grupos que acompaña Pastoral Social de la Tierra en la zona. Me explicó que eran mapas de ‘disueño’ que expresaban el plan de vida familiar. A través del mapa estaban proyectados los usos del suelo y la organización del territorio de la finca. Cuando empecé a recorrer esa región, encontrando esos mapas les preguntaba a las familias sobre lo que estaba expresado en ellos. En muchos había lotes agregados o zonas de cultivo y tipos de manejo muy precisos. Relatar con más detalle lo que había sobre el mapa, permitía a su ‘disoñador’ evocar el plan que había detrás, los sueños que lo sustentaban. Muchos campesinos evidentemente soñaban con tener derechos de tenencia. A pesar de llevar toda la vida allí, muy pocos tienen posesión formal sobre su tierra. Así mismo eran claros los roles que asumiría la familia o los objetivos que se alcanzarían a través de esa distribución del espacio al reclamarlo como territorio desde el diseño prospectivo y las prácticas cotidianas que lo hacen un lugar de sentido a través del sentido de lugar (Tuan, 1977a). Los mapas tenían elementos en común: el cultivo de café en sombrío acompañado de espacios de bosque, huerta casera, ubicación de árboles nativos, espacios para la cría de cuyes, cuerpos de

agua y cultivos o plantas cercanas a estos, como la guadua⁷⁴, por ejemplo. Incluso se marcan tecnologías de manejo agroforestal como ‘terrazas’, ‘labranza mínima’, ‘coberturas y pastos’, entre otras. En los mapas aparece una variedad de frutales y cultivos alimentarios dispersos al igual que espacios de recreación, jardines y por supuesto, la casa.

En la finca de Claudio y Janeth, en la vereda el Guabo en el municipio de La Unión en 2015, el mapa se titulaba *Familia Gómez-Díaz, mapa del futuro-parcela la fortuna. Plan de vida familiar y personal* (Figura 25). En el recorrido por la finca que hice con Claudio, algunos de los elementos clave de su mapa ya estaban en la finca. Desde el bosque productivo, el tanque de reserva de agua con filtros, hasta la producción de café en agroforestería. El recorrido tuvo el sentido de un ciclo en el que cada lugar que visitamos cumplía una función en relación con los otros, así mismo guardaba relación con los objetivos familiares.

Figura. 25 Mapa 'disueño' familiar



Fuente: Archivo propio, 2015.

Cuando volvimos a la casa, Claudio me compartía que su sueño con la finca era que le permitiera ‘cuidar bien a su familia’, ‘dar educación a sus hijos’ y ‘cultivar la tranquilidad’. Para lo último tiene un espacio proyectado en un kiosco para la introspección y meditación. También tenía el objetivo de hacer de su finca demostrativa. Es decir, que pudiera servir de modelo para

⁷⁴ *Guadua angustifolia* Kunth 1822

que otros campesinos se inspiren, puedan visitarla en recorridos y sepan cómo cuidar bien de una finca.

Cada actividad marcada en el mapa está relacionada con el conjunto. Los vínculos de interdependencia que constituye el manejo agroforestal, están marcados por formas colaborativas que articulan las funciones y límites de esos espacios, con usos, tecnologías y formas de trabajo familiar. El ‘residuo’ del café, como mucílago y agua, es tratados para convertirlo en abono o procesado a través de sistemas de filtración. El tanque de agua, almacena tanto del acueducto, como de la lluvia, para conectarla con el abastecimiento de la familia y la huerta. El bosque productivo, tiene algunos árboles frutales, en la mayoría vegetación nativa en la parte más baja de su finca. Esta zona es un espacio que contribuye a la conservación del agua o la recarga hídrica para zonas más bajas en la ladera. Es decir, contribuyen con el cuidado del abastecimiento de otros seres vecinos y zonas de la región de forma indirecta.

Muy por el contrario de ser vínculos armónicos y siempre fructíferos, esta organización del espacio y de las actividades, responde al reconocimiento de las dificultades económicas, los conflictos por el uso del suelo o la vulnerabilidad al cambio climático. Las conexiones que se hacen entre esos espacios dependen de las actividades del trabajo familiar al articularse activamente con el medio. El trabajo se desarrolla atendiendo los ritmos y respuestas del lugar donde se desenvuelven. Analizo estos vínculos entre el trabajo familiar y el medio a través de las interdependencias del cuidado y la experticia situada.

Krzywoszynska (2016) analiza las interdependencias del cuidado entre campesinos y fincas a partir del conocimiento y experiencia local de los cultivadores de vino del Piamonte Italiano. La autora propone comprender como las labores del cuidado que sostienen el trabajo agrícola y los vínculos entre campesinos, plantas y animales, por ejemplo, responden a procesos de formación o *enskillment* de largo aliento⁷⁵.

Las actividades, prácticas y discursos se articulan como mecanismos de reproducción colectiva a partir de la educación de la atención y del reconocimiento de los ciclos, velocidades e interdependencias entre humanos y no-humanos. Las fincas son espacios clave donde se ejercen múltiples cuidados en este caso tanto para la soberanía alimentaria, como la conservación ambiental (Burgess *et al.* 2000; Kaljonen 2006; Morris 2006; Riley 2008). Las fincas son territorios

⁷⁵ Timothy Ingold propone un análisis similar sobre los procesos de conocimiento a partir de los vínculos con el paisaje con la noción de *taskscape* que describe la adquisición de conocimiento como un proceso experiencial a través de la práctica y no solamente de la transmisión de información (Ingold 2000).

donde se audita, regula y controlan múltiples procesos en beneficio de una cadena de cuidados multiescalares ejercidos localmente (Krzywoszynska, 2016).

Para Krzywoszynska los elementos de una lógica del cuidado (Mol, 2008), entendido como una práctica más que un principio, o una emoción, son adquiridos en procesos de aprendizaje a través del relacionamiento práctico con el mundo material, social y simbólico en la construcción territorial de la finca. Algunas de estas habilidades son la atención, responsabilidad y capacidad de entendimiento del otro. Las relaciones de cuidado en la finca han sido estudiadas particularmente en el contexto de la interacción humano-animal en donde se ha explorado las dimensiones afectivas y éticas de esas interacciones (Holloway 2002, 2007). El cuidado, a partir de estos procesos prácticos de aprendizaje se entiende como el conjunto de actividades que soportan cierto tipo de prácticas agrícolas que están en tensión con maneras de organizar el tiempo y distribuir los espacios, impuestos por la agricultura moderna (Harbers 2010; Singleton 2010; Singleton and Law 2013).

En el contexto campesino del norte de Nariño hay múltiples formas de valoración y tipos de conocimiento. Como afirma la autora, esta multiplicidad es desarrollada a través de la experiencia práctica en la agricultura para el manejo de las naturalezas con las que conviven. “These knowledges are variously referred to in the agro-food context as tacit (Morgan and Murdoch 2000), local (Clark and Murdoch 1997; Raymond *et al.* 2010), embodied (Carolan 2008), experiential (Goven and Morris 2012), or traditional (Berkes *et al.* 2000)” (2016, 292).

El cuidado como un patrón de actividades extiende el campo de investigación de interacciones específicas a toda la finca, y a las múltiples realidades a las que las actividades agrícolas contribuyen, así como a las que son influenciadas por tales como el mercado o los regímenes agrarios. De igual forma permite reconocer que estos repertorios del cuidado, son parte de acervos de conocimiento local, clave para la gestión de usos del suelo y de ordenamientos enfatizando los intereses locales. Como afirma Krzywoszynska “Recognizing experiential knowledge of farming as true expertise and a cornerstone of caring for agricultural natures, must influence how we manage those environments (2016, p. 291).

Analizar a detalle las interacciones entre seres, espacio y actividades expuestas en aquellos mapas puede brindar pistas sobre el sentido de sus intercambios y las maneras en que sus formas de organización territorial, están imbuidas en contextos más amplios cuyos flujos están afectados por actores no humanos. El cuidado, desde las HHAA, propone una lectura expandida de los vínculos y flujos que podemos leer a partir de las prácticas y discursos del registro humano. Las

decisiones que muestran los mapas prospectivos son el resultado de procesos de aprendizaje en atenta escucha del territorio y sus habitantes. Construir una hoja de ruta, o mapa de finca, a partir de los intercambios y ciclos de composición/descomposición (Lyons, 2020), que sostienen una finca, es una manera de responder a los flujos contextuales más amplios donde se inserta la vida familiar.

Es interesante mencionar algunas líneas sobre el proceso de realización de estos mapas. La mayoría parte de un diagnóstico familiar sobre lo que se tiene, lo que se ha logrado y la manera en que se ha hecho. Esa información se consigna en un mapa inicial. De allí se identifican los sueños que se quieren alcanzar, ya sea individuales, familiares o colectivos. Luego de identificarlos, se estructura un plan de vida que ayude a delimitar una ruta para alcanzarlos. En el plan se identifican acciones concretas en espacios definidos desde la finca para su realización. Luego este escenario prospectivo se consigna en un mapa de ‘disueño’. En una de las entrevistas con mujeres lideresas, le pregunté a Raquel si esa metodología podría funcionar en una escala de planeación territorial más amplia, como el municipio o el TCAM, por ejemplo. Ella dudosa me indicó que todo era posible, pero que el principal reto era la articulación de las instituciones del Estado y los gobiernos locales. “El mapa debe ir desde la microcuenca, mostrar las fincas demostrativas, dónde se cuida el agua o hay estrategias para mantenerla. Hay que hacer primero un diagnóstico de lo que hay, porque en todo lo que se hace, en todos los contextos donde se vive, se planifica el territorio”⁷⁶

Escobar analiza prácticas situadas de gestión territorial como praxis del cuidado y diseño ontológico. Quisiera extender su análisis a los mapas de ‘disueño’ como estrategias que esbozan modos de vivir expandiendo los bordes antropocéntricos del mundo. El diseño ontológico es una herramienta para reimaginar mundos que reconozcan multinaturalezas, guiando nuevas formas de articular lo colectivo localmente. El diseño de dispositivos que avancen en esa búsqueda aportaría a la transformación de modos de comprensión y acción ecológica en contextos situados⁷⁷. Una comprensión relacional de lo material permite visualizar los ‘mapas de

⁷⁶ Entrevista con Raquel Burbano, Febrero 2021.

⁷⁷ Escobar exhorta al diseño de dispositivos desde el cuidado “arguing that care can be structured into the design of tools and equipment through “presencing” (a concept like e “ready-to-hand”) is the incorporation into tools of ecological habits through design to transform routine actions into forms of ecological behavior. Designers needs to articulate the concerns of a collectivity in novel ways. New embodied routines slowly become collective, eventually transforming social consciousness and institutional structures (2018, 123). La idea de enacción es clave como proceso a través del cual humanos y no humanos construyen el mundo en constante interacción, superando una lectura cartesiana donde el espacio es una superficie dada en la que suceden cosas.

disueño' como dispositivos de gestión de lo colectivo. Partiendo del hecho que lo que se enuncia colectivo en aquellos mapas, no concierne únicamente a los humanos, sino a un conjunto de no humanos, existencias, ritmos y maneras de enactar que producen el espacio de la finca y difractan un conjunto de relaciones en otras escalas territoriales. Estos mapas han sido diseñados desde el cuidado, procurando el beneficio mutuo a partir del reconocimiento de que aquel beneficio se construye en la interacción y reconocimiento de los límites y posibilidades propias y del otro. Un sentido de protección de los vínculos, no sólo de los actores como individualidades.

Trayectorias de reconocimiento y aprendizaje en los procesos de territorialización

El fertilizante que prepara Lucio da características a la carne de los cuyes que se vende o se consume en la familia, a la orina y el estiércol que abonan las plantas, y al café que se bebe y se vende. Todo un conjunto de relaciones en donde el sabor, la organización productiva y el precio se generan a partir de un conjunto de relaciones de cuidado. Estas prácticas configuran el café especial y las características que lo definen como un producto para el mercado, como una fuente de ingreso o como una bebida de calidad. Así mismo, sostienen la reproducción de la finca a través de prácticas de cuidado que articulan trayectorias de aprendizaje sobre cómo habitar ese lugar y establecer vínculos que no sólo reparen el suelo, sino sostengan un conjunto de actividades para el bienestar.

Los procesos de aprendizaje sobre los que se construyen vínculos de trabajo y reproducción de la vida familiar en la finca, hacen parte de trayectorias de observación y relacionamiento con el lugar donde se habita que permiten reconocerlo, experimentarlo y sentirlo a partir de múltiples experiencias sensibles. Los procesos de territorialización desde el cuidado se sustentan en trayectorias de reconocimiento y aprendizaje, como analiza Lyons, producto del encuentro y la construcción tanto del espacio que se habita como de quien lo habita. La configuración del campesino amazónico, como analiza la autora en *Vital Decompositions* (2020), es resultado de una trayectoria de aprendizaje colectiva y mutua, a través de *cultivar ojos para ella*, un modo específico de atención que permite habitar el piedemonte amazónico excediendo o transformando los repertorios de la agricultura moderna. Una agricultura pensada desde y para suelos andinos que criminaliza y desconoce los ciclos de los suelos amazónicos. Dicha trayectoria de aprendizaje se da en la construcción de un espacio de vida, en el encuentro entre seres que reconocen las interdependencias que lo sostienen.

Estos vínculos, como analiza Puig de la Bellacasa, extienden nociones de parentesco e incluso espiritualidad, dando un sentido de responsabilidad colectiva sobre el beneficio mutuo y de prevención del daño. Como afirma la autora “soil repair goes beyond the soil as an object of human care” (2019, p. 396). En el cuidado hay una dimensión holística y espiritual en la que la reparación del suelo significa un conjunto de procesos que configuran el territorio. En estos se encuentran procesos agrícolas, formas de comercialización, estrategias de soberanía alimentaria, reconocimiento de las interdependencias para el sostenimiento de la vida humana y no humana, sentidos de pertenencia y lugares de sentido.

El cuidado se convierte en una dimensión sensorial y colectiva, más allá de topofílica (Tuan, 2007a). El reconocimiento de la multiplicidad de existencias que articulan un territorio y la vida colectiva a partir de los intercambios entre esas existencias humanas y no humanas, es clave para establecer vínculos desde el cuidado. Una perspectiva que no pone bajo tutela humana la naturaleza, por el contrario, evidencia que lo humano está inserto en contextos más amplios en los que tiene incidencia y de los depende su existencia material. Es precisamente a partir de trayectorias de aprendizaje y vínculos del cuidado que la perpetuación o sostenimiento de la existencia humana debe ser procurada. En el análisis de Puig de la Bellacasa, los vínculos sociales que se sostienen a través del cuidado del suelo ligan a humanos y no humanos en una compleja red de intercambios.

La autora analiza la permacultura como una ética del cuidado que guía la construcción de políticas de la vida en mundo más que humano. El suelo es concebido a través de relaciones de parentesco en donde su cuidado sostiene múltiples existencias en las que se inserta la vida humana. Su análisis sobre *Earthworks*, una comunidad de permacultores en Detroit, enlaza la reparación del suelo con múltiples relaciones sociales que también son reparadas y sostenidas.

What is repaired as soil is repaired? During a farm tour for visitors in 2014, a volunteer explained that the soils of Detroit are, unsurprisingly, extremely polluted and that growers had been collecting soil from Mount Elliot Cemetery across the road. The capacity of soils to sustain life had been partially protected from the effects of industrial productionism by the boundaries of sacred space. A sense of spirituality is inherent to Earthworks. It was initiated by the Capuchin monks of the St Bonaventure Monastery, who started growing vegetables to provide for a soup kitchen established during the Great Depression of 1929 and working with the motto ‘Feeding bodies, nourishing spirits, strengthening communities’. Earthworks declares in its Food Justice Manifesto

its aim ‘to improve the food security (or, the ability of all community residents to obtain a safe, culturally acceptable, nutritionally adequate diet through a food system that maximizes community self-reliance and social justice) for Detroiters’(Puig de la Bellacasa, 2019, p. 396).

Esta dimensión colectiva del cuidado es clave para pensar nociones como gobernanza a partir de preguntas sobre lo que delimita lo colectivo. El cuidado articula territorialidades de la interdependencia. Su potencia analítica reside en que es “una perspectiva teórica centrada en una concepción relacional de la subjetividad, que se opone al sujeto racional autónomo de los derechos y responsabilidades individuales” (Popke, 2016, p. 506).

Nociones como gobernanza podrían verse impregnadas de ese nuevo espíritu con base en experiencias locales que amplían los sentidos de territorialidades y afectos. Mapear los vínculos que configuran una o múltiples nociones de naturaleza, y por ende modos de organización que produzcan territorios, puede ser un ejercicio que proponga otros caminos para la construcción, definición y organización de lo que consideramos territorio. Entender los procesos que detallamos anteriormente como territorialidades del cuidado, que delimitan espacios de vida a partir de vínculos de interdependencia y aprendizaje, abona a la construcción de historias que incluyen la participación no humana en el devenir común. Son ejercicios como plantea Escobar, que desde el diseño ontológico reúnen trayectorias de aprendizaje locales y proponen escenarios de articulación ecológica y política.

Reproducción de mundos más que humanos a través de las acciones comunitarias

Las luchas en AL han inspirado y despertado un interés por los conflictos territoriales que en la literatura se conoce como giro eco-territorial, y autores como Leff (2006) llaman la ambientalización de las luchas indígenas, campesinas y comunitarias. Estos procesos reúnen multiplicidad de actores y constituyen experiencias de revalorización de saberes locales, dando espacio para la configuración de otros lenguajes de valor basados en la territorialidad (Svampa, 2013). Lenguajes que además buscan impulsar mecanismos jurídicos para el reconocimiento de otros marcos normativos, sobre la organización, administración o gobernanza ambiental. Esta multiplicidad puede estar expresada en el territorio, como afirma Svampa, a partir de la noción de lógicas de territorialidad, en las que el cuidado es una ruta de exploración de la mano de experiencias de delimitación territorial y protección de los mundos campesinos.

Estos lenguajes, como indica Svampa, trascienden nociones sobre los recursos naturales como bienes comercializables o mercantiles y proponen otros modos de comprender la naturaleza, sus usos y modos de existencia. En este sentido se han dado las discusiones planteadas por Escobar (2005, 2008) a partir de la experiencia de comunidades afro en el Pacífico Colombiano, desde nociones como diferencia y multiplicidad que podrían ser la base de otros modelos de desarrollo o gestión de lo colectivo. Este tema ha sido trabajado en los últimos años por el autor a través de la noción de diseño ontológico (2018). Por ahora esas relaciones entre actores que dan forma a órdenes territoriales, son clave para pensar escenarios de gobernanza de lo colectivo. Formas de producción territorial cuyo punto de partida no sea la lógica de la extracción ni el consenso de los *commodities* que rige las prácticas en un modelo de desarrollo extractivo. Por el contrario, se trata de visibilizar formas de organizar y comprender los intercambios entre cuerpos y territorios desde miradas y registros de la naturaleza, más allá de la noción de recursos. En este sentido quisiera destacar las propuestas y estrategias de las organizaciones de mujeres del norte de Nariño que a través de articulaciones multiescalares desde el cuidado plantean acciones comunitarias que reproducen mundos más que humanos.

Organizaciones comunitarias desde las mujeres, articulaciones multiescalares

El primer encuentro de mujeres campesinas de Nariño patrocinado por la Agencia Nacional de Tierras (ANT) y organizado por el Instituto de Estudios Interculturales de la Pontificia Universidad Javeriana de Cali (IEI- PUJ) empezó con himnos y tres hombres sentados en el podio. El director de la ANT, de apellido Samper tomó el micrófono y empezó a dirigir el evento como si se tratara de un concurso: “¡Un saludo fuerte, que se oiga!” así empezó el asunto.

Luego trajo al frente a una funcionaria que ese día estaba cumpliendo años para decir: “miren cuanto amor le tenemos a esto que se vino el día de su cumpleaños para estar aquí, porque antes de irnos [era evidente que iba de salida con la entrada del nuevo gobierno] tenemos que hacer este evento y dejar una cara amable”. Luego de eso pasó la palabra a Javier Flores director de reparto agrario. Fue interesante ver cómo un evento de mujeres para la reivindicación de liderazgos femeninos era presidido por tres hombres a la cabeza de la institución con el poder de dotar y reconocer propiedad de la tierra, principal problema de las mujeres campesinas (Diario de campo, 2018).

Luego de los protocolos institucionales salimos al patio del colegio donde se realizaba el encuentro. Al aire libre, cientos de mujeres en círculo alrededor de una mística empezaron los saludos desde el territorio. Esa sería la inauguración desde y para las mujeres. Una o dos delegadas por regiones se acercaban al centro de una mística o figura hecha con distintos materiales y productos que cada una traía como ofrenda para instalar la conversación. Esta actividad es muy común al inicio de cualquier encuentro colectivo entre las organizaciones de la región (Figura 26). Cuando les tocó el turno a las mujeres de las organizaciones del norte de Nariño los temas ambientales y el cuidado de agua fueron traídos a colación como parte nodal de la agenda de trabajo del encuentro sumado a los temas de liderazgo de las mujeres, la equidad de género y la necesidad acuciante del reconocimiento de la propiedad.

Figura. 26 1er. Encuentro Mujeres de Nariño



Fuente: Archivo propio, 2018

Una colega coordinaría una mesa sobre cuerpo y el territorio. Yo asistiría a la sesión para colaborar y participar, sin duda era un tema de interés. El taller consistía en la aplicación de una metodología de los feminismos comunitarios ecuatorianos para mapear luchas y resistencias

desde los cuerpos de las mujeres⁷⁸. A través de dibujos de siluetas del cuerpo las mujeres representarían los conflictos, sus formas de resistencia y rebeldía. En la sesión participaron mujeres pertenecientes a distintas organizaciones de todo el departamento. Se hicieron grupos regionales. Los mapas de las mujeres del norte de Nariño eran particularmente llamativos, como los de las mujeres de la región occidente donde su identidad está relacionada con las artesanías, sus mapas incluyeron materiales y decorados, mostrando a través del cuerpo, los vínculos de sentido territoriales relacionados con el tejido y la cestería.

En el caso de las mujeres de las organizaciones del norte de Nariño, los elementos del paisaje como relieve, hidrología y vegetación eran claramente los elementos que marcaban los cuerpos que estaban puestos en las siluetas. En el ejercicio se hizo evidente que las luchas colectivas articuladas desde los temas ambientales son claves. El trabajo colectivo es muy importante para sostener las responsabilidades a través de distintos niveles de organización. La asociatividad ha sido clave por ejemplo para la protección del agua, es un tema articulador que en los mapas fue claro a través de la representación de la cuenca como eje de la relación cuerpo-territorio (Diario de campo, 2016).

Fue interesante contrastar esta experiencia con la realización de mapas del cuerpo y el territorio en las veredas, con familias o grupos de campesinas. Los resultados, a pesar de no indagar por los mismos tópicos (luchas y resistencias) fueron similares. Como vimos en apartados anteriores los elementos que aparecían en aquellos mapas sobre la relación entre el cuerpo y el territorio pasaban específicamente por los vínculos hápticos y de sentido con el paisaje, que además dependen de las prácticas y formas de organización articuladas a esos espacios. Tales como el cultivo de café y el sostenimiento físico (piernas) y económico (manos) o la cuenca en la cabeza, como eje del cuerpo. La relación del cuerpo y el territorio se representa a través de elementos del paisaje y se piensa a través de la estructura de la cuenca en la que se habita. La identidad territorial del sujeto campesino no solo está sembrada en la tierra, sino marcada en el cuerpo a través de los ritmos, espacialidad y lógicas territoriales que determinan los mundos campesinos en estrecha interdependencia con la naturaleza, sus ciclos y ritmos a partir de condiciones situadas.

⁷⁸ Se trata de ejercicios de mapeo del cuerpo como territorio para generar dinámicas colectivas a partir de los recursos facilitados por las organizaciones y feminismos andinos. Consultado en línea 04/03/2020: <https://miradascriticadelterritoriodesdeelfeminismo.files.wordpress.com/2017/11/mapeando-el-cuerpo-territorio.pdf>

A través de las organizaciones comunitarias, en distintas escalas, temas e incidencia en la participación, -tales como las Juntas del Acueducto comunitario, las Juntas de Acción Comunal, los grupos de Pastoral social e incluso las Escuelas Agroambientales veredales- se gestionan distintos temas y alcances de las dinámicas territoriales que atraviesan al paisaje. La mayoría de estas organizaciones está conformada y gestionada por mujeres. Las acciones colectivas se articulan a través de estrategias de cuidado tanto de la organización comunitaria, de los intereses de la comunidad en la protección de la naturaleza como de la formación y capacitación en manejos menos invasivos o costosos como la agroecología. Sumado a ello se plantean estrategias para el sostenimiento económico de las familias y la búsqueda de independencia económica de las mujeres a través de estrategias como grupos de ahorro, tiendas solidarias o jornadas de trabajo de mano prestada.

Desde las organizaciones lideradas por mujeres se sostienen un conjunto de vínculos de cuidado que atraviesan múltiples territorios presentes en el paisaje a partir de la articulación de temas y estrategias concernientes a sus relaciones con otros actores. Es decir, a través de las organizaciones comunitarias, que se articulan temática y escalarmente con múltiples territorios, se gestionan temas nodales para los mundos campesinos a partir de discursos y prácticas del cuidado. Veamos algunos ejemplos.

Formas de gobernanza hídrica se agencian a través de las juntas del acueducto veredales. La compra, reforestación y protección de zonas de recarga y áreas de captación se hace comunitariamente a partir de recursos propios y de iniciativas que se organizan desde la junta, en la que participan la mayoría de las familias que se aprovisionan de un acueducto y que están relacionadas con una microcuenca. A través de la junta también se gestiona la organización del trabajo comunitario para la distribución y buen uso del agua, las familias ajustan la producción y la distribución del ingreso a la disponibilidad de líquido (Diario de campo, 2016). También se construyen acuerdos, y en caso de infringirlos, son penalizados con trabajo comunitario o actividades de reforestación y mantenimiento. Este es un ejemplo local sobre la toma de decisiones colectivas y desarrollo de estrategias de manejo a partir de necesidades situadas. Inclusive son ejercicios que se enfrentan a las decisiones de las instituciones del Estado, encargadas del cuidado de estos espacios, tales como CORPONARIÑO. Una entidad que no cumple con su misión institucional dedicada al cuidado y protección del medio ambiente, pero

si ejerce control y dominio sobre los cuerpos de agua a través de mecanismos de concesión sobre los que se deben pagar derechos de uso⁷⁹

Otro ejemplo son las Escuelas Agroambientales veredales. Estas son organizaciones veredales creadas a partir de la formación de líderes, en su mayoría mujeres, en temas de manejo de suelos, aguas residuales, residuos sólidos y conservación del agua. Estos líderes o agrosembradores serían encargados de replicar el aprendizaje en sus comunidades a través de metodologías de campesino a campesino desde sus fincas. Su formación se gestionó a través del CIMA y los nodos regionales en los que se crearon escuelas veredales para construir procesos de aprendizaje continuos entre las comunidades. Desde estas escuelas, que funcionan desde hace más de una década, se gestionan espacios de aprendizaje colectivo y movilización articuladas con agendas regionales a nivel del Macizo.

Desde las escuelas se tienen espacios de formación y aprendizaje a partir de metodologías y pedagogías prácticas. A partir de estas prácticas se articula la gestión y cuidado de la finca como estrategias política y mecanismo de participación territorial de los mundos campesinos, cuyo eje es el cuidado de la naturaleza, enunciado como ‘Economía propia’. Allí reside la agenda cosmopolítica de los mundos campesinos (Stengers, 2014). Componer un mundo común se basa en el reconocimiento constante de la indeterminación y de la necesidad de construir acuerdos y formas de existencia que se articulen en escenarios multiespecie. Permanecer en constante aprendizaje colaborativo y transformación del medio a través de prácticas situadas en la finca es una actitud cosmopolítica en el mejor sentido de Stengers. Es decir, una perspectiva que reconoce al mundo como indeterminado, en constante conversación y definido en el movimiento del encuentro entre formas de habitarlo. A mi criterio, se trata de procesos de construcción territorial tanto del sujeto campesino, como del espacio que habita a través del aprendizaje y lectura constante del medio (Krzywoszynska, 2016; Lyons, 2020).

También existen los grupos de familias organizadas desde donde se gestionan estrategias de ahorro colectivo solidario, tiendas comunitarias o se articulan los grupos que acompaña el trabajo de Pastoral Social de la Tierra. A través de estos grupos se aprovechan espacios de

⁷⁹ El uso de caudales o recursos hídricos se debe solicitar ante las Corporaciones Autónomas Regionales y de Desarrollo Sostenible como primeras figuras de autoridad ambiental y están integradas por entidades territoriales como municipios o departamentos con características que constituyen geográficamente un mismo ecosistema o conforman una unidad geopolítica, biogeográfica o hidrogeográfica. A través de estas entidades se debe legalizar el aprovechamiento de un caudal o recursos hídrico para una obra, actividad, proyecto o consumo.

capacitación, con el Servicio Nacional de Aprendizaje (SENA), la FNC y otras entidades de la cooperación para el desarrollo a nivel nacional, gubernamental e internacional. Las campesinas, en su mayoría, han recibido ofertas formativas de manejo tecnificado de café, aves, cuyes, producción de abonos orgánicos y fertilizantes, hasta alternativas para el manejo de residuos desde la finca que han nutrido sus experiencias y formación en temas estratégicos para la gestión ambiental.

Todas estas organizaciones están lideradas y coordinadas por los esfuerzos de las mujeres. La participación masculina es menor. Los espacios donde inciden directamente son las cooperativas y asociaciones de productores o caficultores, particularmente en temas relacionados con el cultivo y alternativas económicas. Las mujeres tienen mayor presencia y actividad en el cuidado de los vínculos comunitarios precisamente porque hace parte de las búsquedas constantes para reafirmar espacios de participación y transformar las condiciones de inequidad y desigualdad que atraviesa sus vidas.

El cuidado adquiere dimensiones políticas ambivalentes que estructura vínculos territoriales entre múltiples actores y temas a escala local. Aquellas perspectivas escalares y temáticas de la gestión territorial, son claves para ‘diseñar’ escenarios de gobernanza desde los mundos campesinos. Sin embargo, esas articulaciones o mecanismos para construir escenarios de gobernanza territorial deben partir de ejercicios críticos y observación constante de las relaciones y procesos que activan. “Hay que ser detectives para estar con los sentidos abiertos para ver qué conviene y qué no”⁸⁰ por eso es importante sostener distintas estrategias organizativas y temáticas, articuladas territorialmente a través de grupos locales, liderazgos y múltiples actores.

Desde las organizaciones locales se generan estrategias de articulación regional en las que la participación institucional del Estado es inexistente, este es un nivel de articulación y planificación territorial con mucho poder e incidencia, pero mayoritariamente indiferente. Incluso, la articulación entre proyectos territoriales de los mundos campesinos y actores de la cooperación o el mercado internacional son aún más directos y fluidos que la presencia y mediación del Estado.

⁸⁰ Entrevista con Raquel, vía telefónica. Febrero de 2021.

Articulación de agencias no humanas en la planeación territorial

La oportunidad analítica y prospectiva de pensar a través de ensamblajes está relacionada con el pensamiento en redes y el llamado a miradas más horizontales o simétricas sobre nuestros mundos. Sostener la mirada sobre los vínculos y las maneras como se articulan modos de ordenamiento (Law, 1994) posa a la agencia como una propiedad de existencia más allá de lo humano. Incluso, inserta a lo humano en un entramado más complejo, articulando usos, definiciones y maneras de habitar esa idea. Esta perspectiva analítica ha sido útil para mi análisis al permitirme mostrar las inquietudes, las preguntas y algunos hallazgos a partir de mi experiencia en campo. Si bien esta tesis no es un ejercicio de escritura o etnografía multiespecie, si se nutrió de un proceso de investigación y aprendizaje más que humano. Para entender los mundos campesinos y la multiplicidad de territorialidades que habitan el paisaje del norte de Nariño es importante plantarse preguntas sobre esos otros agentes, presentes en distintas escalas espaciales, que también participan en la organización del territorio. No solo preguntarse por cómo son manejados, usados o distribuidos, sino indagar por cómo inciden, como actúan, como agencian los mundos rurales y los modos de ordenamiento que se dan en esa región.

Mis categorías, así como mis habilidades descriptivas no son suficientes para transmitir la incidencia de esas existencias tal y como las percibí, sentí y entendí a través de mi experiencia en campo. Sin embargo, en este apartado quiero poner de manifiesto cómo a través del reconocimiento y articulación de agencias no humanas en los mundos campesinos del norte de Nariño se dan procesos de construcción territorial, particularmente a partir de dónde le gusta quedarse al agua, las necesidades de protección de las montañas y los cuidados que demanda el café.

A donde al agua le gusta quedarse

De los ciclos del agua en el ecosistema de montaña nariñense depende la supervivencia de muchos seres. Cotidianamente esto es sostenido a través de múltiples prácticas y estrategias del cuidado. Un ejemplo podrían ser la compra comunitaria de lotes y parcelas a campesinos en las zonas más altas para ser destinados como espacios de reforestación colectiva o las prácticas cotidianas del manejo de coberturas, árboles y cultivos en la finca para cultivar agua y para hacer que le guste quedarse como expresó Ramiro, en un recorrido por su finca.

Una mañana de domingo me esperaba en la huerta de su casa mientras regaba sus plantas. Era un día nublado, en la noche había llovido un poco. En el patio de su casa, que es lo primero que uno ve cuando llega, había café extendido en el piso, secándose bajo el plástico que cubría todo el espacio. Alrededor del plástico que colgaba desde el techo de la casa, casi hasta el suelo, había tres tanques de agua negros muy grandes. A la izquierda estaba la cocina, luego las habitaciones y la bodega. Cruzando el patio, estaba el beneficiadero del café sobre el que había otro tanque lleno agua, al lado se ubicaba el baño. Atrás de este, sobre la montaña, como en terrazas, se distribuían pozos y otros tanques que tenían un canal hasta un pozo cercano a la huerta.

Ramiro es un campesino de cincuenta años, a mediados de la década de los noventa empezó a distribuir su finca ‘el recuerdo’ en cinco lotes no contiguos por los tiempos en que fue adquiriendo los predios. En unos lotes sembró fique, en otros, caña y café y en otros más pequeños y cercanos a su casa puso la huerta y los pastos para los cuyes. Uno de los lotes, tal vez es más grande que ocupa una hectárea y media continua, es bosque de reserva en donde hay un depósito de agua que se recupera entre guaduas y nacederos⁸¹. Allí, dice Ramiro⁸², ‘nace’ el agua.

El agua subterránea se filtra por la montaña y gracias a la reserva de bosque sale a flote atraída por guaduas, nacederos, cajetos y arrayanes entre el bosque que la cobijan. Las plantas de café en los lotes de Ramiro se pierden entre el plátano, la yuca y las forrajeras que él cuida especialmente. El suelo alrededor de las plantas, cuando se le puede ver sin remover la hierba, está húmedo. Las plantas están cargadas con café casi a punto de recolección. Por su color rojo intenso, o amarillo, se distingue entre las hojas y la sombra de las plantas.

A medida que uno avanza entre los surcos, que poco se distinguen en una trama verde que a primera vista es unificada, hay mangueras que cuelgan de los árboles dispersando agua para el café. Ramiro no tardó en explicarme que, a pesar de haber escasez de agua en los acueductos a raíz de la falta de lluvia, él podía regar porque recolectaba el agua de la poca lluvia de días anteriores y tenía suficiente para darle ese manejo a sus cultivos. Para él, al agua le gustaba quedarse ahí en su reserva donde nacía⁸³ porque él la cuidaba.

⁸¹ *Guadua angustifolia* Kunth 1822 y *Trichanthera gigantea* (Humboldt & Bonpland) Nees, 1821

⁸² Tomado de la entrevista a Ramiro Cerón en la Vereda San Vicente, febrero 21 de 2016.

⁸³ Tomado de la entrevista a Ramiro Cerón el 21 de febrero en la vereda San Vicente.

El espacio de reserva es una zona muy valorada y querida, las formas cómo se mueve sobre el suelo y los detalles con los que relata las transformaciones y vivencias por las que ha tenido que pasar para su cuidado son parte del recorrido y del espacio. A lo largo del camino el bosque va hablando a través de Ramiro, quien ha dejado mensajes entre las hojas para quienes pasan por ahí (Figura 27). El agua y el suelo para él, son el centro de todo lo que ocurre en su finca. Por ende, es central saber cuidarlos.

Yo llegué aquí a hacer la reserva, a sembrar árboles, a cuidar. Lo que hacemos en esta finca es manejar la cobertura de hierbas nobles y manejarlas a esta altura para que se mantenga la humedad y así mantener los suelos sueltos y bien bonitos. Eso hace que la lombriz se mantenga por encima comiendo la materia orgánica. Por eso usted mira este café aquí sano, en medio de la reserva. También es por la cobertura que usted mira, es un colchón para los suelos. Sin eso, yo no tendría esta clase de café que tengo, eso ayuda para el café de alta calidad y para mantener al agua aquí.⁸⁴

Figura. 27 Mensajes de Ramiro



Fuente: Archivo propio, 2016.

Cuidar el agua, el suelo, la montaña donde se vive y por ende del café que se produce es una habilidad situada que, para él, es parte de su actividad agrícola. Usar los servicios ecosistémicos y devolver algunos de sus recursos o manejarlos de formas adecuadas para el sostenimiento del suelo, es una manera de sostener intercambios que reproducen los mundos campesinos.

La montaña se sostiene a través de estos intercambios y modos de cuidado en la relación entre las prácticas agrícolas, agua, bosque, suelo, etc. Para Ramiro se convierte en una práctica

⁸⁴ Tomado de la entrevista a Ramiro Cerón el 21 de febrero en la vereda San Vicente.

política mantener su finca como espacio de vida a partir de esos ciclos e intercambios. La falta de agua para los cultivos, cada vez más evidente por las condiciones de cambio climático, así como la vulnerabilidad de las fuentes hídricas, tanto por el avance de cultivos de café como por la amenaza de la presencia de la minería, hace fundamental tener estrategias para protegerla a través de múltiples modos de cuidar. La reserva cumple un papel fundamental en este sentido, como herramienta de gestión/cuidado del agua que garantice el bienestar del suelo, las plantas, la producción de alta calidad y los ingresos familiares.

Esta reserva es sagrada para mí. Esta es la vida, por eso como le digo uno pensando en agua hay que cuidar primero. El agua que yo echo aquí es de la que cuido. La gente que viene aquí valora mucho que yo de tan poquitico espacio, tengo tanto en reserva, si fuera otro lo tendría en café. Mi sueño es donde haya por aquí cerca un nacimiento de agua, comprarlo para poder conservar [...] Si hay agüita, ya hay vida. Sacrificamos un poquito de café de aquí para poner guadua y ahora tenemos agua, porque eso si finca cafetera sin guadua no es cafetera⁸⁵.

La expansión del cultivo del café hacia las zonas más altas, o la falta de manejos de calidad, se sostienen por la diversificación de mercados que compran en la zona relacionados con esas generaciones del consumo que discutía apartados anteriores. A la par de los lotes de Ramiro y sus estrategias, hay espacios productivos que se mantienen sin sombra y con altas cargas de agroquímicos para su mantenimiento desatendiendo el cuidado del agua. Sin embargo, todas esas distintas formas de manejo agrícola dependen de la lluvia para sus ciclos de producción. El agua es un elemento muy importante en esta zona. No solamente es el insumo básico para la agricultura y el cultivo, sino además estructura un espacio de aprovisionamiento que es un espacio de identidad y reconocimiento territorial.

Como hemos visto, el agua se convierte en un actor que articula distintas narrativas y prácticas de resistencia y organización política. No solamente es un objeto en disputa, es un agenciamiento que permite articular la cotidianidad de los modos de existencia campesina, con las estrategias institucionales de las organizaciones campesinas ante el escenario nacional y trasnacional. Las luchas locales hacen frente al extractivismo y las agendas concesionadas para la región. La montaña en este sentido es clave porque es un agente articulador de esos modos de

⁸⁵ Tomado de entrevista y recorrido con Ramiro en su finca. Vereda San Vicente municipio de San Lorenzo, 2016.

agenciar prácticas políticas desde la cotidianidad productiva o simbólica. Su bienestar y los intercambios que se sostienen con esta, participan en la toma de decisiones y son elementos que se consideran a la hora de pensar lo colectivo.

Sacralidad de las montañas, vínculos de protección

Esa mañana en el recorrido con Luz por el cerro Pan de azúcar llegamos a la piedra donde se apareció la virgen e hicieron un altar. Floro, el hermano de Luz, quien nos acompañaba, encontró una planta que colgaba de una pared junto a un escurrimiento de agua. Allí había un pozo para almacenarla porque además tiene potenciales curativos al emanar de esa montaña. Él me explicó que esa planta era buena para curar la fiebre, ‘se llama la cola de caballo’, tomó unas cuantas ramas. Avanzamos unos pasos y llegamos al altar (Figura 28). Arriba de la pequeña estructura de metal, sobre la pared en una piedra blanca que sobresale de la faz de la montaña, rastros salinos adquirieron la forma de una virgen, o esa es la creencia. La figura para mí no tuvo una forma clara.

Doña Luz se acomodó en una piedra frente a la figura de la virgen de la esperanza, mientras nosotros buscamos sombra debajo de un pequeño árbol unos metros más adelante. Ella extendió una oración en ese espacio mientras yo veía sobrevolar un gavilán⁸⁶. La vista era imponente, realmente cautivadora. Una buena panorámica que me permitía ver a una distancia importante el mosaico de cultivos, casas y parches de vegetación que siempre recorría caminando. Desde allí arriba la montaña adquiere otro sentido y la cadena montañosa donde esa montaña está inserta, en la que además están insertas las fincas, adquieren otra dimensión. Pude ver en la distancia el paisaje que solo conocía por los recorridos en sus caminos, nunca lo había visto desde esa perspectiva. La multiplicidad que lo habita no se percibe desde esa distancia o mirada lejana, como las vistas de una foto aérea, donde todo parece homogéneo.

⁸⁶ Milvago chimachima (Vieillot, 1816)

Figura. 28 Altar en la Montaña



Fuente: Archivo propio, 2018.

Cuando íbamos de vuelta a casa, Luz me preguntó si pude ver a la virgen. Con mucha vergüenza y sutileza fui honesta, yo no había visto nada. Me dijo, “No todo el mundo la puede ver, solamente quien cree es capaz y así ella cumple promesas”. Tenía sentido, yo no sé habitar esa montaña, leer esos códigos y dotar de marcadores sensibles y afectivos a esos espacios. Sin embargo, fue bastante claro que la relevancia de esos lugares, era marcada a partir de estrategias, no legibles como políticas en principio.

Este patrón, sobre apariciones, placas y la necesidad de construir capillas en las cimas de estos cerros se repitió en las veredas San José en el municipio de San Lorenzo en el cerro Madroñero (Figura 28) o en La Jacoba, una montaña emblemática del Municipio de La Unión. La montaña necesita marcadores de protección y así mismo los ofrece. En la Jacoba, por ejemplo, el día de mi visita para hacer un taller de mapeo colectivo, me enteré de que estaban ampliando la carretera para subir los materiales y empezar la construcción de una capilla. Sin embargo, las máquinas quedaron atoradas precisamente por la falta de caminos. La retroexcavadora, llevaba un mes varada, a la espera de un repuesto en la entrada de la finca de Luz Dary. Al fondo se veía la cima de aquella montaña. No había mucha claridad de cuándo irían a repararla y cuándo retomarían

la obra. Al fondo de la imagen, se puede ver la cima de esa montaña (Figura 29). Los lugares encantados, en su mayoría montañas o cerros, tienden a estar potenciados, controlados o en una relación dual (bien/mal, truco/bendición, suerte/fe) con elementos sobrenaturales relacionados con encantamientos, guacas o recursos naturales escondidos y fuerzas espirituales y religiosas que los acompañan o están ahí y conviven.

Figura. 29 Cerro Madroñero



Fuente: Archivo propio, 2018. Vereda San José, camino de ascenso al cerro Madroñero.

Figura. 30 Cerro La Jacoba



Fuente: Archivo propio, 2018.

La Jacoba es una montaña amenazada por las concesiones mineras que se han hecho para su explotación (Figura 30). El avance de la minería amenazaría seriamente la única fuente de agua de las veredas de la zona como la quebrada Santa Ana, parte del sistema hídrico de la cuenca del río Juanambú. La tala y la pérdida de masa arbórea debido al avance de cultivos de café, también son una amenaza latente. Este avance es agenciado por la búsqueda de altura en sus faldas

seleccionando espacios productivos que brinden toques de calidad. Características que se reflejan en la clasificación de sabores, y por ende el precio que pueden alcanzar esos microlotes de café.

Figura. 31 Cerro la Jacoba



Fuente: Archivo propio, 2018. Cerro la Jacoba, municipio de La Unión, Nariño.

Es interesante preguntarse por las estrategias para marcar o reforzar la importancia ambiental y política de las montañas y su relación con los patrones de asentamiento y colonización colonial. A través de la conquista de las montañas, como espacios sagrados, se marcaba al territorio como un nuevo espacio de existencia a partir del orden colonial, que en los términos de este documento bien podría nombrar, como estrategias del proyecto territorial de la colonia. Las montañas para los pueblos indígenas que habitaban lo que hoy es reconocido como el territorio nacional de Colombia, siempre tuvieron una relación espiritual, mística y de sentido en sus cosmologías. Una de las estrategias de control y evangelización fue precisamente la instalación de templos católicos en las cimas de las montañas que eran espacios de culto indígena. Un ejemplo emblemático de esto es el caso de Monserrate en Bogotá.

Es interesante pensar cómo estas estrategias de marcación de un espacio territorial, que se convierten en mecanismos para sembrar un tipo de orden, se reproducen. Los significantes que le son asociados a través de la potencia religiosa vinculada con su sacralidad ambiental, como parte de un vínculo ecosistémico que sostiene la vida y los modos de existencia campesinos, son

distintos a los intereses coloniales. Sin embargo, la potencia de este mecanismo desde los modos de cuidar que estructuran estrategias políticas desde la vida cotidiana, es evidente para marcar y movilizar proyectos territoriales de los campesinos. Estas prácticas que se pierden en la sutileza del movimiento de la vida cotidiana y el silenciamiento de las prácticas que no se documentan como estrategias o actividades políticas, desde las lecturas académicas. Ello ha contribuido a desdibujar su potencial simbólico y material. Las montañas, no son una imagen de lo sagrado o lo que debe ser cuidado, son agentes que articulan órdenes de sentido, prácticas políticas y ordenes ambientales para el sostenimiento colectivo de la vida campesina.

Las montañas, no solo son elementos del paisaje. Se habita en ellas, se aprende de ellas. Señala Cameron “con las montañas las relaciones se construyen paso a paso” (2017). En la región constituyen un referente espacial y organizativo. Esta zona de formación volcánica, entre los relatos de la gente, es producto del movimiento del complejo volcánico Doña Juana. Todos los cerros que ahí allí, y son referentes locales para cada municipio, son producto de los movimientos tectónicos⁸⁷. En esos cerros emblemáticos como La Jacoba en La Unión, Madroñero en San Lorenzo, Chimayoy en San Pedro de Cartago, Curiquingue en Taminango o Pan de azúcar entre San Lorenzo y Taminango hay proyectos de concesión minera para la explotación de oro y coltán, a los que se oponen los campesinos y sus organizaciones.

Para los campesinos en las partes altas de cerros y montañas, se ubica la ‘reserva’ o ‘la cuenca’ que es de dónde viene el agua. En la mayoría de estos cerros habitan encantos, duendes o se ubican sitios de peregrinación espiritual o religiosa. Esta ha sido una manera de vincularse marcar su importancia, pero además su sacralidad ambiental y política. Las montañas son lugares sagrados en donde además de haber recursos naturales explotables, algo no siempre claro entre los campesinos, hay narrativas sobre presencias más que humanas que protegen esos lugares. En muchas hay capillas, apariciones, cruces o elementos religiosos que conectan y reafirman la sacralidad de ese lugar. Formas en que los símbolos dejan de ser representaciones y se convierten en materialidad.

La montaña no es una imagen de lo sagrado, es sagrada porque allí hay una conexión fundamental para los ciclos ecológicos de ese lugar que conectan el bosque, el suelo y el agua. Espacios que además son protegidos y marcados a través de elementos de valoración social

⁸⁷ La actividad del complejo volcánico Doña Juana, hoy parque Nacional Natural, se puede rastrear a partir de trabajos como Navarro et al. (2009) que sirven para identificar oleadas migratorias hacia la zona de estudio o momentos de mayor flujo y movilidad entre los municipios que además se contrastan con las historias de vida de los habitantes de la zona que relatan sobre sus trayectorias de movilidad a causa del volcán.

mucho más importantes como imágenes religiosas, encantos, cruces o capillas; marcadores religiosos o espirituales. Estos marcadores son registros a través de los cuales son visibles algunos de los vínculos de los campesinos con estos espacios y de los modos de cuidado que establecen entre unos y otros. La manera de recorrer esos espacios o vincularse con ellos cotidiana y discursivamente son formas de evidenciar estas interdependencias reconociendo que la montaña necesita de cuidado y protección para garantizarla en los mundos campesinos.

El café es un ser vivo que necesita de muchos cuidados.

Coffee intellectualizes, spiritualizes, energizes, commodifies, and codifies. If we are asked to think about the mind of coffee then, perhaps we cannot even approach it, because coffee exceeds the humans who study it and yet makes them more capable. Coffee has given us as much mind as it wants.⁸⁸

Al pasar entre los cafetales había gente trabajando, recogiendo café, podando, cortando las plantas, mujeres cocinando, extendiendo café en los patios o desyerbando a mano. La presencia de algunas tazas, en las que se sirve el almuerzo, delata el paso o la presencia de personas que trabajaban cerca. Todos cubren con sombreros o trapos sus cabezas y cuello, tal y como hizo Floro el día que recogimos café, al envolver su cabeza con gran habilidad para protegerse del sol y los animales. El ritmo cotidiano lo marcan los tiempos de las plantas (Diario de campo, 2018). El café hace cosas y se agencia a través de redes de relaciones, vínculos afectivos y territoriales. Debido a las condiciones de tiempo relacionadas con la pandemia, la posibilidad de observar más a detalle cómo el café agencia relaciones fue limitada. Sin embargo, quisiera mencionar algunas reflexiones sobre ‘las cosas que hace el café’ entre los mundos campesinos del norte de Nariño. El café trae ingresos para la familia, alimenta, determina los tiempos de trabajo, demanda insumos, energiza, etc.

El café codifica los sabores que produce el territorio de la finca. Codifica las experiencias sensibles de los cuyes que comen la hierba y la transforman en insumos. Sus heces aportan a los fertilizantes y abonos que contribuyen con el sabor y la calidad del grano. El café sostiene la economía familiar y necesita de su trabajo. El café necesita créditos para fertilizarlo, es demandante. Necesita ser abonado, cultivado, cosechado, si no se enferma y enferma el suelo.

⁸⁸ Consultado 05/02/2021 en línea: <https://www.themindofplants.com/plants/>

El café organiza el trabajo en las fincas y la distribución de los usos del suelo en el paisaje. El café es un ser vivo que necesita muchos cuidados como mencionó Yoli en una entrevista:

El café es un ser vivo, yo le hablo a mis matas, las chuleo, ellas se llenan. Hay que hacerles conversa. Así mismo es el café, entre más anhele una plata ella se va a poner bonita, más allá de los cuidados que le dé, si le habla bonito ella se pone mejor, ella necesita cariño. Procurarla, plateándola. Hay que estar al pendiente, como si tuviera un niño, que no le falte nada. Si usted no lo cuida se enferma y muestra su abandono. Las matas no le hablan, pero demuestran lo que sienten. Se enferman, se amarillan, ellas van avisando que algo quieren y que algo hace falta (Entrevista Yoli Bolaños, 2021)

“Las matas no hablan, pero demuestran lo que sienten” Ese es el argumento de Michel Marder en *Plant Thinking*. Los ritmos de las plantas, las formas de comunicación, los canales a través de los que comunican o sus formas de pensar y existir son profundamente espaciales. Recorrer el espacio y el tiempo, en conjunción con la luz es una manera de habitar, pensar, existir y comunicar de las plantas. “Una forma de vida no siempre se comunica explícitamente con otra de la misma manera. Pues no todos los seres vivos comparten el mismo conjunto de intereses, mundos de vida y modos de significación” (Marder, 2013 p.158) (Traducción propia). El pensamiento de la planta deriva del ser vegetal, de la multiplicidad como mecanismo pasivo de resistencia. Es decir, de la capacidad de reproducirse en el todo y en cada una de sus partes. De ser divisible como me explicó Manuela Infante en una entrevista para *CSPA Quarterly*, próxima a publicación:

La modularidad es la forma en que está organizada la planta, que en el fondo es su sistema de resistencia o sobrevivencia, es un sistema pasivo. Es algo muy bonito, no tiene que ver con correr de tu predador, sino con estrategias de resistencia a través de la réplica de todas las funciones que necesitas para sobrevivir en todas las partes de tu cuerpo a través de módulos que son iguales. Eso permite que alguien pueda atacarte, comerte un pedazo, mientras tu sigues vivo. Con las plantas lo vivimos siempre, uno sabe que puede sacar una rama de una planta y no la va a matar.

Las plantas de café requieren muchos cuidados, producir café es demandante. La manera de comunicar y solicitar cuidados y atención hace parte de repertorios otros de comunicación que se establecen territorialmente en un paisaje compartido entre humanos y no humanos. El café se territorializa, en el mejor sentido expuesto por Haesbaert (2011), a propósito de las

coordinadas guatarianas de nuestra definición de territorio. Los sentidos de esa comunicación y de inteligibilidad entre agencias y las territorialidades que agencian, se da a partir de registros sensibles y afectivos que se gestionan a través de procesos de aprendizaje (Krzywoszynska, 2016). El café en acta en relación con los cuidados que procuran un conjunto de agentes. Entre esos agentes humanos que acomodan sus ciclos de trabajo y comercialización a los ciclos de reproducción de las plantas.

¿Cómo se han dado estos procesos de acoplamiento, comunicación o domesticación? La historia de la domesticación del café como proceso agrícola ha sido ampliamente estudiada (Davidson, Jaine, & Vannithone, 2014). Sin embargo, no es de mi interés situarme en aquella discusión. Me gustaría quedarme en las evocaciones de la pregunta y plantear reflexiones desde la perspectiva que ofrecen Marder (2013) y Krzywoszynska (2016) pensando en el contexto del norte de Nariño. En la región el café agencia múltiples relaciones. En este apartado quiero aportar elementos para pensar cómo ha sido ese proceso afectivo y de mutuo aprendizaje ¿Cómo se ha convertido en un producto tan demandante el café? ¿Serían las plantas las que se han domesticado para cultivarse y acostumbrarse a ciertos regímenes de cuidado? ¿Serían las prácticas campesinas de cultivo las que fueron objeto de estos procesos de domesticación? o ¿se ha tratado de procesos de mutuo de aprendizaje? Estas preguntas las planteo como rutas de viaje, como guías para el camino. Mi objetivo es desarrollar una reflexión sobre las cosas que hace el café, no creo dar respuesta a aquellas preguntas, lo que me propongo es plantear reflexiones sobre esos procesos de comunicación y aprendizaje que agencia el café.

El ritmo de crecimiento y floración de las plantas de café determina el calendario de trabajo anual de la región. La cosecha, entre abril y julio, es el tiempo de mayor movimiento de mano de obra, selección de granos, beneficio y procesamiento. Luego, entre agosto y septiembre se vende a los distintos compradores de la región. En octubre y las lluvias remanentes de noviembre hay un pequeño periodo de recolección que los campesinos llaman ‘travesía’. Son algunos granos que quedan en las plantas que deben retirarse para evitar que se enfermen los cultivos al atraer roya⁸⁹. En este tiempo también crecen pastos y pequeñas hierbas que se deben remover constantemente. Generalmente son las mujeres las que se encargan de removerla a

⁸⁹ La roya es un hongo parasitario que ataca específicamente al café “esta enfermedad provoca la caída prematura de las hojas, propiciando la reducción de la capacidad fotosintética así como el debilitamiento de árboles enfermos y en infecciones severas puede ocasionar muerte regresiva en ramas e incluso la muerte de los árboles”. Consultado 13/03/2021 en línea <http://www.cesvver.org.mx/roya-del-cafe-hemileia-vastatrix/>

mano 'plateando'. En otras fincas generalmente remueven esta capa de hierbas con palas, llevando una capa vegetal y de suelo contribuyendo con la erosión.

Otros campesinos con algunas posibilidades técnicas, lo hacen con una guadaña. El café es indiferente de la herramienta, le interesa que remuevan esas hierbas y las dejen sobre el suelo para que, al descomponerse, abonen. En estos meses, agosto a octubre, también se preparan los fertilizantes orgánicos para la siguiente siembra en enero. Con la cereza que se extrae del café, además de las heces de los animales de la finca se prepara el abono con el que se va a sembrar nuevas plantas o abonar al inicio del ciclo de producción. Este abono también se comparte con los cultivos de la huerta, los frutales y pastos de la parcela. Sin embargo, la mayoría de los cuidados y mantenimiento se hacen a las plantas de café. Si de inicio no se abona, se acompaña con fertilizantes para la producción o se asiste en riego, las plantas no van a cargar suficiente cantidad de granos y los rendimientos y costos de las familias, en todo el proceso de cuidado, inversión, endeudamiento y trabajo, se perdería. Algo que pasa con frecuencia por falta de recursos para invertir en insumos.

El proceso de cultivo es un ensamblaje de múltiples actores y velocidades, crea relaciones entre animales, sus ciclos de alimentación y digestión o los ciclos de descomposición de la cereza del café. Se articula con el mundo microbiano que es el suelo, con la humedad o su ausencia según los ciclos estacionales de la lluvia. El trabajo humano se articula a los ciclos de descomposición y energía que realizan un conjunto de actores para que el café germine, crezca, florezca, genere fruto y esté fuerte contra las plagas. El cultivo crea relaciones con los fertilizantes como actantes no humanos y también con sus proveedores humanos.

Sprenger (2018) en su análisis expone cómo en Nepal el café también está revestido de una serie de animismos, similares a los del cultivo de arroz entre las comunidades del sur de Laos. Sin embargo, al ser un cultivo introducido dependiente de un conjunto de relaciones comerciales externas al paisaje de esa región, y sus modos de existencia, esos animismos son distintos. El arroz, por ejemplo, está inserto en un conjunto de vínculos de reproducción de la vida social de las comunidades de la región, que además articulan una serie de intercambios de bienestar relacionados con territorialidades y ecologías animistas, donde espíritus, ritmos y prácticas rituales hacen parte de los ciclos de producción agrícola y de articulación de la vida comunitaria de la región en conjunción con lo invisible.

La ecología del café también entra en contacto lo invisible, pero estas cosas difieren de las que figuran en las ecologías animistas (Sprenger, 2018 p. 273). El café enacta hasta 110

calificativos que habitan en el grano según las ruedas de sabor de la *SCA*. Hay sabores como chocolate, frutos rojos, caramelo, e incluso otros como el vinagre, el carbón o la ceniza que se asocian a defectos. Esos sabores describen procesos de beneficio o su ausencia, formas de cultivo, cosecha y procesamiento. En el sabor enactan un conjunto de vínculos del cuidado ambiental, prácticas de mantenimiento de las fincas, criterios de conservación del bosque, el suelo o el agua, formas de organización comunitaria, etc.

En el caso de Laos, a través de la implementación de una nueva variedad y los paquetes tecnológicos que la sostienen, se transforman las relaciones con el suelo y las prácticas de cultivo. Aparecen ensamblajes de actores y por ende nuevas territorialidades asociadas al uso del suelo, los sistemas de expertos que gestionan esos usos y las infraestructuras que enactan calidad, códigos de sabor, leguajes de intercambio, etc.

The ecology underlying such cropping involves, on the human side, farmers, companies supplying coffee bushes and fertilizer, and coffee buyers in the commodity chain. State policy in Laos promotes an increase in agro-industrial production and the replacement of subsistence agriculture (Pasicolan and Thatheva 2017, p. 845). The state has also introduced land titling, thus transforming relationships between people and land from shifting mobile land use under swidden cultivation to permanent cropping. Land thus becomes a marketable commodity with the status of an object, in a process that an increase in systematic scientific knowledge about crops and land as encoded in agricultural technology reinforces.

El café 'hace cosas' en la estructura agraria. En el caso de Nariño este proceso ha sido progresivo desde la década de los setenta. Los sistemas de expertos, particularmente de la FNC y Cenicafé han determinado los paquetes tecnológicos para el mantenimiento de los cultivos, el uso de ciertos fertilizantes y abonos para el rendimiento y el incremento de la producción. A través de un conjunto de dispositivos técnicos, discursos sobre usos del suelo y ordenamientos de los procesos de cultivo, se ha buscado territorializar una forma de uso del paisaje. Sin embargo, las prácticas de producción campesinas y la articulación de otros cultivos alimentarios han resistido a la intensificación y el monocultivo.

No obstante, la estructura de tenencia, la ausencia de derechos agrarios y garantías a la propiedad, particularmente de las mujeres, ha sido parte de los elementos de los que se ha servido la expansión y sostenimiento de la producción de café. El café en Colombia, en particular el que se inserta en los circuitos de microlotes, producto de las regiones periféricas como Nariño, enacta

a través de las condiciones precarias de tenencia, la dispersión productiva de parcelas y de las tareas del cuidado que no son remuneradas ni reconocidas como parte de la cadena de producción. Ejemplo de ello son las tareas de las que se encargan en su mayoría las mujeres.

Durante todo el año las mujeres realizan tareas de cuidado domésticas como alimentación familiar, cuidado de los hijos, animales de cultivo, huertas, trabajos domésticos varios o jornales en labores contratadas para tener ingresos extras. En tiempos de limpieza de los cultivos de café, además de sus labores cotidianas, se encargan del ploteo.

En tiempos de cosecha el trabajo de las mujeres se duplica, las jornadas van desde las 3:00 o 4:00 am hasta las 11:00 pm como expresaron varias de ellas durante nuestras charlas. La mayoría se debe encargar de preparar alimentación para los trabajadores que contratan para la recolección del café. Deben llevarla a las parcelas donde se trabaja, la mayoría no está cerca de la casa. Así mismo deben coordinar en la finca, o donde se ubique el beneficiadero, la descarga del grano recolectado y la gestión de los obreros. También participan en el beneficio del grano, el lavado de las máquinas e infraestructuras, el tendido del café para el secado. Se encargan de escogerlo y seleccionarlo, entre otros trabajos además del sostenimiento cotidiano de la finca.

Esa cadena de labores del cuidado, en el mejor sentido expuesto por Guilligan (1982) y las corrientes de estudios feministas sobre el tema, son trabajos asignados a las mujeres no reconocidos como trabajo, por ende, no remunerados. Son tareas que además limitan el uso de su tiempo para el acceso a ingresos propios. La recolección de café es una de las actividades en las que se insertan las mujeres como jornaleras en donde reciben ingresos, en la mayoría de los casos suman a la economía familiar. No siempre son ingresos propios. Así mismo enfrentan dificultades en los horarios de trabajo remunerado, precisamente por el conjunto de tareas de las que se encargan pero que además sostienen la producción de café, directa e indirectamente. Garantizar el bienestar familiar, la alimentación y las condiciones para que los varones trabajen y procuren el grano con las demandas en trabajo y esfuerzo físico que requiere el café, también hace parte de la cadena de producción de café.

Sin embargo, son formas de trabajo, mecanismos de reproducción y relaciones de cuidado, que permanecen invisibilizadas funcionalmente. El costo de producción, así como de comercialización, sería más alto si esta serie de labores fueran reconocidas como trabajo. En la región, las labores que se remuneran y son reconocidas son las que se asocian con el esfuerzo físico, la capacidad de carga de maquinaria y herramienta. Muchas de esas labores no siempre son ejercidas por las mujeres.

La producción de café, agencia y enactúa la organización y comodificación de pequeños espacios de producción localizada con perfiles de sabor y calidad específicos que en el mercado adquieren precios diferenciales como desarrollé en el apartado sobre el papel de las comercializadoras de café especial en el capítulo dos. Me gustaría agregar algunas notas sobre los códigos que enacta el café asociados a la procedencia y el comercio justo, relacionadas con políticas u órdenes del consumo, tomando como referencia los trabajos de Whatmore y Thorne's (1997) además de Smith (1996).

Para Smith Starbucks reforma, apropia y redistribuye elementos de las geografías económicas históricas y contemporáneas de la producción de café invistiéndolas de significados simbólicos (y vendibles) tanto en el producto como en su consumo (Smith, 1996: 515). Los granos de café, y en este caso la procedencia de microlotes ultra localizada, enactan las condiciones de calidad que construyen circuitos específicos de consumo y precio justo. Los códigos que son traducidos a través de los procesos de cata, se generan por medio de prácticas de beneficio, intercambios de nutrientes en el suelo y un tipo de estructura de tenencia que garantiza la variedad de condiciones que producen sabor. Smith concluye que las estrategias de marketing de Starbucks enfatizan deliberadamente en las relaciones de producción, haciéndolas parte del producto en sí. De esta manera invisibiliza para los consumidores el lugar y las estructuras de dominación y explotación, como las condiciones laborales, que sustentan la producción de mercancías como el café.

Las redes de producción global que se insertan en el paisaje están relacionadas con lo que hace el café en términos de las propiedades que enacta y son puestas en circulación a través de múltiples usos discursivos, entre ellos del cuidado del medio ambiente y el comercio justo. Como indica Smith, se visibilizan a través de mecanismos que permiten ocultar las condiciones de trabajo no pago, las condiciones de tenencia y todo rastro de procesos que puedan disminuir las posibilidades discursivas del *fairtrade*.

La presencia remota de múltiples actores del comercio, la intervención técnica e incluso el consumo median en la producción territorial que es agenciada a través del café como actor. Whatmore y Thorne analizan dichas relaciones a partir de la noción de modos de ordenamiento que toman de Law (1994). En este documento nos hemos referido a esos procesos como parte de las prácticas de múltiples actores en escalas remotas que agencian proyectos territoriales en el paisaje de Nariño al describir usos discursivos y prácticos del cuidado como mecanismos de

ordenamiento. Un proceso similar al que describen Whatmore y compañía a través de las formas en que se agencia la conectividad en su estudio sobre la producción de café en Perú.

A key aspect of the mode of ordering of *connectivity* evidenced in our case study, that of sensitivity interactions between human and non-human actants in the network, is accomplished through organic farming practices. Making the soil fertile by cultivating earthworms and mulch, interplanting with shade trees and not burning-off makes coffee growing practices less environmentally destructive. The whole process of organic certification is now regulated in law under European Union legislation (yet another coincident actant and space of fair trade and commercial networks offering organic products) (1997 p. 221).

Lo justo, así como el sabor, la calidad o el cuidado son resultado de procesos de construcción discursiva y práctica o performáticas, como señala Mansvelt (2005). La promoción de formas de cultivo orgánico y las prácticas de intercambio asociadas a ello, agencian modos de ordenamiento y proyectos territoriales del paisaje del norte de Nariño, a partir de formas de infraestructuras de consumo.

The fair-trade coffee network is constituted through the performance of fairness which applies to a fair price for growers and an excellent product for consumers. Coffee is an important actant in the network: low quality coffee beans, for example, mean the commodity will not be suitable for fair-trade networks and will result in its sale to commercial networks. The encouragement and enhancement of organic farming practices is also a feature of the mode of ordering of connectivity which could be used in the marketing of the fairly traded commodity (Mansvelt, 2005 p.121).

El café agencia relaciones afectivas y de intercambio. Decidir a quién se le vende café no sólo depende del precio, sino de una estructura de lealtades, intercambios y posicionamientos del caficultor, y el producto, en un entramado sensible y afectivo. Por una parte, el caficultor se posiciona como proveedor en una estructura de compra donde del precio está delimitado por distintas variables que lo hacen volátil. Por otra parte, el precio no sólo es determinado por la calidad del producto que además es valuada por el comprador, sino por el lugar de autoridad que el campesino otorga a esa infraestructura de valuación, precio y recompensa. En el caso del café especial, no solo se trata de encontrar un comprador que reconozca criterios de calidad, sino de sostener vínculos con ese comprador que garanticen otros beneficios durante los momentos

menos dinámicos y con mayor ausencia de ingresos dentro del ciclo de producción del café. Es decir, que garanticen mercados y alimentos, apoyos, créditos para fertilizantes, ‘alguna cosita’ como dicen los campesinos y campesinas cuando explican porque le venden con frecuencia a la Cooperativa por lealtad.

Ese sistema de lealtades, que abona a la dependencia y el monopolio de los precios se mantiene a pesar de la oferta de compradores externos o con mejores condiciones de intercambio presentes únicamente en tiempo de cosecha. Como vimos en apartados anteriores con la tarde de compra en la bodega de la Cooperativa y los almuerzos para sus vendedores, ese tipo de prácticas tiene un impacto importante en la lógica y el conjunto de valores sensibles y afectivos que constituyen las infraestructuras de intercambios, así como de la circulación del grano y los valores que porta o se le asocian.

Cuando el café es vendido a la cooperativa se despersonaliza, se borra la huella de trazabilidad o su historia de producción. El café porta el trabajo hecho en la finca y enactúa condiciones de cuidado que se traducen en códigos de sabor y precio a través de la cata, pero muy a diferencia del mercado de microlotes, por ejemplo, rastrear el origen, la finca o el productor se dificultan. Esa información se diluye a través del proceso de compra. Es precisamente ese conjunto de cuidados que enacta el café y se sostienen señalando criterios de pertenencia al paisaje los que en el mercado de microlotes configuran coordenadas de precio y valoración. Si bien, las ruedas de sabor no determinan la calidad del grano que se expresa en puntajes, sí definen o nombran lo invisible, los animismos que revisten al café.

El café también energiza, afecta los ritmos con los que millones de personas en el mundo afrontan su cotidianidad, sería testarudo y miope no pensar que sus capacidades de agencia se desdoblan en todo su proceso de existencia. Desde la siembra hasta la taza que el lector seguramente tomó para acompañar la lectura de este documento. Esta puerta me gustaría dejarla abierta como perspectiva especulativa ¿Qué hace el café y cómo? Entender los vínculos materiales de su existencia y los registros sensibles a través de los que incorporamos aquellos repertorios a los nuestros. En el caso del paisaje del norte de Nariño, esos vínculos tienen expresiones materiales que nos proponen un trabajo casi arqueológico, rastreando las huellas, las marcas en el espacio. Es precisamente trabajo de la geógrafa rastrear, analizar y compartir, los vínculos y relaciones espaciotemporales que han dejado aquellas huellas.

Conclusiones

He definido al paisaje como un ensamblaje territorial para abordar metodológicamente la multiplicidad de territorios que constituyen su continua producción. En mi análisis a través de una lectura material sobre las prácticas discursos y usos del paisaje, a través del cuidado, exploro formas de navegar por aquella multiplicidad, en un trabajo profundamente arqueológico. Tomo como referencia el trabajo de Ogden quien brinda herramientas para construir una narrativa etnográfica del paisaje como un ensamblaje. Se trata de una práctica que reintroduce y reinscribe las prácticas humanas dentro de un colectivo multiespecie y a su vez da cuenta de las relaciones de poder asimétricas que constituyen modos de ordenar y producir territorios. En el caso de la región de estudio partimos de tres procesos que la constituyen como unidad de análisis en términos de paisaje: el café, la organización comunitaria y la biodiversidad.

El primer capítulo plantea las coordenadas analíticas y contextuales de la investigación. En el segundo capítulo abordo el cuidado como una relación territorial que permite navegar entre aquellos procesos que articulan al paisaje del norte de Nariño en la multiplicidad territorial. Particularmente desarrollo los usos ambivalentes que se dan en el contexto de la caficultura y los proyectos territoriales que agencia en las interdependencias entre humanos, no humanos, infraestructuras, prácticas y discursos.

Pensar al cuidado como como relación territorial desde sus expresiones discursivas y prácticas, permite comprender los agenciamientos que han dado forma al paisaje en la interacción entre múltiples actores y escalas. Las conexiones entre estos niveles activan formas diferenciadas de ordenamientos y proyectos territoriales para la gestión del paisaje en el norte de Nariño. En esta investigación entender al paisaje como un ensamblaje de modos de cuidado da cuenta de cómo se configuran el sabor, el desarrollo y la participación política en el contexto de la producción de café especial. Un análisis que descentra la mirada del ordenamiento y la gestión del territorio, como producto de mecanismos institucionales, únicamente. La noción de ensamblaje visibiliza la complejidad de las interacciones entre seres, objetos e ideas y propone mecanismos para abordar dicha complejidad desde una lectura a la multiplicidad.

Las conexiones multiescalares que producen al paisaje, que rastreamos a través de los usos ambivalentes del cuidado, no sólo tienen expresiones materiales en las formas de administración de la propiedad o los mecanismos de comercialización del grano. También se expresan en los registros simbólicos a través de conexiones parciales entre mundos de valor,

modos de existencia, procesos de aprendizaje, traducciones, etc. La noción de proyectos territoriales permite visualizar las interdependencias entre actores, prácticas y discursos del cuidado y la manera en que sus múltiples articulaciones tienen expresiones materiales en el paisaje.

Precisamente esta potencia para visibilizar modos de conexión e interdependencia plantea preguntas sobre los mecanismos a través de los que se podrían regular o gestionar esas conexiones. La gobernanza como una dimensión analítica sobre modos de ordenamiento y producción territorial, sitúa las posibilidades de planeación y análisis prospectivos a los que esta investigación podría contribuir.

En el tercer capítulo abordo esta dimensión prospectiva a partir de las territorialidades del cuidado en los mundos campesinos. Exploro mecanismos, usos y relaciones que sostienen los campesinos del norte de Nariño con múltiples agencias para reproducir, sostener y cuidar sus mundos y modos de existencia desde la finca, a través de acciones comunitarias y en relación con agencias no humanas. El cuidado es una dimensión fructífera para abordar la construcción de territorios desde los vínculos entre múltiples actores humanos y no-humanos. En este capítulo analizo los procesos de territorialización en el contexto campesino de Nariño. El cuidado es entendido como el conjunto de actividades que se realizan desde el territorio de la finca a partir del conocimiento experiencial local para sostener la vida. La reparación de vínculos con el suelo o el diseño de mapas prospectivos son estrategias que responden a trayectorias de aprendizaje que configuran modos del cuidado en los que se articulan y reconocen las interdependencias entre humanos y no humanos.

Las relaciones de cuidado de las familias con su finca, establecen los vínculos y la unidad entre lotes. A través de las prácticas y relaciones entre plantas, suelo, animales y trabajo, se configura una finca como unidad productiva en la dispersión. Estas prácticas planifican vínculos, reconociendo interdependencias del cuidado, a través de mapas prospectivos. El fertilizante, resultado de la articulación de modos del cuidado multiespecie es un ensamblaje de relaciones que permiten reproducir el espacio de vida de la familia y proyectar vínculos de cuidado en contextos más amplios como la región o el mercado internacional.

Un análisis afectivo de las prácticas y discursos del cuidado a partir del conocimiento experiencial, las trayectorias de aprendizaje y el diseño ontológico evidencia las dimensiones territoriales de esta noción. Así mismo, brinda perspectivas para nuevas formas de ordenamiento en las que la reparación de vínculos con el suelo o el ‘disueño’ de mapas prospectivos familiares,

son mecanismos de ordenamiento territorial que reconocen las interdependencias entre humanos y no humanos. El conocimiento experiencial y las trayectorias de aprendizaje sobre las que se sustentan los modos de vida que analizamos, tienen una dimensión territorial clave en los contextos campesinos. Entender los modos de cuidado que articulan un territorio y las formas en que esos modos han tomado forma, propone nuevas rutas para la planeación territorial y la comprensión espacial de las relaciones socio-naturales, así como la historia del paisaje.

El cuidado es una noción que recoge relaciones, discursos y prácticas sobre vínculos que producen narrativas sobre qué es la naturaleza, la producción agrícola y el bienestar comunitario. Pensar una dimensión territorial desde allí, plantea perspectivas especulativas sobre las relaciones que producen lo vivo, que además descentran la exclusividad de la supervivencia de lo humano. El reconocimiento de las interdependencias con las diferencias del otro puede ser un camino para construir puntos de encuentro que, en el caso de Nariño, inspiran hojas de ruta o dispositivos, en términos de Escobar (2018), para mapear formas de ordenamiento territorial. Estos dispositivos de diseño ontológico, son resultado de trayectorias de aprendizaje y conocimiento experiencial local en el paisaje de esa región ¿Quiénes hacen parte de lo que se delimita colectivo? o ¿qué territorios se articulan cuando se piensan a partir del cuidado? pueden ser preguntas que lleven a expandir una idea territorial de planeación que incluya la participación no humana, más allá de la tutela y explotación. Invertir la manera en cómo pensamos el cuidado, vertiéndola sobre los vínculos más que en los actores, puede ser un camino para entender y proponer otras maneras de gestión de lo colectivo en la región norte.

Esta investigación contribuye a la visibilización de la riqueza y la complejidad de los mundos campesinos en Colombia y en Nariño particularmente. También visibilizar las formas en que se han constituido en interdependencias y relaciones de poder ambivalentes con los proyectos del Estado en Colombia, el mercado y los ordenamientos del capital transnacional, así como de un conjunto de agencias no siempre nombradas, y nombrables, que habitan, coexisten y se reproducen en el paisaje de la región. En el contexto actual las organizaciones campesinas, sus luchas y particularmente sus líderes son objetivo militar de un sinnúmero de actores que desde la sombra buscan perpetuar sus intereses por el acaparamiento de tierra y recursos naturales a sangre y fuego. Esa ha sido la historia de los contextos rurales en Colombia durante décadas. Hoy el reconocimiento de los mundos campesinos, de la importancia de sus modos de existencia y su profunda interdependencia con el territorio es acuciante.

La idea de campesino se ha configurado a partir de distintas trayectorias locales e institucionales; por tanto, una mejor comprensión de su construcción discursiva, como expusimos en esta investigación, evidencia formas prospectivas de ordenamiento territorial y ambiental. Remarcamos que el conflicto por la tierra es un problema estructural de reconocimiento de la ciudadanía que demanda garantías para la vida y el desarrollo de las personas. No solamente una estrategia de desarrollo económico para un sector que se ha considerado rezagado, como tradicionalmente se ha pensado al campesinado. Evidenciar los matices que tienen las políticas y decisiones a nivel nacional, desde el contexto local de una región tradicionalmente campesina -como Nariño- y periférica a los proyectos de desarrollo económico nacional, es relevante para entender la complejidad de la construcción de procesos de subjetivación, ciudadanía y organización de la tierra.

La idea de campesino hoy toma relevancia porque desde las organizaciones comunitarias de la región norte, quienes han tenido un papel determinante en el debate y movilización política, se plantea como un mecanismo para el reconocimiento de la ciudadanía colectiva, agraria y territorial. Un uso distinto al que se le ha dado institucionalmente, a través de discursos y proyectos, como mecanismo para reglar lo que pasa en las zonas rurales. Zonas que son vistas como superficies vacías a la que se le da orden a través de criterios económicos. La búsqueda de las organizaciones comunitarias actualmente, es construir desde una figura de ordenamiento social del territorio, una categoría específica de ciudadanía y participación política. Entendida no solamente como el reconocimiento efectivo de derechos, sino como la posibilidad de ejercerla en términos territoriales concretos.

Duarte (2015) propone comprender cómo se desarrolla la categoría de campesinado para designar a los habitantes rurales fuera de los marcos étnicos que en Colombia remiten a connotaciones políticas agrarias y de ciudadanía, después de los noventa. En su interpretación propone hablar de procesos de etnogénesis. Una lectura cultural que conciba al campesinado como producto de la historia rural de colonización, la tradición cultural y la intervención política del Estado en Colombia. Las políticas de atención, control o intervención de 'lo rural', además de las dinámicas regionales de colonización y conformación de realidades productivas no son homogéneas en el país.

Los matices regionales permiten comprender porque qué hoy la categoría de campesinado es tan esquivada, no resiste homogeneizaciones. En el contexto actual, que se disputa su reconocimiento institucional y político, parece una señal de inoperancia para algunos sectores de

la política nacional. Esa misma diversidad es la que constituye su carácter y la que permite usarla como corolario de la historia agraria del país, de los conflictos y disputas por la noción de ciudadanía e incluso poner en entredicho los proyectos y la idea de Estado hoy.

Vale la pena señalar que estas narrativas y proyectos no han sido siempre coherentes o dirigidos. Justamente han sido parte de lo que ha estado en disputa y formación ¿Quién es el Estado y cómo se desdobra cotidianamente? (Joseph, Nugent, & Vargas, 2002) podían ser preguntas que ayuden a un debate más profundo en este sentido. Es importante entender, para el contexto del norte de Nariño, el papel de la FNC en la forma en como el Estado y sus instituciones han estado presentes. Además, de cómo ello habla de la fabricación de políticas de producción agrícola que están vinculadas con estrategias educativas y de desarrollo.

Las políticas de reforma agraria, la política de tierras y los proyectos de desarrollo rural, además de las estrategias de atención a la pobreza son relevantes como marcos reguladores del espacio y como proyectos de territorio. La mayoría de estos marcos han sido esfuerzos para remediar el problema de la tierra, entendido como un problema económico y de atraso productivo. Obviando que la disputa es por quién tiene poder y control territorial. Dichas iniciativas son órdenes territoriales pensados para reglar el espacio y ejecutar acciones genéricas desde lo que debe ser productivo y eficiente en términos económicos. Justamente el carácter territorial se adquiere cuando se reconoce que allí habitan comunidades y son estas quienes constituyen el carácter de uso y propiedad. Este carácter excede una noción de propiedad de la tierra. Muestra de ello son los esfuerzos de las organizaciones de la región a través de la propuesta de TCAM.

Estos marcos al obviar o desatender en principio el reconocimiento de la ciudadanía para quienes viven en el campo y la necesidad de ordenamientos territoriales desde el territorio, perpetúan relaciones de desigualdad, bases del conflicto en Colombia. El problema no solo es la administración territorial y económica del suelo y los recursos a partir de nociones de eficiencia, a partir de principios particulares de riqueza y economía que permiten, que, en regiones como Nariño, el café se convierta en un mecanismo indiscutible de desarrollo, modernización, pacificación e identidad. A la vez que permite desdibujar las luchas por las condiciones de producción, derechos agrarios y ciudadanía que sustentan sus condiciones de productividad en la precariedad e incertidumbre de la tenencia.

No se trata únicamente del reconocimiento de los derechos de propiedad y un tipo de uso a través de la formalización como se ha buscado a través de las estrategias jurídicas

institucionales. La lucha de las organizaciones comunitarias hoy, habla de la búsqueda por el reconocimiento a la existencia territorial. A una o múltiples formas de habitar, más allá de las actuales reglas del mercado. Atender el problema agrario debe ser un instrumento de equidad (Benítez, 2005). La tierra ha sido un instrumento de control del territorio por actores armados que atienden a los intereses de quien adquiere el dominio. Las estrategias de resistencia local de comunidades campesinas responden a estas desigualdades. Los esfuerzos en estos marcos institucionales se han convertido en mecanismos que distancian o limitan aún más la democratización de la tierra y la profundización de la exclusión de los campesinos.

El interés en la función social y cultural de la propiedad con base en una lectura territorial es un debate que debe ser puesto en la agenda como un tema nodal teniendo como eje las experiencias e intereses locales, expresados a través de las estrategias de las organizaciones comunitarias. Poner en relevancia los modos de cuidado campesinos, como relaciones territoriales brinda pistas para la construcción de escenarios de gobernanza, participación política y reconocimiento territorial desde los modos de re-existencia (Porto-Gonçalves, 2006, 2009) y proyectos territoriales locales.

El reconocimiento de derechos territoriales para los campesinos se basa en la reproducción de ordenamientos ambientales que cuiden del agua, el suelo y el bosque. Evidenciar los esfuerzos locales por construir mecanismos de ordenamiento y gobernanza territorial a través de la vida cotidiana, es clave. Este documento aporta al reconocimiento de las formas múltiples de organización política y participación de la naturaleza que hay en la región. Entendiendo naturaleza como un conjunto de agencias no humanas en las que se inserta la vida humana. En este sentido aportan mis contribuciones sobre los mecanismos de reconocimiento de las territorialidades de los mundos campesinos. La centralidad de los esfuerzos locales está en su permanente búsqueda de mecanismos de gestión ambiental y territorial incluyentes, más que humanos y realmente comprometidos con la reparación, la no repetición y el sostenimiento de los acuerdos de paz en un escenario de postconflicto en Colombia.

La superación de las causas del conflicto y la guerra en Colombia tales como las disputas por la tierra; la desigualdad extrema y la concentración de la riqueza; el avance de la explotación de recursos naturales a gran escala, principalmente de hidrocarburos y recursos mineros; y la amenaza a los territorios dedicados a la pequeña agricultura campesina, son temas fundamentales que deben ser atendidos y resueltos para el campo en Colombia. Trabajos de investigación como este contribuyen a identificar los esfuerzos y las trayectorias locales; pero sobre todo contribuyen

a entender la complejidad que configura nociones sobre la naturaleza, la gestión y la participación colectiva. “La importancia de las dimensiones colectivas sobre cómo se debe gestionar el espacio y la naturaleza es política y pragmática en esta dimensión política es necesario posicionar la dimensión cultural y las prácticas que se desarrollan con la naturaleza, para poder situar otras maneras de producir conocimientos. Por lo tanto es necesario analizar conocimientos, percepciones, representaciones asociadas [a la naturaleza], para así generar propuestas que redimensionen las estrategias de adaptación culturales” (Ulloa, 2013, pp. 72–76).

Mi propuesta se sitúa específicamente en la intersección entre conocimiento local, historia del paisaje y escenarios de gobernanza ambiental en el norte de Nariño. A través de la observación de las prácticas y discursos campesinos es posible trazar rutas analíticas, históricas y políticas sobre los usos del espacio. La noción de cuidado, es una noción campesina sobre la forma de gestionar o cuidar la naturaleza y tiene una dimensión analítica y política clave. Su potencia, permite describir los múltiples proyectos territoriales en los que participan distintos actores en múltiples ubicaciones y escalas. Así mismo permite entender cómo el territorio es una noción múltiple que articula al paisaje como un ensamblaje de prácticas de cuidado.

Las relaciones de cuidado permiten analizar y describir los proyectos territoriales campesinos que habitan el paisaje, así como proyectos territoriales en los que participan otros actores como la Iglesia, el Estado, los gremios, el mercado internacional o las ONG. Entender como existe esa multiplicidad de territorios y sus solapamientos es clave para hacer una lectura histórica del paisaje. Una montaña, por ejemplo, puede ser, hacer, ubicarse o referirse de múltiples formas en un mismo paisaje. Los entrecruzamientos de prácticas y sentidos, no solamente pueden contar una historia de las disputas por los usos de los recursos naturales, cuando una montaña se concibe como recurso. Estas diferencias permiten hablar de las estrategias de apropiación de la naturaleza, o la construcción cultural de significados sobre lo vivo, además de las perspectivas ontológicas y los procesos de configuración del espacio y la naturaleza que se dan a través de algo que en el paisaje se refiere como ‘montaña’. La potencia del análisis territorial que expone esta investigación reside aquí.

Hardt y Negri (2001) han demostrado formas en que un análisis a la producción de afectos, cuando se examina mediante la producción de códigos, información, ideas, imágenes y similares, puede permitir nuevas posibilidades políticas. Así como sugerir oportunidades para ejercer prácticas de liberación y resistencia. La montaña no solamente es referida de formas diferentes por distintos actores. Esas formas hablan de posicionamientos ontológicos, de ubicaciones y

lógicas territoriales a partir de intereses y búsquedas específicas. Es decir, dan cuenta de ordenamientos políticos de la existencia que en términos pragmáticos pueden sintetizarse en estrategias de manejo o gestión de la naturaleza.

La atención a las relaciones y afectos que producen el paisaje tiene implicaciones políticas específicas. Estas implicaciones están relacionadas con la forma en que la tierra o el mundo es utilizado, definido, representado, distribuido, explotado y ligado a los discursos del Estado, los medios y la mercantilización u otros sistemas de orden y poder (Berberich, Campbell, & Hudson, 2013). Agregaría además que esta perspectiva puede proveer otras fuentes para la planificación y el reconocimiento político de los derechos territoriales para los campesinos como colectivo y ayudar a identificar formas de gobernanza ambiental a partir de nociones como el cuidado. Sin duda, la noción de gobernanza local desde los mundos campesinos es una puerta abierta que deja esta investigación para trabajos futuros. Considero que es una dimensión analítica y política de la apertura para construir caminos y mecanismos de planeación territorial que aterrice dimensiones del cuidado desde lecturas críticas.

La producción de proyectos territoriales en la multiplicidad y la diferencia que supone las interdependencias y desencuentros que representa el concepto de sostenibilidad, son parte de la potencia analítica de una mirada a través del cuidado. Las estrategias de intervención rural, los lineamientos productivos o los arreglos institucionales que incentivan formas de intercambio y producción específicos, son estrategias de producción y ordenamiento territorial. Estas estrategias son formas en como modos de cuidar se convierten en mecanismo de planificación de actores sobre el territorio.

Pensar en escenarios de gobernanza desde esta perspectiva en una lectura crítica podría permitir identificar estrategias que potencien e incentiven los elementos del cuidado para los campesinos a través de arreglos y estrategias institucionales como las denominaciones de origen. Si bien la precariedad de los medios productivos y de tenencia se comodifican, también podrían servir como herramientas de salvaguarda de las prácticas y tecnologías de cuidado ambiental, la diversidad de cultivos, la importancia de otras actividades estacionales e incluso el reconocimiento territorial del campesinado, como un actor clave para la producción de esos órdenes territoriales y productivos.

El cuidado es una noción ambivalente para un mundo indeterminado, la construcción de mundos de valor es otro de las puertas abiertas de esta investigación. La configuración del valor de un objeto es un proceso político y en muchos contextos, es una cuestión de políticas del

conocimiento y del reconocimiento. Entender cómo algo adquiere valor o se comodifica, no solamente es resultado de la observación de cómo un objeto, el café especial en este caso, es socializado. Por el contrario, una pista que desarrollé en esta investigación fue atender a qué constituye ese proceso de socialización, cómo se da el intercambio y a través de qué códigos se configura cierta trazabilidad. Las relaciones de intercambio y conmensurabilidad tienen impactos transversales en la configuración y la historia del paisaje. No solamente a través de las prácticas materiales que contribuyen a su morfología, sino en la manera en cómo múltiples proyectos territoriales se encuentran en él, las formas en que lo planean, lo cuidan, lo organizan o lo narran. La línea del gobierno actual se expresa en un plan de desarrollo que profundiza la desatención a los problemas estructurales de pobreza y desigualdad relacionados con la tenencia y el reconocimiento formal del campesinado. Esto no sólo es evidente en la ausencia total de la noción de campesino en el texto del Plan Nacional de Desarrollo (2019) actual, sino además en las estrategias que identifica para promover el desarrollo sustentable del campo, a través de inversiones, economías de escala y ventajas comparativas en un escenario de exportaciones.

Ahora bien, que el café además de ser un producto a través del cual posicionar un proyecto de economía nacional conectada (o dependiente) del mercado internacional, sea ahora una estrategia de desarrollo local y pacificación, agenciada por organizaciones de cooperación en alianza con un Estado permisivo, plantea muchas preguntas. Los interrogantes que se abren sobre lo que podría entenderse como proyecto de desarrollo, entendido como proyecto territorial sobre cómo reglar y organizar el campo, son muchos. Particularmente sobre la forma en que las estrategias de comercialización son ahora no solo garantías de desarrollo, sino de paz. Garantizar la paz a través de mecanismos de mercado, por medio de condiciones de precio e intercambio fluctuantes, asociadas a patrones de sabor y valor que están en constante movimiento, plantea diversos interrogantes ¿Qué tipo de estructuras agrarias y comunitarias tomarían forma? ¿Qué pasa con una idea de campesino cuyo énfasis está en producir para el mercado para garantizar la paz y para satisfacer procesos comerciales fluctuantes? ¿Qué condiciones crea eso para la estructura de producción y sobre quién es y quién vive de y en el campo? Estas son interrogantes que sobrepasan este documento, pero que es valioso poner en relevancia para este contexto a modo de reflexión a propósito de la construcción de mundos de valor y lo que podría enmarcarse en una geografía posthumanista de la construcción de mundos de valor.

Referencias

- Acevedo Ruíz, M. J., & Yie, M. (2016). Nos debemos a la tierra. El Campesino y la creación de una voz para el campo, 1958-1962. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, 43(1), 165–201. <https://doi.org/10.15446/achsc.v43n1.55068>
- ADEL (2016). Elementos de formación del campesino como sujeto político: Movimiento Agrario de Nariño. Proyecto fortalecimiento organizacional del movimiento agrario Fase I en el departamento de Nariño. San Juan de Pasto: Gobernación de Pasto.
- Agencia Nacional de Tierras (2017). El Decreto 902 de 2017: Una apuesta institucional para consolidar la paz. Bogotá, Colombia. Consultado 04/19/2020 en línea: <http://www.agenciadetierras.gov.co/wp-content/uploads/2018/04/Decreto-902-de-2017-Una-Apuesta-Institucional-para-consolidar-la-paz.pdf>
- Agrawal, A. (2005). *Environmentality: Technologies of government and the making of subjects. New ecologies for the twenty-first century.* Durham, N.C.: Duke University Press; Chesham: Combined Academic.
- Åhäll, L. (2018). Affect as Methodology: Feminism and the Politics of Emotion1. *International Political Sociology*, 12(1), 36–52. <https://doi.org/10.1093/ips/olx024>
- Alber, E., & Drotbohm, H. (2015). *Anthropological perspectives on care: Work, kinship, and the life-course.* New York, NY: Palgrave Macmillan.
- Alvarez-Hoyos, M. T. (2010). La campaña de cultura aldeana y su impacto en la cultura nariñense. *Academia Nariñense de Historia, Manual Historia de Pasto Tomo XI*, 11, 278–300.
- Anderson, B. (2016). Becoming and Being Hopeful: Towards a Theory of Affect. *Environment and Planning D: Society and Space*, 24(5), 733–752. <https://doi.org/10.1068/d393t>
- Anderson, B., & Harrison, P. (Eds.) (2010). *Taking-place: Non-representational theories and geography.* Farnham: Ashgate.
- Anderson, B., & McFarlane, C. (2011). Assemblage and geography. *Area*, 43(2), 124–127. <https://doi.org/10.1111/j.1475-4762.2011.01004.x>
- Arango, L. G., & Molinier, P. (Eds.) (2011). *El trabajo y la ética del cuidado. Carreta social.* Medellín Colombia.
- Archila, M. (2003). *Idas y venidas, vueltas y revueltas: Protestas sociales en Colombia, 1958-1990.* Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia: Centro de Investigación y Educación Popular.
- Atkinson, S., Lawson, V., & Wiles, J. (2011). Care of the body: Spaces of practice. *Social & Cultural Geography*, 12(6). <https://doi.org/10.1080/14649365.2011.601238>
- Azcárate Luxán, B., & Fernández, A. (2017). *Geografía de los paisajes culturales.* Madrid.

- Barreto Henriques, M. (2016). Laboratorios de paz en territorios de violencia(s): ¿Abriendo caminos para la paz positiva en Colombia? Bogotá: UTADEO.
- Barreto, C. A. H. (2018). El Macizo Colombiano como territorio hidrosocial (1990-2018). *Revista controversia*. (210), 203–243. Consultado 17/06/2021 en línea: <https://www.revistacontroversia.com/index.php?journal=controversia&page=article&op=download&path=1117&path=633>
- Bawaka Country, Wright, S., Suchet-Pearson, S., Lloyd, K., Burarrwanga, L., Ganambarr, R., . . . Sweeney, J. (2015). Co-becoming Bawaka. *Progress in Human Geography*, 40(4), 455–475. <https://doi.org/10.1177/0309132515589437>
- Benítez, R. M. (2005). La Reforma agraria en Colombia: vigente y por hacer. *Economía Colombiana*. (309).
- Bennett, J. (2001). *The enchantment of modern life: Attachments, crossings, and ethics*. Princeton, N.J., Chichester: Princeton University Press.
- Berberich, C., Campbell, N., & Hudson, R. (2013). Affective Landscapes: An Introduction. *Cultural Politics an International Journal*, 9(3), 313–322. <https://doi.org/10.1215/17432197-2347000>
- Berkes, F., J. Colding and C. Folke (2000). Rediscovery of traditional ecological knowledge as adaptive management. *Ecological Applications*, 10 (5) pp. 1251–1262
- Besky, S. (2020). *Tasting Qualities: The past and future of tea*: University of California Press.
- Boelens, R., Hoogesteger, J., Swyngedouw, E., Vos, J., & Wester, P. (2016). Hydrosocial territories: A political ecology perspective. *Water International*, 41(1), 1–14. <https://doi.org/10.1080/02508060.2016.1134898>
- Boff, L. (2012). *El cuidado necesario*. Colección Estructuras y procesos. Madrid: Trotta.
- Bonilla, R. (2011). Apertura y reprimarización de la economía colombiana: Un paraíso a corto plazo. *Nueva Sociedad*, (231), 46–65.
- Borsdorf, A., Mergili, M., & Ortega, L. A. (2013). La Reserva de la Biósfera Cinturón Andino, Colombia: ¿Una región modelo de estrategias de adaptación al cambio climático y el desarrollo regional sustentable? *Revista de Geografía Norte Grande*. (55), 7–18.
- Brundtland, G. H. (1987). *Our common future*. Oxford: Oxford University Press.
- Burgess, J., J. Clark and C.M. Harrison (2000). Knowledges in action: an actor network analysis of a wetland agri-environment scheme. *Ecological Economics*, 35 pp. 119–132.
- Büsches, C. (2018). 50 años de la Teología de la Liberación. Introducción. *Iberoamericana*, 18(68), 7–11. <https://doi.org/10.18441/ibam.18.2018.68.7-11>
- Cafe Imports (2020). Growing a Movement with FUDAM - Nariño, Colombia. Consultado 03/11/2019 en línea: <https://www.cafeimports.com/north-america/blog/2020/01/15/growing-a-movement/>

- Carolan, M.S. (2008). More-than-representational knowledges of the countryside: how we think as bodies. *Sociologia Ruralis*, 48 (4) pp. 408–422.
- Carta Encíclica: Laudato si'. Sobre el cuidado de la casa común (2015). Ciudad del Vaticano.
- Cartagena, Absolón; Meertens, Donny; Sánchez G., Gonzalo (2014). La tierra en disputa: Memorias del despojo y resistencia campesina en la Costa Caribe (1960-2010). Centro Nacional de Memoria Histórica. Bogotá, Colombia.
- Castillo Z., L.J., & Moreno R., L.G. (1987.). La variedad Colombia: Selección de un cultivar compuesto resistente a la roya del café. *Cenicafé*, 1(12), 169.
- Cavanagh, C. J., Vedeld, P. O., Petursson, J. G., & Chemarum, A. K. (2020). Agency, inequality, and additionality: Contested assemblages of agricultural carbon finance in western Kenya. *The Journal of Peasant Studies*, 1–21.
<https://doi.org/10.1080/03066150.2019.1707812>
- Cely Muñoz, N. (2017). Hacia la construcción de una territorialidad campesina: La iniciativa del territorio campesino agroalimentario del norte de Nariño. (Tesis de maestría). Universidad Nacional de Colombia, Bogotá D.C.
- Cely Muñoz, N. (2018). La disputa por el territorio en el posconflicto rural en Colombia: El caso del Territorio Campesino Agroalimentario del Norte de Nariño y el Sur del Cauca. *Análisis Político*, 31(92), 52–68. <https://doi.org/10.15446/anpol.v31n92.71097>
- Centro Nacional de Memoria Histórica (2011). La huella invisible de la guerra: Desplazamiento forzado en la comuna 13. Taurus. Pensamiento. Bogotá, D.C.: Taurus Ediciones.
- Centro Nacional de Memoria Histórica (2013). La política de reforma agraria y tierras en Colombia: Esbozo de una memoria institucional. Bogotá: Centro Nacional de Memoria Histórica.
- CEPF (2015). Perfil de ecosistema: Hotspot de biodiversidad de los Andes tropicales. Consultado 19/01/2021 en línea:
https://www.cepf.net/sites/default/files/tropicalandes_techsummary_sp.pdf
- Chakrabarty, D. (2008). Provincializing Europe: Postcolonial thought and historical difference. Princeton, N. J., Oxford: Princeton University Press.
- Checa-Artasu, M., & Sunyer Martín, P. (Eds.) (2017). El Paisaje: Reflexiones y métodos de análisis. Ciudad de México: Ediciones del lirio.
- Clark, J., Murdoch, J. (1997). Local knowledge and the precarious extension of scientific networks: a reflection on three case studies. *Sociologia Ruralis* 37 pp. 38–60.
- CNA (2015). Territorios Agroalimentarios: Producción, Naturaleza, Cultura y Política Campesina. Consultado 20/05/2018 en línea:
https://cnagrario.files.wordpress.com/2014/11/territorios_agroalimentarios_cartilla_175x250_print.pdf

- Comisión Colombiana de Juristas (Ed.) (2011). Despojo de tierras campesinas y vulneración de territorios ancestrales. Bogotá: Opciones gráficas editores.
- Constitución Política de Colombia (1991)
- Convers, P. (2018). Un sueño campesino en el Macizo Colombiano. Consultado 07/07/2019 en línea: https://www.vice.com/es_latam/article/9k7gep/un-sueno-campesino-en-el-macizo-colombiano-revista-vice-utopia-distopia-comida-munchies
- Corrales-Roa, E., & Forero, J. (1992). La economía campesina y la sociedad rural en el modelo neoliberal de desarrollo. Pontificia Universidad Javeriana - Instituto de Estudios Rurales. Segundo Congreso de Investigación en la Universidad Javeriana, Bogotá, Colombia.
- Cutter, S. L. (2016). Race, class and environmental justice. *Progress in Human Geography*, 19(1), 111–122. <https://doi.org/10.1177/030913259501900111>
- Davidson, A., Jaine, T., & Vannithone, S. (Eds.) (2014). *The Oxford Companion to Food*. Oxford: Oxford University Press.
- De la Cadena, M. (2015). *Earth beings: Ecologies of practice across Andean worlds*. The Lewis Henry Morgan lectures: Vol. 2011. Durham: Duke University Press.
- DeLanda, M. (2006). *A new philosophy of society: Assemblage theory and social complexity*. London, New York: Continuum.
- DeLanda, M. (2012). Deleuzian Social Ontology and Assemblage Theory. In M. Fuglsang & B. M. Sorensen (Eds.), *Deleuze and the Social* (pp. 250–266). Cambridge: Cambridge University Press. <https://doi.org/10.3366/edinburgh/9780748620920.003.0013>
- DeLanda, M. (2016). *Assemblage theory. Speculative realism*. Edinburgh: Edinburgh University Press.
- Delaney, D. (2005a). *Territory: A short introduction*. Short introductions to geography. Malden, Mass., Oxford: Blackwell Pub.
- Descola, Philippe. (2006). “Beyond Nature and Culture. Radcliffe’s Brown Lecture in Social Anthropology 2005”. *Proceedings of the British Academy* 139: 37-155.
- Dewsbury, J.D., Harrison, P., Rose, M., Wylie, J. (2002): Enacting geographies. En: *Geoforum* 33 (4), pág. 437-440. DOI: 10.1016/S0016-7185(02)00029-5.
- Díaz, F. (2018). La territorialidad y el cuidado del ambiente en el CNA. Equipo tierras CENDIS. Consultado 03/11/2019 en línea: <https://www.cna-colombia.org/la-territorialidad-y-el-cuidado-del-ambiente-en-el-cna/>
- Díaz-Fariñas, L. (2013). A cincuenta años de la alianza para el Progreso: el debate por el socialismo. *Economía y Desarrollo*, 149(1), 139–157.
- Díaz-Soler, C. J. (1999). La campaña de cultura aldeana (1934-1936) en la historiografía de la educación colombiana. *Revista Colombiana de Educación*. <https://doi.org/10.17227/01203916.5435>

- Dinero (2020). La minería: año de definiciones. Consultado 20/06/2020 en línea: <https://www.dinero.com/edicion-impresa/negocios/articulo/cuales-son-los-principales-proyectos-mineros/282398>
- DNP (2019). Bases del Plan Nacional de Desarrollo 2018 - 2022: Pacto por Colombia, pacto por la equidad. Bogotá, Colombia. Consultado 15/08/2019 en línea: <https://colaboracion.dnp.gov.co/CDT/Prensa/PND-2018-2022-Interactivo.pdf>
- Donohoe, J. (Ed.) (2017). Place and phenomenology. London: Rowman & Littlefield International.
- Duarte, C. (2015). Desencuentros territoriales. Terrenos etnográficos. Bogotá, D.C.: Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- Duarte, C. (2017). Los Territorios Campesinos Agroalimentarios. Consultado 22/04/2020 en línea <https://lasillavacia.com/silla-llena/red-rural/historia/los-territorios-campesinos-agroalimentarios-59671>
- Echeverry P., A. J. (2017). Teología de la liberación en Colombia: Un problema de continuidades en la tradición evangélica de opción por los pobres. Colección Artes y humanidades. Cali, Colombia: Programa Editorial Universidad del Valle.
- Elden, S. (2010). Land, terrain, territory. *Progress in Human Geography*, 34(6), 799–817. <https://doi.org/10.1177/0309132510362603>
- Escobar, A. (2005). El "postdesarrollo" como concepto y práctica social. In D. Mato & S. L. Babb (Eds.), *Políticas de economía, ambiente y sociedad en tiempos de globalización* (pp. 17–31). Caracas: Vicerrectorado Académico Universidad Central de Venezuela; Facultad de Ciencias Económicas y Sociales.
- Escobar, A. (2008). Territories of difference: Place, movements, life. Durham, Duke University Press.
- Escobar, A. (2015). Territorios de diferencia: la ontología política de los 'derechos al territorio'. *Cuadernos de Antropología Social*. (41), 25–38.
- Escobar, A. (2018). Designs for the pluriverse: Radical interdependence, autonomy, and the making of worlds. New ecologies for the twenty-first century. Durham: Duke University Press.
- Fajardo Montaña, D. (2012). Colombia: Dos décadas en los movimientos agrarios. *Cahiers des Amériques latines*. (71), 145–168. Consultado 30/01/2020 en línea: <http://journals.openedition.org/cal/pdf/2690>
- Fajardo, D. (2002). Para sembrar la paz hay que aflojar la tierra: comunidades, tierras y territorios en la construcción de un país. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Fajardo, D. (2014). Las guerras de la agricultura colombiana 1980-2010. Bogotá: ILSA.

- Fischer, E. F. (2017). Quality and Inequality: Taste, Value, and Power in the Third Wave Coffee Market. Discussion Paper. (17/4). Consultado 04/04/2019 en línea: <http://hdl.handle.net/10419/156227>
- Fischer, E. F. (2019). Quality and inequality: Creating value worlds with Third Wave coffee. *Socio-Economic Review*, 7, 1–21. <https://doi.org/10.1093/ser/mwz044>
- Fischer, E. F., Victor, B., & Asturias de Barrios, L. (2020). Quality versus solidarity: Third Wave coffee and cooperative values among smallholding Maya farmers in Guatemala. *The Journal of Peasant Studies*, 40(1), 1–18. <https://doi.org/10.1080/03066150.2019.1694511>
- Gilligan, C. (1982). In a different voice: Psychological theory and women's development. Harvard University Press.
- Gobernación de Nariño (2008). Plan de desarrollo Nariño 2008-2012. San Juan de Pasto.
- Gobernación de Nariño (2016). Plan de Desarrollo Nariño Corazón del Mundo 2016-2019. San Juan de Pasto.
- Gobierno de Colombia (2019). Plan Nacional de Desarrollo 2018 - 2022: Pacto por Colombia, pacto por la equidad.
- Gobierno Nacional de Colombia, FARC-EP y países garantes (24 de agosto de 2016). Acuerdo Final para la Terminación del Conflicto y la Construcción de una Paz Estable y Duradera: Acuerdo general. La Habana, Cuba.
- Gómez Mejía Gabriel (2012). Sutatenza: retos y sueños de un proyecto radial. *Boletín Cultural y Bibliográfico*, 46(82), 43–67.
- González González, F. E. (2014). Poder y violencia en Colombia. Colección territorio, poder y conflicto. Bogotá: Cinep.
- González, F. E. (Ed.) (2002). Violencia política en Colombia: De la nación fragmentada a la construcción del Estado. Bogotá, D.C.: Cinep. Consultado 05/05/2020 en línea: https://issuu.com/cinepppp/docs/violencia_politica_colombia_indice_resena
- Goven, J. and C.M. Morris (2012). Regulating biopharming: the prism of farmer knowledge. *Science as Culture*, 21 (4) pp. 497–527
- Gregg, M., & Seigworth, G. J. (Eds.) (2010). The affect theory reader. Durham, N.C.: Duke University Press.
- Guattari, F., & Rolnik, S. (2006). Micropolítica: Cartografías del deseo. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Guber, Rosana (2001). La Etnografía. Método, campo y reflexividad, Buenos Aires -Bogotá, Grupo Editorial Norma.
- Guhl Nimtz, E. (2016). Colombia: Bosquejo de su geografía tropical. Uniandes y Centro Editorial - Facultad de Ciencias Humanas UN.

- Guhl, A. (2004). Café y Cambio de paisaje en la zona cafetera colombiana entre 1970 y 1997. *Cenicafé*, 55(1), 29–44.
- Guhl, A. (2008). *Café y cambio de paisaje en Colombia, 1970 - 2005*. Medellín: Fondo Editorial; Fondo Editorial Universidad EAFIT; Banco de la República.
- Guíza, D. I., & Torres, N. (2018, Diciembre 21). El campesinado presenta propuestas al Plan Nacional de Desarrollo. *El Espectador*. Consultado 11/11/2020 en línea: <https://www.elespectador.com/economia/el-campesinado-presenta-propuestas-al-plan-nacional-de-desarrollo-articulo-830482>
- Guzmán Campos, G., Fals-Borda, O., & Umaña Luna, E. (2005). *La violencia en Colombia*. Bogotá: Taurus.
- Haesbaert, R., Canossa, M. (2011). El mito de la desterritorialización: Del fin de los territorios a la multiterritorialidad. Mexico, D.F.: Siglo Veintiuno Editores.
- Halvorsen, S. (2018). Decolonising territory: Dialogues with Latin American knowledges and grassroots strategies. *Progress in Human Geography*, 43(5), 790–814. <https://doi.org/10.1177/0309132518777623>
- Harbers, H. (2010). Animal farm love stories. About care and economy. En A. Mol, I. Moser and J. Pools (eds.), *Care in practice: on tinkering in clinics, homes and farms* (pp. 141–170) Bielefeld: Transcript Verlag.
- Hardt, M., & Negri, A. (Eds.) (2001). *Empire*, Cambridge, Mass.: Harvard University Press.
- Harvey, D. (1996). *Justice, nature and the geography of difference*. Oxford: Blackwell.
- Harvey, D. (2007). *El nuevo imperialismo. Cuestiones de antagonismo*. Madrid: Akal.
- Harvey, D. (2014). *Espacios del capital: Hacia una geografía crítica*. Madrid: Akal Ediciones, S.A.
- Harvey, D. (D.L. 2005). *Espacios de esperanza. Tres Cantos* (Madrid): Akal.
- Herner, M. T. (2009). Territorio, desterritorialización y reterritorialización: un abordaje teórico desde la perspectiva de Deleuze y Guatari. *Huellas*. (13), 158–171.
- Holloway, L. (2002). Smallholding, hobby-farming and commercial farming: ethical identities and the production of farming spaces. *Environment and Planning A* 34 pp. 2055–2070
- Holloway, L. (2007). Subjecting cows to robots: farming technologies and the making of animal subjects. *Environment and Planning D: Society and Space* 25 pp. 1041–1060
- Hurtado, A. (2012). La cultura escrita en sociedades campesinas: la experiencia de Radio Sutatenza en el Suroccidente colombiano. *Boletín Cultural y Bibliográfico*, 46(82), 69–91.
- Icanh (Ed.) (2018). *Elementos para la conceptualización de lo 'campesino' en Colombia: Documento técnico*. Colección Cuestiones y Diálogos. Colección de textos breves. Bogotá, Colombia.

- Ingold, T. (2011). *The perception of the environment: Essays on livelihood, dwelling and skill*. London, New York: Routledge Taylor & Francis Group.
- Jaramillo Marín, J. (2014). *Pasados y presentes de la violencia en Colombia: Estudio sobre las comisiones de investigación (1958-2011)* Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Jochum, G. (2015). El Debate sobre el Desarrollo Sustentable: Los orígenes y las dinámicas de un discurso en pos del futuro. *Revista de Geografía Espacios*, 5(9), 47–63.
- Joseph, G. M., Nugent, D., & Vargas, R. (Eds.) (2002). *Aspectos cotidianos de la formación del estado: La revolución y la negociación del mando en el México moderno*. México: Ediciones Era.
- Kaljonen, M. (2006). Co-construction of agency and environmental management. The case of agri-environmental policy implementation at Finnish farms. *Journal of Rural Studies* 22 (2) pp. 205–216
- Kockelman, P. (2006). A semiotic Ontology of the Commodity. *Journal of Linguistic Anthropology*, 16(1), 76–102.
- Kohn, Eduardo. 2013. *How Forests Think: Towards an Anthropology beyond the Human*. Berkeley:
- Krause, W. (1963). La Alianza Para el Progreso. *Journal of Inter-American Studies*, 5(1), 67–81.
- Krohmer, J. (2010). Landscape Perception, Classification, and Use among Sahelian Fulani in Burkina Faso. In L. M. Johnson & E. S. Hunn (Eds.), *Studies in environmental anthropology and ethnobiology: v. 9. Landscape ethnoecology: Concepts of biotic and physical space*. (pp. 49–82). New York: Berghahn Books.
- Krzywoszynska, A. (2016). What Farmers Know: Experiential Knowledge and Care in Vine Growing. *Sociologia Ruralis*, 56(2), 289–310. <https://doi.org/10.1111/soru.12084>
- Latour, B. (2004). *Politics of Nature: How to Bring the Sciences into Democracy*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Latour, B. (2008). *Reensamblar lo social: Una introducción a la teoría del actor-red*. Buenos Aires: Manantial.
- Latour, Bruno (2013). *An Inquiry into Modes of Existence. An Anthropology of the Moderns*. Harvard University Press.
- Law, J. (1994). *Organizing modernity*. Oxford UK, Cambridge Mass. USA: Blackwell.
- Lawson, V. (2007). Geographies of Care and Responsibility. *Annals of the Association of American Geographers*, 1(97), 1–11.
- Lefebvre, H. (1974). La producción del espacio. *Papers: Revista de sociología*. (3), 219–229.
- Lefebvre, H. (2013) *La producción del espacio*, Madrid: Capitán Swing.

- Leff, E. (2006). La ecología política en América Latina: Un campo en construcción. En Alimonda, H. (Ed.), *Los tormentos de la materia: Aportes para una ecología política latinoamericana*. (pp. 21–40). Buenos Aires: CLACSO.
- Lewin, J. E., & Vélez, J. (2019, March 11). Con sus objeciones a la JEP, Duque muestra un uribismo más duro. *La silla vacía*. Consultado 02/02/2021 en línea: <https://lasillavacia.com/con-sus-objeciones-la-jep-duque-muestra-un-uribismo-mas-duro-70428>
- Lindón, A., & Hiernaux, D. (Eds.) (2006). *Tratado de geografía humana. Obras generales*. Barcelona: Anthropos Editorial.
- Lorimer, H. (2008). Cultural geography: Non-representational conditions and concerns. *Progress in Human Geography*, 32(4), 551–559. <https://doi.org/10.1177/0309132507086882>
- Lorimer, J. (2012). Multinatural geographies for the Anthropocene. *Progress in Human Geography*, 36(5), 593–612. <https://doi.org/10.1177/0309132511435352>
- Lynch, K. (2018): *La imagen de la ciudad*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Lyons, K. M. (2020). *Vital decomposition: Soil practitioners and life politics*. Durham: Duke University Press.
- Machado, A. (1999). Reforma agraria: una ilusión que resultó un fracaso. *Revista Credencial Historia* 119. Consultado 20/09/2019 en línea: <https://www.banrepcultural.org/biblioteca-virtual/credencial-historia/numero-119/reforma-agraria-una-ilusion-que-resulta-un-fracaso>
- Mañano Fernandes, B. (2005). Movimientos socioterritoriales y movimientos socioespaciales: Contribución teórica para una lectura geográfica de los movimientos sociales. *Revista Nera*, 8(6), 14–34.
- Mansvelt, J. (2005). *Geographies of consumption*. London: SAGE.
- Marder, M. (2013). *Plant-thinking: A philosophy of vegetal life*. New York: Columbia University Press.
- Martin, J. (2012). Rethinking care: Anthropological Perspectives on Life Courses, Kin Work and their Trans-Local Entanglements. Humboldt-Universität. *Work and the Life Cycle in Global History*, Berlin. Consultado 7/04/2020 en línea: <https://www.hsozkult.de/conferencereport/id/tagungsberichte-4778?language=en>
- Mayorga, D. (2015). Paisaje Cultural Cafetero, Patrimonio de la Humanidad.: La cuestión del discurso patrimonial en contraste con el paisaje de la caficultura. *Territorios*, 16(32), 35–59. <https://doi.org/10.12804/territ32.2015.02>
- Mendoza Fragoso, A. (2018). Ontologías del agua y relaciones de poder en torno al paisaje hídrico en el territorio indígena mazahua del estado de México. *Revista Colombiana de Antropología*, 55(1), 91–118. <https://doi.org/10.22380/2539472X.572>
- Merleau-Ponty, M. (1993). *Fenomenología de la percepción. Obras maestras del pensamiento contemporáneo: Vol. 92*. Barcelona: Planeta-Agostini.

- McCall, M., Boni, A., Napoletano, B., Rico Rodríguez, T. (2021) *Territorialising Space in Latin America. Processes and Perceptions*, Springer International Publishing
- Milligan, C. (2001). *Geographies of care: Space, place and the voluntary sector*. Aldershot: Ashgate.
- Milligan, C. (2009). *There's no place like home: Place and care in an ageing society*. Farnham: Ashgate.
- Ministerio de Agricultura y Desarrollo Rural (2012). *Proyecto de Ley de tierras y desarrollo rural*. Bogotá, Colombia.
- Mintz, S. W. (1996). *Dulzura y poder: El lugar del azúcar en la historia moderna*. Antropología. México: Siglo XXI
- Mojica, J. (2019, March 12). Colombia, país rural sin plan de desarrollo rural. *La silla vacía*. Consultado 12/12/2019 en línea: <https://lasillavacia.com/silla-llena/red-rural/historia/colombia-pais-rural-sin-plan-de-desarrollo-rural-70462>
- Mol, A. (2008). *The logic of care: Health and the problem of patient choice*. London: Routledge.
- Mol, A. (2016). Clafoutis as a Composite: On Hanging Together Felicitously. En Law, J., Ruppert, E.S. (Eds.), *Modes of knowing: Resources from the Baroque* (pp. 242–265). Manchester: Mattering Press.
- Mol, A. (Ed.) (2003). *The body multiple: Ontology in medical practice*. Durham, N.C., London: Duke University Press.
- Mol, A., Moser, I., & Pols, J. (2010b). Care: putting practice into theory. En Mol, A., Moser, I., Pols, J. (Eds.), *Care in practice: On tinkering in clinics, homes and farms* (pp. 7–26). Bielefeld: Transcript.
- Montaña Mestizo, V. (2016). Etnogénesis, desindigenización y campesinismos.: Apuntes para una reflexión teórica del cambio cultural y las relaciones interculturales del pasado. *Revista Colombiana de Antropología*, 52(1), 63–90.
- Montenegro-Lancheros, H. (2016). Ampliaciones y quiebres del reconocimiento político del campesinado colombiano. *Revista Colombiana de Antropología*, 52(1), 169–195.
- Moreno Preciado, M. (2018). *Enfermería cultural: Una mirada antropológica del cuidado*. Madrid: Garceta.
- Morgan, K., Murdoch, J. (2000). Organic vs. conventional agriculture: knowledge, power and innovation in the food chain. *Geoforum* 31 pp. 159–173.
- Morris, C. (2006). Negotiating the boundary between state-led and farmer approaches to knowing nature: an analysis of UK agri-environment schemes. *Geoforum* 37 pp. 113– 127.
- Murphy, D. (2014). Ecology of Rule: Territorial Assemblages and Environmental Governance in Rural Mongolia. *Anthropological Quarterly*, 87(3), 759–792.

- Naredo, J. M. (1996). Sobre el origen, el uso y el contenido del término sostenible. Consultado 10/08/2020 en línea: <http://habitat.aq.upm.es/select-sost/aa1.html>
- Nates Cruz, B. (2002). De lo bravo a lo manso: Territorio y sociedad en los Andes (Macizo colombiano). Quito: Ed. Abya-Yala.
- Navarro, Pulgarín, Monsalve, Cortés, Calvache, & Pardo (2009). Geología e historia eruptiva del complejo volcánico doña Juana, Nariño. *Boletín de Geología*, 31(2), 109–118.
- Nogué, J. (Ed.) (2009). La construcción social del paisaje. *Paisaje y teoría*: Vol. 1. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Ogden, L. (2011). *Swamplife: People, gators, and mangroves entangled in the Everglades*. Minneapolis, Minn.: University of Minnesota Press; Bristol: University Presses Marketing.
- O'Grady, N. (2018). Geography of Affect. Consultado 26/10/2020 em línea: <https://www.oxfordbibliographies.com/view/document/obo-9780199874002/obo-9780199874002-0186.xml>
- Ordóñez Gómez, F. (2012). Zonas de Reserva Campesina: Elementos Introdutorios y de Debate. Bogotá: ILSA.
- Organización Internacional del Trabajo (s.f.). La economía del cuidado. Organización de las Naciones Unidas. Consultado 03/05/2020 ven línea: <https://www.ilo.org/global/topics/care-economy/lang--es/index.htm>
- Orrantia, J. (2012). Where the Air Feels Heavy: Boredom and the Textures of the Aftermath. *Visual Anthropology Review*, 28(1), 50–69. <https://doi.org/10.1111/j.15487458.2012.01110.x>
- Palacios, M. (2008). Entre la legitimidad y la violencia: Colombia, 1875 – 1994. Colección Vitral. Bogotá: Grupo Ed. Norma.
- Palacios, M. (2009). El café en Colombia (1850-1970): Una historia económica, social y política. México D. F.: El Colegio de México.
- Panelli, R. (2010). More-than-human social geographies: Posthuman and other possibilities. *Progress in Human Geography*, 34(1), 79–87. <https://doi.org/10.1177/0309132509105007>
- Pasicolan, P.N., Thatheva, S., Pasicolan, T.J. (2017) From traditional subsistence to commercial agriculture: a downward trend towards food insecurity in rural Lao. En: Cairns, M. (Ed.) *Shifting cultivation policies: balancing environmental and social sustainability*. CABI: UK.
- Pastoral Social (s.f.). Pastoral de la tierra. Diócesis de Pasto. Consultado 05/03/2021 en línea: <https://pastoralsocialpasto.org.co/index.php/headers/area-de-desarrollo/pastoral-de-la-tierra>
- Pérez, M. (2007). Las zonas de reserva campesina (ZRC) en Colombia. *Revista Javeriana*. (783), 68–77.

- Pérez-Prieto, V. (2016). Los orígenes de la Teología de la Liberación en Colombia: Richard Shaul, Camilo Torres, Rafael Ávila, 'Golconda', Sacerdotes para América Latina, Cristianos por el Socialismo y Comunidades Eclesiales de Base. *Cuestiones Teológicas*, 43(99), 73–108. <https://doi.org/10.18566/cueteo.v43n99.a04>
- Popke, J. (2016). Geography and Ethics: Everyday Mediations Through Care and Consumption. *Progress in Human Geography*, 30(4), 504–512. <https://doi.org/10.1191/0309132506ph622pr>
- Porto-Gonçalves, C. W. (2003). A geograficidade do social: uma contribuição para o debate metodológico sobre estudos de conflito e movimentos sociais na América Latina. Em Seoane, J., López Maya, M. (Eds.), *Movimientos sociales y conflicto en América Latina* (pp. 141–150). Buenos Aires: OSAL; CLACSO.
- Porto-Gonçalves, C. W. (2006). A reinvenção dos Territórios: a experiência latino-americana e caribenha. En Ceceña, E. (Ed.), *Los desafíos de las emancipaciones en un contexto militarizado*. Buenos Aires: CLACSO.
- Porto-Gonçalves, C. W. (2009). De Saberes y de Territorios: diversidad y emancipación a partir de la experiencia latino-americana. *Revista de la Universidad Bolivariana*, 8(22), 121–136.
- Prias, J. P. (2015). Reservas de la Biósfera en Colombia. UNESCO. Reservas de la Biosfera como una herramienta para la gestión de zonas costeras e islas en el Pacífico Sur Oriental (BRESEP), Lima. Consultado 05/12/2020 en línea: http://www.unesco.org/new/fileadmin/MULTIMEDIA/HQ/SC/images/BRESEP_Colombia_Lima_Meeting.pdf
- Puig de la Bellacasa, Maria (2019). Re-animating soils: Transforming human–soil affections through science, culture and community. *The Sociological Review*, 67(2), 391–407. <https://doi.org/10.1177/0038026119830601>
- Puig de la Bellacasa, María. (2017). *Matters of care: Speculative ethics in more than human worlds*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Quiroga Barrantes, M. A., Alarcón García, S., & Marcucci Guarnizo, D. (2018). Territorialidad campesina y agroindustria en el río Cimitarra. *Bitácora Urbano Territorial*, 28(3), 181–188. <https://doi.org/10.15446/bitacora.v28n3.72206>
- Raffestin, C. (2013). *Por una geografía del poder*. Colección Fuentes. El Colegio de Michoacan, Zamora, México, D.F.
- Raghuram, P., Madge, C., & Noxolo, P. (2009). Rethinking responsibility and care for a postcolonial world. *Geoforum*, 40(1), 5–13. <https://doi.org/10.1016/j.geoforum.2008.07.007>
- Rahder, M. (2020). *An Ecology of Knowledges: Fear, love, and technoscience in Guatemalan forest conservation*. Experimental futures. Durham: Duke University Press.
- Rainforest Alliance (2017). *Norma para Agricultura Sostenible*.

- Ramírez, M. C. (2009). El Plan Colombia y la promoción de la Seguridad y el “Buen Gobierno”: ¿Militarización del contrato social como estrategia para afianzar la democracia? Latin American Studies Association. XXVIII Congreso Internacional de LASA, Rio de Janeiro.
- Raymond, C., I. Fazey, M. Reed et al. (2010). Integrating local and scientific knowledge for environmental management. *Journal of Environmental Management* 91 pp. 1766–1777
- Reyes Bohorquez, A. (2002). Las zonas de reserva campesina como figuras para el desarrollo rural colombiano. *Perspectivas rurales*. Nueva época. (22), 109–120.
- Reyes, A. (2016). Guerreros y campesinos: Despojo y restitución de tierras en Colombia. Bogotá: Ariel.
- Rico Rodríguez, T. (2013). Ser y hacer, "diseñar" un proceso social: Editorial Académica Española.
- _____ (2016). Conocimiento, campesinos y paisajes de montaña: Relaciones entre humanos, no-humanos y espacio en la configuración de agriculturas campesinas del café en El Carmen, San Lorenzo, Nariño, Colombia. (Tesis Maestría). El Colegio de Michoacán, Zamora, Michoacan, México.
- _____ (2018). Territorialidades campesinas: Las fincas como territorios de resiliencia y resistencia para los campesinos en Colombia (Tesis de Maestría en Estudios Sociales Agrarios). Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Buenos Aires, Argentina.
- _____ (2019). Retratos del trabajo campesino: El cuerpo y el paisaje. *Mediaciones*, 15(23), 68–90.
- _____ (2020a). Cartografías de la agencia: apuntes para una etnogeografía de paisaje. El caso de Nariño, Colombia. In P. S. Urquijo Torres & A. Boni (Eds.), *Huellas en el paisaje: Cartografía, historia y ambiente en las Américas* (pp. 269–289). Morelia: CIGA - UNAM.
- _____ (2020b). Geografías del cuidado: Relaciones territoriales de la producción de café. *Brújula*, 13, 36–64.
- Rico Rodríguez, T., & Urquijo Torres, P. S. (2021). Sobre la figura del campesino y la gestión del territorio: Una aproximación desde Nariño (Colombia). *Historia Agraria Revista de agricultura e historia rural*. (83), 225–258. <https://doi.org/10.26882/histagrar.083e07r>
- Riley, M. (2008). Experts in their field: farmer-expert-knowledges and environmentally friendly farming practices. *Environment and Planning A* 40 pp. 1277–1293
- Rodríguez Enríquez, C. (2015). Economía feminista y economía del cuidado: Aportes conceptuales para el estudio de la desigualdad. *Nueva Sociedad*. (256), 30–44.
- Rodaway, P. (2011). *Sensuous geographies: Body, sense, and place*. London, New York: Routledge, Taylor & Francis.

- Roseberry, W. (1996). The Rise of Yuppie Coffees and the Reimagination of Class in the United States. *American Anthropologist*, 98(4), 762–775.
<https://doi.org/10.1525/aa.1996.98.4.02a00070>
- Rugolo, J., Ionescu, K. (2019). Mapping the Complex: Designing a Map of the Global Coffee Sector. *25 Magazine*. (11). Consultado 09/09/2020 en línea: <https://scanews.coffee/25-magazine/issue-11/english/mapping-the-complex-designing-a-map-of-the-global-coffee-sector-25-magazine-issue-11/>
- Ruiz-Serna, D. (2017). El territorio como víctima. Ontología política y las leyes de víctimas para comunidades indígenas y negras en Colombia. *Revista Colombiana De Antropología*, 53(2), 85-113. <https://doi.org/10.22380/2539472X.118>
- Sack, R. (1983). Human Territoriality: A Theory. *Annals of the Association of American Geographers*, 73(1), 55–74.
- Salgado, C. (2012). Proyecto de ley de tierras y desarrollo rural: ¿Cómo incorpora al campesinado? En Machado, A. (Ed.), *Propuestas, visiones y análisis sobre la política de desarrollo rural en Colombia: Voces de académicos y expertos* (pp. 87–100). Bogotá: Oxfam.
- Santacoloma-Varón, L. E. (2015). Importancia de la economía campesina en los contextos contemporáneos: Una mirada al caso colombiano. *Entramado* 11(2), 38–50.
<https://doi.org/10.18041/entramado.2015v11n2.22210>
- Santos, M. (1990). Por una geografía nueva. Espasa universidad: Vol. 20. Madrid: Espasa Calpe.
- Santos, M. (1994). O retorno do território. En Santos, M., d. Souza M., Silveira, M.L. (Eds.), *Geografia, teoria e realidade: Vol. 30. Território: Globalização e fragmentação* (pp. 15–20). São Paulo: Editora Hucitec; Associação Nacional de Pós-Graduação e Pesquisa em Planejamento Urbano e Regional.
- Scott, J. C. (1998). Seeing like a state: How certain schemes to improve the human condition have failed. The Yale ISPS series. New Haven, Conn., London: Yale University Press.
- Seamon, D., & Mugerauer, R. (Eds.) (2000). *Dwelling, place, and environment: Towards a phenomenology of person and world*. Malabar, Fla.: Krieger Pub. Co.
- Seigworth, G. J. (2010). Banality for cultural studies. *Cultural Studies*, 14(2), 227–268.
<https://doi.org/10.1080/095023800334878>
- Sepúlveda Sanabria, I. (2017). Políticas sobre el cuidado en Bogotá durante el periodo 2000-2015. *Trabajo Social*. (19), 103–121.
- Silva Prada, D. F. (2016). Construcción de territorialidad desde las organizaciones campesinas en Colombia. *Polis. Revista Latinoamericana*. (43), 1–19. Consultado 17/07/2020 en línea: <http://polis.revues.org/pdf/11786>
- Singh, N. (2017). Becoming a commoner: The commons as sites for affective socio-nature encounters and co-becomings. *Ephemera theory and politics in organization*, 17(4), 751–776.

- Singh, N. (2018). Introduction: Affective Ecologies and Conservation. *Conservation and Society*, 16(1), 1–7. https://doi.org/10.4103/cs.cs_18_33
- Singleton, V. (2010). Good farming. Control or care? En Pools, J., Mol, A., y Moser, J (Eds), *Care in practice: on tinkering in clinics, homes and farms* (pp. 235–256) Bielefeld: Transcript Verlag.
- Singleton, V., Law, J. (2013). Devices as rituals. Notes on enacting resistance. *Journal of Cultural Economy* 6 (3) pp. 259–277
- Skewes, J. C., Solari, M., Guerra, D., y Jalabert, D. (2012). Los paisajes del agua: Naturaleza e identidad en la cuenta del río valdivia. *Chungará (Arica)*, 44(2), 299–312. <https://doi.org/10.4067/S0717-73562012000200007>
- Smith, M.D. (1996). The Empire filters back: consumption, production, and the politics of Starbucks coffee, *Urban Geography*, 17: 502–25.
- Soja, E. (1971). The political organization of space. Association of American Geographers. Commission on College Geography. Resource paper: no. 8.
- Soja, E. (1989). Postmodern geographies: The reassertion of space in critical social theory. London: Verso.
- Soja, E. (2010). Seeking spatial justice. Globalization and community series. Minneapolis, Minn.: University of Minnesota Press; Bristol: University Presses Marketing.
- Sprenger, G. (2018). Buddhism and Coffee: The Transformation of Locality and Non-Human Personhood in Southern Laos. *Journal of Social Issues in Southeast Asia*, 33(2), 265–290. <https://doi.org/10.1355/sj33-2b>
- Stengers, I. (2014): La propuesta cosmopolítica. En: *Revista Pleyade* (14), pág. 17-41.
- Strathern, M. (2004). Partial connections. ASAO. Special publications. Walnut Creek: AltaMira Press.
- Suchet-Pearson, S., Wright, S., Lloyd, K., & Burarrwanga, L. (2013). Caring as Country: Towards an ontology of co-becoming in natural resource management. *Asia Pacific Viewpoint*, 54(2), 185–197. <https://doi.org/10.1111/apv.12018>
- Sunyer-Martin, P., & Monterroso, N. (2014). Los espacios de montaña de México: Del control comunitario al (des)control neoliberal. *Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, 23(493 (57)), 1–23.
- Svampa, M. (2013). Consenso de los Commodities y lenguajes de valoración en América Latina. *Nueva Sociedad*. (244), 30–46.
- Thrift, N. (1999). Steps to an ecology of place. In D. Massey, J. Allen, & P. Sarré (Eds.), *Human geography today* (pp. 295–322). Cambridge: Polity Press.
- Toledo, A., Niño Antonio, Vecino Stella, Buriticá Carlor, Díaz David, & Bueno Lucila. (Eds.) (1978). *Las concentraciones de desarrollo rural - CDR: Un caso de transferencia*. Bogotá.

- Tronto, J. C., & Fisher, B. (1990). Toward a Feminist Theory of Caring. In E. Abel, & M. Nelson (Eds.), *Circles of Care* (pp. 36-54). SUNY Press.
- Tsing, A., Swanson, H., Gan, E., Bubandt, N. (eds.) (2017). *Arts of Living on a Damaged Planet: Ghosts and Monsters of the Anthropocene*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Tuan, Y.-F. (1977). *Space and place: The perspective of experience*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Tuan, Y.-F. (1979). Thought and Landscape: The eye and the mind's eye. En Meinig, D.W. (Ed.), *The interpretation of ordinary landscapes: Geographical essays* (pp. 89–101). New York, Oxford: Oxford University Press.
- Tuan, Y.-F. (2007). *Topofilia: Un estudio de las percepciones, actitudes y valores sobre el entorno*. Barcelona: Melusina.
- Tuan, Y.-F. (2016). *Dominance & affection: The making of pets*. New Haven, London: Yale University Press.
- Ulloa, A. (2013). Estrategias culturales y políticas de manejo de las transformaciones ambientales y climáticas. En Ulloa, A., Prieto-Rozo, A.I. (Eds.), *Perspectivas ambientales. Culturas, conocimientos, políticas y ciudadanías en torno al cambio climático* (pp. 71–105). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Ulloa, A. (2017). Cuidado y defensa de los territorios-naturalezas: mujeres indígenas y soberanía alimentaria en Colombia. En Rauchecker, M., Chan, J., (Eds.), *Sustentabilidad desde abajo: Luchas desde el género y la etnicidad* (pp. 123–142). Buenos Aires: CLACSO.
- Vega, R. (2002). *Gente muy rebelde: protesta popular y modernización capitalista en Colombia (1909 -1929)*. Bogotá: Pensamiento Crítico.
- Vega, R. (2004). Las luchas agrarias en Colombia en la década de 1920. *Cuadernos de Desarrollo Rural*. (52), 9–47.
- Vega, R. (2015). La dimensión internacional del conflicto armado y social en Colombia: Injerencia de los Estados Unidos, contrainsurgencia y terrorismo de Estado. En Comisión Histórica del Conflicto y sus Víctimas (Ed.), *Contribución al entendimiento del conflicto armado en Colombia* (pp. 697–761). Bogotá.
- Velásquez G., V. F., López, L., & Barreto, Y. (2014). Cuidadores familiares campesinos: Carga de cuidado, tiempo de cuidado y grado de funcionalidad. *Investigación en Enfermería: Imagen y Desarrollo*, 16(2), 65. <https://doi.org/10.11144/Javeriana.IE16-2.cfcc>
- Viveiros de Castro, E. (2010). *Metafísicas caníbales: Líneas de antropología postestructural*. Conocimiento. Buenos Aires, Madrid: Katz.
- Waterton, E. (2018): *Landscape and Non-Representational Theories*. En: Peter Howard, Ian Thompson, Emma Waterton y Mick Atha (eds.): *The Routledge companion to landscape studies*. London: Routledge.

- Wartmann, F., Purves, R. (2016). From space to place in the Bolivian Amazon: Exploring and representing folk landscape categories with ethnographic and GIS approaches. Oberengstringen: Claudia Wartmann Natürlich.
- Whatmore, S. (2002). Hybrid geographies: Natures, cultures, spaces. London, Thousand Oaks, Calif.: SAGE.
- Whatmore, S. and Thorne, L. (1997). Nourishing networks: alternative geographies of food. En Goodman, D., Watts, M.J. (Eds), *Globalising Food: Agrarian Questions and Global Restructuring*. London: Routledge. pp. 287–304.
- Wood, L. (1970). Perception Studies in Geography. *Transactions of the Institute of British Geographers*, (50), 129-142. <http://doi:10.2307/621350>
- Woodward, K., & Lea, J. (2010). Geographies of Affect. En Smith, S. (Ed.), *The SAGE handbook of social geographies* (pp. 154–175). Los Angeles, London: SAGE.
- World Coffee Research (2017). Sensory Lexicon: Unabridged Definition and References (2da). Estados Unidos.
- Wright, S. (2014). More-than-human, emergent belongings. *Progress in Human Geography*, 39(4), 391–411. <https://doi.org/10.1177/0309132514537132>
- Yie Garzón, M. (2017). Disputando el sentido de lo campesino desde las organizaciones campesinas de Nariño, en el suroccidente de Colombia. Latin American Studies Association. Congreso de la Asociación de Estudios Latinoamericanos - LASA, Lima, Perú.
- Yie, M. (2016). Demarcando el territorio de lo campesino. Dilemas de una categoría híbrida e inestable. Ponencia presentada en el XIII Coloquio de Sociología, Universidad del Valle, septiembre de 2016. Mesa 4: Los grupos sociales rurales, entre el campo y la ciudad. Universidad del Valle. XIII Coloquio de Sociología. Consultado 04/05/2019 en línea: [https://www.academia.edu/36553613/Demarcando el territorio de lo campesino. Dilemas de una categor%C3%ADa h%C3%ADbrida e inestable. Ponencia presentada en el XIII Coloquio de Sociolog%C3%ADa Universidad del Valle septiembre de 2016. Mesa 4 Los grupos sociales rurales entre el campo y la ciudad](https://www.academia.edu/36553613/Demarcando_el_territorio_de_lo_campesino._Dilemas_de_una_categor%C3%ADa_h%C3%ADbrida_e_inestable._Ponencia_presentada_en_el_XIII_Coloquio_de_Sociolog%C3%ADa_Universidad_del_Valle_septiembre_de_2016._Mesa_4_Los_grupos_sociales_rurales_entre_el_campo_y_la_ciudad)
- Zalamea, J. (1936). El departamento de Nariño: Esquema para una interpretación sociológica: estudio de la comisión de cultura aldeana. Consultado 08/09/2019 en línea: <https://books.google.com.mx/books?id=Bcl2XwAACAAJ>